

BORDES, NOVIEMBRE DE 2019-ENERO DE 2020
AÑO 4 NÚMERO 15, ISSN 2524-9290

bordes

Revista de Política, Derecho y Sociedad



| AMÉRICA LATINA | DEMOCRACIA | GOLPE DE ESTADO |
| GRATUIDAD UNIVERSITARIA | AMBIENTE |



Rector: **Darío Exequiel Kusinsky**
Vicerrectora: **Silvia Storino**

staff

Revista Bordes
Noviembre de 2019-Enero de 2020, Año 4 Número 15, ISSN 2524-9290
<http://revistabordes.com.ar>

Director: **Diego Conno**
Consejo Editorial: **Romina Smiraglia, Dolores Amat,**
Bárbara Ohanian, Lucía Cañaverall

Jefa de Departamento Editorial: **Bárbara Poey Sowerby**
Arte y maquetación integral: **Jorge Otermin**
Imagen de tapa: **Equipo EDUNPAZ**

© 2020, Universidad Nacional de José C. Paz. Leandro N. Alem 4731 -
José C. Paz, Pcia. de Buenos Aires
© 2020, EDUNPAZ, Editorial Universitaria



Licencia Creative Commons - Atribución - No Comercial (by-nc)

Se permite la generación de obras derivadas siempre que no se haga con fines comerciales. Tampoco se puede utilizar la obra original con fines comerciales. Esta licencia no es una licencia libre.

Algunos derechos reservados: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.es>

Las opiniones expresadas en los artículos firmados son de los autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de esta publicación ni de la Universidad Nacional de José C. Paz.

¿QUIÉNES SOMOS?

Bordes es una revista digital de la **Universidad Nacional de José C. Paz**, que pretende generar un espacio de reflexión crítica sobre temas de derecho, política y sociedad. Estos temas no se encuentran separados o aislados los unos de los otros, cuanto mucho los divide un borde, que les da forma, pero que a su vez puede ser forzado a establecer otras.

Llamamos a esta revista bordes, porque buscamos un pensamiento experimental en ese terreno intermedio que se ubica entre espacios nunca consolidados y en disputa. Buscamos formas intersticiales del lenguaje, que habiliten a explorar los bordes entre las disciplinas y los oficios, entre las miradas coyunturales y las reflexiones académicas.

Los bordes son figuras espaciales, que permiten pensar las líneas o umbrales que separan, pero que también unen aquello que se encuentra en los márgenes o desplazado del centro, y que al mismo tiempo reclama un lugar propio de constitución. Bordes entre pensamiento y acción o entre teoría y praxis, entre individual y colectivo, entre lo propio y lo común; bordes que conectan con otros bordes, bordes que constituyen identidades y dislocan otras. Los bordes son siempre figuras móviles y contingentes, cambiantes e inestables, reversibles.

Así, los bordes son los contornos que trazan una imagen, un perfil, un objeto. Y asumir la idea del borde como forma de la reflexión crítica es un modo de empujar al pensamiento so-

bre sí mismo, para expandir los límites de lo decible y lo pensable, para diseñar los contornos de una nueva figura.

Sabemos que el borde expone también un abismo, un límite que no puede pasarse sin caer ciegamente en lo desconocido: todo pensamiento, toda práctica y todo acto se encuentra con esa frontera, que invita a la osadía, pero también a la prudencia y a la responsabilidad.

No queremos decir con esto que escribimos en o desde los bordes. En todo caso, nuestra apuesta ético-política consiste en abrir un lugar de enunciación otro, que circule en torno a las diversas configuraciones de lo social, que se mueva entre las tramas por donde transitan los hilos del poder. Nos proponemos así, imaginar nuevas formaciones político-sociales, formas más justas, libres e igualitarias de componer la vida en común.

Finalmente, postulamos cierta afinidad electiva entre pensamiento y democracia. Una afinidad entre un pensar colectivo y común, que excede los modos habituales, los estilos, los usos, los lenguajes más transitados y una práctica política que se anima a imaginar otras formas de vida posible.

ÍNDICE

La matriz de sentido

Martín Plot (IDAES/UNSAM-CONICET)

1 de noviembre de 2019

11

El PROGRESAR y la apuesta por la educación superior como abordaje de las juventudes

Paula Isacovich (CONICET-IESCODE-UNPAZ/IICA-UBA)

5 de noviembre de 2019

17

Dolor y gloria. El último primer día orgulloso (UPD) de la era Macri

Adrián Melo (UBA)

7 de noviembre de 2019

27

La Revuelta

Rodrigo Karmy Bolton (Universidad de Chile)

9 de noviembre de 2019

35

Lula livre

Amílcar Salas Oroño (UNPAZ/UBA)

12 de noviembre de 2019

41

De la revolución democrática al golpe de estado y la contrarrevolución <i>Mauro Benente (UBA/UNPAZ)</i> 12 de noviembre de 2019	45
El impacto presupuestario de la transferencia de la Policía Federal a la CABA <i>Tomás Laurent (CEM), Marcos Schiavi (CEM)</i> <i>y Juan Cuattromo (IDEPI-UNPAZ/ CEM/ ITE-FGA)</i> 14 de noviembre de 2019	53
El 40% <i>Pablo Martín Méndez (UNLa/CONICET)</i> 15 de noviembre de 2019	59
Una nueva alianza progresista para América Latina <i>María Cecilia Míguez (UBA/Conicet)</i> 17 de noviembre de 2019	67
En los conceptos públicos anidan las batallas políticas: Bolivia, ¿es un golpe? <i>Cecilia Lesgart (CONICET/UNR)</i> 20 de noviembre de 2019	73
Gratuidad universitaria y el rol de Estado en la educación <i>Alejandro Ruidrejo (Universidad Nacional de Salta)</i> 22 de noviembre de 2019	83
Una locura hermosa. A 70 años del desarancelamiento de la Universidad <i>Mauro Benente (UBA/UNPAZ) y Darío Kusinsky (UNPAZ)</i> 22 de noviembre de 2019	89
El recuerdo del futuro. A 30 años de la caída del muro de Berlín <i>Martín Baña (UBA/UNSAM/CONICET)</i> 26 de noviembre de 2019	95

**¿Una Operación Cóndor 2.0? O sobre la “israelización”
de la política latinoamericana**

Rodrigo Karmy Bolton (Universidad de Chile)

28 de noviembre de 2019

101

**“No hay universidad democrática y transformadora si los únicos
que acceden son aquellos que gozan de determinados privilegios”**

Axel Kicillof

5 de diciembre de 2019

109

Un Green New Deal para la Argentina

Juan Martín Sánchez (Instituto del Mundo del Trabajo/UNTREF)

6 de diciembre de 2019

119

La mentira en política

Martín Plot (IDAES/UNSAM-CONICET)

10 de diciembre de 2019

127

Para un estatuto analítico de la democracia realmente existente

Alejandro Kaufman (UBA-UNQUI)

10 de diciembre de 2019

135

Golpe a golpe

Eduardo Rinesi (UNGS-UNC)

10 de diciembre de 2019

141

Transición eterna a quien lea estas páginas

Gabriela Rodríguez Rial (CONICET/UBA)

10 de diciembre de 2019

149

Una alternativa sana de poder

Cecilia Abdo Ferez (CONICET/UBA-UNA)

10 de diciembre de 2019

155

¿Un solo movimiento sindical? La CTA: su apuesta, su devenir y sus vínculos con las organizaciones sociales <i>María Maneiro (IIGG/UBA/CONICET)</i> 18 de diciembre de 2019	161
“En términos ambientales estamos pisando el precipicio” <i>Entrevista con Walter A. Pengue por Dolores Amat</i> 20 de diciembre de 2019	171
“¡Sí, se pudo!”: la distopía al poder <i>Juan Manuel Reynares (CONICET/UNVM/UNC)</i> <i>y Jorge Foa Torres (CONICET/UNVM/UNC)</i> 24 de diciembre de 2019	187
Alberto presidente y el reverdecer de los antagonismos. Del momento político a la disputa simbólica <i>Giuliana Mezza (UBA)</i> 26 de diciembre de 2019	195
Malvinas, una vez más. Algunos apuntes ante el cambio de gobierno <i>Federico Lorenz (Instituto Ravignani/UBA/CONICET-CNBA/UBA-Ex director del Museo Malvinas e Islas del Atlántico Sur)</i> 27 de diciembre de 2019	203
Lengua y literatura en tiempos del ni una menos <i>Rocco Carbone (UNGS/CONICET)</i> 30 de diciembre de 2019	209
Estado, mercado, globalización y aspectos socioambientales. Breve análisis de sus vínculos <i>Viviana Inés Granado (UNPAZ)</i> 2 de enero de 2020	221

**La publicidad en disputa. Perspectiva de género aplicada
a la estrategia de marcas**

Natalia Suniga (UBA/CONICET)

7 de enero de 2020

227

“Ideología de género”. Breve historia de un oscuro concepto

Alejandro Campos (FSOC-UBA)

14 de enero de 2020

231

**Todos los cuerpos, una misma cancha. Gambeteando
la hegemonía masculina desde un fútbol femenino y disidente**

Nemesia Hijós (IIGG-UBA/CONICET)

21 de enero de 2020

241

“Ellos están con nosotros”. Un recorrido por el Cementerio de Flores

Celeste Castiglione (CONICET/IESCODE/UNPAZ)

28 de enero de 2020

251



La matriz de sentido

MARTÍN PLOT¹ (IDAES/UNSAM-CONICET)
1 DE NOVIEMBRE DE 2019

Macri está a punto de ser el primer presidente no peronista en terminar su mandato, se cansan de decir aquellos que creen que ese dato empírico porta algún sentido esotérico o metafísico. También Macri es el único presidente, y su partido el único partido –peronista o no peronista, a excepción de Angeloz en 1989– que no logra reelegirse cuando tiene la oportunidad de hacerlo desde la vigencia de la Ley Sáenz Peña en 1916. Las razones de esta excepcionalidad, creo, se deben a la hipótesis interpretativa que desarrollaré en unas líneas, pero antes de pasar a ello me interesa subrayar una dimensión digamos estilística de esa interpretación. El discurso de Cambiemos fue, desde un comienzo, un discurso

1 Este texto fue escrito originalmente como parte del Boletín del Centro de Estudios Sociopolíticos (CES), de la UNSAM.

descalificador del adversario político: el kirchnerismo y aquellos que lo apoyaron son corruptos, delincuentes, anti-republicanos, narcos, inmorales o, en el mejor de los casos (porque son pobres ergo incapaces de juzgar por sí mismos), planeros y/o choripaneros. De todos modos, en la recta final de la campaña electoral ese discurso se generalizó y radicalizó mucho más peligrosamente, llegando a plantear dicotomías extremas que temo constituyan una anticipación de sus posicionamientos políticos una vez en la oposición. Algunos dirán que el kirchnerismo en el poder también había decidido, en los últimos años, demonizar a su(s) adversario(s) político(s). Completamente cierto. Tan cierto como que también a ellos esa descalificación del adversario político los llevó a la derrota, y como que la repetición de ese gesto discursivo muy probablemente los llevaría nuevamente al mismo resultado de repetirse una vez en el poder.

Pero esta dimensión que denominé “estilística” me lleva en realidad a la cuestión de fondo que quiero discutir. El constitucionalista norteamericano Bruce Ackerman llama “identidad constitucional” a eso que aquellos de nosotros formados mayormente en la tradición continental llamamos “lo político”. Para Ackerman, un régimen político-constitucional no es la relación especular entre un texto o conjunto de textos y su aplicación lineal a la realidad política o jurídica. Un régimen político-constitucional es una matriz de sentido que logra consolidarse en el tiempo, un entramado de prácticas, instituciones, sentencias judiciales, piezas legislativas, decisiones presidenciales y discursos sociales aceptables o inaceptables que domina la vida política –y que lo hace, usualmente, durante varias generaciones.

En la Argentina actual, no vivimos en un régimen político-constitucional inaugurado en 1853, 1949 o 1994 (momentos estricta o formalmente constitucionales de la Argentina moderna). En la Argentina de hoy seguimos viviendo en la matriz de sentido nacida en 1983. Que sigamos viviendo en esa matriz de sentido no quiere decir, de todos modos, que no haya habido o siga habiendo intentos frecuentes por cambiarla. A estos intentos Ackerman los llama “movimientos constitucionales” –movimientos que buscan el cambio de la identidad constitucional de una nación. El menemismo, con su intento de desarmar las marcas simbólicas del régimen –sobre todo las políticas de derechos humanos y las principales instituciones de la democracia redistributiva como son la regulación estatal del mercado, la jubilación pública o las empresas estatales de servicios–;

el kirchnerismo post 54%, con su sueño solo ocasionalmente explicitado de reforma constitucional y su incomprensible “vamos por todo”; y el macrismo, con su neo-mene-mismo purificado, liberado de sus elementos plebeyos, y su intento de terminar con la Argentina redistributiva y de Estado auto-limitado en su acción represiva, este último el legado máspreciado de las experiencias de la transición y del 2001; estos tres intentos de “reforma revolucionaria” de la matriz de sentido nacida en el 83’ fracasaron.

Luego de las elecciones del 27 de octubre, el dilema de Alberto Fernández es el siguiente: decidir si la interpretación que le da a su llegada al poder es la de profundizar o, a la inversa, abandonar el régimen político-constitucional nacido en el 83’. Hagamos un juego matemático: si el 54% de las elecciones presidenciales de 2011 y el 42% de las elecciones legislativas de 2017 llevaron al vamos por todo y luego a la derrota tanto al kirchnerismo tardío como al macrismo realmente existente, quizás el 48% de Alberto Fernández sea la justa medida para generar un gobierno que sepa que su sentido no es el de encabezar un nuevo movimiento constitucional sino el de dar cumplimiento a las promesas del 83’. En la democracia vigente no alcanza con que el Estado respete los derechos humanos y no reprima a la sociedad civil cuando ésta se manifiesta pacíficamente. En el régimen político-constitucional vigente, como se dijo en sus momentos fundacionales, es central también que todos sus miembros coman, se curen y se eduquen en igualdad.

El Estado Argentino, desde 1983, fue mayormente un Estado auto-limitado en su ejercicio de la violencia legítima. La excepción, quizás, se dio en diciembre de 2001 durante la crisis que llevó a la renuncia de Fernando De la Rúa. La violencia estatal desatada durante esos días, junto con otros acontecimientos de 2002, constituyeron la antesala de una de las decisiones de política pública más importantes en términos de matriz de sentido –es decir, de identidad político-constitucional– de la presidencia de Néstor Kirchner: en la Argentina el Estado democrático no debe reprimir la protesta social. Pero se dieron dos fenómenos asociados a esta decisión de política pública: 1) Por un lado, el Estado democrático, además de no reprimir a la sociedad civil también tiene que, al menos en el marco de la identidad constitucional nacida en el 83’, garantizar que en la Argentina “se coma, se cure y se eduque” y, como sabemos, esa es la mayor deuda del régimen nacido de la transición democrática. 2) Por otro lado, esta deuda, que además es creciente, generó una también creciente protesta social; protesta

social que hizo del Estado democrático no represivo un blanco cada vez más claro de la crítica pública y los anhelos de transformación de la identidad constitucional expresados por los sectores más acomodados de la sociedad civil.

Diría que en el entrelazamiento de estas dos dimensiones –un Estado auto-limitado en el ejercicio de la violencia legítima pero a su vez incapaz de asegurar un acceso universal a la canasta básica, la salud y la educación– está la clave del tipo de conflictividad que dominó la política argentina reciente. El Estado, cada vez más desfinanciado a partir de las crisis de deuda con las que comenzó a lidiar la democracia desde el gobierno de Alfonsín, fue haciéndose cada vez más incapaz de desarrollar el tipo de políticas públicas redistributivas que pudiera garantizar un acceso igualitario a la salud, la educación y la canasta básica de alimentos. Esta incapacidad llevó a un aumento de la protesta social que resultó efectiva en su objetivo de visibilizar la injusticia social resultante. Como en los noventa, esta combinación de crisis económica, protesta social y Estado auto-limitado reactivó el horizonte jerárquico y de mano dura ofrecido por el discurso característico del neoliberalismo global contemporáneo. Macri + Bullrich + Pichetto (sumado a último momento para ofrecer una pintura completa de la oferta política en cuestión) fue la verdadera ecuación del movimiento constitucional que fue/es el macrismo. Movimiento constitucional que no logró las mayorías amplias y sucesivas que se requieren para cambiar la identidad constitucional de una nación, pero que sí sacó un 40% de los votos en las elecciones presidenciales de 2019 y, por lo tanto, promete permanecer vigente como discurso social y disponible para futuras reactivaciones.

Por el lado de la fuerza política triunfante en estas elecciones, diría que la presencia de los significantes “Alfonsín” y “Néstor” en el discurso público de Alberto Fernández, junto con su explícita intención de desplazar el eje de la agenda de discusión de las crisis financieras recurrentes a la crisis permanente de un Estado democrático que no cumple aquello que promete –que en esta sociedad se debe curar, comer y educar en igualdad– parece augurar una clara toma de partido con relación a la conflictividad mencionada. Si la hipótesis interpretativa ofrecida en este texto es correcta –que la identidad constitucional vigente en la Argentina es la nacida en 1983– la tarea de Alberto Fernández parece clara: para que la promesa de un Estado autolimitado en su ejercicio de la violencia legítima no sucumba ante la arremetida neoliberal y etnonacionalista contra la

democracia, este Estado debe encontrar la manera de retomar el camino de una justicia social e igualitaria que ni el alfonsinismo ni el kirchnerismo lograron consolidar. Solo el éxito en ese objetivo pondrá límites a la amenaza jerárquica y disciplinadora que tanto el neoliberalismo como los etnonacionalismos globales siguen ofreciendo como remedio a la conflictividad democrática. La tarea es enorme pero entusiasma.



EL PROGRESAR y la apuesta por la educación superior como abordaje de las juventudes

PAULA ISACOVICH (CONICET-IESCODE-UNPAZ/ICA-UBA)
5 DE NOVIEMBRE DE 2019

Las políticas de juventud y el problema del trabajo

Las acciones estatales específicamente orientadas hacia la juventud adquirieron cierta continuidad entre fines de los años '80 y principio de la década de 1990.¹ Descontando políticas universales como la escuela, y asumiendo que la población joven está interpelada por políticas cuyos destinatarios no se definen en base a criterios etarios, lo que sostenemos es que desde entonces las políticas definidas en torno a problematizaciones

1 Sin duda existieron antecedentes de políticas orientadas a la población clasificada como joven. Por ejemplo, existieron políticas culturales y deportivas durante la última dictadura militar, las cuales operaron como dispositivos para regular usos del tiempo libre y mantener a los jóvenes alejados de la actividad política. Balardini, S. (2003). Políticas de juventud: conceptos y la experiencia argentina. En O. Dávila (ed.), *Políticas Públicas de juventud en América Latina: Políticas Nacionales*. Valparaíso: CIDPA Ediciones.

sobre la juventud se tornaron parte de la actividad permanente (lo que significa que no hayan sido una y otra vez reformuladas, discontinuadas y reemplazadas por otras). Esto ocurrió en forma paralela, y más o menos simultánea, con el avance de las mutaciones del trabajo y la estructura productiva que se produjeron como correlato del despliegue de políticas neoliberales. En otras palabras, el lugar de la juventud en la política pública se relaciona con la perspectiva incierta de ingreso al mercado de trabajo.²

Así planteado, el tema sigue vigente: la afluencia de nuevos trabajadores potenciales es permanente, por razones demográficas ligadas al ciclo vital y al modo en que socialmente se establecen –por medio de leyes y otras instituciones– expectativas sobre los modos de transitar, de vivir las edades, habilitando algunas en particular como períodos privilegiados para el “trabajo” y la “productividad”. Considerando esto, ante un futuro en el cual el trabajo, sus modalidades, sus condiciones, su accesibilidad, aparecen como interrogantes, esta afluencia es un problema: ¿Tendrán trabajo las nuevas generaciones? ¿En qué porcentajes? ¿En qué condiciones? ¿Qué herramientas serán necesarias para les jóvenes en ese mercado?

Pese a que vivimos desde entonces y a lo largo de más de 30 años tanto ciclos de deterioro profundo como así también otros de mejora significativa de las condiciones de vida de la población, el tema de la inserción laboral de los jóvenes, de los niveles de desempleo relativo en ese segmento de la población y, relacionadamente, de la pobreza juvenil, nunca más dejó de ser un problema agudo en comparación con la situación de los adultos. Los datos difundidos recientemente por el INDEC reafirman algo que hemos visto en distintos contextos: si la pobreza alcanzó el 35,4% en el primer semestre de 2019, considerando a los jóvenes de 15 a 29 años la cifra de pobres asciende a 42,3% (de los cuales, 9,4% indigentes). Esto indica que persiste la juvenalización de la pobreza, al tiempo que los datos de desocupación para el segundo trimestre también refuerzan esta mirada:³ del 10,6% que alcanzó la desocupación para el segundo trimestre de este año, más de la mitad son jóvenes de hasta

2 Chaves, M. (2010). *Jóvenes, territorios, complicidades. Una etnografía de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

3 Fuente: INDEC, https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/mercado_trabajo_eph_2trim19ED-75D3E4D2.pdf

29 años, en tanto que si miramos el empleo, del 42,6% de la población de aglomerados urbanos que está empleada, apenas el 9.7% está conformado por este grupo etario.

En sintonía con estos procesos, las políticas de juventud tienen, desde hace 30 años, la cuestión del trabajo como un asunto prioritario, con cierto foco en les desocupades. Amparadas en diagnósticos que señalaron la “escasa empleabilidad juvenil” o bien en retóricas que promovieron el “derecho a la educación”, entre otros enfoques divergentes, primaron las políticas educativas como modos de preparación para una futura inserción laboral, y también de promoción de la (incierto) movilidad social ascendente. Se subsumen aquí, por razones de espacio, modalidades tan diversas como cursos cortos de oficios o de ambientación laboral, pasantías, políticas de fortalecimiento de la escolarización, entre otras. ¿Y dónde estamos hoy? En otras palabras: ¿qué posibilidades encuentran les jóvenes cuando buscan (y no consiguen hallar) un trabajo?

Historicidades y nuevas condiciones en torno al “derecho” a la educación

Para entender dónde estamos, mencionaré brevemente algunas trazas de historicidad que configuran el presente de las políticas e instituciones que intervienen, de modos diversos, con relación al problema del trabajo juvenil.

Por un lado, la juventud argentina es heredera de un proceso de expansión de la matrícula en los distintos niveles educativos y de los años de escolarización promedio de la sociedad argentina, que atravesó todo el siglo XX. Ese proceso fue impulsado por políticas estatales entre las cuales podemos destacar hitos tales como la Ley N° 1420, de 1884. Un siglo más tarde, el foco de las políticas se orientó al nivel secundario con la eliminación de los exámenes de ingreso a la escuela media en 1985.⁴ En los últimos treinta años, dicha expansión fue impulsada por distintas políticas, entre las cuales se destaca la Ley nacional N° 26260, que estableció en 2006 la obligatoriedad del nivel

⁴ La población que asistió a la secundaria se multiplicó por 100 en 85 años, pasando de menos de 25.000 estudiantes a nivel nacional en 1914 a más de 2.500.000 para el final del siglo. Si consideramos que en el mismo período la población total argentina se multiplicó por 5, vemos que la incidencia del nivel secundario sobre la población argentina creció un 22% (del 0,3% de la población al 6,9%). Miranda, A. (2006). Desigualdad educativa e inserción laboral segmentada de los jóvenes en la Argentina contemporánea. *Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

secundario, y el Plan FINES, de terminalidad educativa, que alcanzó entre 2008 y 2014 les 500.000 egresados, entre ellos numerosos jóvenes que adeudaban materias del nivel secundario. Junto a las políticas, lo que evidencian esos datos es una importante adhesión de la población argentina a la educación como vía de inscripción social, de apuesta a la movilidad social ascendente, etc.

La apuesta educativa de la población y de las políticas, también halla espacio en lo que Sandra Carli⁵ denomina la “tradicción plebeya” de las universidades argentinas, en tanto proceso de ampliación del acceso de sectores medios y obreros a la educación superior. Ese proceso tuvo un hito determinante en el decreto por el cual J.D. Perón estableció su gratuidad en 1949, y luego se articuló con otras medidas como la eliminación de cupos y exámenes de ingreso en diferentes momentos del siglo XX. Aun cuando la Ley de Educación Superior de 1995 habilitó el arancelamiento, la tradición de gratuidad prevalece hasta el momento. Si bien este punto de la Ley fue reformado en 2015, la gratuidad reestablecida se ve periódicamente amenazada por discursos que sostienen que se trata de un gasto superfluo, una forma de transferencia regresiva de ingresos hacia los sectores más acomodados y que en cambio los sectores más postergados no estarían accediendo a la universidad, algo que desmienten distintas investigaciones.⁶ De esta manera, y de acuerdo con datos de la Secretaría de Políticas Universitarias, los estudiantes de ese nivel pasaron de 1.586.520 en 2006 a 1.938.419 en 2016, lo que representa un incremento del 22% en 10 años. De ellos, el 50,4 % tienen hasta 24 años, el 25,2% son mayores de 30 años y el 57,6% son mujeres.

La extensión que alcanza la matrícula universitaria se hizo posible, en parte, por la creación de nuevas universidades. Si bien este proceso sucedió en distintos momentos a lo largo del siglo XX, resulta significativa la fundación de 17 universidades nacionales entre 2005 y 2015. La relevancia de estas instituciones se dimensiona mejor considerando

5 Carli, S. (2012). *El estudiante universitario. Hacia una historia del presente de la educación pública*. Buenos Aires: Siglo XXI.

6 Por ejemplo, Suasnábar y Rovelli publican que entre 2004 y 2012 el porcentaje de estudiantes de entre 18 y 30 años pertenecientes a los dos quintiles más bajos de ingresos se elevó del 29,13% al 36,18%. El incremento para el primer quintil va del 10,76% en 2004 al 15,62% en 2012. Suasnábar, C. y Rovelli, L. I. (2016). Ampliaciones y desigualdades en el acceso y egreso de estudiantes a la Educación Superior en la Argentina. *Pro-Posições*, 27(3) (pp. 81-104).

que existen hoy 57 de dependencia nacional, que apenas 10 existían en 1970 y que las 17 más recientes se crearon en territorios de escaso desarrollo socio productivo y de infraestructura, los cuales no contaban con instituciones de ese nivel (en un contexto de incremento del presupuesto estatal destinado a la educación superior que entre 2006 y 2012 pasó del 0.61% al 1% del Producto Bruto Interno).

La creación de estas instituciones recientes abreva en dos retóricas: por un lado, la del “desarrollo”;⁷ por otro lado, la del “derecho a la educación superior” declarado por la II Conferencia Regional de Educación Superior de 2008 y ratificado por la III de 2018. Ahora bien, como ha estudiado extensamente la antropología política, las declaraciones de derechos, aun su sanción legal, no es nunca condición suficiente para su concreción material. En cambio, esta puede requerir una acción política que, en este caso, no acaba con la creación de universidades, ni con el acceso inicial de los estudiantes. Por ello, la creación de nuevas universidades se complementa con políticas específicamente orientadas a la “inclusión académica”, tales como becas y dispositivos pedagógicos. Tanto unos como otros son implementados en distintas universidades que organizan cursos de introducción a la vida universitaria; tutorías para el apoyo en el estudio y la preparación de exámenes;⁸ cursos complementarios optativos de lectoescritura académica y de expresión oral, y también becas de apoyo económico para sus estudiantes. Y no es que por ello quede resuelta la tensión entre el derecho y la dinámica cotidiana en las aulas y pasillos universitarios, pero sin duda hace a las condiciones de posibilidad del ejercicio de “derechos”.

En otro orden, las transformaciones estructurales de la economía y la sociedad argentinas, y el despliegue de políticas educativas orientadas a la juventud, también se cruzan de otros modos que hacen a la comprensión de dónde estamos hoy, como veremos a continuación.

7 En distintos momentos de la historia argentina, las universidades constituyeron instituciones asociadas a proyectos de desarrollo económico por vía de la formación de trabajadores altamente calificados, o bien de la investigación científica de base y de aplicación tecnológica, y también desde los años '70 ligadas al impulso del desarrollo local, a partir del polémico Plan Taquini. Mendonca, M. (2015). La creación de nuevas universidades nacionales en la década de los años setenta. *Perfiles Educativos*, XXXVII(150), IISUE-UNAM (pp. 171-187).

8 Petrelli, L. (2019). *Nuevas universidades, ¿nuevos puestos de trabajo? Sobre el trabajo de tutores y tutoras en la Universidad Nacional de José C. Paz*. (Ponencia). II Jornada de Estudios del Trabajo en la Región Noroeste del Conurbano Bonaerense. José C. Paz, junio de 2019.

Universidades y políticas sociales: nuevas interpelaciones para los jóvenes y retorno al “estímulo académico”

Entre el conjunto de políticas que acompañan el tránsito de los estudiantes en las universidades, existe una que se destaca una por la magnitud que alcanzó desde su creación, pero también por algunas novedades que trajo al universo de políticas de juventud: me refiero al Programa de Respaldo a Estudiantes de Argentina (más conocido por su sigla PROGRESAR).

El Programa fue creado en el año 2014 como una transferencia de dinero fijo mensual a estudiantes de entre 18 y 24 años que no trabajaban o no alcanzaban el salario mínimo (ni ellos ni su grupo familiar). La condición principal para participar del programa era, junto con los criterios de edad e ingresos, estar estudiando, ya fuera la escolaridad obligatoria o bien alguna modalidad de educación superior. Durante aquel primer año se inscribieron 861.280 jóvenes de todo el país.⁹

El Programa PROGRESAR presentó una interesante singularidad respecto de otras políticas orientadas a la población joven y proveniente de hogares de bajos ingresos. Mientras que éstas, en su mayoría, constituyeron a los jóvenes y más ampliamente a los sectores populares en objeto de intervenciones a través de los territorios-barrios o del espacio laboral, el PROGRESAR orientó la inclusión de los jóvenes sin empleo, con ocupaciones precarias, estructuralmente empobrecidos, hacia espacios que en otros contextos históricos no habían sido pensados para ellos: las universidades. Y a diferencia de las becas internas promovidas y financiadas por las mismas casas de estudios, y también de las becas nacionales que existían desde mediados de los años '90, no solamente convocó a quienes ya estaban estudiando al momento de inscribirse en el programa, sino que también operó como una invitación a embarcarse en estudios superiores. Dependiente originalmente de la ANSES, esta invitación llegaba directamente a usuarios de otras políticas sociales (los jóvenes, sus familiares). De esta manera, el PROGRESAR contribuyó a reunir a la población joven en un mismo ámbito, evitando las

9 Calero, A. (2015). *Juventud y desigualdad multidimensional. Cuaderno de Trabajo N° 8*. Buenos Aires: Ministerio de Economía de la Nación.

distinciones de acuerdo a situaciones socioeconómicas de los hogares familiares, muy habituales en políticas orientadas a este segmento.¹⁰

Durante los años de la gestión Macri el PROGRESAR continuó, aun cuando pueda estar notablemente devaluado su valor monetario y reducida la cantidad de usuarios. Pero en 2018, por medio del Decreto N° 90, se modificó en forma sustantiva el programa: entre los múltiples cambios, se añadieron requisitos de rendimiento académico así como montos diferenciados para la percepción mensual de acuerdo al nivel educativo, la carrera elegida y la cantidad de materias aprobadas. Esto sucedió al tiempo que las distintas becas para estudiantes que otorgaba la Secretaría de Políticas Universitarias quedaron subsumidas en un único programa (segmentado) denominado Becas PROGRESAR.

De conjunto, las modificaciones desvirtuaron profundamente el programa: una política de promoción del derecho a la educación derivó en una beca de estímulo al desempeño académico, con ribetes excluyentes para quienes no alcanzaran a asentar su mérito. Desde entonces, quienes no cumplieron con más del 50% de las asignaturas previstas anualmente para el plan de estudios quedaron limitados a percibir apenas un 30% del exiguuo valor de la beca.

La mejor política social es la política económica

Como mostraron importantes investigaciones en nuestro país, las políticas sociales cobraron centralidad en los modos de integración social y de regulación estatal para sectores muy amplios de la población desde que el desempleo y las desregulaciones del trabajo se expandieron en los años '90.¹¹ La frase de cuño conservador no apunta aquí a desvalorizar las políticas sociales, pero sí advierte que debemos volver a mirarlas en marcos de procesos más amplios.

10 La distinción estuvo presente históricamente en políticas de juventud y también de adolescencia que desde áreas diferenciadas de gobierno interpelaban a los jóvenes de acuerdo a problemáticas asociadas a condiciones de vida ligadas a posicionamientos de clase. A modo de ejemplo, en distintas ciudades, las Direcciones de Juventud ofrecen programas de “conductor responsable” orientados a quienes asisten en autos particulares a sus salidas nocturnas, en tanto que desde áreas de Desarrollo Social se promueven programas de prevención del delito juvenil.

11 Manzano, V. (2013). *La política en movimiento. Movilizaciones colectivas y políticas estatales en la vida del Gran Buenos Aires*. Rosario: Prohistoria.

Así como esta centralidad se hace notable para quien preste atención a la vida en un barrio popular, la investigación y la docencia en la Universidad Nacional de José C. Paz me han permitido advertir una presencia significativa de estudiantes que son o han sido beneficiarios de políticas sociales como subsidios de desempleo, programas alimentarios y otros. Algunas de ellas acreditaban estudios universitarios como contraprestación para percibir un programa de transferencia condicionada de ingresos como por ejemplo el otrora denominado “Ellas hacen”, que promovía la conformación de cooperativas de mujeres.

En el marco de la “tradición plebeya”, estas presencias muestran un carácter cambiante de los sectores populares que acceden a la universidad, concordante con las mutaciones del trabajo y del capitalismo referidas al inicio: si en otros contextos históricos accedieron a estudiar los hijos e hijas de migrantes que trabajaban como obreros industriales, ahora son beneficiarios de planes sociales y trabajadores de los rubros menos prestigiados de la escala (como el servicio doméstico o el comercio informal) quienes se incorporan. En ese sentido, muestran que la creación de nuevas universidades dio lugar a la incorporación de sectores que tal vez no veían a estas instituciones como un horizonte posible, que –en palabras de una graduada de la Universidad Nacional de José C. Paz– ni soñaban con llegar a la Universidad, hasta que la universidad llegó al municipio.

No obstante, estos procesos posiblemente no alcancen para generar los espacios necesarios para la inserción laboral de los estudiantes, más allá de si logran sostener sus estudios de grado, si los discontinúan, si una beca apoya esa continuidad, si es onerosa o exigua, o si no hay beca. Como han sostenido investigaciones en distintos niveles educativos, la educación no es suficiente para generar puestos de trabajo, pese a lo que las retóricas del emprendedurismo (individual) insinúan con ejemplos edulcorados: que (sólo) es cuestión de esfuerzo.

En cambio, las universidades son espacios donde se alcanzan o revelan sueños. Los estudiantes descubren allí lecturas, circuitos profesionales, hábitos, lenguajes, amistades que algunos ni imaginaban. Los relatos en primera persona que circularon con intensidad en redes sociales cuando la gobernadora bonaerense afirmó que “nadie que nace en la pobreza llega a la universidad”, expresan de manera notable el orgullo que con el que estudiantes y trabajadores (docentes y no docentes) de universidades del Conurbano defendieron estas casas y los recorridos que allí realizan.

Además, las universidades pueden ser también usinas de conocimiento e innovación, y en ese sentido, motores del desarrollo. Con esa perspectiva, reforzar el derecho de los jóvenes (y por qué no adultos) a sostener sus estudios superiores sin depender (tanto) del acceso al trabajo remunerado en ese lapso, es una apuesta a multiplicar la formación pero también la producción de conocimiento, la preparación para el futuro pero también la creatividad en tiempo presente. Y en ese sentido, el PROGRESAR (revisado y revaluado) y nuestras universidades, constituyen puntos de partida para soñar.



Dolor y gloria

El último primer día orgulloso (UPD) de la era Macri

ADRIÁN MELO (UBA)
7 DE NOVIEMBRE DE 2019

El día orgulloso de los muertos

Fue la última marcha del orgullo de la primera –y espero que sea la única– era macrista. Y no pudo dejar de reflejar ciertas contradicciones: la de una época que no se termina de morir y la de otra que recién empieza a nacer.

Fue la marcha más alegre y multitudinaria de al menos los cuatro últimos años. Llena de consignas tales como “‘La patria es el otro’, dijo, y me conquistó”; de efigies de Evita y Cristina besándose lésbicamente, a lengua limpia; de vehículos que decían pertenecer a

una Agencia de Transportes llamada Néstor y de tantos otros lemas que daban cuenta de que efectivamente el poder k había cumplido su promesa de volver (“¡A volver, a volver, vamos a volver!”) aunque de manera diferente; también de dibujos de Alberto con los labios pintados y la consigna: “Alberto presidenta” y la presencia de su hijo, Ezequiel, desfilando como *Drag Queen* en el primer camión de la caravana para dar cuenta de los tiempos que corren y de nuevos actores sociales protagonistas. Una marcha apoyada desde las redes sociales por el presidente electo que parafraseando en un mismo movimiento al Carlos Jáuregui a los ochenta, las consignas del Frente de Liberación Homosexual de los setenta y aggiornándose a los tiempos actuales con el uso del lenguaje inclusivo escribió: “En una sociedad que nos educó para la vergüenza, ser libres es la mejor respuesta. Vamos a construir una Argentina con más derechos, en la que reinen el amor y la igualdad. Vamos a construir una Argentina para todos, todas y todes”, con un hijo de presidente marchando con nosotros. Una marcha que en cuanto a cantidad de gente y de intensidad de sentimientos de efervescencia evocaban aquellas del 2009, 2010 y 2011, previos o en el marco de la Sanción de la Ley de Matrimonio igualitario y de la Ley de Igualdad de Género. Y que junto con el orgullo que es la contrapartida de la vergüenza flotaba en el aire una gozosa esperanza de recuperar y expandir derechos.

Pero claro que quedan huellas, cicatrices abiertas de heridas demasiado recientes que dejan marcas o expandían un cono de sombra en la manifestación. Por empezar, parece casi una paradoja que se celebrara el día del orgullo en la misma fecha que la de la Conmemoración de los Fieles Difuntos. Tampoco se sabe a qué caprichosa estrategia política obedeció la decisión del gobierno de la ciudad de Buenos Aires de que ese mismo día sea también la Noche de los Museos, que se puede convenir, también está relacionado con la conmemoración de los muertos. ¿Un mensaje siniestro? En todo caso, si la decisión política tenía un sentido subliminar hasta semánticamente les salió el tiro por la culata.

En primer lugar, porque quedo claro como en aquella película de Edgardo Cozarinsky, *Ronda Nocturna*, que transcurre la noche de un 2 de noviembre, los muertos regresan justamente ese día y están más vivos que nunca, conviven y hasta copulan salvajemente con los vivos (la escena de sexo entre el protagonista interpretado por Gonzalo Heredia y el personaje difunto interpretado por Rafael Ferro hizo las delicias onanistas de más una generación).

La referencia a *Ronda Nocturna* no es casual: porque sucede en el contexto de los escombros y las ruinas que dejó la alargada noche década del menemato. Y otra vez volvemos de la noche neoconservadora. Nadie como Cozarinsky conjugó una historia de cierto realismo mágico con escenas de prostitución masculina, pobreza, marginalidad y basurales hijos de la ciudad neoliberal filmadas con la cruda, escabrosa y necesaria realidad de una cámara desnuda casi obscena. Y Cozarinsky ya alertaba profética, benjaminiana en ese ahora lejano y tan cercano 2005: los muertos que deja el neoliberalismo vuelven de manera mesiánica a cobrar sus cuentas y deudas con el Estado y con aquellos ciudadanos que se alejan de las políticas de cuidado en el nombre del mercado.

Creo particularmente que gran parte de la felicidad que alimentó la 28ª y gloriosa Marcha del orgullo estuvo teñida también de la bronca y el dolor por las, les y los muertos que estoy seguro que esa tarde y noche salieron a la calle. Porque pasamos de lemas tales como “¡Ley de identidad género ya!” (2011) o “Educación sexual igualitaria, libre y laica” (2013), a pedir en los últimos años el derecho y la garantía más básica: que no nos maten o que nos den los medicamentos para no morir. “Basta de femicidios a travestis, transexuales y transgéneros. Basta de violencia institucional. Orgullo para defender los derechos conquistados” fue el lema consensuado por las organizaciones de las diversidades sexuales en 2017 y “Por un país sin violencia institucional ni religiosa. Basta de crímenes de odio”, la de este año. El 2019 tuvo la particularidad de tener además veintiún subconsignas –que también hablan de las desintegraciones que producen los neoliberales– entre las que cabe destacar “Nuestros besos no son un delito”, en alusión por supuesto a Mariana Gómez, llevada violentamente a una comisaría, vejada, humillada en octubre de 2017, y posteriormente acusada y procesada por besar a su esposa Rocío Girat en Plaza Constitución bajo el subterfugio de “desacato a la autoridad y lesiones leves”; “Basta de genocidio trans/ travesti” (se registraron 147 crímenes de odio según el Observatorio Nacional de Crímenes de Odio LGBT de la Defensoría del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires en articulación con la Federación Argentina LGBT. Once mujeres trans y seis varones cis gay fueron asesinadxs, mientras que 43 mujeres trans murieron por ausencia y/o abandono estatal, entre tantas otras situaciones). Y la tragedia más reciente hace menos de una semana: el brutal asesinato a golpes y puñaladas de Walter Chirino por haberle dicho “qué lindo que sos” a un joven machirulo. A ello hay que

sumarle la exposición a la violencia física y verbal fomentada por los Estados neoliberales como la sufrida por David Palomino agredido en el baño del local del McDonalds de 9 de Julio y Corrientes, en julio de este año. Por los muertos, por las víctimas que siguen vivas y por todes celebro que este año la marcha haya caído 2 de noviembre.

Quizás por ello, desde una de las carrozas agitaba sus brazos y arengaba a la multitud una travesti caracterizada como Eva Perón. Pero no la Eva Perón de las joyas, las pieles y las aigrettes. Sino más bien la Eva Perón travestida de Copi o mejor aún, la Evita vive del cuento de Néstor Perlongher, aquella que regresaba de entre los muertos con ropas deslucidas pero más radical que nunca. Aquella Eva que lejos de entregar frazadas y máquinas de coser, entregaba lotes de porro para los pobres para que no sufrieran una pálida más (otra de las subconsignas reclamaba “Legalización del autocultivo y consumo de marihuana”). Aquella Evita del lumpen proletariado, reventada, semidesnuda, con las manchas del cáncer o del sarcoma de Kaposi, con el rodete desprolijo de tanto agacharse y chupar miembros de negros y marineros, la que regalaba chongos para sus queridas maricas, la que sobaba y se dejaba sobar hasta la extenuación.

La orgullosa noche de los museos

Los museos tienen la extraña costumbre albergar momias, obras artísticas u objetos de muertos. Como escribió Borges en su cuento *El encuentro* “las cosas viven más que las personas”. De esa idea nace una tradición cinematográfica y literaria que resucita a los objetos y a los dueños muertos de esos objetos en esos espacios destinados a homenajearlos, a resucitarlos y no a sumergirlos en el bronce del olvido. Lo que hace a una verdadera noche de los museos es sin dudas resucitar muertos y fantasmas.

Detrás de la decisión del gobierno de la ciudad de Buenos Aires de hacer coincidir la fecha con el evento no habita claramente este espíritu. Casi, casi me recuerda al último gobierno militar cuando hizo coincidir la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en 1979 con el festejo del triunfo de la Selección Juvenil Mundial de Fútbol para que taparan con sus gritos de alegría los reclamos de los familiares de desaparecidos. Si es así, no puedo dejar de albergar cierto orgullo porque en algún punto

nos temen. Evidentemente si los gobiernos neoconservadores basan sus campañas (Bolsonaro es el caso paradigmático) o insisten en lanzar discursos contra las sexualidades diversas a la heteronormatividad, la llamada “ideología de género” o la Educación Sexual Integran es porque aún tienen elementos desestabilizadores. Todavía las sexualidades disidentes molestan al capital, conservan un espíritu subversivo.

El mismo temor evidentemente anidó en el gobierno nacional cuando por primera vez en la historia de las marchas del orgullo y aduciendo problemas burocráticos negó el escenario en Plaza Congreso para el cierre final y tuvo que improvisarse un escenario en Plaza de Mayo –lugar desde donde parte la Marcha– cedido por el Gobierno de la ciudad.

El escenario en el Congreso es el lugar físico y simbólico de reclamo de derechos, de confluencia del desfile, de los camiones y las carrozas y telón de fondo donde se sucede el discurso de las diferentes organizaciones y algunos rituales que ya son tradición como los escraches a silbido limpio contra los personajes homofóbicos del año, el “Beso a beso” que al son de la canción homónima del cantante cuartetero La Mona Jiménez emula a la liturgia cristiana pero reemplaza el beso de la paz entre hermanos por el beso libidinoso del deseo y finalmente el cierre musical cuando empieza a caer el sol. Es evidente que en la primera marcha masiva tras la derrota electoral macrista, el narcisismo presidencial no hubiera podido resistir los discursos políticos pero sobre todo la furia desatada frente a un presidente derrotado, y creo en particular que el presidente Macri no hubiese soportado los efectos de un ritual que recurrentemente lo tiene como uno de sus protagonistas: el de los abucheos, silbidos y escraches por ser personaje público destacado por dichos o hechos homofóbicos. Por otra parte, tampoco parecía deseable el cierre musical previsto para la Banda *Sudor Marika* que este año desde su cántico devenido en hit, popular y carnavalesco puso en vilo y cuestionó la hegemonía del Jefe de Gobierno, Horacio Larreta, el último bastión del poder macrista (“Macri ya fue/ Vidal ya fue/ Si vos querés Larreta también”).

Es casi lógico que frente a ese *status quo* Larreta haya optado por refugiarse en la estrategia política que le ha resultado más efectiva y que mejor le salió en sus años de gestión: la *Noche de los Museos* es una oportunidad más para lucir esa mezcla de cultura disfrazada de *fashion* tan propia del macrismo, de luces ciudadinas desprovistas de ideología, de jóvenes bellezas de sectores populares sacrificándose en espectáculos peligrosos (como aquel

que los hacía caminar por cables a altas alturas en la inauguración de la calle Corrientes peatonal) en los altares del neocapitalismo. No quiero soslayar la importancia cultural de algunas actividades de la Noche de los Museos, ni el prestigio de algunas performances y artistas involucras sino el hecho de que aparecen vacías sin una política cultural coherente y continua y van de la mano de la baja significativa del porcentaje del PBI destinado a educación y a cultura y por consiguiente a otras ofertas culturales diversas, capacitaciones, salario docente y el cierre de salas de salas teatrales y cinematográficas.

Sin escenario y sin alfabeto

Fue la primera Marcha del Orgullo en la cual la comisión organizadora retiró las letras LGBTIQ, debido a que se suman otras expresiones, con nuevas formas de vivir la sexualidad, más amplias y que no ajustan estrictamente a modelos identitarios. Las nuevas formas de amar y sentir exceden las posibilidades que habilita el alfabeto para fijar iniciales. “Orgullosamente bisexuales y pansexuales”, era otra de las subconsignas acordadas. En el mismo sentido, dos chicas portaban un cartel como estandarte que decía “Mi mamá decía que comiera de todo y terminé bisexual”.

Hay una particularidad que distingue a la Marcha del Orgullo de Buenos Aires de las marchas de orgullo europeas: no hay demasiada ostentación de lujo, de lo *cool* o de los músculos. Es una fiesta más bien pero no únicamente de sectores populares. Es una fiesta carnavalesca sin dudas, no solo por las máscaras y los disfraces, los más ingeniosos los lucidos por trans y travestis sino también por el erotismo que se respira en el aire. Es como en el carnaval el tiempo en que la carne vale y la carne parece recuperar ciertos aspectos subversivos de los aires de del '68, ciertos sueños nunca cumplidos en donde la revolución sexual y social iban a ir de la mano y que se rebelan en las consignas ya no pintadas en las paredes sino en cárteles y más frecuentemente en los cuerpos. Hay un retorno fugaz a esa época en donde parecía que merced a Reich y a Marcuse, Freud copularía con Marx. Hay algo también de 17 de octubre, de pies de obreras y obreros devenidos en putas, putos y lesbianas en la fuente, de travas, de putos peronistas.

Hay algunos efebos musculosos y no soy de los que reniegan de este estereotipo. Las que en el argot se suelen denominar “musculocas” se opusieron en algún momento histórico al tipo ideal construido socialmente del marica flaco, enfermizo y sin posibilidad física e hicieron su contribución en la expansión de derechos. Sus torsos desnudos y sus formas de belleza clásica remiten a cierto ideal estético y a cierto objeto de deseo del que no me interesa renegar sino sumar. Algunos de ellos se inscriben en las prácticas del sadomasoquismo, adhiriendo casi sin saber a otra de las subconsignas que hubiera sido el orgullo redentor de Michel Foucault: “El BDSM y las prácticas sexuales alternativas no son violentas”.

Sergio Maulen, Titular de la Dirección de Sida, Hepatitis y Tuberculosis hasta septiembre del 2018 en que se vio obligado a renunciar por los recortes que no aseguraba la medicación a los pacientes infectados por HIV me refirió otra de las particularidades de esta marcha: fue intensamente joven. Él, como yo, en esta verdadera marea de gente, paraguas multicolor, *selfies*, no encontró como en otras ocasiones gente conocida sino mucha gente joven. Nuevas generaciones a lo que yo sumaría también el aporte de viejas generaciones: abuelos, padres, madres que acompañaron a sus hijos o que, quizás, como el padre del bello y joven adolescente protagonista de la novela de André Aciman devenida en película, *Llamame por tu nombre*, no se atrevió a vivir en su momento esos deseos que la sociedad suele considerar impuros, prohibidos, pecados o anormales.

Después de la peste

Sin afán de reduccionismos históricos ni de pesimismo apresurado, siempre suelo evocar que a períodos de conquista de expansión de derechos le sucedieron épocas nefastas. A la Alemania de la República de Weimar con sus cabarets masculinos, los rubios esplendorosos al alcance de la mano, el pansexualismo de los obreros y de las obreras y las luchas militantes que estuvieron a un paso de abolir el parágrafo 175 que condenaba la homosexualidad le siguió la noche del nazismo con la triste caravana de los hombres que portaban cosidos en sus pechos el triángulo rosa en los campos de concentración. Ningún derecho está conquistado de una vez y para siempre y las conquistas –en materia de derechos sexuales, laborales, sociales, culturales– precisan de la constante militancia para su sostenimiento y expansión.

Ante tanta alegría desatada, tanto desborde de encuentros, abrazos, afectos, deseos, brillantina, colores y alas de mariposas ante el fin de una época poco dichosa recordaba dos fragmentos culminantes de la genial novela de Albert Camus, *La peste*, una feliz y la otra más precavida: “Por lo menos un recuerdo de la injusticia y de la violencia [...] y para decir algo que simplemente se aprende en medio de las plagas: que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio”.¹

Y la segunda: “Oyendo los gritos de alegría que subían de la ciudad, Rieux tenía presente que esta alegría esta siempre amenazada. Pues él sabía que esta muchedumbre dichosa ignoraba lo que se puede leer en los libros, que el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenios dormido en los muebles, en la ropa, que espera pacientemente en las alcobas, en las bodegas, en las valijas, los pañuelos y los papeles, y que puede llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las mande a morir en una ciudad dichosa”.²

Agradezco la colaboración y la discusión de ideas para la formulación de este artículo a Darío Cortés.

1 Camus, A. (2010). *La peste*. Buenos Aires: Sudamericana DeBolsillo, p. 254.

2 Íbidem, p. 255.



La Revuelta

RODRIGO KARMY BOLTON (UNIVERSIDAD DE CHILE)
9 DE NOVIEMBRE DE 2019

Uno de los primeros días de protestas me encontré a las 11 de la mañana en Plaza Italia. Fui a la marcha convocada para las 14 hrs, pero decidí llegar antes para palpar la atmósfera. Después de todo, la política es siempre un asunto de medios, un problema atmosférico. Comencé a caminar desde Plaza Italia en dirección a la cordillera, esto es, hacia estación Salvador y el panorama era el de escombros después de la batalla. El día domingo hubo una gran manifestación y por la noche –en plena declaración de toque de queda– las protestas continuaron. El ácido olor a lacrimógena recorría el camino y quemaba la piel; el plástico quemado penetraba de vez en cuando entre la ruina urbana. Algunos locales incendiados, otros intactos: el Centro Cultura Gabriela Mistral (GAM) intacto, la sucursal del Kentucky Fried Chicken quemada; el teatro de la Universidad de Chile intacto, la sucursal del Banco de Chile quemada enteramente.

La violencia popular no es una “violencia hobbesiana”¹ sino una violencia que interrumpe la simbología capitalista. No se trata de “vándalos” que simplemente arrasan con todo lo que tocan, sino de movimientos *moleculares* que, la mayoría de las veces, dirigen su furia contra los signos del poder. Eso no quita, por cierto, que una vez avanzada la revuelta, varias bandas delincuenciales penetren el fragor popular para progresivamente restituir el valor de cambio desde su interior inoculando economía lo que la revuelta ha *aneconomizado*. Justamente: toda revuelta *va a pérdida*. La *aneconomía* de la revuelta interrumpe el flujo “normal” del capital de un país, las instituciones dejan de funcionar, la temporalidad se suspende fuertemente: el trastocamiento de la realidad –necesario elixir de la revuelta– es el signo de que un pueblo ha irrumpido como revuelta.

Porque ninguna revuelta lleva consigo el signo de pureza. Es “sucía”, transida de mezclas que asoman en la suspensión del tiempo histórico que ella misma ha abierto. Toda revuelta lucha contra sus propias fuerzas centrífugas, porque su potencia se mide en la capacidad de destituir la violencia soberana que, sin embargo, intenta capturarlo. Por eso, una revuelta ha de poner en juego una relación intempestiva con el presente. Jamás calza consigo misma pues difiere tormentosamente respecto de sí. No podemos exigirle “pureza” e “higiene” a la revuelta porque toda dinámica orientada a la “limpieza” o “purificación” sintomatiza el triunfo de la violencia sacrificial o soberana que la revuelta destituye. Es el sacrificio el que purifica, el sacrificio el que limpia el mundo para asesinar a mansalva a los “chivos” que cristalizan el mal sobre la tierra.

Es precisamente el sacrificio el arma de toda política reaccionaria que espera como una sombra al interior de toda fórmula estatal: “ningún pueblo ha dudado de que hubiera en la efusión de la sangre una virtud expiatoria”.² –escribía Joseph De Maistre en su *Tratado sobre los sacrificios*. Justamente la violencia de la revuelta depone la dinámica sacrificial, porque en ella se juega la potencia martiriológica, esto es, aquella que sella sin sangre la revocación de toda soberanía:³ “Una ejecución política –cierta Paul W. Kahn– leída como

1 Brunner, J. J. (2019). *Democracia, violencia y perspectivas futuras*. En <https://ellibero.cl/opinion/jose-joaquin-brunner-democracia-violencia-y-perspectivas-futuras/>

2 De Maistre, J. (2009). *Tratado sobre los sacrificios*. México: Sexto Piso (pp. 24-25).

3 Benjamin, W. (2018). *Para una crítica de la violencia*. En P. Oyarzún, C. Pérez López y F. Rodríguez (eds.), *Letal e incruenta*. Santiago de Chile: LOM.

un acto de martirio proclama la debilidad no la fuerza del Estado". Ello, porque el martirio amenaza con: "exponer al Estado y su pretensión de autoridad como una nada".⁴ La violencia popular es martiriológica en este sentido: su potencia destituye la violencia soberana exponiendo su "debilidad" y disolviendo su "pretensión de autoridad como una nada".

No destruye, sino destituye; no instauro sino revoca. Quiebra al sujeto supuesto saber que ha erigido al discurso y lo hace caer como una máscara al que sólo queda ejercer la violencia sacrificial para restituir el orden. Todos los llamados del gobierno y de alguno que otro actor político al "diálogo" parten de la ficción sacrificial, en cuya totalidad los agentes en conflicto se resuelven en un mismo equivalente general: la vida de los policías resultan tan "víctimas" de la violencia como la de los ciudadanos que han caído bajo la bala militar o el cacerío policial. El discurso del gobierno es sacrificial precisamente en el instante en que condena la violencia "venga de donde venga". Ello le erige a ejercer la violencia mayor de todas —la violencia soberana precisamente— que es tal porque puede aplastar a todas las otras violencias que considera simplemente sectoriales.

Pero el paradigma sacrificial enarbolado por el discurso estatal restituye, a su vez, al capital, en la medida que restituye la codificación equivalencial que permite "conciliar" en una misma unidad a la violencia estatal con la revuelta desgarrada por una ciudadanía despojada. El mártir quiebra al sacrificio en la misma medida que expone su "nada". ¿Podríamos decir que la noción de soberanía otrora propuesta por el filósofo Georges Bataille es la de una soberanía verdadera y propiamente martiriológica por cuanto implosiona en el instante en que se ejerce? Y si esto es así ¿no sería la concepción schmittiana de la soberanía una que no ha asumido la radicalidad de su concepto, que no estuvo jamás a la altura de lo que proclama?

En cualquier caso, el término "martirio" ha gozado de mala prensa porque, desde mi punto de vista, siempre ha sido concebido bajo el aura sacrificial o, lo que es igual, siempre ha sido representado desde el punto de vista de los "vencedores" que se apropiaron de su concepto para capitalizarlo en función de la restitución del orden. Sirviéndome de la conocida distinción benjaminiana entre violencia "pura" y "mítica", quisiera diferenciar al martirio del sacrificio y sostener que el primero remite a una violencia popular de corte redentor

4 Kahn, P. W. (2018). *El liberalismo en su lugar*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales, p. 112.

de carácter destituyente que nada instaure ni conserve y, en cambio, el segundo será una violencia oligárquica orientada a la instauración y conservación del orden.

A esta luz, una revuelta es martiriológica y no sacrificial, trae consigo el arrojamiento del “trabajo vivo” en el que se juega la afirmación de una potencia antes que la consolidación de un poder. Más allá de la “purificación” propia del discurso liberal que condena “toda violencia, venga de donde venga” pretendiendo con ello eximirse de la dinámica sacrificial, al tiempo que la reproduce, es necesario reivindicar la violencia abierta por la revuelta que, sin embargo, suspende a la violencia sacrificial que, una y otra vez, no hace más que ejercer su “mítico” poder de muerte. No se trata de “estetizarla” sino de asumir la materialidad con la que denuncia la injusticia del actual estado de cosas, exponiendo al poder soberano a la desnudez de su *nada*.

Una revuelta jamás es bienvenida. Las multitudes no saben si reír o llorar frente a ella. No saben si sobreviene para bien o para mal, justamente porque no obedece a ningún *télos* o garantía alguna en la medida que expone la fragilidad de nuestros cuerpos a la intemperie de la historia. Pero una revuelta nunca llega en una forma o modo uniforme, sino siempre diferente, múltiple e intensa. Tampoco es predecible. Todos los esfuerzos por identificar sus causas siempre llegan al límite. Los sociólogos y politólogos van a la quiebra. Y, de pronto, todos se acuerdan de los miles de informes que no dejaban de plantear la miseria de nuestras condiciones. Pero en ese momento, todos interrogan: si las condiciones estaban ¿por qué se encendió la mecha en este instante? ¿Por qué no antes ni después? Entre las condiciones y su estallido siempre ocurre algo clave: un asesinato, un acto de radical injusticia contra ciertos cuerpos, cometido por el ejercicio de violencia estatal.

En la Primavera árabe la inmolación de Mohamed Bouazizi frente a la comisaría, fue el operador imaginal que gatilló la revuelta, en el Chile del 18 de Octubre fueron los miles de estudiantes secundarios que evadían los torniquetes del Metro reprimidos brutalmente por la fuerza policial. A cinco días de la proclamación del Estado de Excepción Constitucional acompañado del dispositivo del toque de queda por las noches, los organismos de Derechos Humanos, nacionales e internacionales contabilizan los muertos por “agentes de Estado” como la forma feroz en que se despliega la violencia sacrificial por las calles de la inundada ciudad.

La revuelta irrumpe de diversos modos, puede asumir una organización –como la que articula hoy Unidad Social. Al igual que el Mando Nacional Unificado que articuló una mínima orgánica durante la intifada palestina de 1987, también Unidad Social deviene un “agenciamiento” (un “apoyo” dirá Judith Butler) nacido de la propia revuelta para conservar su “trabajo vivo” y no para confiscarla en un “muerto” aparato representacional y enteramente en *quiebra*. En medio de la *quiebra* del modelo de Estado implantado con violencia en 1973, asistimos a un “comienzo”.

No se sabe qué ocurrirá ni cómo se desencadenarán los acontecimientos. Pero, frente a la devastación operada por la dictadura y luego por la transición que orientaron sus esfuerzos a separar a los cuerpos de su potencia, a las vidas de sus imágenes en orden a un proceso de despotenciación, la revuelta restituyó su intensidad. Frente al *corpo neoliberal* confiscado por la forma “empresa” –vuelto “en presa” –decía Guadalupe Santa Cruz– la revuelta restituyó al *corpo potencia*: la fascinación que experimentan los partícipes de un proceso político como está enteramente vinculado a la sorpresa que depara a la “conciencia” (esa mala consejera) *lo que puede un cuerpo*, lo que *los cuerpos pueden*. Porque la revuelta nos arroja a esto: una lucha cuerpo a cuerpo.

Nunca nos imaginamos lo que nuestros cuerpos “podían”, nunca fuimos “conscientes” de ello: ¿cómo estarlo si la conciencia –ese aparato representacional– no hace más que infundirnos temor e inclinarnos al cálculo de todos nuestros movimientos? La revuelta es *aneconómica* precisamente porque no calcula y siempre va a pérdida. Ya hemos perdido a compañer@s de lucha, ojos, calendarios académicos, eventos internacionales (APEC-COP 25) y seguiremos perdiendo. Todo ha sido suspendido, pues, como vio Furio Jesi: a diferencia de una revolución, una revuelta implica la “suspensión del tiempo histórico”.⁵ Suspensión que trae consigo pérdida radical, gasto incondicionado e imposible de prever, pero abertura de un “comienzo” en el que podemos volver a imaginar otra época histórica. Es precisamente ese “comienzo” el que debemos abrazar hoy con todas las fuerzas de la historia. Sin él no sólo nos quedaremos sin futuro o sin pasado, sino sobre todo, seremos despojados del fragor de un presente.

5 Jesi, F. (2018). *Spartakus. Simbología de la revuelta*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.



Lula livre

AMÍLCAR SALAS OROÑO (UNPAZ/UBA)
12 DE NOVIEMBRE DE 2019

Lula libre. Lula livre. Con “b” o “v”, da lo mismo. Se entiende. Es un significado compartido más allá de la ortografía. Al leerlo, a todos se nos viene a la mente alguna de esas miles de imágenes de su liberación. El personaje en cuestión: sonriendo, abrazado, en andas, exultante. Su nueva libertad personal despierta en otros, terceros, algo medio indescifrable, del orden del alivio y la revancha; algarabía por el fin de una injusticia, proximidad por el padecer de su causa. Lula es uno de esos liderazgos que –no siempre ni en todos sus movimientos– ha generado y genera cercanía. Entró caminando a la prisión de Curitiba, salió caminando. De a pie. Entró más viejo, salió más joven. Al día siguiente volvió al Sindicato de los Metalúrgicos, a su micrófono. Prometiendo un poco lo de siempre: caminar. Caminar Brasil.

Lula siempre entendió que a los de abajo, les toca caminar. Ir al encuentro de los mejores destinos. Tan sencillo y político como eso: ir. Como Evo, otro caminante. El movimiento como principio de toda dialéctica humana. Sin tanto programa, más bien acción. El de programa, programa era más que nada su hermano, el que lo socializó en la política. En la vida de película de Lula, él mismo siempre está, digamos, en un primer plano, yendo. Yendo y viniendo para negociar algo: salarios con la Wolksvagen, que lo reciba el Papa Juan Pablo II, una lista electoral con Brizola o una tregua financiera con el FMI. Manija. Siempre dale que va. Caminando. De punta a punta varias veces el Brasil (y eso que ahí las distancias no son poca cosa): debe ser el político brasileño que mejor conoce su propio suelo, por lejos; quizás por eso mismo hasta hace pocos días estaba preso; alguna relación debe haber. Desde niño que anda deambulando por el país: de Pernambuco a Santos, con su madre y los hermanos, para ver si encontraban a un padre que se había perdido del hogar. Por las rutas del sur, como hace dos años, cuando muy poquito antes de que lo encarcelaran intentaba quebrar la naturalización golpista propuesta por Temer y le balearon el micro; así, sin más, como en una película, pero de *cowboys*.

Siempre rodeado de compañeros luminosos, capítulos bravos y queribles de ese fértil Brasil contemporáneo que, si no hubiera estado él en el medio, quizás nunca se hubieran cruzado; un perfecto caso de estudio para Laclau: Chico Mendes, Mano Brown y Marielena Chauí en un mismo Partido dos Trabalhadores. No podría ser de otro equipo que no sea del Corinthians, el Timão, el de la Democracia Corinthiana, emblema de la lucha contra la última dictadura; su opuesto, Bolsonaro, es de la contra, el Palmeiras, el equipo de los viejos fascistas italianos que se radicaron en San Pablo. Durante todos estos setenta y pico de años Lula fue y vino, y en el trayecto siempre lo midieron con lupa: qué cuantos gramos de izquierda, qué cuantos de desarrollista, qué cuanto de conservador. No le faltó ni tiempo ni diccionario a la prensa canalla para su campaña de difamación; con Lula hicieron un Doctorado de malos hábitos y zafaduría. Más tarde vendría eso mismo pero bajo un dispositivo más perfecto: Lula paradigma del *lawfare*, con el encierro del que ahora salió. Unos procesos judiciales absurdos, sin pruebas, con reglas procesales distorsionadas y por las cuales los abogados defensores, con justo argumento, seguirán batallando hasta el final. Ahora salió, pero falta su inocencia.

En el andar se ha metido en tantos lugares del planeta que, más allá del modelo de diplomacia altiva y activa que reinauguró (con la batería de instituciones de integración supranacionales creadas, UNASUR a la cabeza) sin proponérselo se convirtió en un líder mundial, si es que existe algo parecido; bastante menos fugaz que el cantante Bono, por eso también la sentida emoción globalizada de su liberación. Llevó empresas a África, granos a la India, puertos al Caribe; hasta se convirtió en negociador nuclear con Irán. Original, también le fueron con la gimnasia de la comparación: ¡es el Walesa brasileño! ¡el Mandela brasileño! ¡el Perón brasileño! Lula es Lula, punto. Cumpliendo las tareas del momento: si hay que hablar en el Foro Social Mundial y en Davos la misma semana, se habla y listo; que otros carguen con las contradicciones. Si hay que ir a elecciones, se va a elecciones, y si hay que ir a elecciones después de haber perdido tres veces, también; es lo que hay. Ganó dos, y si hubiera competido en la última, quién sabe (seguro que ganaba). Lula está libre, o livre. En un idioma u otro, se entiende. Y el hombre dice que quiere volver a caminar, todo un rock and roll. Brasil necesita como nunca el caminar de Lula, para cortar el oprobio de este tiempo Bolsonaro y frenar las tendencias en curso. América Latina también lo necesita. Y quizás otras latitudes. Vuelve Lula ¡Viva Lula!



De la revolución democrática al golpe de estado y la contrarrevolución

MAURO BENENTE (UBA/UNPAZ)
12 DE NOVIEMBRE DE 2019

ATR: La revolución democrática

El 18 de diciembre de 2005 marca un hito en la historia de Bolivia. Por primera vez desde la restauración de la democracia, en el año 1982, un candidato accede a la Presidencia sin necesidad de ser nombrado por el Parlamento. De acuerdo con el sistema institucional entonces vigente, si ningún/a candidato/a sumaba la mayoría de los votos, el Congreso era el facultado para nombrar al Presidente, y no siempre se elegía al más votado –por ejemplo, en 1989 accedió a la Presidencia Jaime Paz Zamora, quien había salido tercero–. Aquel 18 de diciembre marca un hito porque un candidato supera el umbral del 50%, y llega al 53,72%. Pero también marca un hito porque en un país don-

de la mayoría es indígena, asume la presidencia el primer Presidente indígena del Cono Sur, y el segundo de América Latina –el primero había sido Benito Juárez en México–.

Evo Morales no solamente fue el Presidente más democrático de la historia de Bolivia por haber accedido con ese porcentaje, ni por haber alcanzado el enorme 64,22% en las elecciones presidenciales de 2009, y el 61,36% en las elecciones de 2014, sino porque fue el mandatario que más ha contribuido a dar forma una idea de democracia como el autogobierno de los y las iguales. El proceso político conducido por Evo y el Movimiento Al Socialismo (MAS) ha disminuido –de acuerdo con datos del FMI y el Banco Mundial– notablemente la pobreza, la desigualdad, el desempleo, variables que no deben leerse solamente en clave económica, sino también como profundamente democratizadoras. Esto es así porque este proceso de igualación en términos materiales, fue acompañado por una revolución profundamente democrática: darle voz y poder de decisión a quienes históricamente habían sido silenciados y silenciadas. Esto se puso de manifiesto en el proceso constituyente más democrático de la historia de toda América (ya no solamente Latina). Si la fotografía de los procesos constituyentes bolivianos mostraba la presencia de varones blancos, provenientes de una élite económica y cultural, la Asamblea Constituyente que inició sus labores el 6 de agosto de 2006, marcó una paridad entre varones y mujeres, y la Presidencia de una chola: Silvia Lazarte Flores. La fotografía ya no era de varones blancos con trajes monocromáticos, sino de coloridas vestimentas de indígenas, campesinas, y sindicales. Pero, además, el *momento constitucional* que se desplegó entre 2006 y 2009 no se encerró dentro de un edificio donde debatían las y los constituyentes, sino que fue acompañado por foros participativos, el enorme trabajo del *Pacto de Unidad*, y una potente discusión y movilización ciudadana sobre el nuevo diseño institucional.

Fue en la apertura de la Asamblea Constituyente que el Vicepresidente Álvaro García Linera no dudó en subrayar que Bolivia estaba desplegando la que quizás sea una de las palabras más hermosas del diccionario: una revolución. Quienes históricamente habían sido excluidos y marginados, excluidas y marginadas del poder político, y del bienestar y las riquezas, “hoy reclaman su legítimo e histórico derecho a ser parte del poder político” y también exigen “el derecho a compartir, el derecho a distribuir esas riquezas económicas”. A sus ojos se estaba frente a una “revolución porque las mayorías marginadas: in-

dígenas, campesinos, trabajadores, mujeres y juventud que siempre fueron considerados ciudadanos de segunda y tercera categoría, hoy le reclaman a sus élites el derecho a ser ciudadanos, a compartir el poder y a compartir las riquezas”.¹

Bajar un cambio

Si durante la primera y la segunda Presidencia de Evo Morales existió un proceso de democratización a todo ritmo, el tercer período marca cierto freno en el constante proceso de dar voz y decisión a quienes hasta ese entonces no la tenían. Hacia el final de la segunda parte de la Presidencia, el rol de los movimientos sociales, campesinas e indígenas comienza a opacarse sensiblemente, e incluso algunas organizaciones indígenas se transforman en opositoras. Por su parte, comienzan a perfilarse ciertas variables que explican que, en estas elecciones de 2019, el apoyo a Evo no haya sido tan contundente.

Por una parte, y en un plano más económico, con aires de familia a lo sucedido en Brasil, Ecuador y Argentina, en Bolivia hubo un importante crecimiento de las clases medias. Franjas poblacionales que se encontraban en la pobreza, rápidamente se transformaron en una clase media con potencial de consumo. Sin embargo, mientras el ascenso en términos económicos se realizaba por escalera mecánica, la politización de estos sectores medios estaba enroscada en una empinada escalera caracol. Dicho de otro modo, las clases medias fueron olvidando que el ascenso social se explicaba no (solo) por méritos personales, sino (fundamentalmente) por políticas estructurales y, fundamentalmente en elecciones locales, comenzaron a restarle apoyo al MAS.

Por otra parte, y en un plano algo más de orden institucional, el inicio de la tercera Presidencia se topaba con un límite temporal preciso: luego de una muy discutible habilitación judicial para presentarse a un tercer mandato, todo indicaba que Evo no podría presentarse nuevamente a elecciones presidenciales. Para sortear este escollo constitucional, el 21 de febrero de 2016 Evo convocó a un referéndum consultando a la población sobre una nueva candidatura y el 51,3% votó que No. Es importante

1 García Linera, A. (2012). Palabras del Vicepresidente de la República de Bolivia, Álvaro Marcelo García Linera. En *Enciclopedia Histórica Documental del Proceso Constituyente Boliviano: tomo I, volumen 1*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional, p. 535.

destacar que, este ajustado resultado, se produjo solo unos días después de una potente noticia falsa desplegada por los medios de comunicación, que sin dudas opaca la claridad del resultado de la consulta: por esos días se informaba que Evo habría tenido un hijo, que no había sido reconocido y había fallecido. Al año siguiente, la estrategia para sortear el escollo que impedía una nueva reelección fue presentar una acción ante el Tribunal Constitucional Plurinacional, que el 28 de noviembre de ese 2017 habilitó a Evo a presentarse a una nueva reelección.² Según creo, el desconocimiento de los resultados del referéndum –contaminado por las operaciones de prensa– y la muy polémica sentencia del Tribunal Constitucional, también explican algo de la pérdida de apoyo hacia el MAS, sobre todo en clases medias urbanas.

Existe un enfoque liberal, y liberal conservador, que observa con malos ojos las reelecciones presidenciales. La discusión es muy extensa, no deseo extenderme sobre el asunto, pero sí sentar una pequeña posición que no reniegue de los grandes liderazgos, para luego pasar al momento del golpe y la contrarrevolución. La historia latinoamericana ha mostrado que los procesos políticos democratizadores, aquellos que le dieron voz a quienes no la tenían se dieron con liderazgos fuertes. Con muchos matices, aquí se inscriben procesos como los de Perón en Argentina y Lázaro Cárdenas en México, y los recientes liderazgos de Chávez en Venezuela, Lula da Silva en Brasil, Rafael Correa en Ecuador, e incluso Néstor y Cristina Kirchner en Argentina. Esta historia, a diferencia de los pruritos liberales, muestra que los procesos democratizadores pueden convivir con grandes liderazgos. ¿Esto es lo ideal? No. Lo ideal sería que los procesos democratizadores no necesiten de grandes liderazgos, pero en América Latina no hay ejemplos históricos de este ideal. Y lo que la historia y el presente sí muestran con notable claridad, es que del otro lado de la *grieta* de los liderazgos no estaban ni están las fuerzas democratizadoras, sino unas derechas aporofóbicas y/o clasistas, y/o machistas, y/o racistas. En el caso de Bolivia, tal como veremos, estas disyunciones fueron y son todas “y”.

Las elecciones presidenciales de 2019

Las elecciones presidenciales del 20 de octubre de 2019 se dieron en el contexto de clases medias con cierto descontento motivado en las razones económicas y políticas mencionadas en el apartado anterior. Este contexto se combinó con un candidato como Carlos Mesa, que no puede catalogarse como un representante de la derecha más recalcitrante. Con este escenario, el resultado del proceso electoral ofrece un resultado seguro, y uno dudoso. Con seguridad, Evo Morales ganó la elección. Eso no está puesto en duda. Lo que está puesto en duda es la victoria de Evo Morales en primera vuelta, quien obtuvo un caudal de votos bastante menor a las elecciones presidenciales previas.

Las dudas aparecen por una situación irregular –ni siquiera la nefasta OEA utiliza la palabra fraude– que se suscitó durante el conteo rápido. Cuando el número de actas verificadas alcanzó el 83,85%, Morales contaba con el 45,71% de los votos presidenciales, y Mesa llegaba el 37,84%, lo que significaba una diferencia de 7,87%, que no alcanzaba los 10% de distancia necesarios para evitar la segunda vuelta. Con ese porcentaje escrutado, el conteo se detuvo durante varias horas, y luego, el resultado final arrojó una diferencia de 46,86% del MAS, sobre el 36,72% de Comunidad Ciudadana de Mesa, dando como ganador en primera vuelta a Evo. Si bien las proyecciones geográficas y las tendencias del escrutinio muestran que esa diferencia de más del 10% era previsible al momento de tener el 83,85% escrutado,³ las dudas y posibles irregularidades del proceso se transformaron en protestas masivas contra Evo Morales. En un primer momento, las protestas demandaban la convocatoria a la segunda vuelta. Sin embargo, cuando el domingo por la mañana, y creo que en una buena decisión, Evo anunció el llamado a nuevas elecciones presidenciales, quedó claro que la demanda democrática no era genuina, que la verdadera demanda era contrarrevolucionaria y profundamente antidemocrática: era ponerle fin, incluso mediante un golpe de Estado, a un gobierno democrático y democratizador. Sin dudas, el MAS ha cometido algunos errores antes y durante el proceso electoral, y sería una falencia no mencionarlo. Pero más grave sería no subrayar que el interés de la oposición –al menos de su conducción– no era subsanar

3 Un excelente estudio de estas proyecciones, y una buena relativización de los informes de la nefasta Organización de Estados Americanos, en Long, D., Rosnick, D., Kharrazian, C. y Cashman, K. *What Happened in Bolivia's 2019 Vote Count? The Role of the OAS Electoral Observation Mission*. Washington: Center for Economic and Policy Research. Recuperado de: <http://cepr.net/images/stories/reports/bolivia-elections-2019-11.pdf?v=2>

los errores sino, mediante un golpe de Estado, detener todos los méritos del proceso democratizador más importante de las últimas décadas de Nuestra América.

Golpe de Estado y contrarrevolución

Fuerzas oscuras han destruido la democracia, pero estoy seguro que pronto nuevamente la democracia del pueblo, de las comunidades indígenas campesinas, de los obreros, de las mujeres, de los jóvenes y de los profesionales volverá a reestablecerse en nuestra querida Bolivia.

Álvaro García Linera. Carta de renuncia a la Vicepresidencia

La revolución democrática, que a todo ritmo se produjo durante la primera y parte de la segunda presidencia de Evo, tuvo una potente oposición de una derecha clasista, machista, aporofóbica y racista, situada en la medialuna, y fundamentalmente en Santa Cruz de la Sierra, que llegó a declarar –de modo completamente inconstitucional– un estatuto autonómico. Durante los primeros años del gobierno del MAS, esta derecha clasista impugnaba la presencia de indígenas en el gobierno, los y las golpeaba e insultaba por las calles, tomó e incendió oficinas públicas, impidió durante el mes de septiembre de 2008 que Evo aterrizara en varios aeropuertos, y fue responsable de la denominada “Masacre de Pando” o “Masacre de Porvenir”, que terminó con la vida de 13 campesinos que apoyaban al MAS.

Esta oposición clasista, machista, racista y aporofóbica fue la que capitalizó la protestas que se iniciaron tras el resultado electoral del 20 de octubre, que perdieron su (supuesto) potencial democrático, y se transformaron un caldo de revanchismo contrarrevolucionario. La figura visible de esta oposición es la de Luis Fernando “el macho” Camacho, una especie de Bolsonaro de Santa Cruz, pero sin votos puesto que no ocupa ningún cargo electivo. “El macho” forma parte de una élite empresarial perjudicada por la nacionalización de los hidrocarburos que llevó adelante el gobierno del MAS, integra una logia de derecha radical denominada “Caballeros de Oriente”, y compuso una serie de imágenes aterradoras propias del revanchismo contrarrevolucionario. Entre ellas se sitúa la constante portación de una biblia, y una escalofriante comparación con Pablo Escobar: “el macho” postuló la necesidad de anotar en un cuadernito, como hacía Escobar,

los nombres y apellidos de los funcionarios y militantes del MAS. Nombres y apellidos que no quedaron solamente en el cuaderno, sino que tomaron carne en las persecuciones a funcionarios y funcionarias, y se transformaron en el fuego que tiñó de negro las viviendas de partidarios y partidarias del MAS.

Con la derecha recalcitrante en las calles, y una no tan fuerte movilización de los partidarios y las partidarias del MAS, el pasado domingo se consumó el golpe de Estado. Con la policía amotinada –situación algo recurrente en Bolivia–, el ejército le “recomendó” a Evo que presentara su renuncia. Para que el ejército realizara esta “recomendación”, el paso previo fue situarse por encima de la autoridad presidencial, y eso se llama golpe de Estado. En 1962, el Presidente argentino Arturo Frondizi fue obligado a renunciar, y en su lugar asumió José María Guido, un civil que, de acuerdo con la Ley N° 252, era el primero en la línea sucesoria. En la Argentina existe un acuerdo en catalogar a los sucesos de fines de marzo de 1962 como un golpe de Estado, incluso cuando los militares no asumieran el poder. Este acuerdo fue puesto en duda por el canciller argentino Jorge Faurie, quien no se sonrojó al afirmar que en Bolivia no se podía hablar de golpe de Estado porque los militares no habían asumido el poder.

La respuesta al llamado a nuevas elecciones fue un golpe de Estado impulsado por la derecha más recalcitrante de Bolivia. Una derecha que ni antes ni ahora está comprometida con la democracia. Una derecha que tiene una apuesta contrarrevolucionaria completamente antidemocrática. Si García Linera entendía que Bolivia estaba llevando adelante una revolución, porque los y las que siempre habían sido ciudadanos y ciudadanas de segunda, se encontraban decidiendo por sí mismos y por sí mismas los destinos de su vida en común, la derecha quiere volver a posicionarlos y posicionarlas en ese lugar de segunda o tercera. Si el cocalero Evo lideró un proceso que democratizó la palabra, “el macho” Camacho pretende encabezar un proceso para volver a silenciar a las grandes mayorías populares.



El impacto presupuestario de la transferencia de la Policía Federal a la CABA

TOMÁS LAURENT (CEM), MARCOS SCHIAVI (CEM)
Y JUAN CUATTROMO (IDEPI-UNPAZ/ CEM/ ITE-FGA)
14 DE NOVIEMBRE DE 2019

Desde mediados de la década del noventa, el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires está organizado mediante un régimen autonómico. Esa autonomía, sin embargo, no es plena, no es algo dado; es un proceso de larga duración, en el que se le ha ido transfiriendo de manera gradual prerrogativas y responsabilidades desde el Estado Nacional.

Dentro de ese proceso, la seguridad ha sido uno de los ejes principales. La transferencia de la Policía Federal fue debatida durante mucho tiempo y recién llevada a cabo hace menos de cuatro años. La cuestión de los fondos fue clave en ese debate: el interrogante era si la Nación debía transferir a la Ciudad la competencia sobre las fuerzas de seguri-

dad con o sin el presupuesto. Por la relevancia de esta discusión, aquí nos proponemos observar particularmente el impacto presupuestario de esa transferencia.

El 18 de enero de 2016, a pocos días de iniciar su mandato como presidente, Mauricio Macri firmó el Decreto 194/2016¹ por el cual incrementó el coeficiente de coparticipación que recibe la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), llevando su valor desde 1,4% de los recursos coparticipables a 3,75%.

La justificación para este incremento fue relativamente escueta, ya que el texto del decreto enunció que este cambio se realizaba “en aras de asegurar el desenvolvimiento fiscal y patrimonial que permita continuar consolidando la organización y funcionamiento institucional de la CABA y proseguir asumiendo las competencias, servicios y funciones inherentes a su régimen autónomo”.

Sin embargo, en el debate público, el Gobierno Nacional indicó que este incremento en los recursos que recibiría la CABA, era la contrapartida por la transferencia de las funciones de Seguridad en materia no federal al ámbito de la ciudad, que implicaba el traspaso de una parte importante de la estructura de la Policía Federal.

Más adelante, el Decreto 257/2018² dejó en claro esta cuestión al establecer que el coeficiente de coparticipación de la CABA sería a partir de 2018 de 3,5%, haciendo explícita referencia al “Convenio de Transferencia Progresiva a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires de facultades y funciones de seguridad en todas las materias no federales ejercidas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires”.³

Más allá de los diferentes cambios que se introdujeron en estos años, no hubo a la fecha una estimación precisa sobre el costo de esta transferencia, ni tampoco una explicación formal sobre cómo se decidieron estos valores. La cuestión no es menor, toda vez que la CABA es el distrito con más recursos propios por habitante de todo país (estimamos que en 2019, la CABA recaudará en tributos propios unos \$70.000 por habitante por año. Esto es más de 3 veces la media nacional).

1 <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/255000-259999/257918/norma.htm>

2 <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/305000-309999/308326/norma.htm>

3 <http://www2.cedom.gob.ar/es/legislacion/normas/leyes/anexos/resl5502.html>

En esta nota buscamos realizar una estimación sencilla y aproximativa del costo adicional que implicó para el Gobierno de la CABA incorporar partes de la Policía Federal (PF) a su estructura administrativa. A tal fin tomamos como punto de partida, el gasto realizado en 2015 por el GCBA para financiar la Policía Metropolitana⁴ (\$ 2.865 Millones (M.)). Nótese que ese mismo año, el Estado Nacional gastó en Policía Federal (solo incluyendo el programa de “Seguridad Metropolitana en CABA”) un total de \$9.263 M.⁵ Así, puede inferirse que el gasto total en seguridad en el área de CABA totalizó \$12.128 M.

Ajustando esto valores por el Índice de Precios al Consumidor que publica el GCBA, se llega a que en 2018 el costo de la Seguridad en el ámbito de la CABA habría sido de unos \$29.303 millones.⁶

Tabla 1. Valor Actualizado de la Seguridad en la CABA

En Mill. de \$	Policía Metropolitana (A)	Policía Federal en CABA (B)	Policía en 2015 Ajustada por IPCBA (C=A+B)
2015	2.865	9.263	12.128
2016e	4.051	13.097	17.148
2017e	5.167	16.708	21.875
2018e	6.922	22.381	29.303

Elaboración propia en base a datos de los Ministerios de GCBA y Nación.

Lo siguiente a analizar son los recursos efectivos que recibió la CABA por el Régimen de Coparticipación Federal de Impuestos. Antes del traspaso de la PF (y del cambio en régimen de coparticipación), el GCBA registró ingresos por \$7.834 M. que aumentaron hasta \$56.359 M. en 2018.

Nótese que aquí lo importante es estimar el ingreso adicional que recibe año tras año la CABA. En la Columna E de la Tabla 2, simulamos cuales hubiesen sido los ingresos

⁴ <https://www.buenosaires.gob.ar/economiafinanzas/presupuesto>

⁵ <https://www.argentina.gob.ar/hacienda/transparencia/presupuesto>

⁶ Teniendo en cuenta que una parte importante de este gasto es salarial, y que en estos últimos 4 años la pérdida de poder adquisitivo del salario fue significativa, puede inferirse que la estimación aquí presentada es un piso respecto del costo efectivo que implicó la transferencia.

por coparticipación de la Ciudad si se hubiese mantenido un coeficiente de 1,4% en la distribución. La diferencia entre el valor efectivo y el observado, es la “Nueva COPA” que recibe la CABA desde 2016:

Tabla 2. Coparticipación Efectiva y Estimación de Nuevos Ingresos

En Mill. de \$	COPA efectiva (D)	COPA según esquema 2015 (E)	Nueva COPA (F=D-E)
2015	7.834	7.834	0
2016	27.752	10.361	17.391
2017	37.362	13.948	23.413
2018	56.359	22.544	33.816

Elaboración propia en base a datos de los Ministerios de GCBA y Nación.

Entonces, si la explicación para el incremento del coeficiente de coparticipación de la CABA es el traspaso de la Policía Federal debería ocurrir que los nuevos ingresos por coparticipación resultan similares al gasto incurrido por el Estado Nacional en seguridad metropolitana en 2015, actualizado por inflación.

Como se observa en la Tabla 3, el incremento de coparticipación a la CABA más que compensó el traspaso de la Policía Federal, liberando recursos adicionales en el distrito más rico en términos presupuestarios de toda la Nación.

Tabla 3. Costo Actualizado de la Política Federal vs Nuevos Ingresos CABA

En Mill. de \$	Nueva COPA (F)	Policía Federal en CABA (B)	Exceso de Coparticipación (G=F-B)	% COPA Efectiva
2015	0	9.263	0	0%
2016	17.391	13.097	4.294	15,5%
2017	23.413	16.708	6.706	17,9%
2018	33.816	22.381	11.435	20,3%

Elaboración propia en base a datos de los Ministerios de GCBA y Nación.

En promedio de los últimos 3 años el “Exceso de Coparticipación” a CABA representó cerca del 18% del total de recursos que recibió.⁷ En el período 2016-2018, la CABA acumuló un déficit financiero de \$30.077 millones. Sin contar los ingresos por exceso de coparticipación, este desequilibrio hubiese sido un 75% más alto (\$52.500 millones).

Sólo para dimensionar el monto planteamos una simple comparación: si el exceso de coparticipación hubiese sido direccionado a la Provincia de Buenos Aires (el distrito que menos recursos por habitante recibe del Estado Nacional), el déficit provincial hubiese sido un 40% más bajo.

Los esquemas de coparticipación de recursos suelen generar múltiples tensiones entre los diferentes niveles del Estado, toda vez que la determinación de potestades tributarias y responsabilidades de gasto es espacio de amplias y agrias discusiones. Sin embargo, en esta nota intentamos mostrar que bajo el paraguas de la “transferencia de la Policía a la Ciudad” se tomó la decisión política de beneficiar en términos presupuestarios al distrito con mayores recursos de toda la Nación. Un desarrollo equilibrado y equitativo de la cuestión federal demandará una cuidadosa revisión de esta decisión.

7 Es debatible si al transferir la policía a la CABA, el Estado Nacional debía también transferir recursos para financiar el costo en el que incurría el GCB por la policía Metropolitana. En caso de ser afirmativa esta posición, el “Exceso de Coparticipación” teórico se reduce. De ser este caso, el déficit del período 2016-2018 hubiese sido aprox. un 25% más alto que el efectivamente observado.



El 40%

PABLO MARTÍN MÉNDEZ (UNLA/CONICET)
15 DE NOVIEMBRE DE 2019

Pasadas las elecciones presidenciales, llegan como siempre los análisis. Si bien tenemos mucha tela para cortar, hay un hecho político que al día de hoy acapara gran parte de nuestra atención. Vamos a resumirlo así: ¿cómo hizo la fórmula Macri-Pichetto para obtener el 40% de adhesión del padrón electoral a nivel nacional? El hecho es casi tan curioso como las repercusiones que genera. En lugar de hacer un balance de estos últimos cuatro años y pensar en lo que viene, muchxs estamos tratando de comprender por qué pudo suceder algo semejante, como si primero necesitásemos digerir el dato para poder seguir adelante. Esto no es casual ni tampoco tiene que ver con una postura pesimista. Al contrario, para hacer un balance del gobierno saliente y para pensar nuestro futuro económico, social y político, es necesario interrogar a fondo ese 40%.

Entre todos los análisis realizados y por hacer, aquí elegimos centrarnos en algunas de las estrategias discursivas desplegadas por el gobierno en la última contienda electoral. Se trata tan sólo de un esbozo de análisis, sin ninguna otra pretensión más que plantear ciertos ejes de discusión. A muchxs les ha parecido que la campaña del gobierno fue un conjunto de consignas vacías y desprovistas de sentido. Nosotros estaríamos de acuerdo con eso si no fuera porque las palabras y las consignas siempre vienen cargadas de sentimientos y valoraciones. Quien subestime esto, también estará subestimando una importante dimensión de la política.

Más allá de los datos duros

Retomemos entonces la pregunta que nos hemos estado planteando tras las elecciones: ¿cómo es posible que, con un índice de inflación anual cercano al 60%, más de un tercio de la población por debajo de la línea de pobreza, un desempleo de dos dígitos y un endeudamiento que rompe varios records históricos, el 40% de lxs votantes haya optado por la continuidad del gobierno? La pregunta tiene más de una respuesta. Algunxs dicen que la gente fue engañada y manipulada por los poderes mediáticos, otrxs reprochan la insensibilidad social de los sectores urbanos altos y medios, mientras que muchxs se inclinan a pensar que las elecciones no habrían sido completamente transparentes. Hay sin embargo algunas preguntas que casi nadie se plantea, pues no están tan dirigidas a los otrxs como a nosotrxs mismos, lxs que hacemos preguntas a partir de unos presupuestos básicos.

Al momento de formular preguntas, sigue predominando en nosotrxs un cierto “cuantitativismo”. Invocamos porcentajes, índices y cifras comparativas para demostrar lo mal que van las cosas, olvidando quizá que los datos nunca se leen al desnudo, sino en el marco de una coyuntura política. ¿Cuál es la razón para suponer que, en una sociedad tan polarizada como la nuestra, la gente simplemente iba a rendirse ante las variables numéricas de la economía? ¿Por qué esperar que lxs demás acepten unos hechos brutos sin anteponerles valores, interpretaciones e incluso otras formas de sensibilidad? Habría que dudar de aquellas explicaciones que establecen una relación directa entre las variables económicas y las elecciones políticas, como si, a mayor nivel de pobreza, desempleo, inflación, etc., más optaría la gente por un cambio de gobierno. Pero no, en política no

existe ni tiene por qué existir esta clase de “objetividad”. Nadie toma decisiones apoyándose en unos cuantos datos duros como verdad última e irrefutable. Por el contrario, incluso cuando se sufren en carne propia, incluso cuando parecen afectar la más profunda materialidad de los intereses, incluso ahí las variables de la economía se encuentran sujetas a todo un entramado de interpretaciones.

“No hay hechos, hay interpretaciones”, decía Friedrich Nietzsche hace casi un siglo y medio. Esta frase, que en el actual contexto puede parecerse cargada de un total cinismo, funciona perfectamente en política. Sólo a través de un exacerbado interpretacionismo, el gobierno ha podido contener y encolumnar a su electorado, brindándole argumentos para justificar aquello que a muchxs nos resulta injustificable. Así pues, donde unxs vemos exclusión y pobreza, otrxs ven el duro camino hacia una economía de mercado abierta al mundo. Donde unxs señalamos el endeudamiento y especulación financiera, otrxs advierten sobre la necesidad de pagar la fiesta de los últimos 70 años. Más que la famosa “posverdad”, se trata de una batalla irresoluble de verdades e interpretaciones que no terminan de dominarse entre sí. Al menos a ese nivel, no hay datos inobjetables ni tampoco hechos en bruto; al contrario, hay una continua disputa por el sentido que no se da únicamente en los grandes medios, sino también, y sobre todo, en la capilaridad del tejido social. No por nada hemos pasado cuatro años discutiendo con familiares, amigxs y colegas: porque sabíamos que allí se estaba jugando algo muy importante. Llegará el tiempo de hacer un balance de todo lo que perdimos en el camino...

La oposición entre el bolsillo y los valores

Hasta tal punto todo es susceptible de interpretación que el gobierno ha llevado adelante la campaña oponiéndose a sí mismo. A ello responde el intento de diferenciar al malestar económico de “los valores”. Como dijo Macri en uno de sus tantos actos de campaña: “Necesito que cada uno de ustedes exprese esa energía, que se acerquen a sus amigos, familiares, compañeros de trabajo. Todos ellos que están enojados, pero que comparten

nuestros valores”.¹ Son valores que en principio pueden parecerse abstractos y generales, como es el caso del republicanismo, la institucionalidad y la transparencia, pero que siempre se definen en oposición a algo bien concreto: el populismo. “Personas que estaban pichadas por la economía –señaló un candidato a Diputado Nacional por la Provincia de Misiones–, hoy están con Juntos por el Cambio porque tienen miedo del retorno del populismo”.² Aquí estaría el negativo de los valores que tanto se invocan: en el populismo como condensación del autoritarismo, la corrupción y la imprevisibilidad.

La estrategia no tiene nada de nuevo; de hecho, repone las dicotomías insalvables que desde hace varias décadas viene estableciendo el neoliberalismo argentino y latinoamericano. Lo interesante, en todo caso, son los efectos alcanzados a través de la misma. Indudablemente, el efecto más inmediato ha consistido en desviar el foco de atención de una parte del electorado, hablando sobre la importancia de los valores cuando nada hay para mostrar a nivel económico. Sin embargo, hay otros efectos que no obedecen simplemente a las estrategias electorales, sino a un proyecto político de mayor alcance.

Desde fines del siglo XIX, la distribución de los ingresos y la lucha contra la desigualdad han ocupado el centro de la agenda pública de varios países occidentales, incluyendo la Argentina. Y bien, si nos atenemos a la retórica de campaña desarrollada por el gobierno saliente, parece que esas cuestiones deben ceder ante otras variables más “cualitativas” que cuantitativas. Por eso Marcos Peña –todavía Jefe de Gabinete y diseñador de la última campaña presidencial– pudo decir en su momento que en estas elecciones: “Más que una batalla por el bolsillo, va a ser una batalla por el alma de la Argentina”.³ Así se ha llamado a sacrificar los ingresos y hasta los niveles de empleo con tal de “no volver al pasado”. Así también se nos ha hablado de eterno “próximo semestre” y de un supuesto

-
- 1 *Perfil* (09/10/2019). Mauricio Macri desembarca con la marcha del ‘Sí, se puede’ en Misiones. Recuperado de <https://www.perfil.com/noticias/politica/tras-su-paso-por-neuquen-mauricio-macri-desembarcara-con-la-marcha-si-se-puede-en-misiones.phtml>
 - 2 *Infobae* (24/10/2019). Personas que estaban pichadas por la economía, hoy están con Juntos por el Cambio porque tienen miedo del retorno del populismo. Recuperado de <https://infobae.com/2019/10/24/muchas-personas-que-estaban-pichadas-por-la-situacion-economica-hoy-esta-con-juntos-por-el-cambio-por-que-tienen-miedo-del-retorno-del-populismo/>
 - 3 *Infobae* (08/04/2019). Marcos Peña, sobre las elecciones: Más que una batalla por el bolsillo, va a ser una batalla por el alma de la Argentina. Recuperado de <https://www.infobae.com/politica/2019/04/08/marcos-pena-sobre-las-elecciones-mas-que-una-batalla-por-el-bolsillo-va-a-ser-una-batalla-por-el-alma-de-la-argentina/>

“crecimiento invisible”. Aunque estos dichos nos resulten algo risibles, no habría que tomarlos como un mero artilugio discursivo. Lo que esta retórica deja entrever es el proyecto de una sociedad donde la economía ya no esté politizada, una sociedad que, hasta ayer mismo, bien podía parecerse al modelo chileno.

A mediados del siglo XX, Friedrich Hayek advertía que la superioridad de la competencia de mercado no puede medirse ni contrastarse a través de hechos empíricos: “Todo lo que se puede verificar empíricamente es que las sociedades que hacen uso de la competencia alcanzan sus resultados con mayor éxito que otras —una cuestión a la cual, según me parece, responde la historia de la civilización enfáticamente en lo afirmativo—”.⁴ De lo que se trata, en simples palabras, es de una sacralización de las virtudes del mercado, *un acto de fe*. Puesto en los términos del gobierno saliente, se diría también que el orden económico no está sujeto a discusión ni interpretación alguna. Respecto a todo lo demás “Sí, se puede”.

De lo motivacional a lo religioso

Cuando la adversidad económica no sólo se torna irremontable, sino que además queda fuera de toda discusión, no hay más recurso que apelar a la motivación individual. Así lo reflejaban los dichos de Marcos Peña tras la derrota en las PASO: “Va a depender de la actitud de cada uno de nosotros, de ser protagonistas y de trabajar para dar vuelta votos de forma concreta [...] Queremos poner mucho foco en un mensaje positivo, de valores, de identidad y de explicarles a los argentinos por qué votando Juntos por el Cambio podemos vivir mejor hacia el futuro”.⁵ En cierta forma, es como si todo se pudiese arreglar sumando unas cuantas voluntades individuales; o todavía más, como si la campaña pudiese descifrarse en términos de una simple contienda deportiva cuyo resultado se puede “dar vuelta”. Habría que preguntarse hasta qué punto este discurso motivacional, más propio de gurúes, *coaches* y directores técnicos, ha sido efectivo al momento de

4 Hayek, F. (2002 [1968]). Competition as a discovery procedure. En *Quarterly Journal of Austrian Economics*, 5(2), p. 10. Recuperado de <https://link.springer.com/article/10.1007/s12113-002-1029-0>

5 *Perfil* (22/08/2019). Optimismo recargado: Peña dice que van a ganar y pide que cada voluntario “convenza a 10 votantes”. Recuperado de <https://www.perfil.com/noticias/politica/optimismo-recargado-pena-dice-que-van-a-ganar-y-pide-que-cada-voluntario-convenza-a-10-votantes.phtml>

invisibilizar los resultados económicos del gobierno saliente. Aquí sólo vamos a decir que la estrategia se engarza perfectamente con el llamado a un sacrificio casi religioso.

Se está terminando un gobierno que exigió sacrificios a la población hasta el último minuto, un gobierno que pedía un esfuerzo más para llegar hasta “la otra orilla”, un gobierno que sustituyó la Justicia Social por las “políticas de alivio”. El error sería creer que todo esto fue inocuo. Hay quienes reconocen estar peor que antes, quienes sufrieron el ajuste en carne propia, pero que aun así apoyaron la continuidad del gobierno como única alternativa posible. No es un simple autoengaño ni tampoco un odio enseguedido al peronismo lo que ha guiado a esa porción de la población. También hay convicciones que deberíamos contemplar a pesar de no compartirlas, aprendiendo incluso a interpe-larlas aunque ello nos demande un infinito esfuerzo.

Cuestión de tacto (y táctica)

“¡No reír, no llorar, no odiar, sino entender!”, decía Baruch de Spinoza, filósofo neerlandés del siglo XVII, a propósito de las reacciones que solemos tener ante los acontecimientos del mundo. Haciendo una brutal extrapolación a nuestra actualidad más inmediata, diríamos también *No reír, no llorar, no odiar, sino entender ese 40% de votos* que obtuvo la fórmula Macri-Pichetto en la última elección presidencial. Pero acláremoslo enseguida: a diferencia de Spinoza, no se trata de acercarnos a un conocimiento imparcial y absoluto. Se trata más bien de alcanzar el mayor grado de efectividad política. Pensémoslo bien: ¿a dónde nos lleva la burla, el desprecio o el odio a ese 40%?, ¿En qué contribuye a nuestra capacidad de transformar las cosas?, ¿Obtenemos algo más que la infinita multiplicación de la tristeza y el resentimiento? ¿Quién gana realmente con todo esto?

Pasadas las elecciones, podemos darnos el lujo de pensar un poco más allá de las rivalidades y las divisiones dadas. No están de un lado lxs buenxs y del otro lxs malxs. No todos lxs votantes de Juntos por el Cambio se identifican incondicionalmente con los discursos del gobierno. La subjetividad del electorado es siempre un espacio insondable, más atravesado por la heterogeneidad y la ambivalencia que por unas variables fáciles de disponer a un lado y otro de la grieta. ¿Quién no ha escuchado discursos marcadamente

progresistas pero a la vez machistas o paternalistas? ¿Quién no ha conversado con gente que por un lado destila ideas reaccionarias o conservadoras y que, por el otro, desarrolla una admirable insubordinación ante los mandatos de la moda, la medicina, la farmacología y otras tantas formas de injerencia de los poderes económicos en nuestros cuerpos? A veces los puntos de articulación están ahí, dispersos entre la gente, aunque no siempre es sencillo verlos y menos todavía reunirlos en un proyecto común.

Para la Argentina que viene, la política tiene la ardua tarea de visibilizar y articular las innumerables disconformidades respecto al orden de cosas vigente. Sin duda una tarea nada sencilla, pues no sólo requiere de la capacidad argumentativa, sino además de una estética, una sensibilidad y sobre todo una capacidad de tacto. En este punto no hay que deplorar a lxs votantes de la fórmula Macri-Pichetto. Hay que entenderlxs y, al mismo tiempo, *saber interpelarlxs*. Porque —y aquí no deberíamos tener ninguna duda— con ese 40% en contra no sólo será difícil mantener la gobernabilidad: también será imposible llevar adelante las reformas necesarias en pos de una sociedad más justa e igualitaria.



Una nueva alianza progresista para América Latina

MARÍA CECILIA MÍGUEZ (UBA, CONICET)
17 DE NOVIEMBRE DE 2019

En estos días de convulsión, conmoción y preocupación, no podemos dejar de celebrar la reunión del Grupo de Puebla en nuestro país. Los terribles sucesos de Bolivia, que venían preanunciándose a lo largo de la última semana, son un golpe al corazón de nuestras conquistas latinoamericanas. El continente, una vez más, está intensamente disputado por las potencias hegemónicas y su predominio en las distintas áreas económicas; y a la vez vive un recrudecimiento de los conflictos internos que se expresan en sociedades duramente divididas ideológicamente. En algunos casos esas diferencias se entrelazan con otras de raigambre histórica, étnica, observándose una cruel violencia contra sectores subalternos, dirigentes sociales, disidencias, y abriendo paso a un golpe de estado –pero también a gobiernos surgidos de elecciones– de carácter no solo clasista sino racista y xenófobo.

El Grupo de Puebla apareció en julio de este año como una bocanada de aire en un contexto oprimente, en el México de López Obrador, ese que hoy vuelve a destacarse como asilo político de los perseguidos por las clases dominantes latinoamericanas. Actualmente, junto con el protagonismo de las movilizaciones del pueblo ecuatoriano y en especial del impacto de los levantamientos en Chile –reino de la exaltación del éxito del neoliberalismo en América Latina– esta reunión de líderes políticos también se cuenta entre los sucesos que abren camino.

Desde el inicio el grupo se planteó en contraposición respecto del viraje conservador de las relaciones internacionales continentales: vuelve a enarbolar la Unasur –que tanto serviría en esta situación acuciante para los hermanos y hermanas de Bolivia– contra el vergonzante Prosur; se distancia del Grupo de Lima creado en 2017 bajo la órbita de Estados Unidos –contraponiendo su nombre para mostrar la contradicción– y expresa la voluntad de convertirse en un contrapoder frente a los gobiernos de derecha.

Alberto Fernández, presidente electo y anfitrión de la reunión, ya fue caracterizado por BBC News como el “líder de la izquierda latinoamericana”,¹ y eso se replicó en varios medios internacionales y locales. ¿De qué nos habla esa caracterización que podría ser polémica? Hace ya varios años, en 2013, mientras estaba terminando un libro y en pleno gobierno de Cristina Fernández, intentaba afirmar que no sólo había que juzgar los procesos y la política exterior a la luz de lo que consideráramos deseable para nuestras naciones, y respecto de los debilidades o limitaciones, sino que había que estar atentos a la reacción que esas transformaciones provocaban. Que ese elemento era un aspecto central para tener en cuenta, a la hora de medir la importancia de las medidas implementadas por los heterogéneos gobiernos que impugnaron el neoliberalismo en los inicios del siglo XXI: Chávez en Venezuela, Lula da Silva y luego Dilma Rousseff en Brasil, José Mujica en Uruguay, Néstor Kirchner y Cristina Fernández en Argentina, Rafael Correa en Ecuador y Evo Morales en Bolivia. Hoy, el espectro se ha corrido de tal modo, que las posiciones de Fernández en el Grupo de Puebla se erigen para los poderosos como una

1 Ver Pardo, D. (2019). Qué es el Grupo de Puebla, el “contrapoder” a la derecha que reúne en Buenos Aires a la izquierda latinoamericana (sin AMLO ni Maduro). Recuperado de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-50355048>

voz contestataria. Eso da cuenta de que lo son, no importa si como quisiéramos, si las suficientes, pero lo son de hecho, y eso se mide por la reacción.

Los espacios de relativa autonomía –vuelvo a decir, heterogéneos– construidos en aquel contexto, denostados por muchos y muchas –y a veces con justas razones– como conciliatorios y hasta contradictorios, generaron una fuerte reacción por parte de los poderes hegemónicos. Los líderes fueron acusados de autoritarios, y sus medidas de aislacionistas y anacrónicas. Atacados duramente por corporaciones de medios y víctimas del uso del poder judicial para horadar sus bases de apoyo, utilizando causas –con distinto grado de verosimilitud– pero llegando incluso a encarcelar a través de procedimientos viciados.

Esos gobiernos fueron la resultante de un proceso de auge de las movilizaciones sociales contrarias a las políticas neoliberales. El único que lo fue en sentido directo fue el de Evo Morales, pero incluso el resto, se erigieron a partir de la búsqueda de respuestas a las demandas sociales acuciantes. La primera lección: solo la movilización y la organización social posibilitan y garantizan las conquistas de los pueblos. La segunda: existen gobiernos que por razones diversas –afinidad, convicción, pragmatismo, estrategia, legitimidad, etc.– están dispuestos y/o obligados a atender esas demandas, y son más fuertes cuando lo hacen colectivamente. Así fue durante la primera década del siglo XXI. La ecuación entre una y otra es objeto de debate, al igual que las limitaciones que abrieron espacio a la revancha de los conservadores, pero los resultados macroeconómicos y en términos de derechos consagrados, son evidencia empírica.

Nuestro continente, en especial el Cono Sur, va tiñéndose en forma conjunta, por oleadas, a lo largo de nuestra corta historia. La coincidencia de los líderes políticos que permitió mayores espacios de autonomía para la región no es un elemento menor, y jugó un rol central en el marco de instituciones frágiles, atravesadas por las constantes disputas de intereses y las dificultades de consolidación que genera la propia dinámica de la dependencia. Quizás por eso se afirman esos líderes con cualidades personales, de difícil sucesión.

En el riesgo de teñirse de conservadurismo, racismo y xenofobia, la existencia de referentes políticos dispuestos a discutir en el plano de las dirigencias la posición internacional de América Latina constituye un fenómeno relevante. No se trata de un foro de países como lo fueron el Grupo de Río o Contadora, ni de partidos y movimientos como el

Foro de San Pablo que tan importante fue en su impugnación de la avanzada estadounidense en los noventa, ni tampoco de personalidades que detentan toda una investidura institucional vigente. Sin embargo, expresan corrientes ideológicas, que aunque pareciera que su principal acuerdo es defensivo (en sentido de que su organización es por oposición al avance de políticas que denominan neoliberales y conservadoras) conforman un espacio más de construcción alternativa que avanza en su carácter propositivo. Abreva en esas experiencias históricas pero es un nuevo espacio de coincidencias individuales. Varios de ellos han sido presidentes y una presidenta: Dilma Rousseff, Fernando Lugo, José Mujica, Ernesto Samper, Leonel Fernández y José Luis Rodríguez Zapatero, pero en términos generales, los convoca ser oposición progresista –término que eligen para identificarse– a la nueva ofensiva neoliberal. Candidatos presidenciales de oposición también cuentan entre los participantes: de Chile se destaca Marco Enríquez Ominami, de Brasil Fernando Haddad y entre los uruguayos se suma el actual candidato del Frente Amplio Daniel Martínez.

La declaración incluye posicionamientos claros: la lucha a favor de la igualdad social, la igualdad de género, la sustentabilidad ambiental y la profundización de la democracia.² Incorpora la importancia del desarrollo científico y tecnológico, un debate que fue central en la política para pensar la autonomía en la década de 1970, pero que producto de la avanzada neoliberal había quedado prácticamente fuera de la política pública. Hace referencia a una disputa global entre los Estados Unidos y China como la predominante, pero no la única, proponiendo un “no alineamiento activo”, como estrategia política internacional, donde la integración regional tiene un rol central. Viniendo del alineamiento descarado de Mauricio Macri, no es poca cosa. Incluye además una especie de autocrítica, de ejercicio de conciencia sobre límites y errores de gestiones pasadas. Allí se afirma que “aparecemos a menudo como una fuerza eficaz para repartir pero menos buena para crecer”, que deja en claro que la inserción primario exportadora, basada en modelos extractivistas no es un camino posible.

Por afinidad personal rescato la parte donde dice: “El Grupo de Puebla se siente parte de la larga marcha de nuestra América Latina por su liberación”. Esa frase alude a aquel

momento en que los países del continente ensayaron de diversos modos estrategias que impugnaron el rol de los Estados Unidos en la región. El período entre fines de los años 60 y la primera mitad de los 70, cuando se puso en discusión la Organización de los Estados Americanos e incluso el Tratado Interamericano de Defensa, ese que acaba de ser oprobiosamente activado contra Venezuela.

En un contexto donde pocos países condenaron el golpe de estado en Bolivia, la declaración de estos 30 líderes de 13 países no es algo menor. No son la garantía, el camino siempre será la organización y la lucha de las mayorías. Pero el Grupo de Puebla es una pieza más y clave, en un tablero donde los protagonistas continúan siendo los pueblos latinoamericanos, herederos de la Independencia.



En los conceptos públicos anidan las batallas políticas: Bolivia, ¿es un golpe?

CECILIA LESGART (CONICET/UNR)
20 DE NOVIEMBRE DE 2019

1.

Más allá del significado analítico estricto que guarda el concepto “golpe” en el vocabulario de la Ciencia Política y de la Política Comparada, la Bolivia de hoy nos interpela en el sentido público con el que usamos las palabras en el vocabulario corriente de los asuntos políticos. Empecemos por aquí, y veamos qué podemos hacer con las conceptualizaciones, también ellas provisionarias frente a la vertiginosa marcha de los acontecimientos.

Bolivia exige ser pensada, y su situación necesita ser articulada políticamente con palabras claras más acá de los juegos de lenguaje, porque lo sucedido puede no ser un evento contingente que aguarda ser conceptualizado con precisión cuando pase la “inestabilidad” política o institucional. Asimismo, porque lo sucedido el 9/11 podría no ser un

suceso que empañá un rumbo que más tarde o más temprano se resolverá con el mecanismo institucional previsto en la constitución. Tal como fue por estos días contrastada con la inestabilidad política y social de Argentina en 2001. Cuando el Presidente De la Rúa, sumido en una grave crisis económica, social y política, y tras declarar el estado de sitio, renunció. Sucediéndose cinco presidentes en una semana. Si posamos la mirada en la noche del 12/11 antes de observar los días previos, Bolivia no ha logrado una canalización institucional a la crisis golpista. En cambio, se sigue vulnerando la constitución cuando la segunda vicepresidenta del Senado Jeanine Añez, se autoproclama presidenta interina en una sesión legislativa que no cuenta con quorum reglamentario en ninguna de las dos Cámaras legislativas. Por lo tanto, la autoproclamada presidenta, carece de legitimidad de origen y de legitimidad constitucional.

Bolivia emerge dentro de una situación política muy complicada para América Latina actual, una *región en donde la democracia está en abierta disputa*, como construcción de un horizonte común de sentido y como lazo que une a representantes y representados. Y donde, al mismo tiempo que se ha deprimido la presencia de organizaciones regionales que actúen en la promoción de espacios de diálogo y de negociación en caso de conflictos,¹ se renueva la presencia de los militares en la vida pública y/o gubernamental. Situación que no replica, pero renueva el recuerdo del pasado reciente de golpes militares y dictaduras cívico-militares en la región.²

Hace casi un mes que en Chile emergieron protestas sociales disparadas por la suba del boleto del metro, y a las que el presidente Piñera respondió, antes que nada, con un inescrupuloso “estamos en guerra”. Protestas sociales y políticas que intentaron ser reprimidas y no lo lograron con la declaración de estado de sitio, la ostensible presencia de militares en el espacio público, y una represión que vulnera seriamente el Estado de Derecho y los Derechos Humanos de sus ciudadanos. La cifra de heridos de balas de goma especialmente disparada en los ojos crece, como así también la de perseguidos,

1 Consultar Lesgart, C. (2019). Golpes de Estado y Golpes constitucionales. Usos e innovación de un concepto político fundamental. *PolHis. Revista del Programa de Historia política*, 23(12).

2 Pellet Lastra, R. (25 de octubre de 2019). En América Latina, los militares ganan terreno al calor de la inestabilidad. *Diario La Nación*. Pirotta, I. (2019). Los militares, Bolsonaro y la democracia brasileña. *Revista Nueva Sociedad. Tokatiän*, J. G. Latinoamérica y el retorno de la cuestión militar. *Diario Página 12*. (12/11/19).

detenidos, y es aún incierta la de los muertos en las protestas.³ Ecuador había declarado el toque de queda unas semanas antes, y la represión a las movilizaciones sociales ante los ajustes impuestos por las medidas del FMI, también le fue confiada a los militares. En Perú, el mes de octubre ha sido institucionalmente controvertido. El presidente disolvió al Congreso que sucesivamente suspendió al presidente, y la vicepresidenta juramentó en su lugar. También aquí las FF.AA. contribuyeron al sostenimiento de este controvertido orden político.

La *renovada presencia de los militares en la vida pública* es heterogénea pero contundente. Estos ocupan funciones clave en gobiernos cuyos países padecieron golpes de estado y cruentas dictaduras militares. Como en Brasil, donde el presidente Jair Bolsonaro es un capitán, y el vicepresidente un coronel, ambos retirados. Pero con un gabinete que los tiene como funcionarios en distintas líneas. En México han sido sacadas al espacio público para reprimir el crimen organizado. Y allí también han contribuido, como en Guatemala y Honduras, en las tareas de contención ofensiva y/o represión de los migrantes.

Por todo esto, la “recomendación” realizada por la policía y las FF.AA. a Evo Morales en el momento inmediatamente posterior a que el presidente aceptara los resultados de la Auditoría de la OEA y llamara a elecciones para encontrar una salida institucional a la crisis política desatada, no sólo renueva la presencia de los militares y policías en la vida pública y política. Desnuda la ostensible acción de amenaza coactiva de dos de las instituciones estatales que poseen el monopolio de la violencia física, sobre el personaje político principal. Un presidente que, si hubiese funcionado el Estado Constitucional de Derecho, tendría que haber encontrado en esas dos instituciones subordinación. En cambio, inmediatamente después de producida esa recomendación coactiva, la policía que hasta ese momento había estado acuartelada se desacuarteló, y haciendo uso de un artículo de una Constitución que ya había violado, recurrió a las Fuerzas Armadas para dar el batacazo siguiente. He aquí el núcleo principal de la *situación golpista*.

3 Yaccar, M. D. (10/11/2019). El desborde en Chile. Diario *Página 12*. Las protestas no cesaron con el nuevo paquete de medidas sociales y económicas, ni con el cambio del gabinete del Ejecutivo. Por el contrario, se han reanudado, incluso frente al llamado de la derecha a reformar la constitución de 1980, que llegó las leyes de amarre (pinochetistas) a los gobiernos de la transición.

2.

Hay que insistir y hacer audible que nada de lo acontecido con anterioridad al domingo 9/11 justifica el golpe del 9/11. Ojalá llegue el momento en que se puedan discutir las múltiples causas y comportamientos políticos que corroen por dentro a las democracias.⁴ Pero hoy, ninguna de las controversias institucionales anteriores acerca del carácter más o menos forzado (pero no informal) de los arreglos que llevaron al tercer mandato de Evo Morales,⁵ ni la suspensión momentánea del recuento de votos aguardando los resultados que provenían de las zonas rurales, justifica la ruptura institucional y la vulneración del estado de derecho provocados por el “golpe político-policial y cívico” –para llamarlo, provisoriamente, con las palabras del presidente Morales–.⁶

Es que el tiempo de las controversias institucionales anteriores quedó interrumpida en el preciso instante en que la policía (acuartelada hasta ese momento) y las FF. AA, ambas instituciones armadas que poseen el monopolio de la fuerza física, desoyeron y desposeyeron de todo valor político e institucional el llamado de Evo Morales a elecciones para garantizar una salida institucional a la crisis. La propuesta presidencial era democrática porque tras los resultados arrojados por la Auditoría de la Organización de Estados Americanos (OEA), *Evo Morales llamó a elecciones*. Aunque los fundamentos de acusación sobre el fraude no están claros ni en el informe de la OEA, ni en la oposición política boliviana. El presidente no sólo tomó un camino institucional. Se avino, además, a la posibilidad de que la contingencia del resultado de unas nuevas elecciones le fueran adversas para el triunfo de su candidatura y del MAS. Por lo que la “sugerencia” coactiva de la policía y de las FF.AA., realizada casi en forma simultánea al llamado a elecciones, revelan *el golpe*.

-
- 4 Que pueden llamarse de muy distintas maneras: “muerte lenta de la democracia”, “desdemocratización de la democracia”, “crisis de la democracia liberal”. Consultar, entre otros Levitsky, S. y Ziblatt, D. (2018). *Cómo mueren las democracias*. Barcelona: Ariel. Galli, C. (2013). *El malestar de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- 5 Inhabilitado constitucionalmente para presentarse a un tercer mandato, convoca a un plebiscito para dirimir su candidatura. Ante los resultados adversos, lo dirime en el Tribunal Constitucional, que lo habilita por fallo a presentarse. Por lo tanto, es una candidatura devenida de un fallo judicial.
- 6 Sobre la Misión de la OEA, cuyos resultados no son contundentes como los medios de comunicación lo presentan, consultar: Long, G., Rosnick, D. et al (2019). What happened in Bolivia’s 2019 vote count? The role of the OAS electoral observation mission. Center for Economic and Policy Research. Washington. De la Peña, R. (2019). Sobre el informe de la elección en Bolivia, 2019.

Toda la situación coercitiva y represiva de invasión policial y militar del espacio público que se extendió antes, durante y después del 9/11, muestran la decisión golpista de desplegar la violencia estatal y clausurar las garantías del Estado de Derecho. No es solamente la orden de detención librada contra el presidente por una policía que después negó lo dicho, pero fue a buscar a las FF.AA. amparándose en el artículo de una Constitución que ya había violado. También es la ocultación clandestina de Evo Morales, quien tuvo que protegerse con los “hermanos de las Federaciones del trópico”, su gente, los cocaleros del Chapare. En el momento en que se le sacaron el avión presidencial, fueron los militares los que impidieron la salida legal del territorio boliviano. Posteriormente el saqueo y el vandalismo hacia su casa. Por supuesto que hubo otros arrestos posteriores –el de la presidenta del Tribunal Supremo Electoral es contundente–, que pusieron en evidencia que la circulación de formas de amedrentamiento, persecución, violencia física, racial y xenófoba de los días previos, abrevaron en el golpe. Las listas negras que circularon los días anteriores al 9/11, una alcaldesa tomada como rehén y torturada, amenazas de quema de los domicilios particulares de distintos funcionarios y de legisladores del MAS, la toma de otros rehenes que fueron agredidos, violentados y humillados, muestran la manera en que se inician los autoritarismos,⁷ aunque aún no se pueda hacer prospectiva de la forma política que sobrevendrá. La declaración de estado de sitio *de facto* el día lunes 11 a la noche, revelan el socavamiento del Estado de Derecho, y muestran una vez más el *golpe contra el estado*.

3.

El conjunto de acciones, declaraciones, y la ostensible presencia de la policía y de las FF.AA. en el espacio público y en la vida pública boliviana en estos días cruciales, no convierten al golpe en un golpe militar. Al menos, no lo es en el sentido en que nos enseñaron las experiencias conclusivas de apoderamiento energético del poder político de los años '60 y '70 del siglo pasado. Cuando las FF.AA. como institución y como actor estatal, derrocaban y destituían por la fuerza a autoridades legítima y legalmente

7 Lesgart, C. Autoritarismo. Historia y problemas de un concepto contemporáneo fundamental. *Revista Perfiles Latinoamericanos*. México: FLACSO (en Prensa).

constituidas. Y se hacían cargo de las riendas del gobierno y del estado. Apoyándose en la Doctrina de Seguridad Nacional e implantando el terror estatal, como en Argentina.⁸

Pero al ser dos instituciones estatales y dos actores que poseen el monopolio de la fuerza física legítima las que “sugieren”, mediante amenaza coactiva y uso manifiesto de la fuerza, la renuncia de un presidente y de un gobierno legítimo y legalmente constituido tras un nuevo llamado a elecciones, golpean al presidente Evo Morales y al gobierno del MAS. Este desplazamiento provocado mediante “*sugerencia*” coactiva y uso manifiesto de la fuerza es novedoso en relación con las anteriores formas de acceso al poder político que suelen manifestarse en los golpes de estado: no es estrictamente una remoción por la fuerza, ni un derrocamiento, ni una destitución.

El uso ostensible de la fuerza golpea la institución impersonal del estado, desafiando a un estado constitucional de derecho que ya estaba severamente dañado por la no subordinación de dos fuerzas estatales al mando constitucional, y por la generalizada situación de persecución, amedrentamiento, y violencia policial hacia la oposición y hacia la población. Es, por tanto, un golpe contra la institución impersonal del estado, aunque no se trata, como en los golpes militares, de la conquista ofensiva y violenta del estado por parte de un actor colectivo, elitista y minoritario. Aún no se puede prever cuán definitivo o concluyente es este golpe, porque un golpe no inaugura necesariamente un nuevo tipo de régimen político o una nueva forma política. Lo dicho hasta aquí, hace visible a uno de los actores que Evo Morales nombró como responsables del golpe cívico, político y policial.

Este golpe tampoco se ajusta a los llamados golpes parlamentarios, en donde un conjunto de acciones audaces, pero no secretas ni sorprendidas, son realizadas desde uno de los poderes hacia otro, generando el desplazamiento de autoridades legítimas. Tampoco se parece a los golpes dentro de la democracia (blando, constitucional, institucional), como el denunciado en Brasil por Dilma Rousseff y llamado por quienes la sucedieron en el gobierno “impeachment” en el año 2016, o la moción de censura contra el gobierno de Fernando Lugo en Paraguay en el año 2012. En ellos, una acción o conjunto de acciones de actores

formales, –estatales y gubernamentales–,⁹ generan inestabilidad hacia un gobierno generando un desplazamiento por mecanismos institucionales o constitucionales de autoridades legítimamente constituidas, que golpean al gobierno sin alterar el régimen político.

Así, los intentos por recuperar el funcionamiento institucional previamente violado y dañado, se vuelve complicado en la Bolivia actual. Tras la “*sugerencia*” *coactiva* a la renuncia del presidente y del vicepresidente, se sucedieron las renunciaciones de una parte nutrida de la línea sucesoria establecida por la constitución: la presidencia y vicepresidencia de la Cámara de Diputados, y la presidencia de la Cámara de Senadores Adriana Salvatierra. Renunciaciones que, paradójicamente, no pudieron ser aceptadas o rechazadas por la falta de garantías constitucionales y amenazas para el trabajo parlamentario, que son denunciadas por los políticos y funcionarios. Muchos de los cuales, además y por ahora, no darán quorum reglamentario para refrendar una renuncia coactivamente sugerida.

Esto llega hasta la segunda vicepresidenta de la Cámara de Senadores, la senadora santacruceña del oriente terrateniente Jeanine Añez, quien se autoproclamo presidenta interina de Bolivia fuera de todo mecanismo de convalidación constitucional y de todo consenso legislativo, dado que no hubo quorum en las sucesivas reuniones parlamentarias. Aún resta por considerar cómo se rencauzarán este conjunto de acciones. Pero hay que subrayar que Jeanine Añez no cuenta con legitimidad de origen. Y ha sido autoproclamada por mecanismos institucionales que, en el estado de situación actual, no siguen el ordenamiento constitucional para cubrir la acefalía. Por ahora, esta senadora, ha callado la audibilidad que tuvieron en su momento el hombre visible de la oposición política Mesa, y el hombre de Santa Cruz, proveniente de la derecha conservadora, católica y reactiva contra las tradiciones de los pueblos originarios, Camacho.¹⁰ Esto hace visible a otro conjunto de actores políticos que Evo Morales nombró como responsables de lo que llamó golpe cívico, político y policial, aunque no sean ellos los golpistas.

9 Aunque puedan participar también actores informales y civiles, en el golpe institucional o constitucional, decisiva es la acción de los formales y gubernamentales.

10 Consultar Stefanoni, P. y Molina F. (2019). Bolivia y la contrarrevolución. ¿Cómo derrocaron a Evo? *Revista Anfibia*.

4.

Este tiempo de oscuridad en Bolivia nos deja algunos legados que ella y la región tal vez estén a tiempo de asumir.

Nada de lo ocurrido con antelación al 9/11 lo justifica. Pero hay que subrayar que hay líderes de diversos lugares del mundo, que suelen forzar las reglas institucionales y constitucionales debilitando los regímenes democráticos y forcejeando con la decisión popular soberana. Este problema, no es una particularidad Latinoamericana, aunque en nuestros países esta suele ser una práctica que se generaliza con el transcurrir de los tiempos democráticos. Aunque se lo ha llamado de muy distintas maneras,¹¹ es una de las *regresiones constitucionales* más palpables de las democracias contemporáneas. Problema que pone en escena complejas tradiciones políticas que hoy conviven como arreglos conflictivos: la democracia, el populismo, el liberalismo político, el estado de derecho. Y que se entronca, con la espinosa cuestión de la sucesión presidencial y/o de los líderes en el mundo actual. Aun cuando la democracia debe entenderse como un orden conflictivo, la alteración o el forzamiento de las instituciones formales generan una inestabilidad corrosiva para los regímenes políticos democráticos. La Bolivia anterior al 9/11 obliga a pensar estas cuestiones.

Hay prácticas que sobrevinieron al 9/11, que forcejean con el núcleo de sentido de las democracias: la expresión del pueblo soberano. En este caso, a diferencia de lo anterior, se trata de mecanismos constitucionales, como el toque de queda o el estado de sitio, que ya no pueden integrarse ligeramente en el repertorio de las prácticas de un estado democrático. Junto a la presencia renovada y heterogénea, pero extendida y contundente –como lo desnuda la Bolivia del golpe–, de las FF.AA. y de la policía en el espacio público de los distintos países de la región, dejan el legado de la necesidad de formación democrática y del control civil que debe establecerse sobre las fuerzas destinadas a la seguridad y de las fuerzas destinadas a la defensa nacional. Dos actores, que como muestra

11 Autoritarismo competitivo, global, régimen híbrido, pseudo-democracia. Consultar Diamond, L. (2014). Elecciones sin democracia. A propósito de los regímenes híbridos. Revista *Estudios Políticos*, 24. Levitsky, S. Elecciones sin democracia. El surgimiento del autoritarismo competitivo. Revista *Estudios Políticos*, 24. Diamond, L., Plattner, M. y Walker, C. (2016). *Authoritarianism goes global. The challenge to democracy*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

la Bolivia de hoy y de manera contundente enseñan las dictaduras militares de los años '60 y '70, poseen el monopolio de la fuerza física legítima, pero no están destinadas a suplantar al pueblo soberano. Tampoco están capacitadas para interpretar o sugerir, mucho menos mediante amenaza coactiva y uso manifiesto de la fuerza, el destino democrático de los gobiernos de nuestros países. La Bolivia anterior y posterior al 9/11, lega la urgencia de construir políticas públicas dentro y fuera de su territorio nacional.

También por estos días en que hay muchas voces disputándose la soberanía, se nota la falta de instituciones regionales que se imaginen reconstruyéndose sobre el declive y el desprestigio actual de muchas de las instituciones nacidas al calor de la Segunda Postguerra mundial y del sistema de Naciones Unidas. Tal vez otro de los legados que nos deja Bolivia es la necesidad de unos organismos regionales sólidamente comprometidos con el futuro democrático de América Latina. Una democracia que, como nos lega cada uno de los países de la región, es un orden común litigioso y contingente.



Gratuidad universitaria y el rol de Estado en la educación

ALEJANDRO RUIDREJO (UNIVERSIDAD NACIONAL DE SALTA)
22 DE NOVIEMBRE DE 2019

Hace setenta años se realizó el Primer Congreso Nacional de Filosofía y, como es sabido, el entonces presidente de la Nación transformó ese evento en uno de los más importantes de la historia de nuestro país, no sólo por la envergadura de los participantes, sino también porque lo cerró con un discurso que, publicado posteriormente bajo el título *La comunidad organizada*, formó parte de la doctrina filosófica del justicialismo.

En el análisis de la significancia que adquirieron el evento académico y el discurso, el filósofo Armando Poratti, en *La Comunidad Organizada Texto y Gesto*, sostenía que el Congreso participaba del carácter maldito del peronismo, y que la presencia de Perón no fue un acto casual, sino más bien una apuesta en la que desplegaba su modo de

entender qué es el poder, cómo y sobre todo para qué hay que usarlo; a la vez que mostraba, no con una cultura filosófica académica, pero sí en un sentido profundo, qué es la filosofía y para qué sirve.

Es sabido también que, si bien nunca se ha podido establecer qué otras manos intervinieron en la escritura de ese texto, se ha atribuido a algunos filósofos como Carlos Astrada, e incluso al jesuita Hernán Benítez, el haber tomado al discurso presidencial como campo de pugna buscando definir el sentido de su inscripción en el seno de la literatura filosófica. Años después el mismo Perón dirá: “a *La comunidad organizada* hay que leerla, aunque no me gusta o no me resulta satisfactoria. Yo había escrito un texto muy claro, muy lindo, y lo di para que lo arreglaran para filósofos... y me lo estropearon. Pero ahí está, igual sirve”. De esta manera, el trabajo anónimo de los filósofos arruinaba la potencia de una oratoria política que buscaba afirmar la apuesta por una tercera posición entre la guerra de todos contra todos hobbesiana y la lucha de clases marxista, que podía ser reconocida, aún bajo su estropicio filosófico, en un discurso pronunciado ante filósofos reunidos en una universidad, pero destinado a un pueblo por venir.

Puede reconocerse en el gesto del presidente una apuesta política que establece con la filosofía un juego de proximidades y distancias, donde pretende poner a circular su propia concepción al decir: “la filosofía debe llevar al campo de lo visible formas y objetos antes inadvertidos; y sobre todo, relaciones”. Quisiera retener esa afirmación, para recortarla de su contexto y ponerla a operar en el seno de un modo de entender la filosofía como problematización del presente, como un quehacer centrado en relevar en lo que sucede el conjunto de inquietudes que hace resquebrajar las certezas, abriendo el espacio de los interrogantes y distribuyendo posibles respuestas. Con ello pretendo señalar brevemente el campo de emergencia de la gratuidad universitaria argentina que, como es sabido, se llevó a cabo mediante un decreto del mismo Perón, promulgado el 22 de noviembre de 1949 y retroactivo al 20 de junio de ese año, fecha en la que mediante un discurso presidencial se decía lo siguiente:

En los comienzos de mi presidencia después de más de un siglo de olvido, di cumplimiento a los deseos de Belgrano de resignar recompensa en dinero que le acordara el prócer al gobierno, invirtiendo los fondos necesarios para construir una escuela, como él lo dispusiera, en la ciudad de Tarija

Jóvenes argentinos:

Que nuestra bandera les recuerde siempre vuestros deberes de patriotas, prontos a ofrecer la vida en su holocausto, porque en sus pliegues sagrados están escritos, con las glorias y las tradiciones de la Patria, los deberes ineludibles que todos tenemos de defenderlas.

Mediante esas palabras, la gratuidad universitaria ataba a “los jóvenes argentinos” a una deuda contraída con la Patria, que a través de deberes ineludibles comprometía el sacrificio de la propia vida y, de esta manera, se convertía en el hilo conductor que permitía sortear el olvido de un proyecto de nación, forjado por héroes como Belgrano. Perón remitía así a un pasado olvidado para fundar el valor de una acción de gobierno, pero a la vez eludía su más directa inmediatez, al no mencionar las múltiples formas en que, desde la Reforma universitaria de 1918 hasta llegar a los mismos forjistas, pasando por los proyectos de ley presentados por Manuel María de Iriondo en 1932, Alfredo Palacios, Julio V González, entre 1930 y 1940 y Alfredo Domingo Calcagno en 1947, distintos sectores habían planteado la necesidad de avanzar hacia la gratuidad universitaria. Ese recurso político y retórico es denunciado por figuras opositoras a Perón y permite que Mario Vargas Llosa, en su reciente libro *La llamada de la tribu*, lo sitúe en el conjunto de los líderes carismáticos que en sus discursos apelaban al irracionalismo del ser humano primitivo, que anida en el fondo más secreto de todas las personas civilizadas. A través de Popper y de Hayek, el nobel peruano llegó a abrazar la tesis de que la existencia tribal propia de los albores mismos de la humanidad había forjado una serie de sentimientos morales de solidaridad, que muy probablemente se hayan transmitido genéticamente hasta nuestras generaciones, dentro de los cuales se incluía a la justicia social.

Apoyándose, así, en sus colegas de la asociación de filosofía política fundada en 1947, conocida como *Sociedad Mont Pelerin*, Vargas Llosa sostiene que el (neo)liberalismo, cumple el papel civilizatorio de evitar que la ciudadanía, especialmente en el Tercer

Mundo, retorne a ser una masa anodina, ahogada en su creatividad y enfeudada a un caudillo, tal como sucedió con las experiencias de las sociedades que han optado por un igualitarismo sin méritos y desconocido las bondades de la igualdad de oportunidades que el liberalismo sostiene.

Es precisamente en el centenario de la Reforma universitaria de Córdoba cuando el nobel peruano recupera los aportes de Milton Friedman, quien en 1955, el mismo año del derrocamiento del gobierno peronista, publicara el texto *El papel del gobierno en la educación* proponiendo que el camino para la mejor asignación de recursos públicos destinados a ese propósito consistía en subsidiar la demanda, no la oferta, a través de *vouchers*, cupones escolares, distribuidos entre las personas que requiriesen los servicios formativos. Convertir a los estudiantes en clientes y a las instituciones educativas en empresas resultaba la mejor opción para alcanzar la conciliación entre la libre elección de las personas y la calidad de la educación. A los ojos del escritor peruano, es inaceptable el hecho de que los hijos de las familias pudientes estén exonerados de pagar su educación, en sociedades donde esta es cada vez más costosa, dado que la sociedad civil tiene tanta responsabilidad como el Estado en mantener el mejor nivel educativo en base a la equidad.

Sabemos que los países que se embanderan tras esas racionalidades de gobierno han producido escenarios catastróficos, generando no sólo una epidemia de estudiantes universitarios endeudados hasta extremos impensados, sino también alimentando la voracidad de ganancia de una forma de capitalismo donde la especulación irrefrenable sobre las riesgosas deudas, produce colapsos del sistema financiero internacional y termina por exigir el sacrificio de nuestras sociedades para su rescate.

Es posible decir entonces que, si entre 1947 y 1955 la problematización del rol del Estado en la Educación contrapuso el sueño de convertir al campo educativo en un mercado a ciertas formas de intervención reguladora, la emergencia de la gratuidad universitaria argentina estuvo atada a un devenir en el que sufrió los propios quebrantos y las dignas reafirmaciones de la historia política y económica de nuestro país. Bajo períodos dictatoriales, pero también durante los neoliberalismos que se impusieron a través de mayorías electorales, la gratuidad universitaria fue vista como un impedimento para quienes apostaban a la regulación de la vida en común a través los imperativos del libre sistema de

precios. Nuestro presente, mediante la *Ley de Implementación efectiva de la responsabilidad del Estado* en el Nivel de *Educación Superior*, coloca a la gratuidad en el centro de los debates sobre las reformas universitarias que es preciso realizar para la transformación de todo lo que en nuestras comunidades académicas pudiera impedir la debida graduación de sus estudiantes tras un tiempo y un esfuerzo razonables. Se juega en ello, en parte, la posibilidad de que los derechos y las libertades conquistadas en el orden universitario sumen esperanzas a las luchas por darle nuevas formas a nuestra vida en común.



Una locura hermosa

A 70 años del desarancelamiento de la Universidad

MAURO BENENTE (UBA/UNPAZ) Y DARÍO KUSINSKY (UNPAZ)
22 DE NOVIEMBRE DE 2019

En el marco de una serie de entrevistas que mantuvo con Tomás Eloy Martínez en Madrid, una mañana de marzo de 1970, Juan Domingo Perón recordaba: “La conquista más grande fue que la Universidad se llenó de hijos de obreros, donde antes estaba solamente admitido el oligarca”. La remembranza hacía mención a una medida revolucionaria: la supresión de aranceles universitarios, decretada el 22 de noviembre de 1949. Esta decisión implicó, tal como relataba Perón en un discurso dirigido a médicos y médicas el 10 de diciembre de 1949, abrir “las puertas de la universidad”. La universidad es una institución medieval que comenzó a cobrar mayor protagonismo con el tránsito a la modernidad, y en ambos momentos –a pesar de su nombre, que alude a lo universal–

fue concebida como una institución de puertas cerradas. Una Universidad con puertas cerradas es aquella que se erige como un dispositivo de reproducción del orden social, de formación de los hijos de las élites, de consagración de los destinos preasignados por la estratificación social. Con la apertura de la universidad, con la gratuidad, aquella institución elitista, distinta y distante de los sectores populares, se transformó en un dispositivo ya no reproducción de los destinos de los y las jóvenes, sino en uno que permite, al menos parcialmente, transformarlos radicalmente.

La apertura de puertas de la universidad, que no se reduce aunque incluye el desarancelamiento de los estudios, representa una medida absolutamente revolucionaria. Estas ideas estaban muy claras en el modo en que Ernesto “Che” Guevara concebía las transformaciones que debía tener la Universidad. A muy poco de iniciarse el proceso revolucionario en Cuba, el 28 de diciembre de 1959, el “Che” recibió, no a nombre propio sino en nombre del pueblo, el doctorado *honoris causa* de la Facultad de Pedagogía de la Universidad Central de Las Villas. No era la primera vez que analizaba los contornos de la Universidad en la Revolución, ya que el 15 de octubre de aquel año, en la Universidad de Oriente, había rechazado las aproximaciones excesivamente liberales de la autonomía universitaria. En su intervención de la Universidad de Las Villas, el “Che” se preguntaba cuál debería ser la función de la universidad, y como artículo primero ponía de relieve: “que se pinte de negro, que se pinte de mulato, no sólo entre los alumnos, sino también entre los profesores; que se pinte de obrero y de campesino, que se pinte de pueblo, porque la Universidad no es el patrimonio de nadie y pertenece al pueblo”. Esta Universidad pintada con los distintos colores del pueblo, con su generosa paleta de tonalidades, se opone a la universidad monocromática de los privilegios. Y esta universidad pintada de pueblo es, necesariamente, una universidad de puertas abiertas. El pueblo, decía el “Che”, “está hoy a las puertas de la Universidad, y la Universidad debe ser flexible, pintarse de negro, de mulato, de obrero, de campesino, o quedarse sin puertas, y el pueblo la romperá y él pintará la Universidad con los colores que le parezca”.

Esta mirada revolucionaria sobre una universidad pintada de pueblo y con las puertas abiertas, que el “Che” avizoraba como la tarea hacia futuro, en Argentina suponía una mirada hacia el pasado, hacia un derrotero de procesos históricos que fueron dando

forma a una Universidad plebeya. Esta mirada hacia el pasado mostraba dos grandes momentos de apertura de puertas: la reforma y el desarancelamiento. Pero esta contemplación hacia un pasado que fue coloreando la universidad plebeya, debe complementarse con un tercer momento, el de la cercanía de las universidades, porque las universidades pintadas de pueblo, pero enclavadas en los grandes centros urbanos, tan distantes de los barrios populares, observadas a la distancia, tanto no se diferencian de las universidades monocromáticas de los privilegios.

La apertura de puertas de la Reforma

La Reforma de 1918 incorporó la autonomía, la libertad de cátedra, los concursos docentes, y la participación estudiantil en el gobierno de las universidades. Este elenco de transformaciones institucionales ha sido de gran relevancia para nuestro diseño universitario, pero la Reforma no se ha limitado a estas modificaciones, sino que inició un proceso de sedimentación de significantes que postulaban la urgencia de abrir las puertas de la Universidad. En el número 10 de *La Gaceta universitaria*, los reformistas sostenían que “la Revolución –porque esta es la palabra– que acaba de realizarse en Córdoba no es sino una de las tantas manifestaciones de la renovación que se anuncia”. La revolución suponía que se abrieran las puertas de la Universidad, para que los universitarios se transformaran en catalizadores de transformaciones sociales y políticas. La apuesta era abrir las puertas de las Universidades para que desde allí se contribuyera a un proceso emancipatorio. Es así que Mariátegui, un ferviente lector de los sucesos cordobeses, en su trabajo *La reforma universitaria*, entendía que el movimiento de la reforma distaba “de proponerse objetivos exclusivamente universitarios y (en) que, por su estrecha y creciente relación con el avance de las clases trabajadoras y con el abatimiento de viejos principios económicos, no puede ser entendido sino como uno de los aspectos de una profunda renovación latinoamericana”.

Esta apertura de puertas de la Universidad marcaba más una dirección de salida que de entrada, más un sendero que hacía transitar a los universitarios –casi no había universitarias– hacia el pueblo, que el pueblo hacia la Universidad. Quizás haya sido por este camino unidireccional que, el desarancelamiento de los estudios superiores –vital para

el ingreso del pueblo a la Universidad— no integró los elementos constitutivos de la Reforma. En este sentido, cabe subrayar que, en el Congreso de la FUA de julio de 1918, a partir de un proyecto de resolución redactado por Del Mazo y Dante Argido se discutió una resolución encomendando la gratuidad de los estudios, pero no fue aprobada. De la misma manera, el 2 de agosto de 1918, cuarenta y cinco días después del emblemático 15 de junio, el gobierno de Yrigoyen —aliado estratégico de los reformistas— presentó un proyecto de Ley Orgánica de la Instrucción Pública que, si bien no llegó a sancionarse, respecto de la educación superior, reconocía el cobro de aranceles.

La apertura de puertas del peronismo

El 21 de octubre de 1946 el presidente Juan Domingo Perón y el secretario técnico de la presidencia Figuerola presentaron el Plan Quinquenal, que dentro del Capítulo III incluía la “gratuidad de la enseñanza universitaria”. Sin embargo, en la propuesta de articulado, la gratuidad no era universal, sino que estaba destinada a quienes no pudieran costear los estudios. Si bien el desarancelamiento universal no estaba incluido en este Plan, ni en la primera Ley universitaria del peronismo —la N° 13031, sancionada el 26 de septiembre de 1947—, ya en el Plan se subrayaba que la universidad “ha demostrado su absoluta separación del pueblo y el más completo desconocimiento de sus necesidades y de sus aspiraciones”. Este divorcio se explicaba tanto por el carácter reaccionario de buena parte de los planteles docentes, como por la “falta de acceso de las clases humildes a los estudios superiores”.

El diagnóstico del peronismo suponía continuar el camino de la Reforma de abrir las puertas de la Universidad, pero transformando la mano única de la Reforma en una avenida de doble mano, en la que la Universidad se acercara al pueblo, pero también el pueblo ingresara a la Universidad. En este sentido, el desarancelamiento plasmado en el Decreto N° 29337, dictado el 22 de noviembre de 1949, permitió el ingreso del pueblo a la universidad y con ello un exponencial crecimiento de la matrícula: si en 1947 había 51.272 estudiantes, en 1955 el número ascendió a 143.542, y la tasa de 0,8% de los habitantes estudiando en la universidad representaba el número más alto de América Latina. El decreto del desarancelamiento coloreó de pueblo a la hasta

ese entonces Universidad monocromática de los privilegios, y alcanzó ese doble movimiento entre pueblo y universidad. Permitió, como bien pintó el diputado Bustos Fierro al momento de describir la política universitaria del peronismo, que “el pueblo se haga universidad y la universidad se haga pueblo”.

La Universidad de puertas abiertas y pintada de pueblo, está cerca

Sin dudas, para que la Universidad tenga las puertas abiertas, para que se pinte de pueblo, es fundamental el desarancelamiento. Pero con ello no alcanza para que las Universidades se nutran de toda la paleta de colores del pueblo. Por una parte, es necesario que existan condiciones materiales que permitan que los y las estudiantes puedan efectivamente dedicar parte de su tiempo al estudio. Estas condiciones materiales se logran, fundamentalmente, con un modelo económico que no precarice las vidas, sino que permita que cada uno y cada una cuente con las necesidades básicas satisfechas. Y a modo de complemento, con políticas sociales –como fuera el Plan Progresar– que subsidien parte de los estudios superiores. Pero, además, es importante que la Universidad esté cerca, en muchos sentidos, pero fundamentalmente en un sentido geográfico. Una Universidad pintada de pueblo, pero situada a mucha distancia de los barrios populares, a lo lejos, se percibe muy parecida a la Universidad monocromática de los privilegios.

Esta política de proximidad, de hacer que los colores del pueblo brillen, no en cualquier sitio sino cerca del pueblo, tuvo un gran hito y dos antecedentes. El primer antecedente fue el Plan Taquini, desarrollado entre 1971 y 1973, marco en el cual se crearon 12 Universidades nacionales. El segundo antecedente fue el desarrollado entre 1988 y 1995, en el cual se establecieron 10 Universidades nacionales. El gran hito fue el período 2003 y 2015, con la fundación de veintitrés universidades nacionales e institutos universitarios. Este hito no solamente se tradujo en un crecimiento exponencial de la matrícula universitaria, sino que habilitó que, como sucede en las denominadas Universidades del Bicentenario, las aulas estén repletas de estudiantes que, casi en un 80%, son primera generación de universitarios y universitarias.

En una intervención en noviembre de 2015, el Presidente Macri dijo “¿Qué es esto de universidades por todos lados? [...] Basta de esta locura”. Esto de las Universidades por todos lados es la hermosura de los colores del pueblo brillando cerca del pueblo. Para quienes gustan de los tonos monocromáticos de la Universidad elitista, las universidades por todos lados son una locura. Para quienes tenemos el compromiso académico y político de pintar las universidades de pueblo, de abrir sus puertas para “el pueblo se haga universidad y la universidad se haga pueblo”, es una locura hermosa.



El recuerdo del futuro

A 30 años de la caída del muro de Berlín

MARTÍN BAÑA (UBA/UNSAM/CONICET)
26 DE NOVIEMBRE DE 2019

En 1919, George Clemenceau convocó a las regiones que se habían separado del Imperio ruso a que construyeran un “cordón sanitario” para detener el avance del comunismo sobre Europa. Algunos años después, en 1946, Winston Churchill fue un poco más terminante y sostuvo que sobre el continente había caído una “cortina de hierro” que dividía al mundo capitalista del comunista. Con estas declaraciones, tanto el primer ministro francés como su par británico estaban siendo drásticos pero no originales. Al contrario, se sumaban a una larga tradición de aislamiento basada en el temor –casi siempre más imaginario que real– de una expansión rusa que tuvo como objetivo condenar y aislar a ese país y a todos aquellos que quedaran bajo su influencia.

Como sostiene el historiador Gabriel Gorodetsky, este aislamiento es más el resultado de un problema cultural que uno de *realpolitik* y demuestra que a la hora de los enfrentamientos los preconceptos resultan ser tan importantes como el despliegue de ejércitos. La rivalidad imperial entre Rusia y Gran Bretaña, por ejemplo, estableció premisas culturales que crearon un conjunto de ideas preconcebidas que se expandieron en el tiempo y que llevaron a una desconfianza mutua. El resultado fue que tanto las relaciones diplomáticas como la toma de decisiones en tiempos de paz o de guerra quedaron fuertemente condicionadas.

De esta manera es interesante remarcar que en la Europa de la primera mitad del siglo XX ya estaba presente, al menos simbólicamente, la idea de una separación geográfica – aunque también racial y sociológica– entre dos espacios: “cordón sanitario” y “cortina de hierro” como metáforas de una división que colocaba a Rusia dentro de un *ellos oriental* diferente a un *nosotros occidental*. El Muro de Berlín fue la materialización de esas proyecciones y, a pesar de que fue construido por la República Democrática Alemana con apoyo soviético, fue funcional para las potencias europeas y para Estados Unidos. Con el beneficio de que el costo material y simbólico corrió por parte de los comunistas.

Dentro de este marco, ¿cómo podemos entender la construcción del Muro de Berlín? Más aún, ¿qué podemos decir hoy sobre él a 30 años de su caída? Las páginas que siguen intentan responder brevemente estos interrogantes.

Guerra Fría

El Muro de Berlín se empezó a construir en agosto de 1961. Tenía una extensión de 206 km y rodeaba a toda la parte occidental de la ciudad. De esos 206 km, 43 correspondían a la frontera que dividía al Berlín Occidental del Oriental; el resto lo separaba de la República Federal de Alemania. Pero más importante aún que el Muro fue la construcción de lo que se conoció como frontera intragermana. Es decir una delimitación geográfica construida con vallas, alambres de púas y torres de vigilancia que partía en dos al territorio alemán. Tenía una prolongación de 1.400 km aproxi-

madamente y se extendía desde el Mar Báltico hasta la frontera con Checoslovaquia. Fue menos conocida que el Muro pero quizás más efectiva.

¿Cómo se llega a la drástica decisión de construir un Muro que dividía a dos ciudades y una frontera de alambres y vallas que aislaba a dos países? ¿Por qué, casi de un día para otro, familias y amigos quedaron separados y sin poder verse por casi treinta años? Para responder a estas preguntas, tenemos que retomar lo que plantemos al inicio y sumarle uno de los fenómenos surgidos al finalizar la Segunda Guerra Mundial: la Guerra Fría.

La Guerra Fría fue un fenómeno que se desarrolló en la segunda mitad del siglo XX y que supuso un enfrentamiento entre las dos mayores potencias mundiales de entonces: Estados Unidos y la Unión Soviética. Ese enfrentamiento tuvo dos grandes características: por un lado, no sólo enfrentaba a dos países sino también a dos modelos de sociedad: capitalismo vs. comunismo. Por el otro, el enfrentamiento nunca ocurrió de manera directa –de ahí el mote de “fría”– sino de manera indirecta ya sea a través de otros contrincantes, como sucedió en Vietnam, o a través de gestos simbólicos, como sucedió en los respectivos boicots a los Juegos Olímpicos de 1980 y 1984. La competencia con el otro y el temor al triunfo explican el desarrollo del armamento nuclear, la carrera espacial, el surgimiento del Estado de Bienestar, los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo y, por supuesto, la construcción del Muro de Berlín.

En la Conferencia de Potsdam, celebrada en 1945, los líderes de las cuatro potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial –Estados Unidos, Francia, el Reino Unido y la Unión Soviética– acordaron la división del territorio alemán vencido. El este quedó bajo el mando del Ejército Rojo y el oeste se repartió entre las tres potencias restantes.

Berlín se partió en dos con la misma lógica: el este fue ocupado por las tropas soviéticas y el oeste por los otros tres ejércitos. Pero con la particularidad de que quedó ubicada dentro del territorio dominado por la URSS. Cuando en 1949 se fundó la República Democrática Alemana (RDA), en respuesta a la creación de la República Federal Alemana (RFA), la situación se volvió más tensa ya que la intención de las potencias no era la de abandonar Berlín. Ni siquiera cuando el Secretario General de Partido Comunista de la URSS, Nikita Khrushchov, ordenó el infructuoso bloqueo de Berlín entre 1958 y 1959.

La posibilidad de que ingresaran espías, la influencia cultural occidental pero sobre todo la constante fuga de trabajadores y profesionales de la RDA a la RFA, llevó a la drástica decisión de construir el Muro. Hay que tener en cuenta que entre la creación de la RDA y la construcción del Muro, cerca de 2.700.000 personas huyeron del país, en su mayoría a través de Berlín Oeste, ya que las dos mitades de la ciudad estuvieron unidas hasta agosto de 1961. A partir de entonces se detuvo la sangría. Y en ese sentido se cumplió el objetivo: durante 1985, cuatro años antes de la caída del Muro, solo pudieron escapar 185 personas.

Como sostiene Eric Hobsbawm en su celebrada *Historia del siglo XX*, el Muro de Berlín vino a simbolizar también el cierre de la última frontera indefinida. De hecho, luego de su construcción y hasta 1991 hubo una relativa estabilidad en las relaciones internacionales y no hubo grandes desacuerdos en el reparto del mundo. Estados Unidos incluso pudo tolerar la edificación de un régimen comunista a 200 km de su territorio. En ese sentido debemos destacar que las provocaciones y la propaganda descalificatoria casi siempre provinieron desde Estados Unidos, el cual veía a la URSS como una “amenaza al mundo libre”, mucho más imaginaria de lo que fue en realidad. En la práctica, la URSS no fue ni tan expansionista ni tan agresiva. Más bien siempre asumió una postura defensiva y buscó evitar enfrentamientos por motivos geopolíticos y económicos: históricamente siempre se había limitado a definir una “línea roja” dentro de su zona de influencia y buscó reducir un gasto militar que se hacía cada vez más difícil de sostener.

Crisis

A pesar de la existencia del Muro y de la relativa estabilidad, para la década de 1980 los problemas de la economía centralizada –que los alemanes orientales habían adoptado del modelo soviético– no tardaron en hacerse ver. La escasez de bienes básicos y la proliferación de productos defectuosos estaban a la orden del día. El Trabant, el típico auto fabricado en la RDA, fue el blanco que concentró burlas y críticas. Un chiste que circulaba por el país decía que la velocidad del *Trabbi* –como se lo conocía popularmente– se medía con el calendario y que su manual traía en las dos últimas páginas los horarios del tren y de los autobuses.

A todo esto, la dirigencia de la Unión Soviética, con Mijaíl Gorbachov a la cabeza, había comenzado un proceso de reformas conocido como *perestroika*, que buscó revitalizar una economía que desde la década de 1970 se venía desacelerando. Para ello también debió emprender otro proceso conocido como *glasnost*, que intentó abrir el debate público y profundizar la transparencia de la información. Pero Gorbachov entendió que la reforma del socialismo debía ir a fondo y se propuso trastocar un aspecto delicado: el monopolio del poder del Partido Comunista. Así, a la apertura económica y cultural le siguió la apertura política. Un socialismo sin una verdadera democracia no tenía razón de ser.

Dentro de ese contexto, y a diferencia de 1968 cuando los tanques del Pacto de Varsovia reprimieron la “primavera” checoslovaca, la Unión Soviética no tenía más intenciones de intervenir. Los países comunistas quedaban a la deriva. En su visita a Berlín, Gorbachov le dijo a Erich Honecker —líder de la RDA— que la URSS no aprobaría la represión de las protestas populares. En ese nuevo contexto, la confusión de Günter Schabowski, secretario del Comité Central, al anunciar erróneamente la apertura de la frontera entre las dos Alemanias el 9 de noviembre de 1989 fue la sentencia de muerte para el Muro y para el régimen comunista. En menos de un año las dos Alemanias volvieron a ser una bajo el dominio del mercado.

Treinta años después

La caída del Muro contribuyó a la disolución de la Unión Soviética y a la caída del comunismo europeo, aunque esto no estuviese escrito de antemano. El fin del comunismo a su vez supuso el fin de Guerra Fría, aunque no necesariamente el fin de los conflictos internacionales.

A pesar de que ya pasaron 30 años de la caída del Muro, hay algo que de alguna manera todavía persiste: su materialidad simbólica. En ese sentido, todavía cumple con varias funciones. En primer lugar, como sostiene Ezequiel Adamovsky, cumple con la función de crear una frontera imaginaria que separa a un “nosotros occidental” de un “ellos oriental”. Como dijimos, esto tiene una larga tradición en la historia, asociada al enfrentamiento con Rusia y su descripción como lugar de lo bárbaro e incivilizado y por

lo tanto incapaz de desarrollar las instituciones europeas. Esta diferenciación se reforzó y alcanzó su máximo pico precisamente con la Guerra Fría, cuando el Muro de Berlín vino a poner en materia lo que ya existía en las mentes.

Caído el Muro, persiste la idea que sirve para filtrar y condicionar todas nuestras percepciones sobre los países de Europa Oriental. En la década de 1990 ayudó para que el capitalismo penetrara casi sin obstáculos en esos países. Hoy sirve para poner freno a migraciones y para justificar la aplicación de recetas neoliberales, es decir que funciona como un dispositivo discursivo de exclusión y subordinación de esa parte del territorio que acompañan la transformación capitalista y condicionan nuestra percepción de esa región. Cabe preguntarnos aquí si a pesar de la caída, no seguirá funcionando un muro en nuestras cabezas que nos impide ver lo que sucede más allá.

Pero hay otra función, que es la exclusión del recuerdo del comunismo. Como si la demolición física y la idea de enemigo derrotado sirvieran para exponer ante el mundo entero el carácter eminentemente opresor de un poder construido en nombre de la emancipación de toda la humanidad y, por lo tanto, la imposibilidad de seguir pensándolo. Es decir, la idea de un muro destruido que deja al desnudo la crisis de los proyectos emancipatorios al quedar asociados a la experiencia de la Unión Soviética y de los países comunistas de Europa.

Y sin embargo, la caída del Muro de Berlín dejó un espacio para repensar la experiencia socialista, sin lastres autocelebratorios ni condenas preconcebidas. En ese sentido, puede ser valioso recuperar el sentido social y emancipatorio de la democracia. No sólo verla como un juego político sino más bien como el espacio en donde se juega la justicia social, sentido que de hecho estuvo en los orígenes del concepto. Si hoy la democracia parece hecha para expertos que operan en el mundo electoral y viene acompañada de desinformación y manipulación, retomar su sentido del pasado —como rescataron los berlineses de 1989— puede ayudarnos a pensar los movimientos emancipatorios del futuro. En ese sentido, la experiencia del Muro nos puede servir para revisar críticamente la experiencia comunista pero al mismo tiempo para entender que la emancipación no bajará en un plato volador sino que nacerá de la propia experiencia inmanente de todos nosotros.



¿Una Operación Cóndor 2.0? O sobre la “israelización” de la política latinoamericana

RODRIGO KARMY BOLTON (UNIVERSIDAD DE CHILE)
28 DE NOVIEMBRE DE 2019

Israelización

El triunfo de las derechas en América Latina ha renovado tácitamente a la “Operación Cóndor”. Hoy día, dicha operación no tiene necesidad de articularse desde alguna dictadura, sino que basta con la conformación oligárquica de las democracias en lo que tienen de penetración evangélica local, de influencia de EEUU a nivel regional y de Israel a nivel global para actualizar un conjunto de operaciones policiales de tipo continental que reactiva lo que fue en su momento el dispositivo eclesiástico de la Inquisición y, siglos más tarde, la Escuela de las Américas.

La doctrina del “enemigo interno” aceptada inicialmente por la Inquisición contra pueblos completos que permitía el asedio a pueblos alejados del poder eclesiástico sobre los que

se declaraba en excepción y se capturaba no a un “hereje” para quemarlo o encarcelarlo, sino al conjunto de relaciones que mantenía, se actualiza de otra forma en la Escuela de las Américas implementada por los EEUU que siguió el modelo importado por la Legión Extranjera que Francia usaba en el proceder sobre sus colonias (Argelia, entre otras).

En este circuito, advertimos que el montaje de la “Operación Cóndor” durante las dictaduras latinoamericanas fue un montaje de tecnología colonial no usada contra otros pueblos, sino contra el propio pueblo como si fuera “otro”: el “comunista” (que hoy muta en el “anarquista”). En la actualidad no existen las perversas dictaduras que den lugar a dicha “Operación”, pero quizás, porque ya no son necesarias y porque un dispositivo similar a la “Operación Cóndor” puede funcionar eficazmente en y como dispositivo democrático.

A través de los EEUU y de sus alianzas con las derechas latinoamericanas, Israel ha proveído de dos elementos cruciales a los gobiernos latinoamericanos: en primer lugar, dispositivos de seguridad altamente tecnológicos (ciberseguridad, dispositivos de disuasión como las bombas lacrimógenas) conjuntamente con el entrenamiento a ejércitos y policías; en segundo lugar, respaldo ideológico a los grupos evangélicos a nivel continental y lobby permanente para implementar leyes contra la “incitación al odio” e influenciar así a los poderes nacionales para inmunizar internacionalmente a Israel de toda acusación posible contra sus crímenes contra el pueblo palestino. Porque además está decir que toda esa tecnología se ha desarrollado al interior de un explícito programa de colonización sobre el territorio palestino desde 1948 –la denominada *nakba*. En este sentido, cuando Edward Said escribió *La Cuestión Palestina* en 1979 denunciaba cómo, después de 1967, los países árabes habían comenzado a experimentar la “israelización” de su política. Probablemente hoy día estemos en presencia de una *“israelización” del continente latinoamericano que tiene a los grupos evangélicos, y a los dispositivos múltiples de seguridad, como su pivote fundamental*.

La razón neoliberal ha horadado cualquier posible forma de democracia que neoliberalismo y democracia operan hoy día en base a una disyunción irreductible. El despliegue de esta nueva “Operación Cóndor” aceptada por el proceso de israelización, opera a través del poder judicial, las elecciones o los medios de comunicación o, si las cosas se

ponen demasiado malas, desde los propios ejércitos con el derrocamiento de un gobierno democrático –como acaba de ocurrir en Bolivia.

La “Operación Cóndor 2.0” designa dos niveles enteramente imbricados: uno capilar en el que opera *la aplicación sistémica de una política de seguridad orientada a replegar a la potencia popular* y otro geopolítico, orientado a impedir, entre otras cosas, que los diferentes gobiernos –sobre todo aquellos denominados “progresistas”– abran *un circuito del capital alternativo al pasadizo del control norteamericano*.

Para los EEUU no se trata de impedir la penetración del capital chino en el continente, sino de el imperativo que éste se ajuste al control del dólar como divisa mundial y que, por tanto el *yuen* chino carezca de la autonomía suficiente para desafiar la “hegemonía financiera” de los EEUU. Una articulación continental de los dispositivos de seguridad (el fascismo neoliberal) y, sobre todo, de las policías en orden a hacer retroceder a toda la asonada popular y a cualquier gobierno que amenace a EEUU de su control sobre los flujos del capital mundial. Dicho con el Carl Schmitt del *nómos* de la tierra: hoy asistimos a la lucha global por la apropiación de los grandes espacios de flujo del capital.

Excursus: Las protestas en Chile han cantado de Víctor Jara “El derecho de vivir en paz”. Lejos de ser una canción “liberal”, constituye un himno popular de la lucha anti-imperialista de un Vietnam contra los EEUU, donde la figura del “tío Ho” truena como guía espiritual de una lucha mundial contra la injusticia. En una solidaridad secreta entre Jara y Ho, entre Chile y Vietnam, las actuales protestas están marcadas por la intuición del pueblo de Chile supiera acerca de lo decisivo de la dimensión anti-imperialista, toda vez que el golpe de Estado de 1973 desde el cual se articuló la Constitución de 1980 y que está actualmente en cuestión, ha profundizado su estela en la llamada “transición” y desde la cual la oligarquía financiera chilena ha podido arrasarse enteramente con el país. Seguir al “tío Ho” significa impugnar la asonada imperialista que pretende hacer retroceder a la indiada chilena y su búsqueda de justicia.

Wallmapu

EEUU reserva las intervenciones armadas para los países árabes y los golpes de Estado para América Latina: en la actualidad, el coloso del norte no motiva necesariamente a sus militares para hacer “feos” golpes de Estado mientras exportan la democracia, sino que impulsa a las oligarquías en el poder a la cruda *operación de contención del avance popular*. Para eso, reafirma a los ejércitos, consolida planes anti-drogas y militariza con modalidades varias de excepción al ejército y policía sobre la vida social para que sus reivindicaciones retrocedan y el capital, en su nueva fase neoliberal, opere no sólo a nivel expansivo, sino también intensivo: no sólo conquistando territorios, sino también, superficie de cuerpos que comúnmente llamamos sensibilidad. Se trata de un proyecto en que el “ajuste estructural”, la decisión política de aplicarlo y su inmanencia micro-subjetiva juegan de consuno.

El dispositivo micro-subjetivo orientado a la producción de cuerpos “empresas”, separa a los cuerpos de su potencia y les dociliza. Pero, en este periplo, se han combinado dos tácticas pertenecientes a la misma racionalidad: en los años 90, ésta asumió la forma “biopolítica” como prevalente, en el sentido que orientaba toda su fuerza a “desarrollar” y “promover” la vida de la población; y si bien, siempre la “necropolítica” –aquella forma de poder orientada a matar– estuvo presente, operaba medianamente invisible a través de la producción de pobres y la criminalización de sus poblaciones.

En la actualidad la razón neoliberal ha terminado por hacer coincidir casi sin fisuras las dos tácticas, el biopoder que desarrolla la vida al precio del necropoder que la aniquila. Foucault supo bien que el racismo estaba hecho de esta mortal coincidencia. El doblez entre biopoder y necropoder no tiene domicilio ideológico simple: desde el progresismo prevalente en Chile hasta el conservadurismo igualmente neoliberal comparten el doblez inmanente a la racionalidad del dispositivo.

Así lo atestigua la ominosa presencia de Wallmapu donde, sea durante gobiernos progresistas o conservadores, el conflicto de vida y muerte, se ha desplegado a partir de gradaciones excepcionales de baja o alta intensidad. La combinación del “envés” entre biopoder y necropoder hoy se ha vuelto permanente: todos dicen defender la vida en el instante en que hacen lo posible para aniquilarla. En este sentido, la renovación de la

“Operación Cóndor” no sólo funciona desde “arriba” mirando a la presa para abalanzarse contra ella, sino también, desde “abajo” articulando formas de capilaridad o de producción micro-subjetiva en la que el poder disputa su inmersión silenciosa en la vida social ensayando modos de separación de los cuerpos respecto de su potencia, de la vida de su *médium* sensible.

La doble racionalidad del poder sitúa el trabajo de la policía en la actualidad. Ella es el verdadero poder fáctico de la “Operación Cóndor 2.0” que recorre América Latina en general y a Chile en particular. Una policía militarizada que jamás fue renovada después de la dictadura y que hoy se ha lanzado al cacerío del pueblo que protesta en las calles de Chile. La policía chilena no está desatada por nada, sino *porque un gobierno les ha promovido y dejado hacer*. Les ha ofrecido impunidad –hace ya demasiado tiempo– y respaldo institucional, en orden a poner en curso una técnica de gobierno muy precisa: el castigo público a los sublevados debe marcarse. Ha de hacerse de manera diseminada, local y sobre todo actuar en las periferias (justamente donde reside el sujeto popular que se ha levantado) para montar –en conjunto con los diversos medios de comunicación dominantes– la idea de que todo su actuar es “anómalo” de que su acción ha sido una “excepción” y que, por tanto, no existe ninguna racionalidad interna a Carabineros que permita desplegar la vergonzosa actuación que contemplamos sobre nuestro pueblo.

El simulacro, articulado por el gobierno, los medios y las instituciones policiales, anudadas en este “segundo tiempo de la política” abierto por el famoso “Acuerdo”, ofrece una atmósfera de “normalidad”: una bala asestada contra una estudiante, balas disparadas contra gente de un cabildo celebrado en Recoleta, allanamientos permanentes a casas y poblaciones de la periferia de Santiago y regiones o bien, los cientos de heridos en los ojos por causa de disparos de balines por parte de la policía.

Amnistía Internacional por intermedio de su representante para América Latina, Erika Guevara ha señalado: “las autoridades bajo el mando del presidente Sebastián Piñera han sostenido su política de castigo durante más de un mes, generando que más personas se sumen al abrumador número de víctimas que sigue aumentando hasta el día

de hoy”.¹ No obstante, desde el gobierno y los medios de comunicación, los hechos acreditados no remitirían a una “racionalidad” que permitiera decir que sus actos asumen el carácter de “sistemáticos”, sino que, en la *atmósfera del simulacro cursado*, todo parecería “anómalo” y producto del mal desempeño de un determinado policía que, con chapa pornográfica (Super Dick, etc.), se le ocurrió atentar contra el “protocolo” institucional estipulado. Sin embargo, de tantas “excepciones” que acontecen, se produce la “regla”: antes que tanta “excepción” o “anomalía”, lo que está en juego aquí es, más bien, el desarrollo silencioso de una *guerra civil capilar* al interior de la sociedad que activa la “Operación Cóndor 2.0” para la nueva fase de intensificación neoliberal.

La técnica policial ejercida no orienta sus esfuerzos a “solucionar” un conflicto, sino a agrandarlo, profundizarlo, desgarrarlo internamente. Se trata de *producir el conflicto*, agudizarlo antes que detenerlo. Las violaciones sistemáticas a DDHH (porque en este país, al parecer, incluso hemos llegado a tener que subrayar el carácter “sistemático” de las atrocidades ejecutadas dado que ni siquiera el INDH lo ha hecho aún con contundencia) que se han llevado a cabo por parte de fuerzas militares y policiales, mantienen el *estado de excepción de facto*, pero diversificado a contextos locales muy precisos para mostrar que no estamos en un Estado de Excepción Constitucional.

El actuar de la policía muestra el fin del Estado de Excepción Constitucional, pero la continuidad del *estado de excepción capilar* orientado a confiscar la vida sensible. En este contexto, la demanda a que Piñera controle a la policía resulta insuficiente sino denunciamos la técnica gubernamental de implementar la *guerra civil capilar* por parte de las autoridades de gobierno consistente en incentivar a la policía intervenir autónomamente contra las capas populares y los estudiantes profundizando así un ejercicio excepcionalista del poder amparado en el registro de lo “normal” y que, cada día, va más allá de lo imaginable. Las recientes declaraciones de Lorena Recabarren, subsecretaria de DDHH acusando los informes de Amnistía de prescindir de la información del gobierno, exponen el simulacro de “normalidad” de manera obscena.² Porque

1 <https://radio.uchile.cl/2019/11/21/informe-de-amnistia-internacional-resalta-responsabilidad-de-mando-en-ataques-contra-manifestantes/>

2 https://www.latercera.com/nacional/noticia/gobierno-rechaza-categoricamente-informe-amnistia-internacional-violaciones-derechos-humanos/910797/?fbclid=IwAR29JQovEZIV923Rb04Vva-9Ua_EKGDCC_qypS891xmFOkKvmNX86NZxuBY

desde el poder se trata de quebrar la alianza tácita entre capas medias y populares, de separar a los trabajadores de sí mismos y entregarlos sacrificialmente a las fauces del fascismo neoliberal en el esplendor de su goce. La batalla por la separación se da en la calle. Justamente en las múltiples asonadas contra la policía. En este sentido, todo Chile se ha transfigurado en Wallmapu y las tecnologías policiales se abalanzan a colonizarlo, frente a cuyo avance no cabe más que resistir.



“No hay universidad democrática y transformadora si los únicos que acceden son aquellos que gozan de determinados privilegios”

AXEL KICILLOF
5 DE DICIEMBRE DE 2019

Discurso pronunciado el 27 de noviembre de 2019 en la Universidad Nacional de José C. Paz, en la jornada “70 años de gratuidad universitaria”¹

En el contexto actual hay mucho para decir sobre la universidad, sobre José C. Paz, sobre la situación política, sobre el gobierno que viene.

En primer lugar, respecto de la fecha que conmemoramos, los 70 años de gratuidad universitaria, quiero agradecer a toda la comunidad académica de la Universidad de José C. Paz porque representa a quienes en estos últimos cuatro años han sido olvidados: son

¹ El discurso también será publicado en *Revista Derechos en Acción*, 4(13), primavera 2019 (<https://revistas.unlp.edu.ar/ReDeA>).

los docentes, los no docentes, los estudiantes, los graduados, las autoridades. Esa gran familia conocida como la comunidad universitaria, y más ampliamente la comunidad científica argentina.

Existe una leyenda negra sobre la relación entre el peronismo y la ciencia, o entre el peronismo y la universidad, que consiste en la premisa de que los gobiernos peronistas tenían algún conflicto o prejuicio, alguna contradicción con el sistema científico y universitario argentino.

La universidad argentina ha sido mundialmente caracterizada como moldeada por el reformismo.

La palabra reformismo tiene múltiples significados, pero para los que venimos de la universidad y formamos parte de ella, no se refiere a la discusión entre reforma y revolución, o a un movimiento artístico, sino a la reforma universitaria del año 1918. Aquella reforma que estalló en Córdoba y que es recordada también por su iconografía, aquellas fotos en la universidad cordobesa con una bandera, un estudiante: en esos momentos los estudiantes vestían traje y corbata, pero eran estudiantes que estaban ahí llevando adelante esa reforma. Fue una reforma más bien revolucionaria: en esa reforma al rector de la universidad lo amenazaron con tirarlo por la ventana. Esto no es una cuestión de modos, sino de valorar el contenido y el resultado de esa reforma universitaria.

La universidad argentina es netamente reformista, esto ocurre en 1918, y por otro lado, venimos de un período de un fuerte ninguneo de la universidad donde también hubo un fuerte ninguneo de la historia, de los hechos históricos, de los personajes históricos, de nuestros próceres (que fueron removidos de los billetes). Esta idea de olvidar la historia, de no recordar la historia, de no valorar la historia, de no discutir la historia, nunca es inocente. Nunca cuando viene una autoridad, cuando viene un referente, un dirigente, cuando viene un Presidente, una gobernadora, cuando viene alguien a olvidar la historia, es inocente: tiene una finalidad.

Hay muchas frases hechas sobre los pueblos que olvidan su historia y qué destino les espera, que es el de repetirla y de repetir las cosas malas de esa historia. Es mucho peor, porque la cuestión de no hablar de historia también implica desdibujar, olvidar, pero

también tratar de reescribir de manera autoritaria, no la historia porque se pretende no discutirla, sino la identidad misma de un pueblo y de una sociedad. Cuando no se habla de historia es porque hay un chanchullo.

La historia de las sociedades está llena de momentos mejores y peores, de momentos que uno disfruta, quiere, recuerda, lo emociona y de otros momentos que no, que preferiría olvidar. Pero la historia es ese cúmulo de acontecimientos y va construyendo una trayectoria, una cultura y una identidad. Y allí creo que está la cuestión que aún este desprecio por la historia, esa falta de referencia a la historia, esa falta de discusión histórica que ocurrió en este período en la República Argentina con el tema de la universidad. Porque la universidad, producto de esa reforma del '18, es parte central de la identidad. No de los que formamos parte de una forma o de otra de la universidad, sino que esa reforma universitaria y la universidad que parió, que alumbró esa reforma universitaria es indudablemente parte de la identidad de la República Argentina, del pueblo argentino.

Todo lo bueno, lo destacable que ha tenido la sociedad argentina en términos propios y comparativos, tuvo de un modo u otro algo que ver con esa universidad que tiene la República Argentina.

La reforma universitaria del '18 fue una reforma que hizo a la universidad más democrática. Decían los reformistas, en su famoso manifiesto liminar –una especie de declaración de principios– que querían terminar con una universidad monárquica y monástica, terminar con una universidad oscurantista, cerrada sobre sí misma, con una universidad de privilegios, con una universidad donde los cargos universitarios eran una cuestión hereditaria, pero sobre todo, con una universidad antidemocrática y elitista.

Lo que hizo la reforma del '18 es convertir a la universidad en una universidad democrática, en sus procedimientos internos, pero también democrática hacia afuera.

No era solo la cuestión de hacerla más abierta hacia adentro. Lo que marca el hito fundamental de esa reforma es que la problemática y el objetivo era que esa universidad fuera democrática hacia fuera; es decir: que se vinculara no solo con los problemas de adentro de la universidad sino con los problemas de la sociedad en la que esa universidad operaba. De otra forma, no se puede decir que la universidad fuera un instrumento de trans-

formación de la sociedad, no sirve una universidad que se transformara internamente si no pretende formar parte de la transformación social y del desarrollo social de un país.

Eso quedó planteado en la reforma del '18 pero lo que no quedó claro es que esa reforma era incompleta.

Estas son las paradojas que tiene la historia. A veces pasa algo, hay un hecho, un acontecimiento excelente, novedoso, pero que le falta un componente. Es más: la ausencia de ese componente a ese hecho notable lo vuelve contradictorio en sus propios términos. Quería la reforma del '18 una universidad democrática, una universidad que fuera un eje de la transformación social, integrada con la sociedad... la verdad es que ese proyecto, por lo excelente que podía ser en sus propios propósitos era incompleto, le faltaba algo. Lo que le faltaba a la reforma del '18 era la gratuidad.

No hay universidad democrática, transformadora, integrada con la sociedad si los únicos que pueden acceder a la universidad son aquellos que tienen y que gozan de determinados privilegios, de determinados ingresos, de determinada cuna, de determinada suerte.

La universidad solamente podía cumplir lo que se propuso la reforma del '18, si se convertía en una universidad realmente integradora, en una universidad que viniera a funcionar como un instrumento y como un resorte de la igualdad de oportunidades.

Cuando se habla de derecho a la educación, hay gente que piensa en la primaria, que piensa que hay que extenderlo a la secundaria, piensa que hay que agregar jardines de infantes. Todo eso es verdad, indudablemente. Pero el derecho a la educación tiene que ser también derecho a la educación universitaria.

Eso no quiere decir obligar a nadie a ir a la universidad, pero que el que quiere acceder a la universidad tenga la posibilidad de hacerlo. Y acá viene una cuestión que también ha sido puesta en disputa.

Si bien la educación es un derecho, todos sabemos que en estos años es un derecho que se cumple de manera muy imperfecta. No es verdad que todos los argentinos y argentinas tienen una igualdad ante ese derecho; no es verdad. Hay muchísimas explicaciones, excusas, hay muchísimas condiciones que hacen que el derecho a la educación (como

ocurre con el derecho a la salud, con el derecho al trabajo) lo enunciemos como derecho, lo hagamos constar en las leyes, en nuestra Constitución como derecho y sin embargo no sea una realidad efectiva.

Ahí está la contracara por lo menos en mi concepción política, de qué hacer con esos derechos que no se cumplen.

Un derecho para la sociedad, un derecho para el pueblo que no se cumple, se transforma inmediatamente en una obligación para las autoridades y para la dirigencia política. Es una obligación. No puede ser que existiendo el derecho no trabajemos incansablemente. Sabemos que entre ese mundo que queremos y esa realidad que queremos hay un trecho muy largo. Y ese trecho hay que recorrerlo a través de la claridad, del empeño y el trabajo. Y además, la obligación que impone esa sociedad que queremos para los que todavía no la tenemos.

Por eso, hoy lo que estamos celebrando es que la universidad pública, cogobernada, democrática, abierta, relacionada con la sociedad y gratuita es un instrumento poderosísimo para alcanzar ese objetivo que queremos. Y no hay nada peor que aquél que tiene una tarea, que dispone del instrumento, no lo usa o lo desprecia, o lo ataca o lo aparta.

Estamos ante una época, ante una coyuntura histórica, ante una encrucijada histórica, que nos va a poner a todos a prueba. Porque sabemos que no sólo acarreábamos problemas estructurales durante muchísimo tiempo en la provincia de Buenos Aires, que no estaban resueltos. Pero también sabemos que, en el último período, cada una de esas dificultades, lejos de mejorarse se agravó.

Había problemas en la salud, ahora hay más problemas en la salud; había problemas en la educación, [ahora] hay más problemas en la educación; había problemas con niveles salariales, con la estructura social básica... todo eso en este tiempo se agravó.

Es más: cuestiones que estaban relativamente incompletas o encaminadas hoy se han convertido en urgencias. Obviamente eso tiene que ver con cuestiones básicas que atañen al diario vivir de nuestra sociedad en la provincia de Buenos Aires. No estaba todo resuelto. Ahora está todo mucho peor y además en estado de emergencia.

Esta es la situación y el cuadro en el que estamos. Creo que va a ser para todos nosotros un desafío y una gran exigencia la etapa que se abre a partir de ahora. Y creo que todos saben que, por más que los procesos electorales lo han elegido rector a Darío [Kusinsky], ha sido Federico [Thea], el anterior rector.

Acá tenemos muchos rectores, cada uno de ellos sabe que ha sido elegido por su comunidad para llevar adelante su tarea. Tenemos aquí a varios intendentes: de Malvinas [Argentinas], de José C. Paz; tenemos a un gobernador electo de la provincia de Buenos Aires acompañado por la vicegobernadora Verónica Magario.

Sabemos muy bien que la situación es compleja; sabemos que los recursos son menos que los que había antes, pero sabemos también que tenemos obligaciones, responsabilidades. Tenemos un arduo trabajo por delante. Pero a quienes nos toca asumir esas responsabilidades, por más que uno tenga y ocupe un lugar dentro de la comunidad dentro de un sistema político determinado, sabemos que no lo vamos a poder hacer solos.

Venimos de una época donde se hablaba de meritocracia, del “sálvese quien pueda”, se hablaba de llegar a toda costa y de que si no llegabas era tu culpa y tu exclusiva responsabilidad. Aquí se está inaugurando una época distinta, se está inaugurando una época llena de necesidades, de obligaciones, de desafíos, con pocos recursos, pero a los que nos toca asumir roles centrales en esa responsabilidad sabemos que no vamos a poder hacer nada solos. Necesitamos hacerlo entre todos, colectivamente, sumando a todos los sectores del trabajo, de los sindicatos, de las organizaciones.

Y tenemos que encontrar la sabiduría y los modos para que ese trabajo colectivo, solidario, colaborativo contemple absolutamente a todos sin distinción ni siquiera y sobre todo de la ideología política. Tenemos ahora una tarea que es urgente. Tenemos gente, tenemos compañeros y compañeras, tenemos hermanos y hermanas que no pueden comer y hay que darles de comer. Tenemos hermanos y hermanas sin trabajo, tenemos que darle trabajo. Tenemos empresas que cierran, tenemos que recuperar esas empresas; tenemos universidades que necesitan crecer, tenemos que darle los instrumentos a esas universidades.

Tenemos una lista enorme y lo tenemos que hacer entre todos. Esa es la propuesta que vengo a traer. Yo celebro que estén los rectores de las diferentes universidades porque hay cerca de veinte universidades en la provincia de Buenos Aires.

Ya lo he dicho y lo vengo a reafirmar hoy a pocos días de asumir: vamos a poner al gobierno de la provincia de Buenos Aires a trabajar con todas las universidades de la provincia de Buenos Aires, con todas las universidades nacionales que actúan en la provincia de Buenos Aires.

Así como dijo Federico Thea que las universidades vienen a ofrecer, el gobierno de la provincia viene a ponerse a disposición de las universidades nacionales y provinciales para coordinarnos mejor, para actuar más efectivamente, para usar hasta el último recurso en bien de la provincia de Buenos Aires.

Lo último que quiero decir es que el proyecto, el brillo de la universidad argentina tiene que ver con lo público, con su autonomía, tiene ver con su cogobierno. Pero tiene que ver fundamentalmente con su gratuidad y esa gratuidad fue lo que convirtió a la universidad en esa palanca tan poderosa para nuestra sociedad y su desarrollo.

Ahora bien, supongamos que alguien piensa que hay demasiadas universidades, o piensa que en la educación pública en general sólo asiste al que no le queda otra, o piensa que los pobres no acceden a la universidad pública. Eso puede ser una cuestión de desconocimiento, de falta de cercanía.

A mí lo que más me preocupa de frases como esas no es que lo creen; me parece que algunos están hablando de proyecto. No es que creen que no vienen los hijos de trabajadores... basta con mirar las estadísticas, sabemos hoy que eso es mentira.

Pueden aplicar laboratorios, papers, pero acá, Mario Ishii le acaba de demostrar a la República Argentina y al que quiere hacerse el distraído o al que lo ignora, que eso no es verdad.

Pero a mí me preocupa algo que lo veo peor: aquel que sabe que no es verdad, pero le gustaría pensar o tener una universidad de nuevo cerrada, elitista, para pocos; de nuevo

solo para el que tiene las condiciones económicas o la suerte de haber nacido en un lado o en otro para llegar a la universidad.

A mí me preocupa que ese proyecto todavía esté en pie, que piensen todavía que la universidad es un gasto; que el CONICET, el sistema científico tecnológico le sale muy caro al país, que hay que ajustarlo y que vaya a la universidad el que puede ir y el que puede pagárselo. Es una ideología, es una forma de ver el mundo y también indica un proyecto de país. Un país para pocos, donde las oportunidades estén espantosamente distribuidas según indicadores económicos y sociales.

No solo no es cierto que los hijos de trabajadores no van a la universidad, sino que muchísimos más hijos de sectores populares que antes no tenían acceso lo han logrado, porque hubo un estado y una política pública presente, y hubo un gobierno que abrió 19 universidades. Todos sabemos que aún si no hay que pagar la matrícula ni la cuota, la universidad no es gratuita, le cuesta a las familias, es un esfuerzo, hay carreras que no se pueden hacer trabajando y los jóvenes necesitan trabajar para aportar a su familia o para independizarse.

La universidad, aun siendo gratuita como la hizo Perón, es un gasto y un costo que no todas las familias pueden afrontar. Y, además, por más que se avanzó, por más que hay más universidad y más oferta y más infraestructura, tampoco es cierto hoy que la cobertura de la educación universitaria haya llegado a la universalidad que tenía que llegar.

Por eso digo, está equivocado quien piensa que a la universidad no van los hijos de trabajadores. También quien quiere que los hijos de trabajadores no vayan a la universidad está exactamente en las antípodas de la forma en la que piensa este gobernador electo.

A quien piensa o no entiende porque hay tantas universidades o las considera y califica de demasiadas, le quiero responder que el Gobierno de la provincia de Buenos Aires, a partir del 10 de diciembre, piensa que no hay muchas, hay pocas. Falta cobertura, falta alcance, acceso, falta igualdad de oportunidades y acceso gratuito en la provincia de Buenos Aires.

No es ni un capricho ni una idea; es un derecho que vamos a apuntar a cumplir y que me parece que una parte se hace con recursos, con articulación, con coordinación, con

inteligencia, con eficacia, entre las universidades que tenemos en la provincia de Buenos Aires y el Gobierno de la provincia de Buenos Aires.

Vamos a conseguir que más estudiantes, más bonaerenses puedan acceder a la universidad pública y gratuita en la provincia, porque la universidad es un derecho y un instrumento de igualdad y desarrollo que la provincia no va a desperdiciar.



Un Green New Deal para la Argentina

JUAN MARTÍN SÁNCHEZ (INSTITUTO DEL MUNDO DEL TRABAJO/UNTREF)
6 DE DICIEMBRE DE 2019

La llegada del gobierno de Alberto Fernández abre la esperanza de que un nuevo modelo de país inclusivo, productivo, generador de riqueza y conocimientos sea posible.

Los desafíos que serán necesarios enfrentar para ello son cada día más complejos, y a la necesidad de atender rápidamente los descalabros que presenta el actual modelo económico y social, hay que sumarle la necesidad de comprender las discusiones que se están dando a nivel internacional sobre el *“futuro del mundo del trabajo”*, es decir, sobre los impactos que las innovaciones tecnológicas (robótica, inteligencia artificial y big data para ser más preciso) están ocasionando en todas las economías nacionales y estructuras

productivas del mundo, con el surgimiento de nuevas modalidades de trabajo y nuevos sectores que aún no han sido regulados apropiadamente.¹

Más compleja aún, se vuelve la situación, cuando entendemos que la humanidad en su búsqueda de crecimiento pero de manera desacoplada con la capacidad de absorción y regeneración de los recursos naturales que tiene nuestro planeta, ha generado una crisis ambiental (manifestada en el fenómeno del Cambio Climático y extinción de los recursos naturales no renovables) que hoy en día amenaza seriamente la vida de todo el planeta tal y como la conocemos, si no tomamos acciones de manera inmediata.²

Partiendo de este simple diagnóstico, se ve con claridad la necesidad de planificar estrategias de desarrollo productivo que permitan a nuestro país generar riqueza, lograr una inclusión plena de todos sus habitantes y salvaguardar la base de recursos naturales que poseemos; es decir lograr un Desarrollo que sea Sostenible, lo que implica necesariamente la traída: crecimiento económico, inclusión social y protección ambiental.

En febrero de este año y con una línea de pensamiento similar, la estrella Norteamericana del partido Demócrata, Alexandria Ocasio-Cortez, de origen puertorriqueño, nacida en el Bronx, quien asegura que conoce bien los problemas de la clase obrera y que se reivindica como socialista, está planteando en los Estados Unidos, la necesidad de implementar un “Green New Deal”³ (Nuevo Pacto Verde) como una política pública que pueda reconvertir la tradicional (“decadente” dice ella) economía de base fósil de los Estados Unidos, *en una economía sustentable, segura y socialmente justa*. Este nuevo contrato dice Cortez, comenzaría con una transición inmediata hacia una nueva matriz energética 100% sustentable (que excluye al gas natural y a la energía nuclear) y que pondría un alto inmediato a las inversiones en combustible fósil y a su infraestructura relacionada.

1 OIT (2019). *Work for a Brighter Future Global Commission on the Future of Work*. Ginebra: ILO.

2 El Instituto Internacional de Estudios Laborales (IIEL) indica que cuanto mayor sea la concentración de gases de efecto invernadero en la atmósfera menores serán los resultados económicos y los niveles de productividad agregada. La modelización de los vínculos económicos mundiales realizada por este Instituto, sugiere que los costos económicos de la inacción serán muy altos, ya que, si no se toman medidas para cambiar la situación, los niveles de productividad serán un 2,4% inferior a los actuales en 2030, y un 7,2% en 2050. OIT (2013). *Informe V “El desarrollo sostenible, el trabajo decente y los empleos verdes”*. Conferencia Internacional del Trabajo, 102ª reunión.

3 <https://www.congress.gov/116/bills/hres/109/BILLS-116hres109ih.pdf>

El principal atractivo de este drástico cambio está en la implementación de un programa público de empleos de gran magnitud que promete la creación de más de 20 millones de nuevos puestos de trabajo, transformando al Green New Deal en una plataforma política, revolucionaria para enfrentar la crisis económica y ambiental⁴ de los Estados Unidos, convocando a participar masivamente a la comunidad y los gobiernos locales para que sean ellos quienes movilicen la transición hacia un sistema económico basado 100% en energías renovables, reviva la economía, cree empleos de calidad, frene los efectos del cambio climático, y reduzca el gasto militar a la mitad.

¿Y qué pasa en nuestro país en este contexto?

No caben dudas de que Argentina necesita replantear drásticamente su modelo de país, y discutir profundamente sobre los caminos alternativos de desarrollo a los que debemos apostar para poder abandonar este viejo modelo basado “solo” en la venta de materias primas y la explotación de los recursos naturales no renovables que no hacen más que consolidar prácticas neextractivistas⁵ que refuerzan la polarización Centro-Periferia, en el que el Centro (compuesto por los países económicamente desarrollados) maximiza la renta y la competitividad, mientras que externaliza los impactos sociales y ambientales hacia la Periferia con fuertes efectos territoriales y sociales.

Existe una necesidad imperiosa de retomar los esfuerzos para poner en marcha el golpeado aparato productivo nacional, potenciando algunos sectores intensivos en tecnología como el de los satélites o el nuclear, estimulando los desarrollos de productos y servicios en los sectores biotecnológicos, farmacéuticos, software y alimentos; repotenciando la ingeniería relacionada al sector agrícola-ganadero, o a la industria asociada al petróleo, al gas y a la minería, para extender así su cadena generando empleos y exportándolos con mayor valor agregado.

4 El Panel Internacional contra el Cambio Climático de Naciones Unidas (IPCC) informó en 2018 que el calentamiento global por encima de los 2 grados Celsius produciría pérdidas anuales en la producción norteamericana por más de USD 500.000.000.000 para el año 2100; más de 350.000.000 de personas expuestas a la muerte por el calor extremo para el año 2050 y el riesgo de sufrir daños en la infraestructura pública y los bienes inmuebles costera en los Estados Unidos por USD 1.000.000.000.000.

5 Gudynas denomina así al extractivismo del siglo XXI, que reproduce la estructura y las reglas de funcionamiento de los procesos productivos capitalistas. Gudynas, E. (2012). Estado compensador y nuevos extractivismos. Las ambivalencias del progresismo sudamericano. *Nueva Sociedad*, 237.

Pero, ¿es todo esto suficiente para generar exportaciones, sustituir genuinamente importaciones, sortear la restricción externa y al mismo tiempo generar empleos de calidad sin hipotecar la salud o el bienestar de nuestra sociedad? ¿Es posible implementar un Nuevo Acuerdo Verde en Argentina?

La respuesta es Sí. Pero este “acuerdo verde” que podría guiar la acción política en el tránsito hacia una matriz productiva con menores emisiones de carbono, debe regir su accionar político bajo la premisa de que Trabajo y Producción no suponen contradicción alguna con la misión de lograr un Desarrollo Nacional que sea Sustentable.⁶

Esto implica en primera medida la necesidad de preservar los puestos de trabajo y la capacidad ya instalada, incorporando si es posible y de manera paulatina nuevos estándares ambientales, promocionando nuevas calificaciones y mejorando los patrones de eficiencia en todas las actividades económicas, lo que redundará en nuevas oportunidades de empleo a partir de la creación de nuevas ramas de actividades en producción y servicios. Los llamados “Trabajos Verdes”, es decir, Trabajo Decente creado en diferentes sectores de la economía, por actividades que reducen el impacto ambiental de prácticas productivas o de servicios tradicionales, acercándolos a la sostenibilidad. Esto incluye, por ejemplo: Trabajos que ayudan a reducir el consumo de energía, materias primas y agua; trabajos que ayudan a restaurar ecosistemas y la biodiversidad; trabajos en diseño, implementación, venta y mantenimiento de tecnologías para la producción o para gestión ambiental; trabajos para la reducción y gestión de los residuos; trabajos para el desarrollo, implementación y mantenimiento de energías de fuentes renovables; trabajos de investigación y desarrollo; y trabajos de transferencia de conocimientos, saberes y buenas prácticas ambientales.

Por supuesto que no estamos hablando de replicar el modelo norteamericano, sino que deberíamos pensar en nuestro propio “Green New Deal”, un Nuevo Acuerdo Verde Nacional con similitudes, pero también con diferencias sustanciales.

6 Las Naciones Unidas definen el desarrollo sustentable “como la satisfacción de las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades”. ONU (1987). Informe “Nuestro futuro común”. Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, ratificado posteriormente en La Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, “Cumbre de Río”, 1992.

En muchos de los sectores productivos y de servicios tradicionales como la Construcción, la Industria Manufacturera, el Transporte, el Turismo, el Comercio minorista, la Agricultura, la Gestión del Agua Dulce y los Residuos, por ejemplo, es posible iniciar un proceso de tránsito hacia una economía verde, menos carbono intensivo, con buenas prácticas y sistemas de producción más sustentables que generen gran cantidad de empleo transformándose en el motor de un nuevo tipo de crecimiento sostenible.

Brasil, por ejemplo, durante el gobierno de Lula creó más de 12.000.000 de empleos en un periodo de 5 años, implementando un programa público muy intensivo para promover los Trabajos Verdes en los sectores de la Energía, Transporte, Construcción y la Agricultura. En el mismo periodo de tiempo, España creó 1.750.000 empleos Verdes focalizados en programas públicos de estímulo en los sectores de la Energía, Construcción, Transporte y Manufacturas, mientras que República Dominicana creó cerca de 500.000, para alcanzar el 12% del Empleo Total.⁷

En este sentido se vuelve necesario la creación de un Programa de Empleo Completo que ayude a acabar con el desempleo en Argentina, pensando además en la necesidad de otorgar subvenciones y préstamos a pequeñas empresas locales (incluidas cooperativas y organizaciones sin fines de lucro) que se involucren en la transición hacia una economía verde menos carbono intensiva y con prácticas más sustentables que mantengan la riqueza creada por la mano de obra local en el lugar.

En otros casos, como en el sector energético, la gran vedet de los empleos verdes por crear más de 10.000.000 de puesto de trabajo en el mundo para 2017,⁸ habría que ser más cuidadosos y pensar estratégicamente de qué manera se puede comenzar la transición hacia una matriz energética más diversificada y limpia, que no implique a priori (como en el caso de los Estados Unidos o la UE), el abandono inmediato de la generación de energía fósil (petróleo y gas) ni nuclear.

De hecho, las explotaciones inteligentes de los yacimientos existentes podrían ayudar a financiar las necesidades sociales más urgentes, así como las costosas inversiones que una

7 Confederación Sindical Internacional (ITUC CSI IGB) (2012). *Hacia un crecimiento del empleo verde y decente*.

8 International Renewable Energy Agency (IRENA) (2018). *Renewable Energy and Jobs, Annual Review*.

nueva red energética inteligente nacional implicaría. Sería ridículo y contraproducente abandonar la capacidad instalada y la oportunidad de desarrollo genuino que representan los recursos fósiles (particularmente el gas y petróleo de vaca muerta) en términos de desarrollo industrial, generación de trabajo decente y divisas.

El sector Nuclear por su parte, se trata de un caso emblemático de desarrollo tecnológico autónomo y virtuoso que no deberíamos abandonar (independientemente de las críticas ambientalistas), sino repotenciar lo máximo posible. Luego de cincuenta años de esfuerzos, el nuclear es uno de los pocos sectores robustos, complejos, reconocido internacionalmente por su calidad técnica y excelencia, que presenta un ecosistema con multiplicidad de actores privados y estatales que genera innovaciones y saberes que además de contribuir a nuestro desarrollo científico tecnológico, pueden ser exportados generando divisas.

Si bien las energías renovables han llegado para quedarse, convirtiéndose en un sector muy prometedor en términos económicos, ambientales y por su enorme capacidad para generar empleo de manera directa (construcción y operación) e indirecta (desarrollo, capacitación, venta de servicios), es imprescindible que sean incorporadas a nuestra matriz de manera paulatina, permitiendo el desarrollo de capacidades tecnológicas “autónomas”,⁹ en lugar de entregar las licitaciones llave en mano a empresas extranjeras.

Porque la “revolución energética” que prometen las energías renovables, dejan de ser tal, si en lugar de desarrollar nuestros propios saberes y tecnologías asociadas a las fuentes eólicas, fotovoltaicas, térmicas, de biomasa, hidráulica, geotérmica o mareomotriz, aceptamos las promesas que nos hacen los países desarrollados y compramos toda la tecnología afuera.

Es por ello, que el Acuerdo Verde Argentino debería apoyarse fuertemente en la promoción y difusión de los mecanismos de la Transición Justa¹⁰ como principio, como

9 “Capacidad autónoma en el manejo de la tecnología significa capacidad de elección de aquello que vamos a desarrollar y aquello que vamos a importar y completar”. Sabato, J. (1984). “Propuesta de política y organización en ciencia y tecnología”. En Centro de Participación Política de la UCR, Encuentro Nacional de Ciencia, Tecnología y Desarrollo, C. de P. P. (ed.). *Ciencia, tecnología y desarrollo*. Buenos Aires.

10 Para la Confederación Sindical Internacional (CSI), la Transición Justa es “un proceso intersectorial que mediante el diálogo social involucra a empleadores, trabajadores, gobiernos y comunidades en la planificación y discusión de

proceso y como práctica, para que los trabajadores no sean la variable de ajuste de la transformación de la estructura de nuestra economía y donde los beneficios del aumento de los estándares de calidad ambiental para todos los sectores, favorezcan de manera equitativa al conjunto de la sociedad.

Mecanismos que deben establecer procesos institucionalizados de Dialogo Social entre las organizaciones de los trabajadores, las cámaras empresarias y el Estado Nacional, a los efectos de implementar políticas públicas coordinadas a nivel nacional, regional y local que puedan garantizar la recapacitación de los trabajadores y la modernización de las competencias profesionales, facilitando una reinserción de los trabajadores en los nuevos sectores que son creados en la transición hacia una economía verde.

Porque, estos nuevos sectores que se crearán en la transición, son los que nos permitirán el desarrollo genuino, como decía Aldo Ferrer “sustituir el futuro y no solo el pasado [...] incorporando al tejido productivo las actividades que lideran el desarrollo, para abastecer el mercado interno y exportar [...] fortalecer el entramado de las empresas nacionales y las pymes [...] ampliando las bases del cambio tecnológico y la innovación propias, [...] vinculando la educación con la capacitación de los recursos humanos necesarios para las ciencias básicas y la tecnología”.¹¹

La transición hacia nuevos patrones de producción, consumo y empleo representan también una gran oportunidad para crear trabajo decente y sustentable bajo un nuevo paradigma donde las mujeres y los jóvenes con sus conocimientos y capacidades únicas para la gestión de los recursos naturales y el uso de fuentes de energía, se constituyan en agentes de cambio clave para desarrollar los programas de trabajo verde a nivel local, regional e internacional.

El Green New Deal o Acuerdo Verde Argentino podría convertirse en el modelo de desarrollo que nuestro país necesita para el futuro, uno que a través del diálogo social

la transición hacia una economía verde, baja en carbono, socialmente justa y ambientalmente sustentable para todos los sectores y actividades productivas y de servicios, en un marco de gobernanza democrática, donde los derechos de los trabajadores y otros derechos humanos sean respetados y se alcance la igualdad de género”. ITUC-CSI (2010). El concepto de Transición Justa fue acogido y defendido por la República Argentina en sucesivas Conferencias de las Partes de la CMNUCC. Secretaría de Ambiente y Desarrollo Sustentable de la Nación, (SAyDS 2009 y 2010).

11 Ferrer, A. (16 de agosto de 2015). Nuevos principios. *Página/12*.

JUAN MARTÍN SÁNCHEZ

impulse decididamente la producción de bienes y servicios nacionales con alto valor agregado en todos los sectores, protegiendo al mismo tiempo la base de recursos naturales que constituyen “nuestra casa común” y generando importantes fuentes de trabajo decente y de calidad para lograr de una buena vez, la inclusión de todos.



La mentira en política

MARTÍN PLOT (IDAES/UNSAM-CONICET)
10 DE DICIEMBRE DE 2019

I

A pesar de su poca repercusión, el discurso de despedida en cadena nacional de Mauricio Macri fue un acontecimiento político notable. Lo que él y/o sus asesores se propusieron fue fijar un sentido, hacer del tembladeral interpretativo que caracteriza a todo período de transición algo imaginariamente controlable desde el enunciador. Salvando las distancias, porque no estoy diciendo que el gobierno saliente haya sido otra cosa que un gobierno democrático, verlo a Macri con su PowerPoint televisado me transportó a una experiencia televisiva semejante de mi infancia: el anuncio en cadena nacional, con imágenes y palabras cuidadosamente coreografiadas, de la Ley de Autoamnistía (oficial-

mente Ley de Pacificación Nacional) promulgada en septiembre de 1983 por la última dictadura militar. El objetivo, discursivamente hablando, era semejante. El tiempo no es un devenir lineal, un antes, un durante y un después fragmentado en el que la sucesión de los momentos se da con la rigidez rítmica del segundero. El antes, el durante y el después se entrelazan en la madeja de lo posible, lo probable y lo improbable. Lo que hoy es está impregnado de lo que será y lo que será, a veces todavía notablemente abierto al actuar de hoy, otras veces se presenta como arena entre los dedos, como algo que todavía no es pero que ya se percibe muy difícil de evitar.

Si hay algo que la dictadura experimentó en septiembre del '83, eso fue que la interpretación de su accionar represivo era un sentido que se le escurría entre los dedos, algo cada vez más impregnado por la mirada de los otros, cada vez más incomprensible desde la perspectiva propia. Si hay algo que el gobierno de Macri experimentó la noche de las PASO de agosto de 2019, eso fue que el sentido de su experiencia de gobierno se le escurría entre los dedos, que ese sentido estaba ya saturado por la mirada de los otros, que la mirada propia cada vez resultaba más incomprensible para los demás. Ese fue el sentido de la espectacular puesta en escena de aquella noche, coronada por la también espectacular conferencia de prensa de Macri y Pichetto al día siguiente. La derrota electoral era mucho más que una derrota, ésta revelaba un cambio de sentido en la madeja de lo posible, lo probable y lo improbable que es el tiempo. A partir de esa noche, el mundo se veía distinto, incluso para el oficialismo, que ahora no podía ignorar la tridimensionalidad que le había devuelto la palabra de las urnas. Lo que desde acá era un “hacemos lo que hay que hacer”, desde allá, allá y allá –la realidad no es percibida de manera dicotómica, como nos quieren hacer creer los schmittianos sofisticados o espontáneos– se veía como impericia, fanatismo, interés de clase o mera banalidad, o como una combinación de algunas de ellas.

A partir de esa noche el objetivo ya sería otro. Ya no se trataba de ganar las elecciones sino de preservar la inteligibilidad de la mirada propia. En eso reside la belleza poética de la frase plagiada por Macri a Obama y por éste a Cesar Chávez, líder chicano del movimiento de los derechos civiles en los años sesenta en los Estados Unidos y dirigente del *United Farm Workers* de California. El “sí se puede” es tan polifuncional que puede mutar de una lucha democrática por la visibilización e incorporación de vastos sectores sociales en una sociedad segregada, a la llegada de un dirigente joven y afroamericano, pero proveniente de

las elites, a la presidencia de esa misma sociedad segregada, hasta finalmente ser cooptada por una élite económica sudamericana que se propone impulsar una profunda reforma neoliberal en una sociedad diagnosticada como insosteniblemente plebeya y redistributiva. A partir de la noche de las PASO de agosto de 2019, lo que se podía ya no era ganar las elecciones sino evitar que la arena terminase de escurrirse completamente entre los dedos.

La campaña del “sí se puede”, los 30 actos en 30 ciudades, el “empate técnico” de algunos comunicadores, la cadena nacional, el acto de despedida en Plaza de Mayo, el video “Momentos”, todo ello fue una estrategia política, en un contexto democrático, destinada a hacer de septiembre a diciembre de 2019 lo que la dictadura ya era completamente incapaz de hacer durante esos mismos meses de 1983: disputar el sentido de lo que llegaba a su fin. Esa incapacidad, de todos modos, es algo que se reveló solo retrospectivamente. Tanto en aquel lejano momento como en la irrupción de aquel recuerdo durante la cadena nacional de hace unos días, en ambas circunstancias lo que se experimenta es la inestabilidad misma del sentido de la vida en común. La dictadura terminaba, las elecciones se aproximaban y tanto los actos partidarios como las marchas de derechos humanos a las que asistía indicaban que la arena del sentido de lo acontecido se le escurría entre los dedos a quienes todavía tenían la capacidad de sentarnos a todos a ver qué tenían todavía por decir –y por hacer, ya que la ley fue una acción, luego crucialmente resignificada en la primera acción del congreso democrático–; pero no es a ello a lo que me estoy refiriendo aquí, sino a lo que estaba en juego en su presentación comunicacional. Y lo que los actores políticos a punto de abandonar el poder tenían por decir en aquel lejano ’83, algo que dijeron de manera articulada coreográficamente con imágenes, cifras y palabras escogidas cuidadosamente, indicaba que el sentido de un proceso político no está nunca completamente cerrado, que la apertura de la sociedad al sentido de su propio devenir temporal es el elemento mismo de la vida política. Es solamente gracias a la siempre provisional consolidación de una mirada crítica de la acción represiva de la dictadura que debemos la institucionalización de una vida política democrática y pacífica que ya lleva casi cuatro décadas de duración.

II

Reitero, la analogía aquí utilizada alude a la temporalidad y a la dinámica de lo posible, lo probable y lo improbable, no al contenido de lo que estaba en juego en cada momento de la misma. Pero la cuestión de la temporalidad y la dinámica de lo posible también iluminan un aspecto crucial de la situación política de la Argentina de hoy. Hace varias décadas, en los años que se encaminaban al fin de la guerra de Vietnam, la pensadora política Hannah Arendt escribió un ensayo de una relevancia poco reconocida en la literatura más usual acerca de su obra. Ese ensayo se titula “*Lying in Politics*” –título que tomo aquí unilateralmente prestado para mi propio texto–. Allí Arendt respondía a un hecho político sorprendente: la publicación de los Papeles del Pentágono, documentos secretos producidos por analistas trabajando para el propio Estado norteamericano, documentos que detallaban con claridad, desde hacía muchos años, que la guerra de Vietnam no solo estaba siendo perdida sino que era efectivamente inganable. Estos documentos tenían solo un destinatario: los miembros del gobierno de los Estados Unidos a cargo de la conducción de la guerra –aunque Arendt se pregunta si siquiera ellos mismos los habrían leído–. El interrogante abierto por su filtración a la prensa era evidente: ¿por qué un gobierno al que sus principales expertos dicen que una guerra está perdida, de todas maneras siguen adelante con la misma durante más de una década, sacrificando en ese gesto la vida de decenas de miles de estadounidenses y masacrando la de millones de vietnamitas y camboyanos? La razón era que un aspecto central de la relación entre ideología y política en las sociedades contemporáneas es que, cuando las circunstancias de la realidad ponen en jaque la consistencia ideológica de aquellos en el ejercicio del poder, lo que cuenta en esas circunstancias es el *saving face* –el salvar las apariencias–. La justificación de este salvar las apariencias es, a su vez, también ideológica: la realidad no se condice *momentáneamente* con lo prometido, pero una vez superado el escollo, la capacidad predictiva de la ideología recuperará su vigencia.

Como Arendt, pienso que no debe sorprendernos la estrecha relación entre mentira y política: los actores políticos quieren cambiar el mundo y a veces se les va la mano y quieren hacer con el mundo de los hechos ya ocurridos lo que solo puede hacerse con los hechos por venir –cambiarlos–. Esto no quiere decir que no haya que rechazar el

uso de la mentira en política, simplemente quiere decir que esta es una “deformación profesional” de los actores políticos y que no es razonable esperar que desaparezca por completo alguna vez. Como Arendt, de todos modos, también creo que hay algo de otro orden en los siguientes rasgos de la vida política contemporánea, rasgos que ella consideró revelados por los Papeles del Pentágono y yo veo manifestarse en la forma en que el macrismo ejerció y abandona hoy el poder: el autoengaño, la mentira sistematizada y el reemplazo ideológico de la verdad factual en toda su contingencia por la consistencia lógica de la ideología deliberadamente desplegada. El que miente, dice Arendt, tiene un privilegio sobre el que dice la verdad, y esto reside en que quien miente puede darse el lujo de construir un relato más verosímil que el presentado por quien dice la verdad, muchas veces contradictoria y sorprendente.

Como Arendt, finalmente creo que el problema no es moral sino político —o que no es solo moral sino también y fundamentalmente político—. Lo que está en juego cuando el despliegue ideológico lleva al autoengaño, a la sistematización de un uso cínico de la información y a la sustitución ideológica del sufrimiento presente por un paraíso imaginario futuro no es la integridad personal del o la involucrado/a sino la relativa estabilidad del mundo compartido, su dependencia, con toda la precariedad que eso implica, del carácter multiperspectivo y abierto de aquello a lo que llamamos realidad. El gobierno que hoy termina exhibe indicadores catastróficos en cada una de las dimensiones relevantes de su ejercicio —incluyendo, y sobre todo, esa vida institucional de la que cínicamente se erigen en paladines y a la que han dañado más que ningún otro desde la institución de la democracia moderna en 1983—. Estos indicadores, particularmente en lo referente a la cuestión social, aluden, más que ningún otro aspecto de su estrategia discursiva, al carácter ideológico del gobierno saliente y al proyecto político que le sobrevive: el sufrimiento a gran escala y en tiempo presente de los sectores más vulnerables de la sociedad es un pequeño precio a pagar —por otros, no por ellos mismos, por supuesto— en pos del objetivo, garantizado ideológicamente, de un futuro de mercado desregulado y libre de intervención estatal, un futuro que finalmente llegará cuando la sociedad y el Estado hayan finalmente hecho lo que había que hacer.

III

La realidad política es a la vez una y muchas. Es una porque es común a todos, porque le da sentido al mundo compartido de una comunidad política. Pero también es muchas, porque este mundo compartido es plural y cambiante, siempre tercamente reorganizado por aglomeraciones relativamente estables y relativamente cambiantes de perspectivas coincidentes. El gobierno que hoy comienza tiene una tarea inmensa y, aunque parezca mentira, la parte más difícil de esa tarea no será solucionar la trampa financiera o más generalmente económica heredada del gobierno que hoy termina. La parte más difícil de la tarea que el nuevo gobierno enfrentará será la de no caer en otra trampa preparada cuidadosamente por el gobierno anterior: la trampa ideológica. Pero la trampa ideológica es una trampa de dos caras. Por un lado, el nuevo gobierno tendrá por supuesto que asegurarse que el intento de resignificación de la experiencia de gobierno intentada por el macrismo durante los últimos meses no prospere. Todo indica que esto no presentará mayores dificultades, ya que la mirada de los otros revelada durante el año electoral parece haber puesto al macrismo y a su mirada en el lugar minoritario del que sorprendentemente logró salir en 2015. Por otro lado, la trampa ideológica proviene de la lógica misma de su articulación de sentido: que el nuevo gobierno se vea tentado a responder a la camisa de fuerza ideológica del gobierno saliente con una camisa de fuerza semejante. Y, como puede verse, ambas caras son parte de una misma secuencia: el macrismo salió sorprendentemente de su carácter minoritario como resultado del aislamiento no diría ideológico pero sí sectario del gobierno anterior. Solo la repetición de ese aislamiento, creo, podría relegitimar el discurso ideológico del gobierno hoy saliente y volver a hacer que una mayoría de argentinos añoren el regreso de un proyecto político-social como el que hoy abandona el poder.

El gobierno de Macri fue la irrupción en la democracia argentina de una mirada política hasta ese entonces poco e impuramente representada en la vida política. Esa mirada, que el día de las PASO de 2019 pareció herida de muerte, comprendió que no todo estaba perdido, que una cosa era ser desplazados del gobierno y otra muy distinta claudicar en su intento por transformar de raíz el carácter plebeyo de su sociedad y el carácter redistributivo de su Estado. Esta situación fue la que el macrismo enfrentó desde aquella desconcertante noche. La primera respuesta a esta situación comenzó con la conferen-

cia de prensa del lunes post-PASO y pretendió culminar provisoriamente con el video circulado en las redes sociales dos días antes del traspaso de gobierno. El video titulado “Momentos” es la manifestación quizás, pero no necesariamente, involuntaria de un sentido inocultable: Macri no es solamente una persona de dinero, Macri es fundamentalmente alguien cuya mirada —algo que el video no cesa de presentarnos: Momentos es un video sobre su mirada— no puede cesar de ver la vida interpersonal a través del cristal del privilegio naturalizado. Su relación de pareja con Juliana Awada, su relación diaria con la vida doméstica, su relación con los otros en la vida social, desde Boca hasta la política nacional, su relación con el padre/patrón, su mirada de quienes disienten con su proyecto político, durante todo el relato su mirada es la de alguien que ha naturalizado una relación jerárquica con los otros, jerarquía que no encuentra otra justificación que la de un esencialismo de clase y de género: desde sus propios ojos fluye el sentido de una identidad personal basada en alguien que es ayudado por todos a seguir a su vez a flote pero a cargo, zafando pero en el poder, alguien que nadie sabe bien por qué pero tiene que seguir mandando.

La subjetividad desplegada por la última pieza comunicacional hecha pública por el macrismo antes del traspaso del poder a Alberto Fernández es la de alguien que es un privilegiado entre los privilegiados, alguien destinado, por razones independientes de todo mérito o resultado, a mandar incluso a los que mandan. El video tiene una duración de 50 minutos y durante la totalidad del mismo no hay ni una pregunta ni se oye ninguna otra voz que no sea la de Macri. El objetivo de la pieza comunicacional es evidente: confirmar, a quienes tienen una visión jerárquica naturalizada del orden social, que la argentina plebeya y redistributiva tiene un adversario a su vez “republicano” y providencial, que no pierdan las esperanzas, que aunque “tengan miedo por lo que viene” él estará allí para encabezar la defensa de “la libertad”. El sentido de la estrategia discursiva del macrismo tiene un trasfondo a su vez declamativamente republicano y veladamente temerario: nosotros somos democráticos, tolerantes, respetuosos de los otros y de las instituciones, pero curiosamente vemos a nuestros adversarios políticos como ineludiblemente deshonestos, violentos, autoritarios y como una amenaza para la libertad. No puedo seguir avanzando aquí sobre estas incertidumbres, pero la pregunta es ineludible: ¿qué idea de libertad tienen Macri y los que se ven cada más representados por su figura? En la última frase del video, Macri

MARTÍN PLOT

literalmente dice: “Nosotros somos distintos, no los vamos a dejar. No tenemos miedo, porque sabemos que somos muchos y, además, porque estamos orgullosos de lo que hemos hecho. Y tenemos que defender estos valores y eso nos tiene que dar el coraje y la fuerza para detener cualquier cosa que sea realmente autodestructiva.” Permítanme simplemente desconfiar de la idea que los partidarios más fervientes del gobierno saliente tienen tanto de la libertad como de lo que Macri llama “autodestrucción”.



Para un estatuto analítico de la democracia realmente existente

ALEJANDRO KAUFMAN (UBA-UNQUI)
10 DE DICIEMBRE DE 2019

Mentar la democracia en la Argentina supone en principio referir a un logro emancipatorio sobre el que no es necesario abundar: de ello dan fe la instauración ininterrumpida desde 1983 de una institucionalidad que culmina en estos días con la finalización a término de un gobierno de derecha por primera vez desde entonces, la subordinación que parece inequívoca y estable de las fuerzas armadas a los gobiernos civiles, los juicios por crímenes de lesa humanidad, cierta vigencia –aunque precaria– de las libertades de prensa y de expresión, una ausencia de violencia política organizada. En aquello reconocible y legítimo hay bastante –mucho más– que decir sobre lo logrado en estos años. También es posible admitir sin más trámite que la precariedad que ha tenido y tiene esta

institucionalidad, no obstante, ha resistido múltiples ocasiones de riesgo, las cuales no han sido menores, como es el caso de los levantamientos carapintadas y la crisis de 2001, entre tantas otras. El momento actual es interesante en que las urnas sirvieron como contención y alternativa frente a padecimientos multitudinarios que normalmente hubieran derivado en un estallido social como los que vemos en otros países latinoamericanos, o en la emergencia de modalidades neofascistas que en nuestro país han sido relativamente discretas y minoritarias a diferencia de otros de nuestra región. Algo que no se suele advertir explícitamente con frecuencia es que el sufragio universal argentino es una condición estructural de la continuidad política, dado que es valorada ampliamente por nuestra cultura pública y se vela por las condiciones de su legitimidad. Es necesario, en un país en que recurrentemente nos flagelamos sobre nuestros talantes transgresores y no respetuosos de la ley, manifestar cuáles son los aspectos en que prevalece una consistencia sin fisuras importantes. El sufragio universal es uno de ellos. La educación pública y gratuita es otro. El rechazo a toda censura es otro. Hay menos de lo que quisiéramos.

La actual coyuntura de derivación contenedora, a través del voto, del extendido malestar social nos plantea un riesgo de sobrestimar o de pasar por alto sus rasgos específicos y peculiares, de modo que la vigencia de la institucionalidad democrática quede planteada como una generalización, como una abstracción desarticulada de la materialidad histórico social. Tal derivación fue fundacional desde 1983. Primero ignorando que los golpes militares argentinos desde 1955, por lo menos, no fueron constituyentes de regímenes totalitarios sino de transiciones alegadamente restauradoras de una institucionalidad democrática que habría sido lesionada por los gobiernos civiles derrocados. En todos los casos la causa subyacente fue el mismo propósito que ahora le dio la victoria al macrismo en 2015 y el 40 por ciento de los votos en 2019: abolir, suprimir, olvidar el “populismo”. Convertir a la presunta “peronia” en una Argentina verdaderamente capitalista chilena *like*. Esta alegación democratista de los golpes suele ser sistemáticamente excluida de la mayoría de nuestros discursos públicos, como si los golpes fueran ajenos por un lado en su génesis sociohistórica, pero además como si fueran también ajenos a tantos de los actores políticos convencionales, como si estos no tuvieran nada que ver, ninguna responsabilidad. Cada vez que mencionamos el carácter cívico combinado con lo militar de los golpes resulta no saberse bien a qué se refiere, a quiénes. Ahora que ya no importa

porque ganan igual con elecciones, podríamos observar que la desconexión se produce en términos de series históricas. Es por lo que multitudes populares al principio de este gobierno y mucho antes cantaron durante años contra Macri vinculándolo con la dictadura. La legitimación obtenida por el macrismo gracias al apoyo electoral alcanzado llevó a esa consigna a un relativo olvido, llevándose consigo de hecho la falacia del apoyo electoral ausente o presente en los golpes en el sentido de que es el mismo que antes, cuando se expresaba a través de los golpes militares, lo hacía mediante un consentimiento silencioso, sin el cual los golpes hubieran sido de imposible realización.

La nuestra es una sociedad con un gran componente movimientista y cada vez más adquirimos cierta conciencia pública compartida al respecto, aunque la meta que tienen las derechas de abolir tal característica vemos que no cesa. De un modo u otro los gobiernos militares fueron desgastados y finalmente cayeron por la presencia de las multitudes movilizadas o en oposición de diversas formas. Podemos hablar de democraticidad en la Argentina con la condición –y esto suele tener dispares presencias en los discursos públicos– de entender a las múltiples modalidades de las acciones sociales que irrumpen una y otra vez como garantes de la vigencia de tal institucionalidad en nuestro país. De ahí que las fuerzas antidemocráticas no necesitan pronunciarse contra la institucionalidad ni deben preocuparse demasiado en interferir con sus estructuras formales. Lo que hacen mediante prácticas políticas específicas que se presentan como discursos mediáticos, jurídicos y expertos en general es procurar intervenciones eficaces para desarticular el movimientismo argentino. Y esto ocurre con tantas variaciones como las que continuamente producen las propias multitudes argentinas en su incesante creatividad.

Así que por un lado tenemos un discurso normativista de la democracia, negligente respecto de la vitalidad societal civil efectiva, negligente en el sentido ideológico de la supresión o resignificación de los enunciados y prácticas pertinentes. A esto contribuyen discursos expertos hegemónicos que han acompañado a la institucionalidad democrática desde 1983, disipando todo vector disruptivo, neutralizándolo, convirtiendo la creatividad colectiva de la vida sociopolítica argentina en cristalizaciones inocuas siempre que pudieron. Tales discursos mantienen vínculos recíprocos con actores y actrices de la política y se intercalan de manera matricial en el magma movimientista que caracteriza a la Argentina y que tanto desconcierto produce en el resto del mundo más allá de los Andes

o del Río de la Plata. Los oleajes de ida y vuelta, las oscilaciones pendulares entre emancipación y opresión, las re-re-distribuciones regresivas de la riqueza, la emergencia de nuevos derechos y los retrocesos cíclicos, todo ello no ocurre en nuestro país de maneras identitariamente delimitadas sino imbricadas en ese magma que nos constituye y que motivaba la célebre anécdota de Perón acerca de que en la Argentina “peronistas somos todos”. En ese sentido los discursos normativistas identitarios sobre la democraticidad, que prevalecen en los léxicos expertos, reproducen y exportan incomprensión y extrañamiento sobre las singularidades argentinas en nombre de las ciencias sociales o históricas, bajo la pretensión de que los protocolos universalistas que las fundamentan requieren desconsiderar el movimientismo argentino en su singularidad, y asimilarlo conceptualmente a descripciones que nos son al menos parcialmente ajenas. Tales conflictos conceptuales también interactúan magmáticamente con el flujo societal, con la consecuencia de que no tenemos una teoría sobre la politicidad argentina. Semejante constatación no debe ser necesariamente considerada como el señalamiento de una vacancia, aunque lo es en el sentido de que se recurre a tramas conceptuales explicativas que no son articulables con las experiencias materialmente verificables en nuestra vida en común.

Es inocuo oponer al democratismo de corte socialdemócrata, directa o indirectamente anti –o contra, o hétero– populares teorías generales del poder y la política, aunque todo intento, todo ensayo y todo esfuerzo conjetural concierne a la necesaria tarea del intelecto, tanto experto como cuanto intelecto general, tanto público como cuanto privado. Las alternativas habitables, realizables, surgen de los movimientos sociales, de su inventiva, de su ineludible deseo emancipatorio vectorial. Así ha sucedido en la Argentina con el movimiento de los derechos humanos, cuya deriva desmiente el supuesto socialdemócrata acerca de que el enunciado del *nunca más* consistiría en una renuncia voluntarista y consensual a las prácticas de la violencia política. Nunca existió tal cosa salvo en la ausencia de imaginación política respectiva: solo es pronunciable el enunciado del *nunca más* respecto del terrorismo de estado, es decir, de lo que no debería suceder *justamente si* la violencia política volviera a tener lugar. *Nunca más* terrorismo de estado frente a conflictividades crecientes, por indeseable y metodológicamente inadecuada que consideremos la violencia política. Ya vimos cómo, alcanzada esta situación, la noción de violencia política se extiende a cualquier cosa que no sea una inmovilidad corporal sub-

yugada y muda. Sobre esto hay un desacuerdo banal porque quienes se pronuncian por la presunción de haber dejado atrás toda violencia política lo hacen de un modo desprovisto de seriedad histórico social, aunque su ademán experto pretenda lo contrario. Los cuatro años transcurridos habrán de ser relevados históricamente respecto de lo sucedido en este sentido: un talante esclavista con propósitos de implantar una parálisis corporal abyecta *ante la ley*, con caución de pena de muerte de hecho. Esto ha sido resistido y desarticulado hasta donde sabemos y creemos, aunque sin mayores esperanzas todavía por encima de lo sensatamente aceptable, que no es tanto como querríamos.

Otra cuestión decisiva de la caracterización de una posible institucionalidad democrática ha ido ofreciendo –entre oscilaciones pendulares– un saldo negativo. La desigualdad, la desposesión y la precariedad para millones de personas no ha hecho más que aumentar, lo mismo que su consecuencia inmediata, la creciente distancia entre los más ricos y los más pobres. Los discursos esgrimidos hegemónicamente refuerzan la segregación y naturalización de este estado de las cosas, sin que los discursos expertos estén a la altura de las circunstancias. Los gestos exhibidos en estos días de cordialidad entre opositores y oficialismo entrantes y salientes operan mucho más como una denegación coyunturalmente necesaria para evitar males mayores que como una perspectiva de realización en tal dirección, que es como las derechas y algunas almas incautas se apresuran a asumir, deleitadas por los apretones de manos, los abrazos y las sonrisas constitutivos de un logro vaticano. Es un logro no desdeñable en algunos de sus efectos recuperables pero sin expectativas desde el punto de vista de un balance acriticamente afirmativo de tales puentes dibujados sobre arena. La espera apunta a la organización de las economías populares, terreno fértil para que de ahí surjan modalidades singulares de lucha efectiva por la igualdad. Contienen el correlato propio culturalmente de aquello que en otras partes se debate como renta básica universal, propósito que articula experiencias culturales de la existencia con intervenciones estatales, experimento que sigue un rumbo creciente y que en nuestro ámbito parece estar sometido a una censura tácita, un silencio conveniente, pero de indeterminado origen. Compensa constatar que el movimientismo de la economía popular, en sus diversas vertientes, logró instalarse en forma protagónica en la vida pública argentina. Logró sobrevivir a obstáculos formidables. Es un movimiento titánico que constituirá en su devenir una clave decisiva de la viabilidad institucional

democrática en el mediano y el largo plazo, aunque derechas socialdemócratas e incautos crean lo contrario. La vida democrática argentina se cuece algo más en el piquete que en los salones alfombrados y con aire acondicionado.

La cuestión de la violencia simbólica, los límites político culturales de la expresión pública y las prácticas difamatorias ejercidas de modo sistemático para socavar gobiernos populares están a la orden del día. Las derrotas infligidas al movimientismo popular han congelado las conciencias críticas respectivas. Las herramientas institucionales han sido neutralizadas. El estado mismo no se encuentra en la actualidad en condiciones de ponerse a la altura de la ola verde, tributaria decisiva de estas problemáticas e impulsora ontológica de profundas transformaciones en ese terreno. Las condiciones son desfavorables, y remontar esta cuesta no parece estar en el horizonte. Mil indicios lo sugieren y nos perturban. Nuestro actual estado celebratorio no debe obstar para perseverar en perforar los muros que nos sofocan y se refuerzan mientras no se los someta a una observación tan indispensable como difícil.

El terreno que atravesamos en cuanto a la democraticidad argentina está minado por todas partes de trampas letales, cazas bobos, obstáculos explosivos. Una ímproba tarea sobre la cultura política y el lenguaje, tarea que nos desvela, tarea que tendría, si se politizara de manera razonable, un destino promisorio o al menos expectante. Nada indica que los vientos soplen en esa dirección. Digámoslo con claridad, no se trata de si le “va bien o no le va bien” sino de lo que siempre hagamos por habitar el lazo social.



Golpe a golpe

EDUARDO RINESI (UNGS-UNC)
10 DE DICIEMBRE DE 2019

Para Rocco Carbone y Leo Eiff,
para seguir conversando.

La palabra “democracia” viene dominando el terreno de las discusiones teóricas y políticas en América Latina desde el fin de las dictaduras de los años 70 del siglo XX hasta hoy mismo. Por supuesto, la democracia se dice de muchas maneras, y los modos en los que la hemos dicho entre los años de la “transición” y los de los populismos latinoamericanos más recientes han sido muy diversos: en la región y en la Argentina se ha pensado la democracia, sucesivamente, como el nombre de un cierto tipo de orden durante los

años de las dictaduras, como una utopía de la libertad durante los años que siguieron, como una rutina institucional durante la última década del siglo pasado, como un espasmo participativo durante los meses en los que, en nuestro país, una fuerte movilización popular consiguió sepultar la experiencia de aquellos gobiernos “neoliberales” y abrir un tiempo nuevo y como un proceso de ampliación de libertades y derechos durante los tres primeros lustros de este siglo.

Después, el triunfo electoral de la derecha introdujo una primicia en relación con los posibles significados de la palabra “democracia”. No me interesa reponer las discusiones que tuvimos en torno a la fórmula “nueva derecha democrática”: me quedo con la idea de Leonardo Eiff de que el fervor por calificar como “democrática” a esta derecha que nos gobernó estos años parece haber sido menor dentro de sus propias filas que entre los politólogos necesitados de que esa derecha *fuera* democrática para que pudiera ser un objeto legítimo de sus disquisiciones, incluso al costo de reducir el significado de la palabra “democracia” a la constatación de que un “equipo” que no parecía estar, y que en efecto no estuvo *ni un poquito*, preocupado por garantizar (ni mucho menos expandir) las libertades y los derechos de los ciudadanos había llegado al gobierno del Estado a través del voto popular. Nunca antes, desde el inicio del ciclo de la “transición”, la palabra “democracia” había querido decir tan poco.

Como fuera, ese poco que todavía quería decir era lo que permitía establecer una diferencia, que nadie podía considerar menor, entre la experiencia del cada vez más gritonamente autoritario gobierno de la “nueva derecha democrática” argentina y algunas otras experiencias que desde hace unos cuantos años empezaron a conmocionar a toda la región, y que consistieron en el desplazamiento, por vías diversas que, con todo, buscaban guardar por lo menos parcialmente las formas institucionales, de algunos líderes populares que habían sido elegidos por sus pueblos y que venían desarrollando políticas progresistas y avanzadas: el presidente Zelaya en Honduras, el presidente Lugo en Paraguay, la presidenta Rousseff en Brasil, en todos los casos a través de procedimientos que escondían mal el espíritu destituyente de los actores que los pusieron en marcha, por mucho que estuvieran previstos, de un modo u otro, en las leyes de sus países.

En Brasil, al escandaloso “impeachment” a la presidenta se agregó la arbitraria detención del anterior presidente “Lula” da Silva, que de este modo quedó injustamente alejado del proceso electoral que completó toda la opereta. Mientras tanto, no solo la desquiciada retórica del presidente Bolsonaro, sino la orientación efectiva de sus políticas, expresan un autoritarismo que hacía muchas décadas no campeaba con tanto desparpajo en el Brasil ni en la región. No deja de ser inquietante, y revelador de una profunda comunidad de ideas y valores, que presidentes de derecha *sí* elegidos por sus pueblos (y elegidos por sus pueblos en elecciones libres, no en elecciones en las que se hubiera proscrito al candidato mayoritario), que presidentes, entonces, de derecha “democrática”, se hayan apurado, como lo hizo el presidente Macri, que fue el primero de todos, o el presidente Piñera, de Chile, a reconocer y a saludar al ilegítimo presidente del Brasil.

Por lo demás, los gobiernos de estos dos últimos países desplegaron un conjunto de políticas de ataque sistemático a las libertades y a los derechos con cuya defensa y promoción solemos asociar, en usos menos amarretes de la palabra, a la democracia. En la Argentina la represión a la protesta popular alcanzó niveles de brutalidad e ilegalidad inimaginables poco tiempo atrás. En Chile, hemos visto últimamente recrudecer la violencia ejercida desde el aparato del Estado contra las más notables manifestaciones de protesta que se hayan desarrollado allí en el último medio siglo. Así, nuestros gobiernos avalaron los procesos de derrocamiento y proscripción de los líderes populares en otros países de la región y violaron las libertades y los derechos de los ciudadanos de sus propios países. “Sin embargo...” ¿Sin embargo *qué?* Sin embargo, se nos repetía, habían sido elegidos por el voto popular: con eso parecía bastar para calificarlos como “democráticos”.

Por eso, podría uno preguntarse si acaso tiene sentido seguir insistiendo con la palabra “democracia”, que puede utilizarse para nombrar experiencias, ideas o gobiernos tan extraordinariamente diferentes entre sí. ¿Vale de algo una palabra que puede calificar, consignados dos o tres matices, o indicados sus distintos significados, oscilantes en el tiempo, tanto al gobierno de Raúl Alfonsín como al de Cristina Fernández o al de Mauricio Macri? ¿Es interesante el ejercicio de especificar, en todo caso, cual aplicados practicantes de la *“conceptual history”* (módicos Reinhart Kossellecks de las pampas, entusiastas Quentin Skidders del subdesarrollo), que entre tal año y tal otro la palabra “democracia” sirvió para decir tal cosa, que después vino a querer indicar tal otra, y que después...? ¿No deberíamos más

bien *abandonar* de una vez esa palabra y las discusiones sobre esa palabra y recuperar otras, que en nuestro entusiasmo democrático de las últimas décadas quizás hayamos olvidado?

Entre éstas, mi amigo Rocco Carbone ha destacado la importancia y el interés de la palabra “socialismo”. Ciertamente, como dice Rocco con razón, esta palabra había movilizado mayores entusiasmos, antes de las dictaduras, que la palabra “democracia”, que se volvió la voz de orden de nuestras discusiones teóricas y políticas *después* de ellas. Después de esas dictaduras, en efecto, la centralidad de la palabrita “democracia” obligó a quienes en años anteriores habían sostenido la bandera de la otra, “socialismo”, a preguntarse por la relación entre lo que nombraban una y otra. La historia de esa discusión ocupa un lugar no despreciable en ciertas zonas de la izquierda intelectual argentina y latinoamericana de fines del siglo pasado, donde se conversó mucho sobre esta cuestión, sea para decir que había que *abandonar* el socialismo y abrazar la democracia, sea para sugerir que la democracia era el verdadero nombre que debía adoptar un socialismo que hubiera aprendido las lecciones de la historia.

Del socialismo a la democracia, entonces, incluso sin tener que abandonar del todo el primero de esos nombres como saludo a una cierta identidad o como recuerdo de una cierta tradición. De los escritos del investigador italiano Pasquale Serra aprendemos a preguntarnos si acaso ciertas específicas modulaciones de esa tradición (por ejemplo: ciertos específicos modos de leer a Gramsci entre los intelectuales cuyas biografías transitan por el andarivel que va de *Pasado y Presente* a *La Ciudad Futura*, y que Serra opone al modo de leer a Gramsci de nuestro amigo y maestro Horacio González) no contenían ya, desde el inicio, el impulso hacia una deriva no solo “democrática”, *sino más precisamente democrático-liberal*, de todas esas discusiones, que pudieron terminar en la adhesión a un liberalismo político liso y llano en el que la palabra “socialismo” ya solo funcionaba como el retintín lejano de la pertenencia a una identidad que había abandonado todas las notas que alguna vez la habían distinguido.

En cambio, observa Rocco, y justo *contra* esta asimilación del socialismo a la democracia liberal, el siglo XXI asistió en América Latina a la vuelta al ruedo de la palabra “socialismo” *en un sentido reivindicativo y fuerte* en dos experiencias muy potentes: la del “Socialismo del siglo XXI” en Venezuela y la del Movimiento al Socialismo en Bolivia. Entonces, ¿no

deberíamos, más que seguir dando vueltas sobre la palabra “democracia”, volver sobre las posibilidades que trae consigo esa *otra* palabra, que en su momento la dinámica política de la región había dejado atrás con demasiada prisa? A esto querría responder dos cosas. La primera es que sí: que por supuesto que me parece de lo más interesante e importante retomar la palabra “socialismo”, o estudiar el modo en que lo han hecho esas experiencias, para pensar, *contra* los modos más pasteurizados y pobres de recuperación del legado que esa palabra trae consigo, modos más interesantes y más potentes de pensarla.

La segunda es que haciendo esto no nos desplazaríamos del ejercicio de tratar de precisar los distintos sentidos de una palabra al suelo firme de una lengua política en la que por fin cada palabra tendría su significado verdadero, sino del esfuerzo por precisar los significados de la palabra “democracia” a los esfuerzos por precisar los de la palabra “socialismo”, que ni en Venezuela ni en Bolivia parece haberse usado en un sentido que podamos suponer evidente. Por lo pronto, ni en Venezuela ni en Bolivia hubo una socialización de los medios de producción ni una superación de las condiciones de producción capitalistas, y eso vuelve difícil hablar, en un sentido más o menos propio, de ningún “socialismo” en ninguno de esos dos países. Lo que en ambos casos se nombró con esa palabra fueron más bien ciertos modos de organización *política*, ciertas formas de estímulo a la participación popular y comunitaria, cierta transformación en los criterios de legitimidad de los gobiernos. Es decir: *cierto tipo de democracia*.

En otras palabras: que lo que los dirigentes de las importantísimas experiencias venezolana y boliviana de los últimos quince o veinte años han puesto bajo el nombre de “socialismo” es un conjunto de posibilidades de nuestras democracias políticas cuando éstas asumen una orientación avanzada y un formato de fuerte base popular, y que si es interesante —como yo creo que sin duda lo es— el estudio de las posibilidades que abre el uso de la palabra “socialismo” en la presente coyuntura latinoamericana es porque lo que esa palabra hace es ampliar las exigencias que podemos tener hacia nuestras formas democráticas de convivencia, que no tienen por qué ser tan mezquinas como vienen siéndolo en materia de distribución del ingreso y de lucha por mayores niveles de igualdad y de justicia ni consistir apenas —como se pretendió cuando se usó la palabra “democracia” con menos exigencias— en el respeto a un conjunto de procedimientos o en la elección de las autoridades a través del voto popular.

Entonces: la palabra “democracia” parece cubrir hoy, en América Latina, un amplio campo de posibilidades entre los gobiernos de los que apenas puede alegarse, a favor de su condición de democráticos, que han sido elegidos por el voto de los ciudadanos (aunque después desplieguen políticas ferozmente antipopulares, aunque después se apuren a avalar los modos en los que en otros países de la región se tumban gobiernos populares, aunque después se nieguen a llamar golpes a los golpes), y los gobiernos que, calificando como “socialistas” a sus programas, han impulsado el desarrollo de formas políticas de amplia base popular, alentado la participación de los ciudadanos y de las comunidades en los asuntos públicos e incorporado al pueblo, de mil modos distintos, a la vida política de sus países. Lo que hoy nombra la palabra “socialismo”, en esas dos experiencias políticas tan interesantes, *es una de las posibilidades más potentes para las democracias de nuestra región.*

En el momento en que escribo estas líneas, el golpe de Estado en Bolivia busca todavía su propia legitimación y avanza con dificultades en medio de una fuerte resistencia popular. Como sea: se trata de un golpe de Estado clásico, con el Ejército en las calles y reclamando al presidente su renuncia, y con un clima general de violencia desatada y de represión durísima a las expresiones populares de apoyo al gobierno elegido por la ciudadanía, que ciertamente no se detuvieron después de la renuncia, acompañada de un llamamiento al cese de la barbarie, del presidente Morales. Este golpe de Estado (que difiere entonces, por estas características, de los de Honduras, Paraguay, Brasil) es el primero de este tipo después de los que poblaron América Latina de dictaduras en los años 70 del siglo pasado, y en ese sentido hay o podría haber en él algo de la evidencia de un “fin de ciclo”, o del fin de una era de democracias políticas que se había instalado después del fin del ciclo de dictaduras anteriores.

Vale la pena señalar, sobre la cuestión de la democracia y sus significados, la novedad que representa el hecho de que quienes protagonizaron o apoyaron ese golpe hayan podido pretender que lo hacían, que el golpe mismo se desarrollaba... ¡en nombre de la democracia!: La palabra “democracia”, al mismo tiempo que las instituciones, las libertades y los derechos con los que la asociamos son destruidos con una saña con la que hay que retroceder muchas décadas para encontrar un parangón, pasa a indicar, como cuando la usaban los militares golpistas de los años 70, *una forma del orden*, del que se ha extirpado cualquier vestigio de insolencia plebeya. Así, hasta el último límite (el que permitía

decir que un gobierno antipopular podía ser democrático porque había sido votado por el pueblo) ha caído: en las últimas semanas hemos oído celebrar la destitución de un gobierno votado por el pueblo *en nombre de la democracia*. ¿Queríamos “significantes vacíos”? Ahí está: “democracia”. Más vacío, imposible.

¿Y entonces? ¿No deberíamos dejarnos de macanas y abandonar (la discusión sobre las distintas valencias de) la palabra “democracia”, que puede ser usada, desde la teoría a la política y desde la izquierda a la derecha, en tantos sentidos incluso contrapuestos? Yo creo que no. Los significantes vacíos lo están para hacernos posible luchar por ellos, y el significante “democracia”, vacío como está entre nosotros, sigue teniendo sin embargo una connotación positiva que hace necesario, *política y no solo académicamente necesario*, luchar por él. *Seguir* luchando por él: igual que anteayer no queríamos regalarle el significante “democracia” a los liberales, igual que ayer nomás no quisimos regalárselo a los conservadores, hoy no debemos regalárselo a los golpistas. Que es justo a quienes, en el inicio mismo del ciclo abierto con el fin de las últimas dictaduras, les sacamos ese significante de una vez, y (yo espero: yo creo, en todo caso, que vale la pena seguir discutiendo para que sea) para siempre.

En este sentido, me parece interesante la insistencia de Alberto Fernández en reivindicar la figura de Raúl Alfonsín. Porque en la figura de Alfonsín se condensan, en relación con los temas de esta discusión, *dos cosas*: una, la terminante oposición entre democracia y dictadura. Entre democracia y usurpación. Entre democracia y golpe. En el interior del primer término de estos pares, las opciones que se abren para la presidencia de Fernández son muy amplias: puede ser que el presidente entrante termine revelándose un demócrata liberal más cercano al polo “democracia = reglas de juego” o un demócrata participativista más cercano al polo “democracia = socialismo del siglo XXI”. O también, seguramente, que termine ocupando algún punto intermedio entre esos dos “tipos ideales”. Pero hay una cosa que la referencia a Alfonsín quiere decir y es que la democracia no tolera la violación de la voluntad del pueblo, y en este contexto regional semejante cosa no me parece menor.

Lo otro que la figura de Alfonsín condensa es la *tensión* entre esas dos posibilidades que yo esquematizaba recién nombrando como dos polos una alternativa más liberal-repre-

sentacionista y otra más popular-participativista. El debate es viejo como la historia misma de la democracia en nuestros países. El alfonsinismo y el kirchnerismo (para mencionar las dos experiencias más recuperables de estos años argentinos) coquetearon con la idea de participación y acaso buscaron alentarla, pero a ambos los terminó ganando su propia propensión más bien jacobina, y el grado en que lograron construir una democracia efectivamente participativa fue menor al que hoy necesitamos. Ojalá sepamos encontrar el mejor conjuro a la amenaza que representa el avance de las derechas golpistas y neo-golpistas en toda la región en el aliento a formas de participación popular deliberativa y activa que vuelvan a nuestras democracias más estables y más fuertes.



Transición eterna a quien lea estas páginas

GABRIELA RODRÍGUEZ RIAL (CONICET/UBA)
10 DE DICIEMBRE DE 2019

A la memoria de mi madre que era tan valiente que miró al miedo de frente

Cada diez de diciembre, aunque no sea una fecha celebrada en el calendario oficial de las efemérides, es imposible evitar la evocación. Pero ¿qué evocamos? ¿El retorno a la democracia de 1983?; ¿El nacimiento de un régimen político radicalmente nuevo?; o ¿El fin de la dictadura y del miedo visceral que esa experiencia produjo en tres generaciones de argentinos? Más allá de los recuerdos y traumas que todavía atraviesan la historia de la Argentina reciente, hay una memoria político-institucional del proceso político que empezó

hace treinta y seis años en diciembre. Por ello, desde 1983, según el gobierno y el momento democrático en que nos encontrábamos, el diez de diciembre se evocó, festejó y olvidó.

Durante la primavera alfonsinista cada diez de diciembre era una fiesta cívica, la fiesta de la democracia. Sin embargo, mi memoria personal se choca con esta representación oficial. Mis padres, peronistas renovadores, una más setentista que el otro, nos llevaban a mi hermana y a mí, niñas de primaria y jardín, a festejar la democracia el diez de diciembre a la plaza de los Dos Congresos y una vez creo que fuimos a Plaza de Mayo. En el año 1986, no puedo recordarlo con absoluta certeza, me atreví a preguntar: “¿por qué si es la fiesta de la democracia, no hay nada del peronismo?” Mi mamá, la más sabia de todos nosotros, me miró y se rio mientras de fondo se escuchaba “somos la vida, somos la paz”. Ese y otros cánticos remitían a la juventud radical como las banderas moradas predominaban por doquier. Y casi todos los presentes llevaban boinas blancas en sus cabezas. Mi padre, que es muy institucionalista, quizás porque fue un joven comunista, respondió con severidad: “porque ellos ganaron las elecciones, pero la democracia es de todos y nosotros tenemos que estar aquí porque somos parte de lo mismo”. Hoy podría decir que lo que entendí en ese entonces era que la evocación del diez de diciembre como un momento fundacional de la democracia argentina que (re)nació en 1983, era a la vez una fiesta cívica y un acto político partidario. En ese momento lo entendí parecido pero lo dije diferente. Cuando al día siguiente vi al único compañero peronista (militante y con conciencia) de la escuela nro. 8 Distrito escolar primero de la CABA, mi amigo Guillermo, le conté lo qué pasó y le comenté: “aunque era un acto radical, los peronistas también estábamos invitados a festejar la democracia”. Cabe aclarar que entre 1987 y 1989 la antinomia escolar que competía a la par de River-Boca era radicales vs peronistas, alfonsinistas vs caferistas. Con la llegada del menemismo y la adolescencia nuestras fidelidades cambiaron para volverse a enamorar del peronismo después del 2003. Pero, esa es otra historia. En todo caso, la semana santa de 1987 nos encontró a todos unidos en la plaza defendiendo a la democracia contra un, por suerte, fallido, golpe militar. Entonces, comprendí, y lo digo con pesar porque no me gusta admitirlo, que mi padre tenía razón.

Durante el menemismo el diez de diciembre fue una fecha olvidada. Quizás porque la transmisión del mando se había adelantado seis meses en 1989 y porque un mismo presidente se sucedió a sí mismo en 1995. Ya no se evocaba oficialmente el diez de diciembre

de 1983 como un momento fundacional de la nueva argentina. Este silencio continuó en los años de la Alianza, aunque Fernando de la Rúa haya asumido el gobierno un diez de diciembre de 1999, hace ya veinte años. Pero llegó otro diciembre que se impuso con sonido y furia, uno en el que los jóvenes de entonces vivimos en peligro. En diciembre 2001, aunque el día diez había pasado prácticamente desapercibido, se produjo un hecho que la Ciencia Política tuvo que explicar con el arsenal conceptual que hasta entonces tenía: un gobierno se derrumbó, con consecuencias sociales e institucionales gravísimas, pero el régimen democrático no se quebró. Lo que en otra coyuntura histórica hubiera producido lo que Juan Linz llamó –aunque pensándolo mejor seguramente lo tradujeron mal– la “quiebra de las democracias”, no sucedió. El régimen sobrevivió a múltiples cambios de elencos gubernamentales hasta que la ley de acefalía consagró presidente a un ex gobernador bonaerense, Eduardo Duhalde. Duhalde fue el único caso de un ex gobernador de la provincia de Buenos Aires que llegó a la presidencia de la Nación desde 1868. Pero como su consagración presidencial fue sin elecciones mediante puede decirse que la maldición “quien gobierna la provincia de Buenos Aires no llega a la presidencia” sigue vigente. Poco menos de un año y medio después del 20 de diciembre de 2001 se convocó a elecciones, y llegó al poder ejecutivo un presidente esperable, un gobernador de una provincia periférica y peronista, pero, inesperado: Néstor Carlos Kirchner.

En los primeros años del kirchnerismo, cuando estaba construyendo épica, el diez de diciembre no significó mucho. Néstor Kirchner fue electo un 27 de abril y asumió un 25 de mayo como Héctor Cámpora en 1973. Con Cristina Fernández de Kirchner el diez de diciembre recobró cierta centralidad como el día en que un gobierno terminaba y empezaba otro, primero del mismo signo político (2007), luego en manos de la misma persona (2011). Se trataba de una fecha más bien burocrática, aunque la asunción de 2007 tuvo cierta pompa similar a los discursos de apertura de sesiones del primero de marzo ante la asamblea legislativa y también fue un momento de felicidad familiar que sería recordado una y otra vez tras la muerte de Néstor Kirchner, el 27 de Octubre de 2010. En 2015 hubo un conflicto –más propio de un vaudeville que de una tragedia– el presidente electo y la presidenta saliente no se pusieron de acuerdo en cómo y en dónde debía producirse el traspaso del mando y –por ese motivo, hubo un presidente interino– el presidente provisional del Senado que se hizo cargo de ungir al nuevo mandatario.

Este hecho, que algunos politólogos, sin razón, siguen juzgando como un severo atentado a la institucionalidad más riesgoso para el Estado de Derecho que la persecución judicial de los opositores, se transformó en una anécdota en 2019. Tampoco mañana el presidente saliente pondrá la banda presidencial al electo, sino que lo hará la vicepresidenta que lo acompañó en la fórmula ganadora el 27 de octubre.

En los años de la alianza *Cambiamos* el diez de diciembre no fue parte de las efemérides oficialistas. Esta situación no deja de extrañar, si se piensa que el partido radical es un miembro importante de esta coalición político electoral y que su presencia no fue desdeñada a la hora de calificar, tanto en el campo político como en el académico, como derecha democrática al gobierno de Mauricio Macri y sus socios. Algunos analistas dicen que *Propuesta Republicana* mira al futuro y no al pasado, como una especie de rechazo o espejo invertido del historicismo kirchnerista, o más bien cristinista. Pero, el anti-historicismo macrista no es del todo cierto. El macrismo tiene otros fanatismos históricos: los emprendedores alberdianos y “la revolución libertadora” reemplazan a los héroes de mayo de 1810 que tanto fascinan a Cristina Fernández de Kirchner. Tampoco Macri se olvidó del todo de 1983 cuando, tras el triunfo en las elecciones de medio término de 2017, se propuso construir el nuevo relato para seguir “cambiando la Argentina” y habló de Alfonsín:

El destino elegía al doctor Alfonsín para comenzar lo que hoy viene siendo el período más extenso de nuestra democracia, pero estamos aquí por todas las deudas que todavía tenemos a pesar de todas estas décadas [...]. Confirmamos que empezamos un nuevo tiempo, que ya no aceptamos más “el no se puede” que tanto daño nos hizo durante décadas, confirmamos que queremos desafiar el dogma melancólico y desesperanzado que cree que lo mejor sucedió en el pasado.

Así comenzaba el discurso que Macri dio en el Centro Cultural Kirchner para sus aliados el 30 de Octubre de 2017. Inmediatamente después de la reivindicación de la historia reciente, el entonces presidente invitaba a los presentes y a quienes veían en el discurso a través de los medios masivos de comunicación a abandonar el culto tan argentino por el pasado y sustituirlo por la idolatría de un futuro que rompía con todo lo anterior. Así

pues, esta evocación de la democracia de 1983, sin dejar de ser relevante, fue más puntual que habitual en los años de *Cambiamos* en el poder.

Ahora bien, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de transición? El periodismo en los últimos días ponderó lo pacífico que terminó resultando –a pesar de alguna pirotecnia verbal– el cambio de gobierno. Sin embargo, para la Ciencia Política resulta erróneo calificar el pasaje de un gobierno de un signo político a otro como una transición. No disiento en lo absoluto con esta corrección que varios/as/colegas han hecho a los periodistas. Pero, sigo creyendo que la democracia argentina que supimos conseguir está en transición. Nos guste o no.

Primero, el régimen, inaugurado el diez de diciembre de 1983, que fue mucho más estable de lo esperado, es, sin lugar a dudas, democrático, pero no es, como aspiraban los politólogos y sociólogos políticos –mayormente hombres– al final de la última dictadura, una democracia sin adjetivos. Es una democrática pletórica de adjetivaciones en conflicto y, por qué no decirlo, en contradicción consigo mismas. Nuestra democracia es claramente electoral y no es, ni lo fue hace cinco años, un autoritarismo competitivo. Es una democracia capitalista, atravesada y anclada en las lógicas y las rapiñas propias de un capitalismo periférico, que también, y como casi siempre, está en transición hacia no sé sabe dónde y, por eso, quizás, tenga un aspecto tan monstruoso. La democracia argentina es y ha sido, más en otros momentos que en los últimos cuatro años, liberal. Y gracias a ese liberalismo pudieron ampliarse derechos a quienes no tenían casi ninguno y hacer más diversos y menos formales nuestros modos de ejercer ciudadanía. Y, aunque suele calificársela así, si la democracia argentina es populista, lo es más en las palabras que en las cosas. Aunque en varios momentos re-fundacionales apeló al civismo-humanista, liberal o popular, el carácter republicano de nuestra democracia todavía es indecible.

Segundo, en trigésimo sexto aniversario y en la coyuntura de la llegada del Frente de Todos al ejecutivo nacional, la democracia argentina está frente a una transición necesaria y, por lo menos para quien escribe estas líneas, deseable. La democracia argentina debe reconciliarse con el Estado de Derecho, tras los duros embates que este sufrió en los últimos años. Pero, para que el Estado de Derecho deje ser, al menos para algunos, porque para quienes son objeto de arbitrarias violencias cotidianas nunca lo ha sido, una cáscara vacía,

es necesario que se alíe con la Justicia Social. Estado de Derecho, Democracia y Justicia Social son parte de un mismo paradigma político que tiene como máxima: mejores y más derechos para un mayor número. Si entre los tres se crea un vínculo perdurable será mucho más difícil que en el futuro las alternancias de gobiernos tengan consecuencias sociales e institucionales tan desastrosas como el paso de *Cambiamos* por el ejecutivo nacional.

Y finalmente, vivir en transición no es malo, aunque produzca miedo. La transición es un camino que sabemos dónde empieza pero no dónde termina, como la vida misma. Por eso, parafraseando el título de una novela que Manuel Puig publicó en 1982, mi deseo del 2020 para nuestros lectores es que vivan en una transición eterna y lo más feliz posible.



Una alternativa sana de poder

CECILIA ABDO FEREZ (CONICET/UBA-UNA)
10 DE DICIEMBRE DE 2019

En los últimos días en el gobierno, Juntos por el Cambio ha subrayado una de las estrategias comunicacionales que más le han servido: el subjetivismo. Como si no existiese un gobierno, ni siquiera un “equipo”, sino sólo un presidente y su familia nuclear, se difundió por Twitter un video de resumen del período 2015-19. Las imágenes son, en su mayoría, sólo de Macri. Incluso hay un plano en que se le da una vuelta de 360 grados a su cabeza. No hay obras a registrar en la memoria ciudadana, ni presupuestos, ni siquiera hechos colectivos de estos últimos años, en los que Cambiemos quisiera inscribirse simbólicamente. Lo que importa es sólo él, sus estados de ánimo, sus valores, sus estrechones de mano, su emoción, su círculo íntimo. Estamos ante un gobierno de subjetividades y emociones per-

sonales que, en el último tiempo, se restringieron a Macri y su núcleo doméstico: “siento que”, “me sentí bien”, “fue una gran experiencia”, “fui auténtico a mis valores”.

Finalmente, Macri habló por cadena nacional. Como obligado, como si fuese una carga republicana a cumplir, tal como lo explicó en el decreto para su creación. En la transmisión, se definió como una “alternativa sana de poder”, frente a Alberto Fernández. Repitió la descripción higienista en la plaza del 7D. Lo sano *versus* lo enfermo. Lo sano sería el *yo*; lo enfermo, el colectivismo corporativo. Lo sano sería el poder que se ejerce sin amarrarlo, porque se lo tuvo y tendrá siempre; lo enfermo, el poder al que aspiran los arribistas, que manotean voraces lo que no les corresponde. Sano sería la no dependencia explícita de las estructuras políticas de poder. La capacidad de “entrar y salir” de la política. El “tener una vida” fuera de la Casa Rosada. Sano sería saber ocupar el lugar en “el mundo”; un lugar fijo, que se presume asignado en esa entelequia exclusivamente ubicada en el norte. Sano sería ser feliz con el casillero que cada quién tendría asignado en el orden social, vuelto natural. El no tener ninguna urgencia material, o asumirlas como pedidos armoniosos de solidaridad y cooperación (y nunca como conflicto de derechos). Ser una alternativa sana de poder no es sólo una descripción de cómo Juntos por el Cambio imagina al peronismo, sino también un modelo moral para que adopten los seguidores propios, que no son siempre ricos, sino también aspiracionales.

Sano sería también sostener los valores de la familia; lo enfermo, rezagarla por el compromiso público. Una familia que dejó ver en estos días (también en fotos de ocasión, diseminadas por las redes sociales), que dejaba Olivos “mucho más linda” de lo que la encontró. La decoración es clave: la huerta autogestionada por Juliana Awada, el verde perfecto del césped, las recetas que recibimos por Instagram, la luz radiante de las fotos con escenas cotidianas, que parecen publicidades. Sano sería tener una pareja en la que las mujeres saben qué lugar ocupan y gozan de su segundo plano con una elegancia distante. Sanas serían las vidas en las que se nota que no hubo grandes problemas, lo que forja caracteres suaves y amables. Vidas para las que la política es un lugar a ocupar, cuando no queda más remedio. Vidas para las que el Estado es exclusivamente una carga en la que se representa la “pasividad culpable” de los otros. Sano sería ser despojado siempre, incluso en la traición y la derrota porque, al fin y al cabo, hay un gran colchón

en el que sentarse a esperar otra oportunidad. Que seguro vendrá, porque así son las telarañas frondosas y cerradas de las elites.

Sin embargo, Juntos por el Cambio está lleno de los que no entienden el concepto. Y que se han dedicado a mostrar, luego de la elección, que *sí se puede* cambiar de bando, que sí se puede no ser equipo y que sí están preocupados por el de qué van a vivir, porque no tienen paisajes en Italia con visas disponibles. A los saltos en garrocha de tres diputados al peronismo (que se vio por los medios como la clásica voracidad e incivilización de esa especie enferma de poder), se le pueden sumar otros miembros fuertes de la coalición, con sus declaraciones “a lo Vandor”, que no estarían dispuestos a dejarse seguir gobernando por un liderazgo discutido. Finalmente, esto es política y acá se perdió. Se perdió por mucho, aunque la remontada haya sido también respetable. Y se enfrenta a un peronismo que viene en malón y que parece haber aprendido que no es bueno el encapsulamiento en la identidad, que corta y fija un movimiento que se caracteriza por su amplitud ideológica, superponiéndose casi con la del país. El lado enfermo del poder suena tentador y alardea de sus manos abiertas, que ni siquiera piden *carnet* de afiliación indefinida. Es que no vuelve sólo Cristina, vuelve también Alberto, y eso se replica como santo y seña de que todos pueden ser perdonados o bautizados.

En el mismo momento que Macri decía que no estuvo tan mal, por cadena nacional, se anunciaba el porcentaje mayor al 40 por ciento de pobres. No hizo tanto ruido esta vez. Macri ya perdió y ahora hay que ver cómo se reconstruye lo que queda. Entre eso que queda, está el 40 por ciento de pobres. Y una deuda agobiante, un país fragmentado en todo sentido, una economía parada, ciudadanxs sobreendeudadxs para llegar a fin de mes. Por eso, las señales son de moderación de expectativas. De necesidad de reordenar y volver a mostrar públicamente otra jerarquía de cuestiones: jubilados, salarios, urgencia social. Nadie espera la revolución y, sin embargo, volver a encontrarle un cauce a este país no sería un desafío menor a ese.

La región estalla y se suele pensar a la Argentina como excepción. Ecuador, Venezuela, Perú. Bolsonaro y su articulación teológico-política en Brasil. Bolivia, en un escenario desconcertante, luego del golpe. Chile, con estructuras políticas resistentes a todo, incluso a los más de 30 muertos en la calle por represión institucional, lxs muchxs engeguécidxs,

violadxs y torturadxs. Hasta en el siempre estable Uruguay (al menos visto de este lado del charco), el Frente Amplio finalmente perdió y antes, incluso, se animaron a cacarear los militares. Los militares han reaparecido como actores en el continente, en un protagonismo político que tiene su contraparte en las iglesias, capaces de mover las conciencias colectivas quizá mucho más que los feminismos. Un fantasma recorre el continente y no se parece en nada al de hace 200 años atrás. En este contexto regional pesadillesco, va a haber que hacer alianzas, establecer cooperaciones y generar un aire para la Argentina. México es clave, pero está lejos y en medio de una captura narco desde hace ya demasiado tiempo.

La Argentina no es una burbuja. Y, sin embargo, tiene que recrear imaginaria y materialmente (y por esta vez, para bien), las condiciones de su excepcionalidad. No como las veces anteriores, para desmarcarse del destino y las fisonomías latinoamericanas, porque le estaría reservado una diferencia modernista, por origen. Esta vez precisa recrear las condiciones de una excepcionalidad para una democracia vigorosa, en la que haya conflictos, pero que puedan tener escucha y atención. En la que haya una política creativa y movimientos sociales fuertes y lúcidos en las calles, que no esperen, pero que tampoco desesperen. Estimular la imaginación colectiva para que muchos podamos pensar que esta vez sí estamos en el mismo barco y que no nos vamos a hundir. En el que los esfuerzos sean válidos, porque compartidos. En la que tengamos claro los límites y qué no queremos más.

La Argentina resistió 4 años a un gran intento por mercantilizar todas las esferas de la vida. También así se pensó “lo sano”: como responsabilización de cada quién del derrotero de su vida. El macrismo instauró la individualización meritocrática como criterio imaginario de selección de los más aptos y reforzó la división social en un sentido favorable a los ya favorecidos. Hay más pobreza, pero también mayor flexibilización laboral, precariedad y deudas por cabeza, con organizaciones sociales que se destacan en la región, pero también acusan la pérdida de los lazos sociales orgánicos. Hay un sistema público que parece destinarse a los más pobres. Hay un Estado que debe reorganizarse mientras atiende una urgencia social acuciante. Hay desconfianza social, cinismo e intolerancia.

El macrismo fue más que un gobierno: permanecerá en sus efectos y también continuará siendo operativo, si no se lo toma también como problema cultural, extendido a ambos lados de la grieta. Si no se lo toma como fenómeno político anclado en la historia

argentina moderna, que encuentra por primera vez un cauce institucional y hasta sale a las calles para demostrarlo. Ahora que electoralmente se dio vuelta la taba, lo que viene tiene que ser no sólo reconstruir, sino pensar cómo esa reconstrucción se vuelva más consensuada y pueda durar en el tiempo. Se le llama a esto un “nuevo pacto social”: probablemente esa sea sólo una descripción institucional, escueta, de un llamado a volver a generar una solidaridad social, que se quebró.



¿Un solo movimiento sindical? La CTA: su apuesta, su devenir y sus vínculos con las organizaciones sociales

MARÍA MANEIRO (IIGG/UBA/CONICET)
18 DE DICIEMBRE DE 2019

¿Acontecimiento del fin?

El “Grito de Burzaco” es esa declaración que nos murmura al oído nuestra juventud –le dije a un amigo el otro día–. Tal vez haya exagerado un poco, porque los recuerdos de juventud son múltiples y contradictorios, pero sin duda, entre ellos, se encuentra esta fenomenal declaración que proponía un sindicalismo integral, democrático, ético, autónomo (tanto respecto del estado, como de los partidos políticos y de los patrones).

Este nuevo sindicalismo, tan esperanzador, que se mostraba a comienzo de la década del '90, incluso con sus debilidades y sus errores, fue un paraguas fundamental para resistir la investida neoliberal que trajo consigo toda esa década. Actualizó el debate en torno al

modelo sindical, posibilitó la demanda de derechos más allá del esquema corporativista estrecho y colocó en agenda la cuestión de los ingresos ciudadanos.

Con todo, a casi 30 años de ese grito esperanzador, la decisión unánime del pasado 3 de octubre en el Congreso Nacional Ordinario de la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA) de los Trabajadores (CTA-T) de unirse a la tradicional Confederación General del Trabajo (CGT) invita a que volvamos sobre los fundamentos de este sindicalismo disidente, que exploremos sus apuestas y su zigzagueante itinerario y, finalmente, que volvamos a interrogarnos acerca de esta actual decisión dirigencial.

Cabe decir que esta nota rastrea este devenir desde una perspectiva muy particular porque como investigadora y activista de las organizaciones sociales, mi enfoque tendrá una impronta que pondrá la mirilla en las particulares relaciones que desde este sindicalismo se proponen para esta red de organizaciones sociales no sindicales. Éstas son quienes condensan reclamos de aquellas fracciones de la clase trabajadora más desancladas de las seguridades sociales que se han desarrollado en torno al empleo. Estas fracciones que involucran al 30% de la población económicamente activa (PEA) comprenden a quienes a pesar de estar desprovistos de derechos laborales se encuentran insertos en la venta de la fuerza de trabajo, mediante diversas formas de precariedad e incerteza; estas fracciones transitan una zona gris entre los programas sociales de asistencia, las changas y los trabajos precarios; ellos fueron armando, no sin reveses, sus colectividades territorializadas (de clase). Colectividades que aún hoy están disputando su estatus público, con su propio cuerpo, con su propia presencialidad situacional, en cada una de las disputas por cupos, por planes, por alimentos y, sobre todo, por el reconocimiento de sus derechos y discutiendo, en cada uno de estos actos, el modelo corporativo segmentado.¹

Propongo abordar la cuestión mediante una periodización de la central –las periodizaciones son una imprescindible construcción investigativa, pues la demarcación de umbrales expresa una modalidad de lectura memorial del pasado–. Abocaré esta nota, primeramente, a la exploración de la construcción de la CTA y la ruptura con el modelo clásico durante la lúgubre década del '90; posteriormente desarrollaré el devenir de ésta

1 En este texto hablamos de corporativismo estrecho o segmentado. La noción de neocorporativismo segmentado está tomada de Etchemendy, S. y Collier, R. B. (2007). Golpeados pero de pie: resurgimiento sindical y neocorporativismo segmentado en Argentina (2003/2007). *Politics and Society*, 35(3), (pp. 145-192).

en la pos crisis; para terminar con una serie de reflexiones en torno a la articulación de las organizaciones sociales y las matrices sindicales.

De la invitación esperanzadora al paraguas de la resistencia al neoliberalismo

Las tentativas fracasadas de reconfiguración del modelo de desarrollo durante la década del '80 evidenciaron una sociedad signada por la deuda externa. Las dificultades de financiamiento aparecieron como el núcleo explicativo de los obstáculos para un nuevo proceso de crecimiento económico. Con este telón de fondo, la articulación de la sociedad mediante el salariado comienza a ponerse en jaque.

El reacomodamiento del peronismo, luego de haber sido derrotado en las elecciones inaugurales del retorno a las instituciones republicanas, bajo el rótulo “renovador” parecía haber tomado nota de la transformación social y prometía mecanismos articuladores más amplios y diversos. Sin embargo, la emergencia del menemismo, con su neoliberalismo de guerra, trajo impactos múltiples; la mutación del sindicalismo es un elemento clave, la descolectivización fue otro de los aspectos sobresalientes. Es en este marco que bajo el nombre de Congreso de los Trabajadores Argentinos emerge como una voz crítica ante esta arremetida, su proclama autónoma, de afiliación directa y la preocupación ética abre esta etapa. Un sendero tendiente a un articular colectividades nuevas y preexistentes subyace en esta propuesta, como así también la promesa de un sindicalismo menos corporativo y más integral.²

De acuerdo con este derrotero, la primera acción de este congreso fue la realización de una campaña para la obtención de un millón de firmas en contra de la privatización del sistema previsional.³ En un pivoteo entre los formatos de acción de tipo ciudadano-univer-

2 Acerca de este momento fundante se puede ver Armelino, M. (2005). Resistencia sin integración: protesta, propuesta y movimiento en la acción colectiva sindical de los '90. El caso de la CTA. En F. Naishtat, F. Schuster, G. Nardacchione y S. Pereyra (comps.), *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea* (pp. 275-311). Buenos Aires: Prometeo.

3 La caracterización de esta acción como la primera ha sido tomada de Retamozo M. y Morris, M. B. (2015). Sindicalismo y Política. La Central de Trabajadores Argentinos en tiempos kirchneristas. *Estudios Sociológicos*, XXXIII(97), (pp. 63-87).

sal y repertorios más clásicamente sindicales como las huelgas, usando frecuentemente las movilizaciones y los actos, la central fue constituyendo una configuración híbrida, que remitía a la tradición sindical corporativa, pero salía de los cánones del corporativismo selectivo con su bias universal-ciudadano.⁴

A finales de 1996 se constituye verdaderamente en central y, si bien se explicita la necesidad de fortalecer la matriz gremial, aparecen una serie de elementos que justifican el planteo que estamos revisitando. En su acta de presentación se fomenta la expansión hacia otros sectores de trabajadores, enfatizando el papel de las organizaciones sociales, promoviendo las federaciones como colectividades legítimas, ampliando la participación hacia otras organizaciones en contra del neoliberalismo y fomentando los formatos de acción de carácter ciudadano.

La relevancia de las organizaciones sociales sindicales que representan a los trabajadores del estado constituyó un elemento que dejó huellas. El enfoque de la central no fue sólo gremial corporativo. La relación múltiple con el estado como patronal y garante de derechos, supuso una fuerte reflexión en torno al papel y el estatuto de lo público. En un contexto de estigmatización de todo lo estatal, esta perspectiva inscribió un horizonte de derechos estado-céntrico que se actualizaría en diversas acciones. La Carpa Blanca instalada en la plaza del Congreso de la Nación entre 1997 y 1999 constituye una modalidad original de visibilización y demanda que incluye reclamos corporativos, pero los excede, en la medida en que pone en el centro de la atención la relevancia de la educación pública. Es de esta forma que se expresa la particular hibridez.⁵

La Federación Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV) tuvo un papel relevante, constituyéndose en una de las principales organizaciones de colectivización de demandas de los

4 Mientras que algunos subrayan la matriz ciudadana de las acciones, otros enfatizan los formatos sindicales. Entre los primeros: Schuster F. y Pereyra, S. (2001). Las transformaciones de la protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectiva de una forma de acción política. En N. Giarraca (comp.), *La protesta social en la Argentina* (pp. 41-63). Buenos Aires: Alianza. Entre los segundos: Iñigo Carrera, N. y Cotarelo, M. C. (2000). Reestructuración productiva y formas de la protesta social en la Argentina. En E. de la Garza Toledo (comp.), *Reestructuración productiva, mercado de trabajo y sindicatos en América Latina* (pp. 73-86). Buenos Aires: Clacso.

5 Acerca de la experiencia de la Carpa Blanca se sugiere ver Suárez, D. (2005). *Conflicto social y protesta docente en América Latina. Estudio de caso: El conflicto docente en Argentina (1997-2003)*. Buenos Aires: OLPED.

trabajadores desempleados y de los problemas de vivienda y hábitat.⁶ Este aspecto fue el sostén de la consigna “de la fábrica al barrio”, abriendo no sólo el campo territorial físico, sino centralmente, expandiendo los horizontes selectivos del modelo tradicional. Es en este sentido que las demandas ciudadanas también ingresan dentro de esta red ampliatoria y democratizante. Con todo, los límites del sindicalismo fueron un obstáculo para la intersección con las múltiples colectividades de trabajadores desocupados que se estaban conformando. Más radicalizadas, más combativas y más autónomas, otras organizaciones sociales se abrían camino para finales de la década del '90 y la central mostraría límites en torno a su capacidad inclusiva.

La consulta popular del Frente Nacional contra la Pobreza (FreNaPo) para finales del año 2001 constituye la máxima expresión de esta capacidad de poner en agenda una demanda ciudadana; enfocando a los jefes de hogar desocupados y a los adultos mayores sin cobertura previsional, logró la participación de más de tres millones de personas.⁷ Sin embargo, al mismo tiempo también evidenció sus límites y debilidades. El desprestigio de las instituciones hegemónicas, la acción directa de diversas fracciones sociales, la magnitud y la profundidad de la crisis, desdibujaron la envergadura de la iniciativa. ¿La central habría perdido la capacidad de canalizar el descontento? A pesar de su innovadora propuesta y su relevancia durante la década, en la crisis misma se produce un desborde institucional que deja atrás y por fuera no sólo a la CTA sino a al conjunto de instituciones sociales, políticas y sindicales clásicas de organización colectiva.

Después del desborde: clivajes y desacoples

En el marco de una salida institucional a la crisis, la propuesta gubernamental de un programa masivo de ingreso para los jefes y jefas de hogar desocupados (PJJHD) retoma algunas de las demandas objetivadas en la propuesta del FreNaPo. Con ello, se cierra un

6 La bibliografía en torno a la FTV es vasta, entre esta se puede consultar Manzano, V. (2007). Del desocupado como actor colectivo a la trama política de la desocupación. Antropología de campos de fuerzas sociales. En M. C. Cravino (comp.), *Resistiendo en los barrios. Acción colectiva y movimientos sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires* (pp. 101-133). Los Polvorines: UNGS.

7 El FreNaPo fue estudiado por Armelino, M. (2004). Algunos aspectos de la acción colectiva y la protesta en la CTA y el MTA. *Revista de Estudios Sobre Cambio Social*, 15 (pp. 5-11).

ciclo y, ciertamente, el papel nodal cumplido por la central. La capacidad de inclusión selectiva de las demandas de la central tanto por el gobierno del estado como por otras organizaciones e instituciones constituye un elemento de importancia.

Para diciembre del año 2002, en un nuevo congreso de la central, se define una nueva estrategia, la construcción de un movimiento político, social y cultural. Sin embargo, poco tiempo después la figura de Néstor Kirchner y sus iniciativas de gobierno ocupan ese espacio que intentaba llenar el movimiento naciente.

La interlocución e incluso la inclusión selectiva de referentes de las organizaciones que conforman la central en el gobierno naciente, como así también, la relevancia de los espacios de coordinación con el gobierno nacional modifican el ámbito de acción de la central. Esta cercanía se torna más relevante en una central cuyo fundamento de origen estaba anclado en la autonomía respecto del gobierno del estado y en el cual la reflexión respecto del estatuto del estado constituía un pilar referencial. No obstante, no todos los vínculos son positivos, la decidida negación de la personería gremial a la central configura los límites de la relación de proximidad.

En el año 2007, una nueva iniciativa actualiza la capacidad organizativa, articuladora y federal de la CTA. La Paritaria Social y la Constituyente Social ponen en cuestión las capacidades del gobierno para ampliar las voces acerca de lo gremial y lo político. Mientras la Constituyente Social revisita el proyecto del movimiento político, social y cultural, la Paritaria pone en discusión la negociación salarial en ámbitos excluidos de ella, dando un puntapié “gremializante” a las trayectorias laborales precarias.⁸ Quiero detenerme en este aspecto, hasta este momento la inclusión de las federaciones territorializadas y la atención hacia el problema del empleo había incluido experiencias no gremiales a la central; como se ha dicho, la apuesta incluía la bifrontalidad: insertar lo territorial dentro de la central sindical y gremializar lo territorial y, al mismo tiempo, llevar a cabo múltiples iniciativas ciudadanas de defensa de derechos de carácter universal; por el contrario, esta experiencia actual sólo fomenta la ampliación de las prerrogativas gremiales en las esferas no insertas dentro de la lógica corporativa selectiva, previamente señalada. Compone, entonces una iniciativa central, pero se estrechan los nudos de hibridación.

⁸ Esta experiencia ha sido poco abordada por la bibliografía, se sugiere ver Retamozo y Morris (2015).

Los efectos suscitados por las experiencias mencionadas se eclipsan en el año 2008 ante la crisis “del campo”; con este nombre se conoce la serie de controversias que se producen entre las patronales y el gobierno en torno a las retenciones a la exportación de los productos agrarios. Éstos reconfiguran el diagrama político y las polaridades entre las fracciones sociales. Se expresan así las dificultades de encontrar un lugar común entre los referentes de la central, que logre valorar los avances producidos por el gobierno del estado, pero mantenga autonomía y capacidad crítica para demandar derechos gremiales y ciudadanos.

Estas dificultades se expresaron a finales de 2010 en la ruptura de la central en dos grupos diferentes. La CTA de los Trabajadores (CTA-T) y la CTA Autónoma (CTA-A). La fragmentación disminuyó la relevancia de la acción de cada una de ellas. Es así como los colectivos miembros afrontaron, entonces, la tremenda investida macrista sin un paraguas amplio que los contuviera. Evidentemente, los efectos de esta falencia aún los estamos sufriendo.

A modo de cierre: Las organizaciones sociales, la cuestión gremial y el modelo sindical

En los párrafos previos se han enfatizado dos elementos nodales respecto del vínculo de la CTA con las organizaciones sociales. Recapitulando, se puede decir que durante la década del '90 se produjeron dos mutaciones centrales. El primer aspecto remite a la inclusión de colectividades no sindicales dentro de la central, la ampliación de la red de articulaciones constituye un primer aspecto que modifica sustancialmente la referencia sindical. El segundo elemento importante concierne al estatuto de la territorialización de las colectividades, la relevancia de los entramados compuestos por articulaciones políticas de cercanías y la tentativa de dotar de otros sentidos a los vínculos y las políticas de asistencia allí contemplados. Ambos aspectos complejizaron el enfoque de la central que nos interpela.

Durante los dos mil, la Paritaria Social abre otra línea de vinculación con las fracciones que quedan por fuera del umbral del corporativismo segmentado, la visibilización respecto de la falta de protección social y de soportes de negociación para amplias fracciones de los trabajadores se abordan, ahora, bajo la propuesta de una paritaria social.

La tentativa de gremializar a los trabajadores precarios constituye una iniciativa revisitada por un amplio espectro de organizaciones sociales. La experiencia de la Asociación Gremial de Trabajadorxs Cooperativistas Autogestivxs y Precarizadxs (AGTCAP) entre 2009 y 2012 constituye una línea humilde pero sustancial, en este sentido.⁹ Esta dirección, de hecho, se retoma, actualiza, amplía y reelabora en la propuesta de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP). Tomando la propuesta de la Paritaria Social de agremiar a los trabajadores precarios e informales, la experiencia de estas nuevas organizaciones como la CTEP pretende sindicalizar a los trabajadores de la economía popular y de los programas estatales de asistencia.¹⁰

Esta dirección de acción se está intentando instalar desde aquel momento, pero asume mayor relevancia en el proceso de lucha en torno a la Ley de Emergencia Social acaecido entre el año 2016 y 2017. Incluso en este proceso de lucha, el acompañamiento de las dos CTAs fue muy importante, pero lo más sobresaliente es el respaldo –por primera vez en la historia de las organizaciones sociales de este tipo de acción– por parte de la CGT. Cuán sólido sería este apoyo aún no lo sabemos, pero ya desde aquel momento parece que algunas posiciones se fueron modificando.

Ahora bien, si la CTA nace con un grito esperanzador que pone en jaque el modelo sindical tradicional, no resulta desatinado preguntarse si este tipo de iniciativas no constituyen un retorno a un modelo sindical tradicional. Es decir, ¿lo que se está buscando es una ampliación del viejo esquema o una transformación del modelo mismo? Sin ánimo de clausurar discusiones, sino todo lo contrario, sería pertinente volver a interrogarse acerca de las particularidades de este formato, su capacidad de ampliación y profundización de derechos, como así también reflexionar acerca de sus límites.

9 Sobre esta articulación se sugiere Maneiro, M. (2018). La lucha de las organizaciones de trabajadores desocupados en los últimos años del kirchnerismo. Análisis del proceso de protesta ligado al Programa Argentina Trabaja. *Sociohistórica*, 42 (pp. 1-30).

10 Acerca de la CTEP se está produciendo una gran cantidad de estudios, entre ellos se pueden sugerir los trabajos de Muñoz, M. A. y Villar L. I. (2017). Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP en la CGT). Entre la organización sindical y el conflicto político-social (Argentina, 2011-2017). *Crítica y resistencias*, 5 (pp. 22-52) y de Natalucci, A. y Morris, M. B. (2019). ¿Superando la fragmentación? Un análisis de las estrategias de articulación entre la CGT y la CTEP (2009-2017). *Astrolabio nueva época*, 23 (pp. 169-197).

Revisitar la perspectiva ciudadana y universalista de las primeras experiencias de la central tal vez permita actualizar discusiones. En sociedades complejas, en las cuales las redes de articulación son múltiples, la apuesta para un modelo gremial monopólico debe entrar en el debate. Ciertamente esta es una revisita hacia las formas de la democracia, democracia que, tal como lo planteaba aquel grito que murmura la memoria emotiva juvenil, no se puede dejar de atender. Asimismo, la estrecha relación que se avizora con el nuevo presidente, que festejó la decisión dirigencial de la CTA-T de promover la incorporación a la CGT, otra vez, pone en entredicho la autonomía, cuestión relevante y fundante de la experiencia que estamos mencionando. Este aspecto es nodal en una central que incluye sobre sí, como sindicatos de base, a los asalariados del estado y que hizo, en su trayectoria, una particular reflexión acerca del papel del estado. Por último, tanto el componente identitario –de conformación colectiva por la comparación y la otredad con la CGT– como el componente ético que distancia las tradicionales dirigencias, no puede ser menospreciado. Las experiencias progresistas saben lo duro que puede ser el reclamo en este último aspecto, no se puede pescar dos veces con la misma red.



“En términos ambientales estamos pisando el precipicio”

ENTREVISTA CON WALTER A. PENGUE POR DOLORES AMAT
20 DE DICIEMBRE DE 2019

Walter A. Pengue es Ingeniero Agrónomo con orientación en Genética Vegetal, Magíster en Políticas Ambientales y Territoriales por la Universidad de Buenos Aires (UBA), y Doctor en Agroecología, Sociología y Desarrollo Rural por la Universidad de Córdoba, España. Profesor de Economía Ecológica y Agroecología, y disciplinas vinculadas al ambiente en universidades nacionales y extranjeras, Pengue promueve activamente la investigación y el trabajo sobre la producción sostenible de alimentos y el uso adecuado de los recursos naturales. Fue miembro del Consejo Científico de la Sociedad Internacional de Economía Ecológica y de su Board Mundial, Presidente de la Sociedad Argentino-Uruguaya de Economía Ecológica (2008-2010) y es conferencista internacional sobre temas ambientales, el sistema agroalimentario y los recursos naturales. Además, es Miembro Científico de varios

paneles de las Naciones Unidas, entre ellos el Panel de los Recursos, el de economía de los ecosistemas y la biodiversidad, Agricultura y Alimentación (TEEB). Es autor de una gran cantidad de artículos y documentos científicos, y escribió y compiló libros de referencia regional como “El Pensamiento ambiental del sur. Complejidad, recursos y ecología política latinoamericana”; “Dinámicas y Perspectivas de la Agricultura actual en Latinoamérica” y “El vaciamiento de las Pampas”, donde se alerta sobre las consecuencias de la agricultura industrial y la insustentabilidad del modelo vigente en la región. En esta entrevista, Pengue comenta algunos de los problemas ambientales más urgentes y considera los desafíos más importantes para el nuevo gobierno argentino.

Dolores Amat: Greta Thunberg convoca a manifestaciones masivas en todo el mundo para alertar sobre el cambio climático, miles de personas de diferentes países protestan contra el gobierno de Brasil por el fuego que amenaza el Amazonas, en Buenos Aires Greenpeace advierte de modo llamativo en la Sociedad Rural sobre la tala indiscriminada en el Gran Chaco. Todo parece indicar que los problemas a gran escala del medio ambiente y la escasez de recursos serán temas centrales de preocupación en el futuro próximo. Sin embargo, los debates sobre estos asuntos no consiguen llamar la atención de la clase dirigente argentina. De hecho, ninguno de los candidatos a presidente tomó seriamente el asunto entre sus propuestas. ¿Cómo se explica esto?

Walter Pengue: No son sólo las campañas. A nivel de las políticas públicas, políticas que planteen un uso adecuado de los recursos naturales, su transformación y su estabilidad o sustentabilidad, ninguno de los partidos las proponen. Ni grandes ni chicos. A nivel mundial quienes tienen posturas más seriamente analizadas son los partidos verdes y en algunos lugares del mundo, no en todos, porque también existen grupos que se pintan de verde nada más que para lograr algún éxito en su estrategia electoral. Desde un punto de vista histórico, la perspectiva verde se puede ver más claramente en lo que podría ser el partido verde alemán, algo en algunas líneas del partido verde de los Estados Unidos, pero no mucho más. Ellos tienen prácticas institucionalizadas, que funcionan y los hacen llegar al poder. Pero los tipos tienen una educación, una formación y hasta una necesidad con respecto a los recursos naturales que acá parece no estar viéndose. Acá te-

nemos grandes recursos pero de lo que estamos hablando básicamente es de cómo aprovecharlos (mejor digamos ¡explotarlos!, pues así piensan), como ventajas comparativas, con poco o pobre valor agregado. Además, ese valor agregado implica costos altísimos para la sociedad porque aplicamos lo que nosotros llamamos en economía ecológica “la regla de San Garabato”: comprar caro y vender barato. Y esa regla se cumple a rajatabla. La cuestión es que compramos caro el trabajo, porque estamos pagando ingenieros, científicos e innovadores de otras partes del mundo, y vendemos barato porque no le ponemos prácticamente ningún valor agregado a la producción. Si antes discutíamos la teoría del deterioro de los términos de intercambio bajo las premisas de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) y Raúl Prebisch, hoy estamos en un contexto de intercambio ecológicamente desigual, que al parecer importa poco a los políticos de turno y de todos los niveles nacionales.

DA: ¿Nosotros no tenemos esos recursos humanos?

WP: Nosotros no estamos sabiendo formar a nuestros recursos humanos. Tenemos muy buenos profesionales (diría incluso excelentes, que descollan mundialmente en forma individual), pero en temas ambientales y en el manejo adecuado de los recursos naturales, tenemos una perspectiva muy acotada. Están mal formados los jóvenes en este aspecto porque lo ambiental debería ser transversal para todas las disciplinas y eso no está instalado. Si vos te preguntás “¿quién maneja los recursos naturales?, ¿un biólogo?, ¿un ecólogo?, ¿un agrónomo?” Y bueno, cada uno, de manera separada, lo va a ver como mundos separados. Y se pierde así la visión global del problema. Un poco lo que estuvimos viendo con mi grupo de trabajo, con el que redactamos el último informe de Naciones Unidas sobre el sistema agroalimentario (NdE: refiere al documento “*Midiendo lo que hay que medir en la agricultura y la alimentación*”, publicado en 2018 para TEEB Agriculture&Food, de Naciones Unidas), es que se está mirando la película de a pedazos, falta integrar las diversas perspectivas. Hay un viejo cuento indio que narra la historia de cinco personas ciegas que tocan del cuerpo de un elefante sólo la parte a la que pueden acceder. Desde allí cada uno interpreta lo que puede y ninguno nota que se trata de ¡un elefante!. Eso mismo pasa con los temas ambientales: el sociólogo ve las cosas de una manera, el economista de otra, el

ambientalista de otra diferente. Y el elefante para nosotros es el sistema alimentario mundial: desde la producción primaria hasta la colocación de los residuos. Es necesario repensar todo ese sistema complejo que está roto, desarticulado y puede enfrentarnos a una crisis terminal, más allá del propio cambio ambiental global y climático.

DA: ¿Cómo imaginás que pueden llegar a darse transformaciones significativas en las prácticas que sostienen ese sistema internacional? ¿Es posible pensar en un cambio mundial tan profundo (que implica modificaciones en el modo de vida de millones de personas) en un contexto neoliberal, en el que se desconfía de toda aventura colectiva?

WP: Con el síndrome del desastre. Las sociedades en general no se suicidan. Cuando están con el pie llegando al precipicio y miran para abajo, cambian (si se dan cuenta de que pueden caer, claro). Pero no creo que el cambio llegue por medio de la racionalidad. Venimos hablando hace 25 o 30 años del cambio climático y hace al menos 20 se empezó a alertar con énfasis, y recién ahora empieza a haber algunas reacciones más formales o serias. La sociedad toma consciencia siempre un poco tarde, cuando se encuentra con las consecuencias. Con respecto a los incendios en el Amazonas, hace mucho que existe ese problema, pero gran parte de la sociedad empieza a darse cuenta de lo que pasa cuando el humo llega a San Pablo o a Buenos Aires (recuerden las quemadas de las islas en Entre Ríos). La contaminación por agroquímicos y los efectos del DDT (NdE: diclorodifenil-tricloroetano, insecticida sintético de amplio espectro y acción prolongada, aplicado en el control de plagas para todo tipo de cultivos), por ejemplo, se avisaron casi de forma inmediata, pero pasó una década hasta que se empezaron a generar cambios. ¡La gente aplicaba DDT hasta en la cabeza de sus hijos para sacarles los piojos y los soldados en la guerra de Corea llegaron a rociarse enteramente el cuerpo y la ropa! En este mismo sentido, cuando empezamos a hablar de los impactos de la agricultura industrial y de los transgénicos en general, y esos problemas eran agronómicos o ambientales, a muy poca gente les importaba. Pero cuando empezaron a aparecer los problemas de salud y esos problemas se empezaron a documentar más contundentemente, la sociedad empezó a tomar otro tipo de conciencia. A veces la sociedad se asusta, reacciona y cambia.

Hoy hay alertas pero no sé si esas alertas están generando una verdadera reacción inmediata. Tuvimos hace bastante poco un desastre en Fukuyima y la gente no cambió mucho su mirada con respecto a la energía nuclear. Muchos japoneses siguen “creyendo” aun así en “su tecnología”. También tenemos problemas serios con el sistema alimentario, muchos de los productos que consumimos tienen demasiada sal, azúcar, grasas, la gente se muere por problemas de obesidad, corazón, cáncer y sin embargo millones se siguen envenenando con esos alimentos. . Comida que enferma más de lo que nutre. Por cierto, con la anuencia de las políticas públicas que no promueven cambios y del sistema nacional y global de salud que responde a los lobbies de la agroindustria y del sistema farmacéutico. Pero yo creo que los jóvenes sí están reaccionando. Porque básicamente ellos ven que van a tener que enfrentar el problema. Y que esto ya es serio, lo nota físicamente y lo perciben en la recurrencia e intensidad de cada desastre emergente (sequías, inundaciones, pandemias, migraciones, etc...). Serán millones.

DA: ¿Encontrás alguna relación entre la escasa reacción frente a los problemas ambientales y lo que hoy se nombra con la palabra posverdad? Me refiero en general a la extensión de la desconfianza respecto de toda afirmación, sea científica, periodística o política, pero también al hecho de que líderes mundiales han puesto en duda las evidencias más básicas respecto de problemas como el calentamiento global.

WP: El mundo está como la rana en la olla. Nos estamos calentando lentamente y hay un aletargamiento peligroso. Nosotros trabajamos mucho en economía ecológica con la perspectiva de la ciencia posnormal, que fue desarrollada por Silvio Funtowicz y Jerome Ravetz. Muy poca gente sabe que Silvio Funtowicz es argentino. Un orgullo. Se fue en la época de los bastones largos a trabajar en Europa y desarrolló con Ravetz la postura de la ciencia posnormal, que en definitiva es ciencia con la gente. Hay un libro muy conocido de Funtowicz que se llama “Epistemología política. Ciencia con la gente” y que resume un poco esto. Tenemos por un lado la ciencia convencional, la ciencia normal, donde uno tiene un proyecto, publica *papers* y avanza un poquito en la información o el conocimiento. Acá las incertidumbres del sistema y los riesgos son bajos. Cuando las incertidumbres y los riesgos son medios, en cambio, tenemos lo que se conoce como juicio de

expertos o consultoría profesional: cuando vas a construir un edificio de cien pisos o un puente, o vas a hacer una operación muy delicada, consultas con el experto, que no es el joven que se acaba de recibir (aún si tiene tres doctorados) sino el veterano que lleva 40 años en una profesión y tiene una sabiduría acumulada importante. Además de técnica tiene “sabiduría”. Cuando los niveles de incertidumbre y riesgo aumentan más todavía, ya esa persona experta tampoco es suficiente, ya es necesario informar a la sociedad y preguntarle qué es lo que quiere, cómo quiere enfrentar esos riesgos. De eso se trata entonces la ciencia posnormal: es hacer ciencia con la gente. Y es importante para los temas ambientales, para las grandes decisiones. Yo muchas veces les digo a los estudiantes de ecología y de agronomía, “miren, en su carrera, frente a disyuntivas importantes a partir del impacto de un desarrollo científico tecnológico, piensen parados en la perspectiva de la ciencia posnormal, no de la mirada de la ciencia convencional”. Es lo que nos ayuda a mirar con otros lentes, más completos y complejos.

DA: Hablando de las sociedades y los problemas ambientales, se encuentran análisis contradictorios respecto de los incendios en el Amazonas. Hay quienes señalan que una fuente importante del fuego son grupos con pocos recursos que se ven obligados a quemar pequeñas zonas para producir ahí bienes para su consumo inmediato y hay otros que observan que esas prácticas son muy menores en comparación con lo que provocan los grandes intereses económicos en la zona.

WP: El sistema de tala, tumba y roza, muy común y tradicional para algunos pueblos de la zona, que implica voltear una hectárea o media hectárea para producir alimentos (al estilo de una agricultura itinerante), no genera un impacto de este tipo. Acá lo que viene sucediendo es que hay un avance de los hacendados, tanto grandes, como medianos y pequeños, que va desestabilizando todo el sistema. En el gobierno de Lula, con Marina Silva como ministra de medio ambiente, se desaceleró un poco este proceso, pero volvió a tomar fuerza con el gobierno actual, que lleva adelante una política antiambiental importante. Si a eso le sumás un efecto de cambio climático, que hace que llegue una seca un poco más fuerte, te encontrás con este cóctel explosivo.

Pero lo más notable que está detrás de la deforestación del Amazonas son los grandes productores de carne. Tenés entre ellos a JBS, la productora de carne más grande del mundo. Entidades que tienen un poder enorme, incluso para corromper políticos, funcionarios o jueces si lo necesitan. Cuando vos ves su participación en las exportaciones de Brasil, empezás a entender por qué se dan ciertas cosas.

Pero en esto no hay un cambio: esta gente es la misma que mató a Chico Mendes. Esta gente es la que se enfrentó siempre con los seringueiros. Se pelean desde siempre porque no pueden trabajar en un terreno en el que hay árboles o semejante volumen de árboles. Pero insisto: esto viene sucediendo, no es nuevo. Posiblemente con el cambio de gobierno se facilitaron muchas cosas que antes estaban más controladas, pero que existen lamentablemente desde hace varios gobiernos, de un color u otro.

DA: Hay entonces razones económicas fuertes para lo que está pasando y son de peso no sólo para los empresarios involucrados y sus alrededores sino también para la economía de Brasil. Me pregunto entonces cómo se relacionan el corto plazo y el largo. Porque seguramente en lo inmediato para Brasil sea redituable el proceso de tala indiscriminada, pero a largo plazo puede ser una catástrofe (tanto para el medioambiente como para la sociedad y la economía). ¿Cómo ves vos esa relación entre el corto y el largo plazo en los asuntos que conciernen a la ecología? Y pienso en Argentina también al hacerte esta pregunta.

WP: Si se quiere cambiar o al menos estabilizar un poco el sistema, es necesario hacer cambios drásticos de rumbo, tanto en Brasil como en Argentina, aunque los productores argentinos comparados con los brasileños son nenes de pecho.

Pero lo que sucede a nivel global es que el mundo tiene un desbalance importante hoy. La situación en Occidente es bastante buena en lo que concierne a la formación de la gente: uno ve que un grupo importante de jóvenes empieza a ocuparse de su salud y a ocuparse de los problemas ambientales. Se ve en las universidades. Los jóvenes (los que pueden y están mejor educados nutricionalmente), están comiendo mejor, por ejemplo. En los países más desarrollados de Occidente hay una educación en salud cuyos resultados ya se están viendo porque los costos de la salud, que son altísimos, empiezan a

bajar. Y están intentando, en general, incentivar algunos cambios. Esos cambios van a redundar posiblemente en que se coma menos carne, pero también menos leche, menos huevo (porque el problema no es sólo de la carne, la producción de huevo y leche también demanda mucha tierra, agua y recursos genéticos). Y no se trata de no consumir estos alimentos, sino de llevar adelante una alimentación balanceada y racional.

El mayor problema a futuro es Oriente. China está cambiando sus hábitos alimenticios para mal, está copiando los malos hábitos del sistema occidental de los años '70: más carne, más grasa, más de todo lo que genera problemas. Y esa población no ha dejado de crecer ni ha dejado de demandar. Es la China urbana que está generando drásticas transformaciones en el planeta. Y no creo que cambien en el corto plazo.

Ojo que yo no digo tampoco que haya que abandonar la producción ganadera. La producción ganadera forma parte del sistema productivo argentino y de la historia de la Pampa: la rotación agrícola ganadera le dio estabilidad al sistema. Alrededor de 1880 empezó una primera gran transformación del suelo del país, se modificaron 8 millones de hectáreas en la región pampeana gracias al trabajo de los inmigrantes que reemplazaron la "paja brava" (formado por unos pastos altísimos) por alfalfa y pasturas. Ese campo alfalfado enriqueció la producción ganadera argentina a costo cero: se mejoraron todos los campos, se mejoraron las condiciones ambientales del sistema, inclusive se mejoró la calidad de los nutrientes, la materia orgánica también. Y eso fue con animales en el sistema. Se llamó refinación de los campos y dio pie a la rica ganadería argentina. La segunda gran transformación fue hace poco, pero hacia la soja...

DA: ¿Y ves posible una nueva transformación, que tenga consecuencias beneficiosas como la primera?

WP: En la región pampeana se está cambiando (o al menos rotando hacia otras actividades productivas), no por convicción, sino por una cuestión meramente coyuntural: el precio de la soja cayó, el de la carne sube y muchos entonces se están pasando a la carne. El problema que tenemos es que esa carne no es mayoritariamente la alimentada a pasto (de pastizal), que en realidad sí existe pero es la que se exporta y se come en Europa. En

ese caso estaríamos bastante bien con algunas variables ambientales y agronómicas, pero si miramos lo que consume la población argentina, se come carne de *feedlot* y esa carne es totalmente distinta en términos de calidad con respecto a la que se exporta, como decía, a Europa o a otros mercados, como el chino y el japonés. Prácticamente toda la carne que come la población de Buenos Aires es de *feedlot*. A veces la gente siente la carne tierna y piensa que es buena, pero la carne de *feedlot* es carne con más grasa, un marmolado mayor y es esa grasa la que hace que algunos la encuentren más palatable. La carne de pastizal es más dura a veces porque la vaca camina, se mueve más.

DA: Hablando del consumo, ¿es significativo el movimiento que busca consumir orgánico o agroecológico?

WP: Mucha gente está entrando a la agroecología, que se expande también a partir de la economía social y solidaria. De alguna manera apareció solo, surgió de un reclamo de la gente, que dice que no quiere más pueblos fumigados y vinculado con este primer reclamo, empuja otros procesos de producción de sus alimentos, bajo pautas amigables con el ambiente y su salud, sin agrotóxicos ni productos sintéticos. Esto está pasando al menos en la región pampeana y en la chaqueña. Y a su vez los campesinos siguen esta tendencia, por un lado porque ya no pueden comprar los agroquímicos (sus precios están dolarizados), pero también porque se han encontrado con que hay un mercado creciente, lo que les da una salida a sus problemas de comercialización. Existe claramente más interés en la población en comer este tipo de productos, sin agrotóxicos, o al menos en algunos sectores preocupados e informados.

DA: ¿Podrías precisar la diferencia entre agricultura orgánica y agricultura agroecológica?

WP: La agricultura agroecológica busca promover prácticas de base agronómica sin el uso de insumos externos (semillas transgénicas, fertilizantes sintéticos, agroquímicos, etc.), promover canales de comercialización alternativos y un proceso especial de certificación, que no implique aumento de costos tanto para el agricultor como para el

consumidor. Se trata de un proceso de certificación participativo, dado por unidades que no le cobran al agricultor y se llevan la parte del león, como hacen las certificadoras orgánicas. Son universidades, institutos tecnológicos, facultades de agricultura o agronomía, escuelas rurales, que certifican que las prácticas agronómicas responden a este modelo. Esto escapa a la lógica de la producción orgánica, que es una producción de elite. Argentina es el segundo productor mundial de productos orgánicos, pero claro, tenemos un millón de hectáreas certificadas para la lana orgánica de Benetton. Lo que diferencia a la producción orgánica de la agroecológica es un certificado internacional que es carísimo (normas de IFOAM), pero el proceso es el mismo. Esa certificación fue preparada por los países desarrollados para garantizar a sus elites una alimentación de calidad. Pero justamente la idea detrás de la agricultura agroecológica es que se garantice que todo el mundo coma bien, sano, nutritivo, no sólo una elite. Es decir, alimentos de calidad, tanto para los pobres, como para los ricos.

Pero la agroecología es mucho más que una práctica agronómica. La agroecología es ciencia, acción y movimiento. En el marco de esta propuesta agroecológica, se favorece el acceso de los agricultores (en especial los pertenecientes a la agricultura familiar, campesinos, pequeños y medianos agricultores, y hasta los de escala mayor, comprometidos con un cambio de paradigma) a la tierra, el agua, los recursos genéticos, cada día más alejados de los pequeños y concentrados tendencialmente en cada vez menos manos.

Por otra parte, las viejas prácticas empiezan a encontrar y mostrar problemas ambientales serios, que podemos detectar porque hoy se estudian las huellas de los productos que se venden. Se analizan por ejemplo las huellas ecológicas, hídricas, de materiales (y nutrientes) y las huellas de carbono. La huella hídrica por ejemplo, es un indicador que mide la cantidad de agua que se necesita para la producción de un bien, la huella de carbono mide la emisión de gases de efecto invernadero... y claramente son muchos los consumidores que hoy se fijan en estas cuestiones. Por eso hay una tendencia fuerte a consumir local en el mundo desarrollado y ese es un valor que también fomentamos desde la agroecología: producir en primera instancia para el consumo del lugar y después la colocación de los excedentes. Eso cambia la lógica de muchos que piensan primero en exportar, pero hay que tener en cuenta que cuando exportás, un día ganas, otro no.

En cambio si vos tenés un mercado local más sólido, en el que todos los días te vienen a comprar los huevos frescos, siempre vas a tener demanda.

O sea que sí, la agroecología está creciendo. Si comparás, todavía esto es un porcentaje ínfimo en relación con los volúmenes que se comercializan globalmente, pero cada vez hay más consciencia. Y es un problema poblacional de salud: mucha gente no puede comprar fruta y verdura y prioriza los fideos secos o alimentos ultraprocesados o lo que puede pagar. También falta reeducar a la gente para la producción. Recuerdo que escribí un artículo hace como 20 años, en la otra crisis, que se llamaba, “Aún nos quedan las manos y la tierra”. Se trataba, entre otros abordajes, de la importancia de programas nacionales como el ProHuerta (liderado en su momento por grandes ingenieros agrónomos como Daniel Díaz y Alfredo Galli, que fueron pioneros, y otras decenas de especialistas que les siguieron, como el querido Adolfo Boy), que lo que hacía era darle semillas a la gente, a través de promotores formados, que enseñaban las prácticas básicas de la producción. Se buscaba que pudieran generar de casi la nada, su propia comida. Sólo con ganas de trabajar, las semillas gratuitas y una lonjita de tierra en el traspatio de sus casas. El programa después se hizo internacional, se llevó por ejemplo a Haití y a África, y es reconocido como práctica que garantiza seguridad alimentaria por la propia Naciones Unidas en sus documentos. Se lo conoce en muchos lugares del mundo. Fue el desarrollo de ingenieros agrónomos que trabajaron, pero la realidad es que el sistema funcionaba piramidal: abajo tenías a los promotores, que eran señoras o señores que sabían un poquito más, caían en tu casa, te enseñaban cómo hacer la siembra, te ayudaban, vos sembrabas y cosechabas. Con 3 dólares sacabas el equivalente a 300 kilos de alimento. El programa fue primero parte del INTA, pero desde dentro mismo siempre fue el “patito feo”, lo despreciaban otros colegas más científicistas del propio organismo. Después se lo apropió el Ministerio de Bienestar Social y el último gobierno lo desarticuló, le quitó recursos que derivaron para otros objetivos de crecimiento y “emprendedurismo”, y lo convirtieron en un sistema vaciado de su principal contenido: producir alimentos para todos y con el propio esfuerzo. Recuerdo que años atrás, en el gobierno de Obama, su esposa Michelle se ocupó de promover prácticas alimentarias basadas en los alimentos de las huertas. Conocí a su promotor en la Casa Blanca y el objetivo era fuertemente educativo. Aquí intentaron hacer una mala copia, el INTA fue parte del circo y armó una

huerta para la familia del presidente Macri y algunas visitas en Olivos. Pero fueron los del propio INTA quienes permitieron recortes sobre programas que apoyaban a la agricultura familiar y al propio Prohuerta. Una incongruencia, que más allá de los discursos o de las fotos, se paga con la malnutrición de los más humildes. Hoy muchos compran productos más baratos, ultraprocesados, medallones de carne que no tienen casi carne y otras porquerías. La comida barata es tremendamente cara...

DA: Estamos en una crisis económica profunda y tenemos problemas agroambientales serios. Si pudieras darle alguna sugerencia al nuevo gobierno desde este punto de vista, ¿cuál sería?

WP: Lo primero que les diría es que no cometan los mismos errores. Se cometieron errores no solamente en el último gobierno sino también en el anterior, que sí abrió oportunidades, pero fueron mal aprovechadas. Necesitamos gente idónea, muy profesional, comprometida no sólo socialmente sino también técnicamente. Porque sí, tuvimos una muy buena oportunidad con el gobierno de Cristina Fernández, tuvimos una Secretaria de Agricultura Familiar, pero pusieron a gente que me parece que no era la adecuada, perdieron recursos y personas capaces, promovieron cosas que no llevaron al aprovechamiento del territorio y su planificación integral. La salud y la alimentación de la gente debería trascender a cualquier gobierno de turno. Algunos programas sobrevivieron porque los técnicos de campo estaban muy comprometidos (entre ellos el programa de agricultura urbana y periurbana de la agricultura familiar), pero no pudieron promover redes que le dieran contención a la gente. Así, cuando llegó el gobierno de Macri todo esto se desmadró, se abandonó el trabajo, se dejó sola a la gente y muchos de los técnicos están hoy sin trabajo, otros calladitos desde adentro, sin poder cambiar nada o al menos generar algún cuestionamiento. Creo que desde el punto de vista ambiental y agrícola nada ha cambiado en los últimos 30 años en Argentina. El país es un hervidero, un polvorín de conflictos ambientales por todos lados: minería, petróleo, gas, agricultura, acceso y lucha por la tierra (las tensiones son brutales en el interior). Ciertamente, en estos dos puntos, ambiente y recursos naturales, siguen existiendo las mismas lógicas. Unos sobreexplotando recursos para el mercado, otros pensando lo mismo quizás con alguna

dáviva en la distribución de estos bienes. Poco y nada se observa en lo que concierne a una verdadera transición hacia la sostenibilidad. Estamos muy lejos de esto.

También se cometieron muchos errores con respecto a la extranjerización de la tierra. En el año 2008 publicamos un libro, “La apropiación y el saqueo de la naturaleza. Conflictos ecológicos distribuidos en la Argentina del Bicentenario” (NdE: Walter Pengué es el compilador), que fue escrito con la información que fuimos teniendo de los gobiernos de Cristina Fernández y Néstor Kirchner. Interesantísima información al principio. Ofrecimos la tarea de levantar nosotros directamente las escrituras porque ellos no tenían gente que sistematizar tal información, muy sensible, por cierto. La idea era hacer un mapa del país y ponerlo en manos de los decisores de políticas públicas. Pero cuando avanzamos un poquito más en eso no nos dieron más información. Finalmente publicamos el libro, que cuenta un poco todo ese proceso. Nosotros decimos ahí que aspiramos a que los responsables de políticas públicas puedan tomar en cuenta esa información para poder ordenar este territorio. Le estamos dando millones de hectáreas a extranjeros (en su momento eran 13 millones de hectáreas). Después sacaron la ley pero fue una ley tramposa porque no es parte de un programa de integración territorial y no revisa compromisos, producción y desarrollo.

Lo que le diría al gobierno que viene es entonces que no piense en los próximos cuatro años, sino por lo menos en los próximos 20. Porque si no, no hay salida, no vamos a tener salida. Estamos pisando el precipicio. Y aplica a todos. Algunos aceleran más las cosas porque son una máquina de hacer macanas, pero la realidad es que todos necesitan un planteo que supere la coyuntura. Y en eso se equivocan las izquierdas y las derechas argentinas: no se sale de esto por un lado o por el otro, hay que salir por arriba, tienen que pensar nuevas ideas. Y el mundo está en la misma. Vos tenés a Bolsonaro o a Trump por un lado (monos con navaja) o Putin o Xi Jinping (obsesionados con construir un poder sin límites ni escrúpulos) del otro lado. Es un mundo loco respecto a cómo se usan los recursos naturales o la naturaleza, o la Pacha, como la reconocemos más integralmente por aquí. Y los chinos lo están viendo, van a acceder a todos nuestros recursos. Por ahora comprándolos, pero plantate y decile a China que no les querés vender más. O a otros precios que reconozcan los daños ambientales producidos. Pensemos en qué pasaría. Argentina es el octavo en el mundo en términos de superficie, puesto 187 en densidad poblacional de

entre 212 países: es un país enorme con poca gente, la mayoría viviendo en cuatro ciudades y hay pueblos que estamos vaciando. Un enorme país, prácticamente urbano (92 % de la población vive en ciudades), vaciado de gente. Yo le diría entonces al nuevo gobierno: “ocúpense de habitar el país, de hacer geopolítica otra vez (que no es mala palabra), ocupen el país porque se los van a venir a ocupar.” Abandonar los pueblos y a la gente de los pueblos del interior es una locura. Hay que ayudar a la gente a volver a los pueblos. Y darles calidad de vida para ello. Argentina es un país desigual, distorsionado en términos de cómo tiene distribuida la población, y en su relación con los recursos naturales. Es decir, estamos vaciando de gente los lugares en los que están los recursos naturales: minería, gas, petróleo, tierra. Parte de mi familia viene del campo y contaban que golpeaban una cacerola en la cocina de la casa y los que estaban trabajando en el potrero sabían que se juntaban para tomar mate o a comer. O pegaban un grito en una tranquera y se escuchaba. Había gente. Hoy pegás un grito y no te escucha nadie. Y eso lleva a otro tema del que no se habla: el problema de los ejércitos. Yo trabajé y trabajo con varias unidades de las Naciones Unidas y nadie quiere tener hipótesis de guerra, pero ¿qué pasa si la tenemos? El mundo se mueve por intereses y los recursos se protegen y manejan, o debería hacerse, en primer lugar en un aprovechamiento sostenible en beneficio de sus ciudadanos primero. Y va a haber guerra si pensamos en una población mundial que crece, consume y demanda, y en que unos quieren lo que otros tienen. Los gobiernos poderosos saben de la importancia de tener a sus masas aletargadas y consumiendo. Y buscarán recursos hasta en los lugares más recónditos. Argentina ciertamente es una fija para esto.

DA: Lo que planteas parece ir a contrapelo de cómo se pensaron las relaciones internacionales en los últimos años, en los que se habló de volver al mundo con una simpleza que parece desconocer toda relación de fuerza entre los países.

WP: Claro. A ver, el Amazonas no se quema porque sí, se quema porque hay un grupo de compañías internacionales que producen lo que se demanda del otro lado del mundo. Es decir, hay que ver las relaciones. Hay que pensar en términos de ecología política. Y en este sentido hay otro tema que hay que considerar: el de la reforma agraria, que no es ni siquiera revolucionario, porque hasta el Banco Mundial lo recomienda. Y aquí

ningún gobierno se atreve siquiera a revisar, cuando tenemos los índices de distribución del recurso suelo más inequitativo de la región.

DA: La ciencia ficción actual piensa el futuro a partir de distopías y muchos de estos escenarios temibles tienen que ver con problemas ecológicos. ¿Creés que están viendo algo que está llegando o son temores exagerados o infundados?

WP: Yo soy un escéptico optimista. Coincido con algunos autores como Enrique Leff, que dicen que estamos frente a una crisis civilizatoria. Es una crisis terminal si no profundizamos cambios drásticos de vida y consumo. Por eso, las crisis son también oportunidades. Nosotros estamos formando jóvenes en economía ecológica desde universidades perdidas en el fondo del planeta, pero además el Papa habla de eso y a él lo escuchan 2300 millones de personas. De hecho, desde que el Papa le prestó atención a esto, nos empezaron a llamar del Obispado de San Miguel para que enviáramos estudiantes de ecología para que fueran a hablar a las iglesias sobre el medio ambiente. Nunca se les había ocurrido. Nunca lo habían hecho. Se abre un escenario en el que la sociedad empieza a preguntarse cosas. Yo me doy cuenta en mis cursos: hay un aumento de la matrícula de estudiantes de ecología en el conurbano bonaerense. Y claramente no son chicos que tengan la economía resuelta, necesitan garantizarse una salida laboral, y uno podría preguntarse si van a tener trabajo. Y yo creo que sí, por supuesto. Y seguramente será mucho. A veces les digo un poco en broma “chicos, ¿con cómo están las cosas en materia de medio ambiente, trabajo les va a sobrar!”. Y lo cierto es que todos nuestros estudiantes tienen trabajo. Y en términos más amplios, creo que hay aún muchas más oportunidades. En todos los ámbitos, desde el local, al regional, y al global. Todo el movimiento de los jóvenes por el cambio climático y la biodiversidad muestra un interés por sus propias vidas y creo que esto va a tallar más fuerte aún. Lo vemos también ahora en Chile, con el movimiento social que ha generado una reacción frente a las políticas neoliberales, muchas de ellas vinculadas a la limitada educación, la justicia ambiental o la lucha socioambiental. Sumado a la imposibilidad de miles de jóvenes que no pueden cruzar el cerco impuesto por el neoliberalismo y de mayores que han visto conculcados casi todos sus derechos.

Pero también hay que educar mucho para que las cosas cambien de rumbo. Yo creo en los datos, en el trabajo de los científicos, pero ellos tienen que estar comprometidos, salir a estudiar lo necesario, a difundir los resultados, dejar la esfera protectora de la universidad o de los centros de investigación. Para mí un investigador en América Latina debe ser una persona posicionada y comprometida con su entorno. Construir propuestas con más ciencia y con más conciencia y además entender que las neutralidades no existen. Se trabaja para uno o para otro. Y en este sentido, volver a ser cabeza de león y no cola de ratón. La Argentina supo claramente orientar una ciencia para su gente, un orgullo que debemos recuperar y no trabajar solamente para terceros países, para el primer mundo. En todo caso, tenemos que mirar al tercero, que es donde verdaderamente estamos, y es, por otra parte, el mundo que ha pagado los estudios gratuitos de la mayoría de nosotros. Deberemos toda la vida esto a nuestra sociedad. Como privilegiados que somos quienes estamos en las Universidades, en CONICET, el INTI, el INTA u otros Institutos Técnicos, deberíamos pedir incluso menos y hacer mucho más.



“¡Sí, se pudo!”: la distopía al poder

JUAN MANUEL REYNARES (CONICET/UNVM/UNC)
Y JORGE FOA TORRES (CONICET/UNVM/UNC)
24 DE DICIEMBRE DE 2019

En su columna del programa radial “Habrán consecuencias” (de radio El Destape), Horacio Verbitsky advertía, pocas horas después de consumado el golpe cívico-policial-militar en Bolivia, cierta diferencia en este caso respecto de las interrupciones democráticas en América Latina propias del Siglo XX: aquí ya no solo hay militares que derrocan y violentan sino que aparecen las puebladas, en la forma de hordas de ciudadanos de extrema derecha, que consuman el golpe por mano propia. Nuestro argumento, en tal sentido, es que no es esta una diferencia menor o accidental de los procesos autoritarios/terroristas del siglo XXI, que incluso fue aprovechado por comunicadores y opinadores cínicos para desacreditar la caracterización de lo sucedido como un golpe de Estado. Según estos, habría sido la “con-

moción social” la culpable de que las Fuerzas Armadas bolivianas sugirieran a Morales su renuncia. No obstante, la diferencia que pretendemos analizar no quiere seguir los sinuosos caminos de las etiquetas jurídicas, sino remarcar que esa consumación por mano propia del golpe, en un pasaje al acto desanclado y mortífero, no es sino un aspecto sintomático de la estructura de nuestra época, la época del (pseudo) discurso capitalista. Época en que la figura marcial y lejana de un general tomando el lugar del poder deja paso a una masa panícosa que busca, de cualquier modo, remover del gobierno a aquél que, por sus propios criterios de rasgos y trayectoria, no debería haberlo ocupado nunca.

Reside aquí un punto neurálgico de nuestra época que nos es necesario estudiar: la época de la caída de los grandes relatos y utopías del siglo XX, de los nombres del padre, del orden del discurso del amo, no implica la emergencia de un terreno neutral, asimilable a la fórmula “el Otro que no existe”, dando paso a sociedades líquidas, pletóricas de inmediatas conexiones, o bien campos de oportunidad, donde se multiplicarían los puntos de conflicto que alojasen, per se, proyectos emancipatorios. Ni tan solo un vacío ni tan solo cualquier pretendida liberación emancipatoria de los individuos: la encarnadura fundamental de nuestra época se desenvuelve en estos escenarios distópicos, en donde la pulsión de muerte es finalmente liberada sin mediaciones simbólico-culturales capaces de ponerle freno. ¡Sí, *se pudo!* ¡Sí, *se pudo!* vociferaban los golpistas poco después de la autoproclamación de la senadora boliviana Jeanine Áñez como presidenta de Bolivia. El grito retumba como la consumación del ¡Sí, *se puede!* de la derecha vernácula. Es que el ascenso de las derechas extremas, que reniegan del Estado de derecho liberal en todo el globo es indicativo de nuestro tiempo, el del goce comandado e ilimitado, el del todo es posible.

¿Qué libera el neoliberalismo, o más precisamente, el (pseudo) discurso capitalista? ¿En qué posición quedan nuestros bagajes simbólicos más indiscutidos, como aquél que manda a defender al Estado de derecho o nuestro “Nunca Más”?, y por ende ¿Cuáles modos de hacer son aún posibles en la época? En lo que sigue esbozaremos algunas conjeturas sobre ciertos rasgos de nuestro tiempo que los hechos en Bolivia ponen en primer plano, y que nos permiten bordear estas incógnitas, por momentos relegadas.

En primer lugar, el carácter mortífero que asume la liberación de impulsos individualizantes a través de la emergencia de la “subjetividad troll”. En segundo lugar, el predo-

minio del registro imaginario que moviliza a esos individuos conectados en “masas de pánico”, y que podemos ver en las hordas que atacaron la vivienda de Morales. Y, en tercer lugar, la erosión de las condiciones efectivas de posibilidad de un Estado de Derecho, que impone entonces el trabajo de la postulación de un estado de derecho otro, dirigido al cuidado de los lazos sociales más allá del carácter legal de la norma.

Las imágenes del saqueo y la destrucción de la vivienda de Evo Morales por parte de una horda de ciudadanos bolivianos —que provinieron del propio registro de uno de los protagonistas— rápidamente se viralizaron en el ciberespacio. En la filmación familias enteras con sus niños, jóvenes vestidos con ropa deportiva y señoras y señores de clase media registran con fruición la escena, a través de sus dispositivos móviles. La escena nos remite inevitablemente al episodio “Oso Blanco” (White Bear: Charlie Brooker y Carl Tibbetts) de la serie británica Black Mirror (“Espejo Negro”). En el mismo, la protagonista, Victoria (representada por la actriz sudafricana Lenora Cichlow), es sometida cada día al castigo de ser la atracción principal de un parque de diversiones basado en el regodeo de sus asistentes en las torturas y vejámenes provocados a la mujer. La supuesta comisión de un crimen es la causa para el emplazamiento de Victoria en “Oso Blanco”, un parque temático de aplicación de una pena ilimitada. Una temporalidad siniestra es inducida tecnológicamente a la criminal-víctima para borrar sus recuerdos y, así, iniciar cada día de su condena el mismo espectáculo. El perturbador episodio muestra la razón del éxito del dispositivo de punición: la presencia del público —hombres, mujeres y niños— que participan activamente en la escena registrando con sus dispositivos móviles hasta los más nimios detalles. Un terror voyeurista es actuado por los ciudadanos-consumidores al gozar del sádico espectáculo como una forma ilusoriamente plena de obtener justicia.

Las escenas que vimos estos últimos días en el golpe de estado cívico-policial-militar en Bolivia no son ajenas a fenómenos más globales, donde la pantalla parece emplazar al sujeto en un lugar de libertad plena, que no le dejaría obstáculo alguno para gozar. En otros trabajos,¹ hemos echado mano de la metáfora del troll para dar cuenta de la subjetividad propia de la época del discurso capitalista: la del individuo que parece poner a andar el circuito del ciberespacio y que puede decir cualquier cosa, aún lo peor, sin tener

1 Foa Torres, J. y Reynares, J. M. (2019). La emergencia de la subjetividad troll en la época del Discurso Capitalista. *Anacronismo e irrupción*, 18 (en prensa).

en ningún momento que hacerse responsable de sus actos. La subjetividad troll se erige a partir de la ilusión de plenitud promovida por el mundo imaginarizado que habita, en donde ya parece no haber ninguna mediación simbólica para el acceso al goce narcisista.

En el frenesí de violentar la casa de Morales, la acción no se acaba en el propio cuerpo que rompe, que destruye, sino que debe transmitir ese pasaje mortífero al acto. Hay un redoble en el carácter especular de la imagen: casi como cuando la pantalla apagada nos devuelve nuestra imagen: *black mirror, el espejo negro*. Por un lado, la propia imagen que vemos cuando quien filma parece tener acceso, ilusorio pero evidente, a verlo todo creyendo que se entra en contacto inmediatamente con la realidad. Allí está, entonces, la imagen de quien entra en contacto con el goce robado que es la casa de Evo, con su cinta caminadora y todo aquello que garantiza la corrupción del Indio. Pero eso mostraría, al mismo tiempo y por otro lado, la imposibilidad, aun para la subjetividad emplazada a ser libre, de un acceso directo y pleno al goce: debe haber una imagen de ese momento, que deje alguna constancia, aunque evanescente y confusa, de ese encuentro con lo real. No es que los que saquearon la casa de Evo son trolls que salieron de la pantalla para pasar a la acción, sino que la pantalla, el registro, es lo que hace posible cometer en primera persona el horror. Tal como se advierte en “Oso blanco”: sin el registro no hay goce, no hay demanda a gozar.

Pero esto nos lleva a un segundo aspecto, cada individuo de la subjetividad troll lejos de actuar de forma puramente individual está ya híper-conectado a otros. Aquí podemos atrevernos a poner en cuestión aquella lectura bastante difundida de que las “derechas siembran el odio”. No hay aquí una dócil masa a la que se le inculca la ira y la segregación, sino que ese sustrato masivo que conecta a interpelaciones autoritarias y segregativas ya-está-ahí. Y lo está porque el (pseudo) discurso capitalista erosiona los lazos sociales que daban lugar al malestar en la cultura. Entonces la pregunta por lo que libera el neoliberalismo asume toda su relevancia. El concepto paradójico de masa del pánico² nos permite dar cuenta de efectos de masa –como el de las hordas en el golpe de Estado en Bolivia– que no buscan hacer lazos sino disolverlos. Esa disolución del lazo social que observamos en las masas del pánico subraya que nuestra época, lejos de una pretendida fluidez espontánea, no provoca necesariamente una proliferación de oportunidades para

2 Reynares, J. M. y Foa Torres, J. (2019). Entre la masa del pánico y la articulación populista: conjeturas en torno al lazo social en la época del (pseudo) discurso capitalista. *Desde el Jardín de Freud*, 20 (en prensa).

la emancipación. Por el contrario, el (pseudo) discurso capitalista no agrega contenidos simbólicos que pudiesen cuestionar al orden hoy enunciado por el neoliberalismo, sino que se apoya en elementos sedimentados culturalmente, como la xenofobia, el racismo, el sexismo. Los relanza en una circularidad que reniega del paso o el encuentro con el otro, para segregarlo y acceder ilusoriamente a la plenitud que les fue robada.

En este sentido, estos conglomerados de mónadas encuentran en aquellas religiones que ofrecen un acceso inmediato al éxito y a los bienes prometidos por el capitalismo un terreno fértil. Religiones del goce, evangelismos que veneran a dioses oscuros lejos de poner en cuestión al individuo narcisista lo elevan al nivel de sujeto-Rey. Quizás aquí se despliega un elemento clave para entender la repetida injerencia de los evangelismos en los fenómenos masivos del pánico en América Latina y el surgimiento de sus figuras convocantes, como Bolsonaro o Camacho: no vemos allí a los representantes más tradicionales de las derechas liberales, sino individuos que encarnan la tiranía narcisista ya presente en estos fenómenos de masas. Por lo tanto, no es posible –sin caer en una postura cínica y siniestra– postular que en estos conglomerados se tejen lazos sociales como cualquier otros, por el contrario, la verdad de esos (pseudo) lazos narcisistas de odio son los escenarios distópicos.

En tercer lugar, la erosión de los lazos sociales conduce indefectiblemente a la destrucción del Estado de Derecho en su forma liberal tal cual la conocimos hasta el siglo XX. Entonces, es imprescindible prestar atención a las condiciones que hacen posible esa destrucción. Específicamente, en relación a las demandas sociales o ciudadanas, vemos que nuestro tiempo ya no está marcado por la distinción que Ernesto Laclau muy bien introdujera entre demandas democráticas –que tienden a fragmentarse y ser institucionalmente satisfechas una por una– y populares –que insatisfechas pueden equivaler y articularse hegemónicamente–. La emergencia de demandas rizomáticas parece ser un signo de nuestros tiempos. Demandas sin corte ni anclaje, que tienden a no poder ser satisfechas y a evidenciar la impotencia de las instituciones para darles respuesta. Esa insatisfacción no pone en movimiento, como la insatisfacción última del deseo, un juego de identificaciones ante la evidencia del carácter fallado del orden del significante. Esa insatisfacción forcluye la falta, ubicándonos en un escenario psicótico en que se alojan la segregación ante la paranoia del robo de goce. Lo llamativo en nuestros días es la multiplicación de estas demandas, en un circuito rizomático que se dirige a desbordar

cualquier límite y, obviamente, al Estado de Derecho. Éste es puesto en discusión, ya que si el carácter fundante de la Ley tiende a ser forcluido en el movimiento psicótico del individuo liberal, como sostiene Todd Mc Gowan,³ el Estado de Derecho es experimentado como una intromisión en tanto y en cuando no esté allí para garantizar la seguridad del ámbito privado.

E incluso cuando lo hace, es una carga demasiado elevada, con demasiados oropeles simbólicos, para las exigencias de la masa del pánico. En los últimos tiempos, se suele repetir hasta el hartazgo que la demanda por seguridad –siempre conectada a los modos de entender el rol de las fuerzas de seguridad– representa un dilema que los gobiernos “progresistas” de la región no han sabido satisfacer. En tal sentido, podemos arriesgar que el empuje que anida en aquellas políticas orientadas a satisfacer esa demanda, que decantaron, por ejemplo, en la Argentina, en la denominada “Doctrina Chocobar”, es el golpe de Estado cívico-policial. De la intervención ilimitada de las fuerzas policiales en casos particulares de inseguridad a su generalización en forma tanto de represión ejercida por fuerzas estatales, como de segregación consumada por mano propia por las hordas ciudadanas.

“¡Bienvenidas las armas!”. La frase se repetía –según declaraciones de la directora del diario La Razón de Bolivia Claudia Benavente al programa Brotes Verdes de C5N– en los comités cívicos y piquetes de la extrema derecha boliviana luego del golpe cívico-policial-militar. Triunfo del capitalismo-neoliberal que por fin libera a fuerzas de seguridad y a ciudadanos y ciudadanas del corsé del estado de derecho liberal. Nunca tan cerca de “parques de diversiones” de la tortura y el exterminio...

Frente a todo ello, es imperiosa la construcción y el cuidado de un Estado de Derecho otro. Un Estado de Derecho Populista, quizás, capaz de retardar hasta interrumpir a esas demandas rizomáticas y desplazarlas. Si la demanda rizomática por seguridad no conduce más que al establecimiento de un Estado policial⁴ se hace necesario inventar un modo de hacer con ello. Frente a las dos facetas del Estado policial, su faz omniabarcativa del

3 McGowan, T. (2018). The Psychosis of Freedom: Law in Modernity. En Mills, J. y Downing, D. L. (eds.), *Lacan on Psychosis* (pp. 47-76). Londres: Routledge.

4 Ya Deborah Goldin, en su tesis de licenciatura, muestra la centralidad del “Estado policial” en las identificaciones políticas de los agentes de seguridad en Córdoba. Véase: Ser policía: lógicas identitarias y alteridades. Un análisis de los procesos de identificación de los/as suboficiales de la Policía de Córdoba (2013-2017). IAPCS-UNVM, inédita.

conglomerado social en tanto lógica de ordenamiento que desconoce radicalmente la distorsión fundante de lo social, y su faz de fijación de la identidad policial del individuo policía, abrir una coordenada ética en el Estado de Derecho populista como interrupción de la barbarie de la tiranía narcisista, por un lado, y afrontar la des-policialización de los sujetos policías, por otro.

Para finalizar, esa coordenada ética del Estado de Derecho Populista no puede fundarse sino en la(s) memoria(s) de los y las sujetos que dan su testimonio del horror impuesto por los terrorismos de Estado. En los últimos años, intelectuales y analistas políticos de diversos orígenes destacaron a la experiencia boliviana por encima de la argentina por haber, la primera, atacado aspectos supuestamente estructurales del capitalismo-neoliberal, mientras la segunda habría solo tocado aspectos coyunturales o accesorios. En otros trabajos hemos sostenido que las políticas de memoria y derechos humanos, que estuvieron en el centro del proyecto político de la Argentina entre 2003 y 2015, no pertenecen simplemente a un orden superestructural. Sino que la memoria, en su anudamiento con la cuestión de la deuda, es el terreno donde se juega la posibilidad de poner un freno a la temporalidad rizomática que impone el circuito capitalista. Aun así, queda por verse si esas raíces de las memorias argentinas podrán soportar el vendaval de la tiranía narcisista que se abate sobre nuestra región.



Alberto presidente y el reverdecer de los antagonismos

Del momento político a la disputa simbólica¹

GIULIANA MEZZA (UBA)
26 DE DICIEMBRE DE 2019

El pulso de este 2019 estuvo signado por una nota distintiva; *lo inesperado*. El 18 de mayo, en un escenario de incertidumbre política propiciado por la fragmentación del peronismo, el país amaneció con una noticia que reconfiguraría por completo el tablero nacional; Alberto Fernández y Cristina Fernández de Kirchner integrarían una fórmula presidencial para enfrentar al oficialismo en octubre. Pocos meses después, los resultados de las elecciones primarias superaban ampliamente los pronósticos más optimistas otorgando al *Frente de Todos* una ventaja de 16 puntos sobre *Juntos por el Cambio*, la alianza encabezada por Mauricio Macri. En un clima de algarabía peronista, kirchnerista y popular, y luego de

¹ Texto original publicado en *Revista La Trivial*: <https://latrivial.org/>

haber sepultado todos los elogios ofrendados a la maquinaria comunicacional del PRO, los comicios del 27 de octubre exhibieron una sorpresiva remontada de la fórmula oficialista, que logró alcanzar un 40% de los votos, acortando así la diferencia a la mitad.

Detenerse en el carácter inesperado de estos sucesos habilita, además de la indagación en sus implicancias o consecuencias, la pregunta por aquello que no ha sido posible prever. La complejidad de la dinámica social y política conduce a que aquellos factores que rehúyen al análisis sean por lo general las piezas cuya ausencia obstruye posteriormente la comprensión cabal de los fenómenos –fijándonos así en la incapacidad de abordarlos adecuadamente y, en el mejor de los casos, anticiparnos a ellos–. Lejos de aspirar a ofrecer respuestas certeras y acabadas al respecto, sí resulta posible en cambio apuntar algunos elementos que contribuyan a alumbrar lo que parece haber irrumpido desde ciertas profundidades a priori fuera del alcance del ojo analítico. Son estos hilos subterráneos los que, anudándose con las lecturas sobre los distintos aspectos de la coyuntura, permiten delinear algunas claves de los desafíos que deberá enfrentar la gestión de Alberto Fernández.

La fórmula presidencial y la reposición de la política

Jacques Rancière sostiene que un *momento político* ocurre cuando “una fuerza es capaz de actualizar la imaginación de la comunidad que está comprometida allí y de oponerle otra configuración de la relación de cada uno con todos”, es “el impulso que desencadena o desvía un movimiento”.² De modo análogo, la noción de *acontecimiento* de Alain Badiou refiere también a la discontinuidad, al quiebre de lo dado, a lo que irrumpe habilitando la posibilidad de lo nuevo, de descubrir lo imposible como posible.

El video que inundó las pantallas de los argentinos y las argentinas la mañana del 18 de mayo anunciando que Cristina Fernández de Kirchner acompañaría como vicepresidenta a Alberto Fernández en la contienda electoral de octubre, fue un auténtico momento político que provocó un sismo en la escena nacional. Quebrando la lógica inercial imperante, este gesto logró abrir una grieta en el dique de lo esperable y hacer lugar a desenlaces no previstos. Pero fundamentalmente, este acontecimiento signifi-

caría un retorno de lo político; una reposición de su potencia creativa, de su capacidad de desnaturalizar el tablero de juego, de servirse de lo imprevisible para desafiar las reglas estatuidas y alterar el campo de lo posible.

La primera reacción de muchos –y debo incluirme entre ellos– fue preguntarnos si la decisión alteraba las proyecciones electorales. Es decir, si el movimiento de Cristina (pasar de encabezar la fórmula a integrarla como vice) producía efectos significativos sobre ese tan aclamado “techo bajo”³ que le cerraba el paso a la Rosada. Lo que no pudimos advertir entonces fue el carácter magistral de la operación; su corrimiento le permitió sortear una disyuntiva que parecía irresoluble, disolviéndola. El peronismo no podía construir una alternativa viable sin Cristina, pero no quería que el rechazo a su figura –virulento en muchos casos, y núcleo esencial del discurso macrista– impactara negativamente en la construcción que pudiera articularse. El problema estaba planteado en términos dicotómicos, y en ambos polos parecía agazaparse la derrota.

Lo inesperado se produce cuando lo que acontece desborda lo percibido como posible. Cristina no solamente desconoció los casilleros en los que se estimaba podía posicionarse, sino que el golpe de efecto que generó su apuesta la colocó una vez más en el centro de la escena; el resto de los actores políticos se vieron obligados a adaptarse a las nuevas circunstancias. La jugada se coronó con la elección de un candidato que encarnaba la posibilidad de una reconciliación. Un hombre del núcleo duro del kirchnerismo que, habiendo abandonado sus filas de un modo duramente crítico, se presentaba capaz de tender puentes entre las “piezas” que debían ser reencastradas y de clausurar un pasado de división para construir un futuro en el que todos tuvieran lugar. Alberto Fernández, animal político, armador e impulsor del proyecto que logró poner de pie a la Argentina del 2001, tenía todos los números en su haber para ser el candidato de la unidad. Afortunadamente para todos y todas, las puertas del bingo supieron abrirse a tiempo.

3 Respecto de las expresiones “piso alto” y el “techo bajo” con las que se describía la proyección electoral de Cristina Fernández de Kirchner, ver: <http://www.panamarevista.com/entre-pisos-y-techos/>

Los resultados electorales y la esquizofrenia interpretativa

Ninguna encuesta anticipó el 47,78% que obtuvo el *Frente de Todos* en las elecciones primarias de agosto, y menos aún el 31,79% que cosechó el oficialismo a nivel nacional. Los 16 puntos de diferencia supusieron la materialización de aquello que el 18 de mayo se había trazado como una esperanzadora posibilidad; el tiempo de Macri estaba llegando a su fin. Pero el resultado no vino acompañado solamente de alegría, alivio y celebraciones, sino también de reeditados triunfalismos, renovadas miopías interpretativas y, para no perder la costumbre, oportunismos variopintos.

Luego de padecer, resistir y también de observar y reflexionar críticamente sobre los motivos del triunfo de Mauricio Macri en noviembre de 2015 y sobre los devenires de su gestión, abandonamos sin más el hilo de nuestros razonamientos. En un abrir y cerrar de ojos, el repertorio de investigaciones, pronósticos y valoraciones que se venía sosteniendo respecto la eficacia de la colosal maquinaria comunicacional del PRO, se disolvió en el aire. El huracán de las PASO nos convenció de que lo que ocurrió era en verdad obvio, aunque nadie hubiera podido anticiparse a ello. La “realidad” —el desastre que Cambiemos nos legó—, habría triunfado sobre el amplio abanico de “velos” que intentaban cubrirla.

Además de reponer viejas dicotomías, esta aseveración incurría en una negación peligrosamente irresponsable; si los resultados de las elecciones eran producto del deterioro de las condiciones materiales de los argentinos y argentinas, entonces las decisiones políticas precedentes e incluso las que se tomaran con posterioridad, caían en el saco de la irrelevancia. Proclamar la primacía de la dimensión económica por sobre los elementos “superestructurales” relega la relevancia de la comunicación, pero también la de la política. Y aunque esa fuera la intención, si existiese tal conexión —directa, prístina— entre la validación de los proyectos políticos y la dignidad de la vida, ¿no sería lógico que ganaran siempre, en todas las latitudes, las alternativas progresistas?

De lo que probablemente haya sido una sobreestimación del alcance de los dispositivos comunicacionales, el Big Data o el marketing político —que conlleva como contracara obligada ciudadanos disminuidos en su capacidad crítica—, nos lanzamos sin escalas a una interpretación en la cual éstos no tienen absolutamente ningún valor explicativo —lo

que remite a ciudadanos con características opuestas; impermeables a todo tipo de influencia, seducción o manipulación—. En cualquiera de estas interpretaciones tiene lugar un sobredimensionamiento, un factor es considerado todopoderoso; “la realidad” en su carácter prevalente, “el pueblo” en su sabiduría esencial, o las estrategias comunicacionales en su potencia performativa.

Las elecciones del 27 de octubre, por su parte, volvieron a equilibrar el péndulo. *Juntos por el Cambio* logró sumar más de 2 millones de votos, alcanzando el 40%; la diferencia cayó de 16 a 8 puntos. Este imprevisto revés de la hipótesis “realidad” nos invita a considerar que quizá sea una buena ocasión para retomar (no tan) viejos apuntes y equalizar nuestras consideraciones respecto de la complejidad del vínculo existente entre las condiciones materiales y la dimensión simbólica.

El macrismo en la era del reverdecer antagonista

En *El retorno de lo político*, Chantal Mouffe plantea que en toda sociedad late una negatividad radical, una división que es constitutiva y que por tanto no es susceptible de ser erradicada. Asumiendo que las democracias contemporáneas deben encauzar esta fractura esencial dentro de los márgenes de ciertos consensos y valores básicos que posibiliten la convivencia humana, Mouffe propone que la conformación de las identidades colectivas adopte una lógica agonística, y no antagonónica.

Si todo cierre identitario presupone un exterior, es decir, un “ellos” que no queda comprendido dentro del “nosotros”, entonces el objetivo es que no exista entre ambos un vínculo de enemigos, sino de “adversarios políticos”. En este sentido, la filósofa y politóloga belga sostendrá que “el objetivo de una política democrática no reside en eliminar las pasiones ni en relegarlas a la esfera privada, sino en movilizarlas y ponerlas en escena de acuerdo con los dispositivos agonísticos que favorecen el respeto del pluralismo”.⁴

Ahora bien, ¿qué pasa cuando los valores ético políticos que sustentan la vida democrática comienzan a resquebrajarse? ¿Con qué herramientas contamos para afrontar la radica-

⁴ Mouffe, C. (1993). *El retorno de lo político*. Barcelona: Paidós, p. 14.

lización de los discursos de nuestros adversarios y la deslegitimación de las instituciones destinadas a regular la convivencia social? Es que el ascenso de las “nuevas derechas”⁵ a nivel global, del *lawfare* y del retorno de los golpes de Estado en la región, marca un tiempo singular que podríamos caracterizar como el del reverdecimiento de los antagonismos. Naturalmente, la forma que adopta la erupción de este núcleo conflictivo y el impacto que genera sobre el entramado político institucional, dependen de cada caso.

Martín Rodríguez y Pablo Touzón comienzan su libro *La grieta desnuda*, asegurando que lo único que el macrismo promete y cumple es el mandato de hacer “anti kirchnerismo”. Desde el punto de vista de los autores, “el de Cambiemos se trata del primer gobierno que se explica en la desigualdad. Nace para sostenerla”.⁶ Del mismo modo, en un artículo publicado en la *Revista Anfibia*, el sociólogo y antropólogo Pablo Semán sostiene que el macrismo supuso “la renovación del más antiguo resentimiento anti-igualitario”.⁷ Sus interlocutores, “los herederos multiplicados y silvestres del thatcherismo” son quienes, en el mapa de las sociedades rotas que exhibe América Latina, se hacen eco de los discursos de odio que alimentan el paradigma de la meritocracia y el rechazo a los sectores subalternos de la sociedad.

Si éste ha sido el eje sobre el que se ha vertebrado la identidad macrista, la intención de erosionar uno de los pilares de la democracia contemporánea, y quizá el talón de Aquiles de los regímenes latinoamericanos, resulta manifiesta. Pero ¿cómo es posible que proyectos anti-igualitarios construyan mayorías electorales que los validen? Para abordar este interrogante es preciso advertir, como bien señala el joven periodista Juan Elman en un artículo publicado en *Cenital*, que el caballito de batalla de las derechas es cultural antes que económico.⁸ Si lo que estas alternativas ofrecen no es un mejoramiento de la calidad de vida de los y las ciudadanas –y para ratificarlo en el caso

5 Sobre la caracterización de estas fuerzas políticas, abordo algunas claves para el debate en: <https://latrivial.org/nuevas-izquierdas-para-nuevas-derechas/>

6 Rodríguez, M. y Touzón, P. (2019). *La grieta desnuda*. Buenos Aires: Capital Intelectual, p.12.

7 Ver en: <https://revistaanfibia.com/ensayo/el-desafio-de-gobernar-una-sociedad-rotas/>

8 Ver en: <https://www.cenital.com/2019/10/14/espert-y-gomez-centurion-es-la-cultura--estupido/64308>

argentino, basta darse una vuelta por los números del legado macrista—,⁹ es claro que el éxito de la interpelación se cocina en otro plano.

Aquí es donde resulta interesante observar cómo se conforman y confrontan las identidades colectivas. Martín Plot expone en su artículo “La matriz de sentido” que desde sus inicios *Cambiamos* sostuvo un discurso descalificador del adversario político cuyas formulaciones han ido radicalizándose, construyendo un kirchnerismo corrupto, anti-republicano, inmoral y delincuente. El autor considera que si bien esta configuración no se ha mostrado eficaz para que revalidara su mandato, si le ha permitido obtener el 40% de los votos, por lo que “promete permanecer vigente como discurso social y disponible para futuras reactivaciones”.¹⁰ Noelia Barral Grigera, delineando las coordenadas de lo que será el panorama político venidero, advierte que Mauricio Macri, envalentonado por su épica remontada, no integrará el grupo de quienes, dentro de *Juntos por el Cambio*, aspiran a construir una oposición dialoguista y conciliadora.¹¹ Evidencia de ello es la voluntad de Macri que sea Patricia Bullrich quien lo suceda en la conducción del partido,¹² lo que supone un recrudescimiento del discurso hacia el peronismo y un repliegue sobre su liderazgo.

Pinceladas finales

Ni el macrismo es todopoderoso por sus recursos propagandísticos, ni la realidad se impone triunfal sobre las construcciones de sentido que se tejen en torno a ella. Para bien o para mal —según las circunstancias—, nada es “irreversible”. El carácter precario y contingente de cualquier cristalización política es lo que devela su fragilidad, e impone un compromiso y una responsabilidad incesantes. La conciencia, como las conquistas democráticas, no se blindó frente a los embates del devenir, las disputas por el poder, o las formas que adoptan los conflictos sociales.

9 Ver en: <https://www.pagina12.com.ar/231430-ocho-puntos-de-la-devastacion-economica-de-macri>

10 Ver en: <http://revistabordes.com.ar/la-matriz-de-sentido/>

11 Ver en: <https://www.cenital.com/2019/10/21/gano-macri--perdio-cambiamos/64346>

12 Ver <https://www.cenital.com/2019/11/05/mauricio-es-macri/64407> y <https://www.pagina12.com.ar/237202-bullrich-pidio-toneladas-de-piedras-contra-la-ley-de-emergen>

El 40% que obtuvo *Juntos por el Cambio*, y lo que parece ser una agudización de la confrontación con un “ellos” ahora gobernante, debe encender una luz de alarma respecto de los campos que no podemos desatender. Es claro que la identidad macrista no posee un anclaje programático ni se cimenta sobre resultados de gestión. La fortaleza de su discurso, lo que permite aglutinar a quienes se identifican con él o eligen llevar su boleta a la urna, se encuentra en la dimensión cultural, retórica, en el oxígeno que le propinan a los tradicionales antagonismos nacionales y en la eficacia con la que construyen nuevos.

En un contexto en el cual la radicalización de las identidades colectivas comienza a resquebrajar los consensos mínimos sobre los que descansa la democracia, resulta imprescindible que tengamos la lucidez y la voluntad de no ahogarnos en falsas dicotomías que sólo nos conducen a un enfrentamiento estéril. La contraposición entre condiciones materiales y cultura, entre economía y *big data*, entre intelectuales y militantes territoriales nos impide aunar esfuerzos para pensar, resistir y superar el embate de quienes pretenden vaciar y neutralizar los instrumentos de los que disponemos para defender la dignidad de la vida.

Lo que está en juego en nuestro país, en la región y en el mundo, es muy valioso como para que nos demos el lujo de no estar a la altura.



Malvinas, una vez más

Algunos apuntes ante el cambio de gobierno

FEDERICO LORENZ (INSTITUTO RAVIGNANI/UBA/CONICET-CNBA/UBA-EX
DIRECTOR DEL MUSEO MALVINAS E ISLAS DEL ATLÁNTICO SUR)
27 DE DICIEMBRE DE 2019

Con la asunción de Alberto Fernández como presidente se plantea la pregunta acerca de la cuestión de Estado asociada a la usurpación británica de Malvinas, al reclamo argentino y a las formas mediante las cuales nuestro país se propone recuperar el ejercicio efectivo de la soberanía sobre ese territorio y las aguas circundantes.

Hay un plano, que es el diplomático, en el que voceros de la nueva gestión anunciaron que revisarían no solamente la política del gobierno saliente de Mauricio Macri sino aquella originada a partir de los Acuerdos de Madrid, que restablecieron las relaciones diplomáticas con el Reino Unido y establecieron la fórmula del “paraguas de soberanía”. En qué consistirá esa revisión aún no lo sabemos, y la diplomacia no es la especialidad

de quien esto escribe. Pero de lo que no cabe duda es que puede ser otro episodio de una de las características que ha tenido la política argentina acerca de Malvinas desde 1982: la continuidad ininterrumpida del reclamo, con los históricos logros diplomáticos en Naciones Unidas a favor de la Argentina, ha sido tan constante como las oscilaciones en los medios y políticas desarrollados por los sucesivos gobiernos posteriores a la dictadura cívico-militar (1976-1983).

Tales oscilaciones muchas veces se corresponden con una lógica de ocupación de los organismos del Estado como consecuencia de los resultados electorales que no necesariamente deriva en efectos virtuosos para los objetivos nacionales que, en un tema como Malvinas, forzosamente obligan a pensar en el largo plazo, y en la acumulación antes que la suplantación. Pero también se apoyan en cierto estancamiento conceptual y crítico para aproximarse a una cuestión compleja pero que no deja indiferente a nadie, y en la cual el consignismo (en cualquiera de sus manifestaciones) es mucho más redituable políticamente que el pensamiento crítico.

Por eso es que tal vez sea más interesante plantear algunas cuestiones aparentemente anexas a la principal, el archipiélago usurpado, que podrían ser vistas como secundarias pero que tal vez sean tan importantes como ésta, solo que pierden definición por el peso simbólico de las islas en disputa. Como si se tratara de un defecto en el vidrio de una ventana, que nos hace ver de manera distorsionada a través de ella. Conceptualmente, la silueta inconfundible del archipiélago funciona como un imán que atrae aquello que lo rodea, y en ese proceso distorsiona una cantidad de ejes que deberían permitirnos situar el tema de otra manera para, creativamente, encontrar una solución satisfactoria para los intereses nacionales.

La primera es que, aunque no son estériles, los reclamos argentinos se han ritualizado y perdido eficacia, mientras la posición de fuerza de Gran Bretaña, la potencia ocupante, se consolida. Cada año se repiten fundamentalmente dos actos públicos asociados a las Islas Malvinas: el reclamo en la ONU, y las conmemoraciones del 2 de abril. Si los inscribo en el mismo plano, es porque a estas alturas debemos pensarlos como hemos aprendido a analizar los actos escolares: como elementos fundamentales para la instalación de una identidad y una pertenencia nacionales desde finales del siglo XIX, pero sujetos a resignificaciones, críticas, reinterpretaciones a diferentes escalas (nacionales, provinciales, regionales). Las

formas de pensar la nación encarnadas en las efemérides nacionales construyeron también una forma de imaginar las islas que aún tiene una fuerte vigencia, como si la historia se hubiera congelado el 14 de junio de 1982, con la derrota militar.

En consecuencia, los pongo en el mismo plano, también, porque desde 1982 y por muchos años “Malvinas” será sinónimo de “la guerra”, y eso es un obturador de las discusiones: no se discute el sacrificio por la patria. Y por “discutir” no quiero decir ni relativizarlo, ni banalizarlo, ni subestimarlos (remito a cualquier lector o lectora a mi producción sobre el tema), sino a darle un sentido histórico y político que, precisamente, no vuelva estéril ni la pérdida de vidas ni la posguerra de millares de compatriotas.

En esta línea, el trabajo humanitario de identificación de los soldados argentinos enterrados en Malvinas sin tumba conocida es un modelo de políticas públicas virtuosas sostenidas más allá de los gobiernos, y que a pesar de duras disputas iniciales, terminó por reunir a distintos actores: familiares, veteranos y ex combatientes. La búsqueda de la verdad, que la sociedad argentina asoció a la consolidación de la democracia, es en este caso llegar a saber quién está enterrado bajo cada cruz en Darwin, y arroja luz, a más largo plazo, acerca de la experiencia bélica de 1982, sobre la que tanto se ha escrito, filmado y dicho, y tanto menos discutido, no en la búsqueda de un discurso homogéneo, sino capaz de articular las diferencias. Carecemos, esto lo he señalado hace tiempo también, de una historia oficial de la guerra, un mínimo gesto estatal que un gobierno podría producir convocando a especialistas de distintas disciplinas y orientaciones, para conjurar un elemento constituyente, también, a la hora de pensar Malvinas, que es la facciosidad.

Facciosidad derivada de dos cuestiones: el sentido de propiedad sobre un tema, y el conocimiento superficial sobre el mismo. El primero, basado en distintas legitimidades (haber combatido, ser un familiar, la pertenencia partidaria, la identidad regional, por ejemplo). El segundo: que la gran y diversa producción cultural sobre Malvinas (sobre todo la guerra) no ha sido acompañada por el interés de los académicos. Esto debido, una vez más, a que hemos dejado de pensar “Malvinas” como una cuestión de quinientos años para acotarla al conflicto y sus consecuencias.

Tantos años después, es clave hacernos tres preguntas muy sencillas: qué es lo que sabemos sobre Malvinas, qué hemos incorporado a ese conocimiento, cómo imaginamos un

país con el archipiélago recuperado. De ser capaces de responder esas cuestiones, emergería una política de Estado, y una lógica de asignación de recursos humanos y económicos eficiente para su consecución. Caso contrario, campea la dispersión de esfuerzos, que es funcional al país ocupante.

El peso de las aproximaciones ritualizadas o esencializadoras hacia Malvinas refuerza la falta de actualización al respecto, y potencia una característica de nuestro pensamiento político: que aún hoy hay una mirada centralista sobre muchas cuestiones nacionales. En el caso concreto de Malvinas y el Atlántico Sur, un gigantesco paso sería transformar Malvinas de una cuestión nacional en una cuestión federal.

Esto implicaría visibilizar las producciones de investigadores regionales sobre el tema malvino-atlántico, y más ampliamente, correr el eje de un país que aún se imagina con la lógica de la matriz agroexportadora para pensarnos como un país marítimo. Recuperaríamos de esa manera, en términos culturales, una historia y una tradición que el peso simbólico de Malvinas ha opacado, pero que episodios dramáticos como la tragedia del *ARA San Juan* traen a la luz: somos un país con uno de los litorales marinos más extensos del mundo, pero que vive de espaldas al océano, y se imagina como salida de recursos. Desconocemos la política antártica (somos la nación con la más prolongada presencia en el Continente, desde 1904), ignoramos lo que significa vivir en la Patagonia marítima, e imaginamos esas vastas regiones, que aún hoy son la última frontera de la expansión capitalista, como mera periferia de la ciudad puerto bonaerense. En este sentido, vale la apostilla de que el proyecto trunco de Raúl Alfonsín de trasladar la capital nacional a Viedma probablemente fue el último gran gesto de política de estado para enfrentar dicha situación, y que básicamente se traduce en un país macrocefálico que se imagina mediterráneo. Por no hablar de la escasa relevancia que se le otorga a los enormes avances que el gobierno argentino había logrado en términos de vínculos sociales y materiales con el archipiélago durante la década de 1970.

He tenido la posibilidad de conocer muchísimos colegas, investigadores y activistas en el Sur argentino que reaccionan contra este estado de cosas y que conformarían una formidable red de investigadores y difusores para pensar una política malvinense que, forzosamente, debe ser atlántica. Y he vivido y experimentado, también, las tensiones

que el gobierno central tiene para romper puntos muertos e instalar miradas alternativas que encuentren una salida satisfactoria a una disputa que, mientras más se extienda, más nos aleja de las islas. Me refiero al Museo Malvinas e Islas del Atlántico Sur, que podría ser un formidable impulsor de políticas nacionales, pero no con la lógica evangelizadora de aportar verdades cerradas, sino como caja de resonancia de esos sentidos subterráneos y federales que Malvinas también tiene para millares de compatriotas.

En muchos de los más frustrantes días de trabajo allí, subía a la terraza, donde hay emplazadas unas enormes letras que forman la palabra “Malvinas”. Sólo que, vistas desde la carpeta del techo del gigantesco edificio, para mí producían una poderosísima metáfora: no sólo yo podía ver el tinglado que las sostenía, sino que forzosamente me obligaban a mirar desde Malvinas, metafóricamente, hacia el Continente. Ese es un ejercicio que tampoco hemos hecho para pensar el problema: mirar a nuestro país desde las aguas y el archipiélago que considera propios.

El flamante canciller, Felipe Solá, habló de “desideologizar las relaciones exteriores”. Forzosamente, la consigna se traduce al modo en el que pensamos Malvinas en el contexto más amplio del Atlántico Sur. De allí que el replanteo de ciertas limitaciones políticas y culturales para pensar un tema estratégico para la Argentina resulta fundamental.



Lengua y literatura en tiempos del ni una menos

ROCCO CARBONE (UNGS/CONICET)
30 DE DICIEMBRE DE 2019

Este trabajo pretende entramar algunas reflexiones sobre la lengua inclusiva y la literatura argentina (urbana) del siglo XXI. La lengua –“la palabra (la palabra autorizada) todavía es mayoritariamente de los hombres”¹ y la literatura son instituciones patriarcales, condición que en la Argentina comienza a ponerse en tela de juicio. La hipótesis que me gustaría probar aquí es que la lengua y literatura empezaron a despatriarcalizarse a partir de las conmociones sociales (culturales: en sentido amplio) visibilizadas por un movimiento feminista plural, colectivo de protesta: *Ni una menos*. Para entramar una

1 La consideración que contiene esta cita es de la escritora cordobesa María Teresa Andruetto (1954) y proviene de un intercambio personal con Ana Ojeda.

reflexión sobre la lengua inclusiva –elemento cultural sobre el cual no hay acuerdo en el universo hispanohablante– y mostrar cómo se expresa un sector de la literatura argentina del siglo XXI (escrita por mujeres), haré pie en tres categorías reflexivas: emancipación, patriarcado y feminismo(s). Luego trataré de entrar en los pliegues de la lengua inclusiva y a manera de conclusión propondremos propondré una cita de una novela de Ana Ojeda (Buenos Aires, 1979), *Vikinga Bonsái*.²

Emancipación, patriarcado y feminismo(s)

En términos generales podemos decir que *emancipación* alude a la liberación de una condición de inferioridad. Es una palabra que remite a todas esas acciones que permiten acceder a un estado de autonomía. Estado que interrumpe la dependencia de una autoridad o una potestad. El concepto proviene de la legislación civil romana y etimológicamente la palabra está compuesta por *e+manus+capere*. Su sentido etimológico es literalmente *lograr salirse de debajo de la mano*. Esto es: liberarse de la dominación paternalista. Aquí se impone una pregunta necesaria: ¿paternalismo y patriarcado son la misma cosa? Pues no, porque estamos en presencia de dos palabras y por ende de dos categorías conceptuales distintas. El paternalismo podemos imaginarlo como un subconjunto de relaciones patriarcales. Está ligado a las relaciones *familiares* inscriptas dentro del marco patriarcal. En esa familia patriarcal típica, en la Antigüedad clásica, el padre ejercía un poder absoluto sobre su mujer y sus hijos. En efecto, podía dictaminar su muerte sin tener que comparecer ante la justicia ni ofrecer explicaciones de ninguna especie. Aunque matizada, esta situación de preeminencia continúa en la actualidad.

El patriarcado es anterior a la Antigüedad clásica. Si atendemos a las investigaciones históricas de Gerda Lerner, “comienza en el tercer milenio a. C.”.³ Es, por lo tanto, un hecho *histórico*, ya sistematizado en las legislaciones griegas y romanas. En esos códigos el *pater familiae* tenía poder legal y económico sobre el resto de los miembros de la familia, que incluía esclavos y esclavas. Es un paradigma de desigualdad. Se trata de la institucionalización del dominio masculino sobre el resto de la sociedad. Ese sistema a lo largo de la historia

2 Ojeda, A. (2019). *Vikinga Bonsái*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

3 Lerner, G. (s.f.). *La creación del patriarcado*. Buenos Aires: Sube la marea ediciones, p. 340.

ha construido la masculinidad como el único sexo con existencia ontológica. Esto es: el hombre como subjetividad superior, única con definición propia, definida en términos positivos. Lo masculino *es*. Lo femenino (junto con el resto del espectro de la diversidad: gays, trans, lesbianas, lo LGTBQA+), en cambio, es todo aquello que masculino *no es*. En términos de derechos: el patriarcado le ha atribuido a la subjetividad masculina una mayor cantidad de derechos, que en realidad se especifican como su contrario: privilegios. Complementariamente, ha inferiorizado a todo lo no-masculino. Así, las mujeres, amplia mayoría en términos numéricos, han sido minorizadas en términos de poder. Ha sido inferiorizado/minorizado también todo el arco de la diversidad sexogenérica. A esas subjetividades el patriarcado las ha situado en la categoría de “sexo débil”, opuesto al “único” sexo con existencia ontológica: el masculino/fuerte. Pero, ¿qué quiere decir “sexo débil”? Podemos pensar ese enunciado como una debilidad que no debe ser entendida en términos biológicos, sino como debilidad/ausencia de derechos. De esto descende que el patriarcado entrama relaciones inequitativas que implican dos posiciones sociales y políticas. Una de esas posiciones, en estado de dominación/imposición. La otra (como forma de imposición deseable y deseada), en estado de sumisión/subordinación. Este entramado no implica que las mujeres hayan sido despojadas completamente de poder, de derechos, recursos o influencias; pero sí que la *cuota* que se les permitió acumular a lo largo de la historia ha sido muy inferior a la de los hombres. Además, esa cuota está sujeta a una distinción al interior del colectivo femenino, entre “puras” (casadas con hombres poderosos y poderosas ellas mismas por interpósita persona) y “putas” (es decir, que no atan su sexualidad al beneficio de un solo hombre). Esto disminuyó la potencia del colectivo femenino a la hora de luchar por la ampliación de los derechos de todas.

Pues bien, por lo que concierne al colectivo femenino, podemos decir que alude a aproximadamente la mitad de la población humana. Ese colectivo nombra la mitad de un todo. Y cuando decimos *mujer* nos referimos a uno de los sexos, esto es, a un hecho biológico. Esto en cuanto a la categoría de *sexo*. El *género* en cambio indica una relación social. Es un concepto que señala las relaciones de poder entre los sexos. “El sexo es una realidad biológica en hombres y mujeres. El género es la definición cultural de la conducta que se considera apropiada a los sexos en una sociedad y en un momento determinados. El género es una serie de papeles culturales; por lo tanto, es un producto

cultural que cambia con el tiempo”.⁴ Sin embargo, es necesario complementar esta caracterización de Gerda con los debates puestos en movimiento por la “segunda ola” del feminismo. Esas discusiones plantean que el sexo en tanto dimensión biológica ya está atravesado por el género cultural, por lo tanto es una relación social y no natural.

¿Cuál es la categoría reflexiva que expresa la lucha por la emancipación de las mujeres? *Feminismo*. Se trata de una categoría social, militante, intelectual y humana. Para abrir el debate: “El feminismo identifica a la mujer como un ser social integral, analiza su posición en la sociedad patriarcal, y lucha para lograr que las relaciones entre los sexos se fundamenten en la equidad y la igualdad de oportunidades”.⁵ Para ampliar este postulado general de Fanny, vale preguntarse: ¿Pero qué tipo de acciones entran en esa palabra? Por lo menos cuatro de distinta índole: 1. Las teorías –creadas por mujeres– que reivindican las demandas del colectivo femenino. 2. La postulación de la igualdad de derechos (sociales y políticos) de las mujeres respecto de los hombres. 3. Los movimientos sociales/políticos organizados que luchan para lograr esos derechos. 4. La necesidad de una transformación social (a gran escala: una suerte de internacional) para que aumente el poder (*potencia*: diría Dora Barrancos) de las mujeres. En este sentido, podemos decir que *feminismo* es una categoría de lucha social por los derechos de una gran mayoría minorizada en la historia de la humanidad –el colectivo femenino: integrado por travas, trans, lesbianas, mujeres, tortas *butch*, maricas, cuerpos disidentes no binarios– que al mismo tiempo implica una puesta en tela de juicio de todos los ideogramas (que se especifican en distintas formas de la vida práctica: el femicidio por ejemplo) de un sistema opresor como el patriarcado.

Ignacio Amado Berino –el Secretario general de la Universidad Nacional de Asunción– en 1959 dictó una conferencia en la UNA: “Doctora Serafina Dávalos, la precursora del Feminismo en el Paraguay”. En ese texto, acerca de la primera feminista paraguaya, ensaya una definición de feminismo. Recuperamos esas palabras porque contienen algunos elementos considerables. En esa forma de la oralidad dice que feminismo es “la perenne lucha de la mujer por su rehabilitación integral [...]; un motor en marcha de la historia” (*El Feminista*, 1959, pp. 1-4). En esta cita hay algunos elementos que hay que subrayar

4 Lerner, G. (s.f.). *La creación del patriarcado*. Buenos Aires: Sube la marea ediciones, p. 2.

5 Edelman, F. (2010). *Feminismo y marxismo. Conversaciones con Claudia Korol*. Buenos Aires: Editorial El folleto, p. 11.

con cierto énfasis. El feminismo como *fuerza* que permite la emancipación plena (*volver a habilitar*), *lucha* para desbordar la condición de la mujer respecto de la tutela de los hombres (sean padres, hermanos, maridos, compañeros, colegas, amigos, amantes...) y, sobre todo, *motor de la historia*. Un dispositivo emancipador de los pueblos. Más concreto: un anhelo libertario. Ahora bien, para pluralizar un poco las posturas barajadas hasta ahora, más que de *feminismo* acaso es más pertinente hablar de *feminismos*, pues esa categoría integra distintas concepciones ideológicas. En este sentido, por lo menos en la Argentina, hay un feminismo comunista, otro trotskista, otro anarquista, otro peronista. En términos globales, hay también un feminismo negro, como viene insistiendo por lo menos desde la década de 1980 Angela Davis con su *Women, Race and Class* (1981). De esto descende que existen distintas visiones acerca de las causas históricas del sometimiento de las subjetividades femeninas y hay distintas posiciones acerca de las relaciones de poder entre los géneros. De allí que existan distintas respuestas para alcanzar la emancipación femenina.

El feminismo censura y combate el orden social hegemónico, desigual, discriminatorio, que tiene implicancia en todos los órdenes de la vida humana. Dos vertientes lo identifican: el feminismo que lucha contra la discriminación y la desigualdad, sin cuestionar el sistema de clase vigente, y el feminismo marxista que combate la naturalización de los roles culturales e históricos de secundarización y sumisión junto a la lucha por la abolición del orden capitalista.

En este sentido, acaso un tanto esquemáticamente, podemos sostener que existe un feminismo reformista, que busca la participación igualitaria de las mujeres dentro del sistema, que lucha para conseguir la igualdad de las mujeres respecto de los hombres y para que las mujeres tengan los mismos derechos y las mismas oportunidades que los hombres. Lo integran los movimientos que luchan por los *derechos* de las mujeres. Y hay el feminismo revolucionario, que articula las categorías de clase, género y raza con el objetivo de desarticular el poder patriarcal, el poder clasista y el poder colonial, ensanchar la lucha anticapitalista y descolonial, y hacer sobrevenir la fuerza de un movimiento emancipador para la superación de todo tipo de opresión (teoría y praxis de la revolución). Este paradigma postula la *libertad* de la mujer de las opresiones que le impone el sexo, *autodeterminación* y *autonomía*. Esto es:

libertad de las restricciones biológicas y sociales. Autodeterminación quiere decir ser libre para decidir el propio destino; ser libre para decidir el papel social que se quiere; tener la libertad de tomar las decisiones que conciernen al cuerpo de cada una. Autonomía significa obtener un estatus propio y no el de haber nacido en o estar casada con; significa independencia económica; libertad para escoger el estilo de vida y las inclinaciones sexuales. Todo lo cual implica la transformación radical de las instituciones, valores y teorías existentes.

Lengua e inclusiones

En el patriarcado lo masculino se asocia a la negación de todo rasgo, valor o práctica que no sea reconocida/reconocible como masculina. De esta forma, la masculinidad se precisa como exclusión. La producción subjetiva de masculinidad es una operación de exclusión de la otredad entendida como su afuera constitutivo. Lo masculino, relacionalmente, produce su identidad y la estabiliza/equilibra a partir de exclusiones. Y esa otredad es principalmente lo femenino y todo el arco de la diversidad.

A lo largo de su historia el patriarcado ha acuñado categorías pensadas en masculino. O sea: categorías excluyentes de otredades diversas. Y no se trata de cuestiones meramente gramaticales, sino de categorías que se materializan en ese laboratorio que es la lengua, que organizan el pensamiento, las estructuras lógicas y cognitivas, y de acciones con su complemento en la vida cotidiana. El machismo propio del patriarcado quedó inscripto en la lengua, reforzando la marginación de las mujeres. O, más precisamente, del colectivo femenino (integrado por travas, trans, lesbianas, mujeres). Las luchas sociales feministas en la Argentina del siglo XXI nos demuestran que ese masculino pretendidamente “universal”, supuestamente “no marcado”, que permea la lengua, resulta inadecuado. Esto es: hay una inadecuación de la lengua (patriarcal) respecto de la vida social y, por ende, de la vida cultural.

Esa inadecuación empieza a mostrarse a través de algunos signos que acaso, más que eso, son síntomas. En el ámbito de la escritura con el uso de la @ o de la x para señalar el uso conjunto del masculino y del femenino, o de subjetividades no binarias. Apenas un ejemplo al respecto: en el Instituto del Desarrollo Humano de la Universidad Nacional de

General Sarmiento, el Plan anual de actividades para el ejercicio 2020 ha sido redactado usando la *x*. En cuanto a la oralidad, la letra *e* se empieza a imponer para indicar conjuntamente masculino y femenino, o subjetividades no binarias. Cristina Fernández de Kirchner en sus intervenciones públicas solía usar el *todos y todas* que si bien no se sustraía a las binarizaciones propias de la norma hétero, implicaba una democratización de la lengua que se borró de los discursos presidenciales macristas (apenas un síntoma de la destrucción cultural implicada en el ahora saliente gobierno de la Alianza Cambiemos).

Estas formas de la inclusión están en estado de tensión y disputa. Cada vez que se manifiestan remiten al uso y a la promesa de una lengua experimental, inventiva, disidente, vital, popular, poética, política. Una lengua que busca sus formas de emancipación de la lengua argentina “monárquica y monástica” en buena parte, que no ha perdido del todo su fascinación por los reyes, de las finanzas trasnacionales, de las corporaciones comunicativas, del neoliberalismo-meritocrático-académico, de los conservadurismos sociales, políticos y culturales, de las Academias que se expresan vía manuales, diccionarios y las formas del “buen decir”. Desde ya, hay quienes se rebelan en su contra. La Real Academia Española acaba de editar su primer manual de estilo y ahí se desaconseja la incorporación de la *e*, *x*, *@*. “En español, el género masculino, por ser el no marcado, puede abarcar el femenino en ciertos contextos. No hay razón para pensar que el género masculino excluya a las mujeres en tales situaciones”. Es una tautología, pero el masculino marca el masculino: no se trata de una no-marcación, por más que lo hayamos naturalizado de ese modo. Dos: la RAE no debería eximirse de indicarnos cuáles son esos contextos en lo que el masculino puede englobar el femenino. Y que nos expliquen cómo es eso de que el masculino no excluye. En cuanto al *todos y todas*, García de la Concha, que dirigió la RAE entre 1998 y 2010, dice que “No hace falta forzar para duplicar, no hablamos así” (*Página/12*, 2018). Pues bien, valdría la pena descentrarse apenas de España o de las paredes de la RAE para verificar la impertinencia de estas afirmaciones.

Esta misma actitud reactiva desborda las retículas institucionales. Un escritor español, Vila-Matas, apoya este mismo sentido conservador: “El lenguaje está hecho esencialmente para entenderse. Por tanto, todo lo que se aparte de esto es un despropósito. Y despropósito es creer que siempre hay discriminación en las expresiones nominales construidas en masculino con la intención de abarcar los dos sexos” (Sabogal 2012). En el ámbito

doméstico podemos apelar a dos voces. En un *twit* del 28 de enero de 2019, el filósofo macrista Alejandro Rozitchner expresó lo siguiente: “Lo paradójico del lenguaje inclusivo es que empieza por excluirnos a todos los que hablamos normalmente, proponiendo algo forzado y excéntrico. Su fondo es justo, pero la implementación fanática y contradictoria. Me parece”. Surgen varias preguntas y distintas puntas reflexivas de esta consideración: ¿a quién/es excluiría el lenguaje inclusivo, quiénes son lxs que hablan *normalmente*, qué querría decir “hablar normalmente”, qué estaría forzando la excentricidad de la lengua inclusiva, qué quiere decir que el fondo tiene un principio de justicia derruido por el fanatismo, de quién/es? Además del filósofo, la otra voz contraria se especifica en las reflexiones, más elaboradas por cierto, de Beatriz Sarlo, expuestas ya no desde las páginas de *La Nación* sino de *El País*. En un artículo expone sus “sorpresas” ante la lengua inclusiva:

Sorprende la confianza con que hoy se quiere implantar el uso conjunto de masculino y femenino, como si esa transformación lingüística garantizara una igualdad de género. Cuando esa igualdad se exprese enteramente, ya estará afincada en los diccionarios. Pero lo que más sorprende es la curiosa solución de utilizar la letra *e* final para indicar conjuntamente al masculino y el femenino. Estudiantes de la élite social y cultural, que asisten a los dos prestigiosos colegios universitarios de Buenos Aires, hoy dicen: *les alumnes, les amigues*, como si la *e* final otorgara la representación del masculino y el femenino, a contrapelo del español. La historia de las lenguas enseña [...] que los cambios en el habla y en la escritura no se imponen desde las academias ni desde la dirección de un movimiento social, no importa cuán justas sean sus reivindicaciones.⁶

Sorprenderse repetidamente frente a las cosas que se tratan de pensar es una manera de no entenderlas. Primera consideración. La segunda: el uso de la *e* como forma de nombrar el femenino y el masculino al mismo tiempo no corresponde sólo a la “élite porteña”. En cualquier lugar del Conurbano bonaerense en los sectores de la juventud estudiantil –y no sólo– aparecen esas formas de la inclusión lingüística. Eso prueba que lo que Sarlo presenta como “desvelos” de la élite porteña no son tales. Tres: en cuanto a los cambios en el habla, se sabe, los imponen lxs hablantes, por más que vayan en contra de las descripciones gramaticales. En ese sentido, tienen vigencia y pertinencia. “Seguramente por

6 Sarlo, B. (12 de octubre de 2018). Alumnos, alumnas y “alumnes”. *El País* (España). Recuperado de https://elpais.com/cultura/2018/10/09/babelia/1539083839_285133.html

un machismo de origen, que los historiadores deberán probar, en español el masculino cubre la representación de ambos géneros”.⁷ Las historiadoras ya se pronunciaron al respecto. Basta leer y estudiar *La creación del patriarcado* (sf), una investigación categórica de Gerda Lerner. Dos: el uso del masculino lingüístico para designar todo el arco de la diversidad sexogenérica tiene una razón androcéntrica. El uso del *todos y todas*, de la *e*, de la *x* promueven una performance más inclusiva e igualitaria de la lengua desde el punto de vista del género. Podemos considerarlos como modos de democratización en el nivel de la lengua que visibilizan pugnas por la ampliación de derechos de colectivos históricamente minorizados. Estos exigen la redefinición de los vínculos de poder, es decir, una sociedad tendencialmente más igualitaria. No se trata de ser políticamente correctos. Estamos frente al uso de signos que influyen en el comportamiento, en las percepciones, en las interpelaciones, en la construcción de imaginarios. Esto es: en la construcción de cierta imagen de la realidad. Nombrar a alguien es una forma de visibilizarlx. No nombrarlx es una forma de la discriminación, apartamiento, ghattización, invisibilización.

La militancia puede favorecer esos cambios, pero no puede imponerlos. Si pudiera hacerlo, quienes defendemos la igualdad más completa entre hombres y mujeres ya estaríamos hablando con “doble” sustantivo desde el momento en que apoyamos un movimiento que es universal e indetenible, pero no omnipotente como un dios o una diosa.

Los feminismos no se postulan ni como omnipotentes ni como un sustituto de algún dios eventual y la militancia en sí no pretende imponer nada, a lo sumo visibilizar ciertas tramas propias de la opresión, la secundarización, la subordinación, las formas sistémicas de la violencia, etc. En términos generales se milita para defender la vida y las formas de la vida. La militancia puede ser entendida como una forma del humanismo, por ende, no impone una lengua inclusiva, sino que algunos de sus sectores apelan a ese uso. Es verdad que las generalizaciones seducen y arriesgan en igual medida, pero si miramos la literatura argentina (de corte urbano) podemos decir que se trata de una institución patriarcal, con funcionamientos machistas. No porque no haya escritoras o porque no haya escritoras exitosas (las hay, en todos los andariveles: desde Mariana Enríquez a Claudia Piñeiro, pasando por Samantha Schweblin, María Teresa Andruetto o Elsa Osorio, Li-

7 Sarlo, B. (12 de octubre de 2018). Alumnos, alumnas y “alumnes”. *El País* (España). Recuperado de https://elpais.com/cultura/2018/10/09/babelia/1539083839_285133.html

liana Bodoc y un extenso etc.), sino porque las pautas de *legalización y legitimación* para hombres y mujeres son diferenciales, como si el capital simbólico de las escritoras tuviera una acumulación defectuosa, siempre deficitaria. El famoso “techo de cristal”: siempre sujetas a la demostración de su calidad, su capacidad de ventas, la pertinencia de sus búsquedas. Luego, son olvidadas, con tranquilidad. ¿Cómo se explica, si no, “carradas” de escritoras del siglo XIX y XX jamás leídas por fuera de la academia, de los esfuerzos de otras escritoras que, sororas, se encargan de recuperarlas, estancadas en el planteo político? Nunca parece llegado el momento de hablar de la calidad de esas literaturas, escrituras considerables que resisten el tiempo.⁸

Apuntes finales

Un fragmento de la novela *Vikinga Bonsái* (2019) de Ana Ojeda es un buen ejemplo de cómo se expresa la literatura argentina urbana que nos es contemporánea. *Vikinga Bonsái* es una reflexión sobre el tiempo. De hecho, ya el índice recupera unas palabras propias de los dialectos lucanos (de la región de Basilicata, Italia), que son importados de la lectura de *Cristo si è fermato a Eboli* (1945), un ensayo de Carlo Levi. Esas palabras son *crai*, *pescrai*, *prescricille*, *pescruflo*, *maruflo*, *maruflo*, *maruflicchio*, que la novela traduce respectivamente como *mañana y siempre; la mañana siguiente; el día tras ese; un día después; el anteúltimo es; el séptimo día*. La novela cuenta la historia de un grupo de amigas que se juntan a cenar una noche de verano. Durante la cena, la anfitriona muere de un ataque al corazón. Su marido está de viaje a un lugar remoto (la selva paraguaya), sin conexión de *whatsapp* ni contacto con la “civilización”. El hijo queda huérfano y el grupo de amigas improvisa un colectivo, una especie de familia para contener al niño a la espera de que vuelva el padre. El fragmento que está a continuación forma parte de “Pescruflo: un día después”:

Les chiques, por boca de su delegado sindical Momo, piden por favor que se baje el tono de voz o, caso contrario, se domicilien en algún otro lugar para hablar, no les dejan escu-

8 A lxs interesadxs: ver la colección “Narradoras argentinas” de la editorial universitaria Eduvim (de la Universidad Nacional de Villa María), la colección “Las Antiguas”, de la editorial Buena Vista, ambos proyectos de Córdoba; y el blog bio-bibliográfico de autoras llevado adelante por María Rosa Lojo.

char la peli. Gregoria Portento se asegura expeditiva hora y media de libertad con el programa para tejidos mixtos #LanceArmstrong y les hace señas a las alegres comadres para que la sigan. Proceden en fila india hacia el departamento de Pia Eva Angélica, última la feminazi. Dejan la puerta abierta trabada detrás de una silla, lo cual inicia aéreo correntón cálido que estrella ventanas y puertas, festejado con algarabía de suspiros por parte de los menores hipnotizados delante del televisor con devedera. Al cabo del (corto) pasillo, frente a la puerta del departamento A, no hay respuesta. La decidida comitiva entra en compás de espera. Dragona Fulgor toma asiento en la escalera que subibaja, ensimismada en sus problemas, ladra desquiciado ronco muy fuerte un perro en algún lado. Se acoda en la baranda Orlanda Furia, charla intrascendente con la feminazi, perro aúlla enardecido, sin coto. Gregoria Portento insiste con tamborileo de baja intensidad en la puerta, que alterna con una serie de timbrecitos melódico-sencilla. Se vuelve para comentar la falta de respuesta con Talmente Supernova, raro, ¿no? Perro continúa la ladrada donde la había abandonado para empezar a chillar. Entonces: grito sacado, al perro, a dios, luego golpe macizo. Se miran entre ellos, labios soldados, cara de espanto. Pia Eva Angélica abre la puerta.⁹

La literatura argentina es una institución en la que nunca hubo igualdad, porque no hay participación de todxs. Ni en la literatura ni en la lengua argentinas. Si no se permite la participación de la otredad excluida la diferencia no se expresará nunca como forma de la igualdad. Podemos decir que hasta hace relativamente poco ni la lengua ni la literatura argentinas apelaron a una ética del cuidado o a la inclusión de la diversidad porque ni siquiera podían enfrentar las disparidades entre hombres y mujeres. Pero los equilibrios se están alterando. Establecer un comienzo más o menos exacto para estas transformaciones no es sencillo, pues nuestras consideraciones se articulan dentro del marco de las ciencias humanas, pero podríamos decir que en el siglo XXI están surgiendo escritoras –como es el caso de Ana Ojeda– que disputan la institución literaria argentina, su lengua y sus formas del decir. En este punto aventuramos una hipótesis conclusiva: que la literatura y la lengua argentinas empiezan a despatriarcalizarse a partir de las borrascas del *Ni una menos*. Esta es una consigna político-militante que dio nombre a un movimiento feminista plural y a un colectivo de protesta que nació en Buenos Aires en 2015, pero que tuvo réplicas en todo el país, en otros países de América Latina y el resto del

⁹ Ojeda, A. (2019). *Vikinga Bonsái*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, p. 133.

mundo. Este milita contra la violencia machista hacia las mujeres y su consecuencia más inmediata, deplorable y sistémica: el femicidio. Lo sabemos: las situaciones de violencia no son aisladas, sino que forman parte de una trama de opresiones hacia las mujeres y lxs sujetxs feminizadx. Por ejemplo, basta volver al fallo abyecto con que el Poder Judicial acarició a los tres feminicidas violadores de Lucía Pérez en Mar del Plata.¹⁰

Finalmente, es posible sostener que la lengua inclusiva, que se manifiesta en la literatura argentina del siglo XXI escrita por mujeres, es consecuencia de las luchas que vienen desplegándose desde los feminismos para denunciar las formas de opresión que se ejercen sobre las mujeres y lxs sujetxs feminizadx.



Estado, mercado, globalización y aspectos socioambientales

Breve análisis de sus vínculos

VIVIANA INÉS GRANADO (UNPAZ)
2 DE ENERO DE 2020

De acuerdo a Durkheim la sociedad debe ser analizada como “una cosa”, un cuerpo orgánico donde la cabeza es el Estado y el cuerpo es la Sociedad.

Actualmente en el siglo XXI, los mercados siguen un modelo neoliberal en el cual los países latinoamericanos (del Sur), se van empobreciendo al no implementar otras acciones diferentes a la explotación de sus recursos naturales (RRNN), que si bien elevan el nivel de vida de las personas, no llevan necesariamente a ser sustentables en el tiempo. Sin embargo si se generaran además acciones hacia un desarrollo industrial, esto llevaría a un crecimiento económico de los países de Latinoamérica (LA).

Muchos problemas ambientales surgen a nivel local y posteriormente se proyectan de forma global afectando a todo la Tierra. En este contexto los países más afectados, sin duda, son menos desarrollados y sus poblaciones más marginados y pobres. De este modo, la globalización vista como un proceso económico, social, político y cultural, expresa el modelo capitalista de las últimas décadas del siglo XX.

Los países de LA, son muy ricos en biodiversidad debido a la variedad de ecosistemas que existen. Estas características positivas en RRNN, generó que los países fueran exportadores de materia prima y se ampliara la frontera agropecuaria. El reemplazo de selva y otros ecosistemas, por cultivo de soja trajo aparejado serios problemas ambientales difíciles de revertir. Los bienes y servicios que nos brindan los bosques, selvas, y monte son importantes para tener una mejor calidad ambiental la cual deriva en una mejor calidad de vida de los pobladores de esas regiones ecosistémicas impactadas.

Las problemáticas ambientales ocurren por acción del Hombre por lo tanto hay una vinculación estrecha entre sociedad y ambiente.

Asimismo, como expresan Azamar Alonso y Carrillo González,¹ estos últimos 30 años aumentaron los recursos primarios debido a un cambio estructural en los modelos productivos. Las inversiones extranjeras directas dirigidas a proyectos ambientales, generaron impactos negativos en la economía de los países LA llevándolos a un endeudamiento económico importante. La deuda ecológica originada se relaciona con las actividades extractivistas por los países del Norte y corresponde al Estado resolver el dilema de saldar esta deuda externa sacrificando los RRNN del país.

Cuando el Estado está ausente o mira hacia otro lado, aparece en escena la sociedad. Ante una problemática ambiental la sociedad reacciona en defensa del medio ambiente. El nuevo modelo económico, de acuerdo a Thorpe y Aguilar Ibarra,² que surge a partir de las décadas de los setenta y ochenta, llevó a que una gran parte de los países de LA utilizaran

1 Azamar-Alonso, A. y Carrillo-González, G. (2017). Extractivismo y deuda ecológica en América Latina. *Revista Luna Azul*, 45 (pp. 400-418). Recuperado de http://vip.ucaldas.edu.co/lunazul/downloads/Lunazul45_20.pdf

2 Thorpe, A. e Ibarra, A. (2010). Los modelos económicos de utilización de recursos naturales en Latinoamérica. *Ensayos de economía*, 36 (pp. 121-143). Recuperado de https://researchportal.port.ac.uk/portal/files/104465/THORPE_2010_pub_EE_Los_Modelos_Econ%C3%B3micos_de_Utilizaci%C3%B3n_de_Recursos_Naturales_en_Latinoam%C3%A9rica%E2%80%99_Economic_models_of_natural_resource_use_in_Latin_America.pdf

sus RRNN para producir bienes mercadeables y exportaran productos no tradicionales. Se hizo uso y abuso de la naturaleza, creando conflictos ambientales en los cuales se encuentran al menos dos actores: uno que es el que genera el impacto negativo y otro que es el que toma conciencia y actúa en consecuencia ya sea defendiendo o protegiendo su territorio.

Estos conflictos ambientales derivados de la relación sociedad/naturaleza, no deberían ser encasillados en un “ecologismo de pobres”, dado que no existen ricos malos y pobres buenos sino que los conflictos o problemas ambientales son complejos e involucran distintas dimensiones; no saben de rango social. Así los ecologistas del primer mundo defienden la naturaleza por su valor intrínseco, los ecologistas pobres la defienden porque es su sustento.

Pero también vale recordar que la deuda ecológica es, en esencia, responsabilidad de los países industrializados del Norte, sus instituciones, la élite económica y sus empresas por la apropiación gradual, por el control de los recursos naturales, así como por la progresiva destrucción de hábitats causada por los patrones de consumo y producción, afectando a la sostenibilidad local y, en una clara proyección, el futuro de la humanidad toda.

Basados en esta mirada, los pueblos en el Sur son acreedores de esta deuda y los deudores los países más ricos. Esta deuda tiene como base el actual modelo de producción industrial, el consumo desmesurado, la generación exhaustiva de residuos, la emisión de gases de efecto invernadero, así como el capitalismo salvaje y el libre mercado.

Siguiendo en esta línea de pensamiento, todas las personas con independencia de su nivel socio-económico, son afectadas. Sin embargo la adaptación y/o mitigación a estos problemas ambientales globales, sí dependen del nivel socioeconómico. Los países en desarrollo de LA tienen escasos recursos económicos para enfrentar los impactos negativos y en consecuencia las medidas de adaptación y/o mitigación a los mismos es baja e ineficientes.

El capitalismo, exacerbado por el neoliberalismo desde 1980 en adelante, no puede soportarse sobre la política del consumismo voraz, como si los bienes naturales fueran infinitos. Lo anterior ha llevado al agotamiento de los bienes naturales, a su sobre explotación, y a que los ciclos de la reproducción de la vida choquen con la dinámica del capital. En tal sentido, una economía racional significaría producir lo necesario. Pero el mercado no va en esa línea; abusa de la extracción de recursos y genera un sobreconsumo.

El crecimiento económico conlleva un consumo mayor de materia y energía. Pero ya no hay energía barata disponible que sostenga un nuevo ciclo expansivo de la economía. Por eso, de manera esencial se requiere tender a un modelo energético basado en fuentes de energía renovables. El problema es que a esto se oponen los intereses cortoplacistas y los poderosos lobbies energéticos. Y de igual forma, otro camino es transformar los residuos en recursos mediante el reciclado, el problema es que eso choca con los productores y envasadores, las marcas y los distribuidores, ya que los grandes lobbies quieren más consumo pero con menos empleo.

En esencia, lo que estamos viviendo es una contraposición entre el derecho a la propiedad privada de las clases más adineradas con el derecho a la vida encarnado en asistencia sanitaria, o educación, o un medio ambiente limpio.

No alcanza con consumir menos, cuidar los cursos de agua, los bosques, los glaciares o la naturaleza en su conjunto, si al mismo tiempo no se atacan las causas que están en las formas de la producción capitalista, asentada por siglos en la explotación de la fuerza de trabajo y la depredación de la naturaleza. El trabajo es el padre de la riqueza, y la tierra la madre, sostenían los clásicos de la Economía Política, una disciplina científica que surgió para fundamentar el moderno modo de producción capitalista.

Por eso la necesidad de criticar al capitalismo, no solo sus efectos. El diagnóstico es fundamental para encarar procesos realistas de solución. De lo contrario, solo deambularemos por senderos marginales que no conducen a resolver el problema. Una vez identificado el problema es que se puede pensar en modificar la realidad, la que no puede hacerse de inmediato, ya que requiere de un complejo proceso social que incluye la asunción de la conciencia colectiva sobre lo que está provocando el problema y los modos de operar para su modificación.

Este es un tema actual y trascendente, porque la responsabilidad está en la hegemonía del capitalismo mundial y aun cuando se aprueben tratados internacionales, que además EEUU no suscribe, resulta imposible resolver el tema.

No alcanza con discursos o protocolos de denuncia, sino acontece una dinámica social de organización y movilización contra las causas del calentamiento global y el cambio climático. No hay forma de mitigar el efecto devastador mientras subsista el régimen del capital.

Se impone la discusión por el cambio de las relaciones sociales de producción y su efecto depredador sobre la naturaleza, que incluye en su seno a la especie humana. Se trata de un tema sustantivo para Nuestra América, en tanto territorio históricamente condenado a la provisión de materias primas y “recursos naturales”, que, si visibilizáramos como “bienes comunes” de la actual y futuras generaciones, a otras conclusiones se arribarían.

El tema ambiental proviene desde de la conquista y colonización, agudizado en años recientes con la suba de los precios de las materias primas, aun con el retroceso actual, donde se recicla el papel subordinado de la región por vía del deterioro de los términos de intercambio en el sistema de relaciones internacionales.

Nuestros países generan riqueza y excedente económico vía explotación de bienes comunes en beneficio de la reproducción del gran capital transnacional que define el ciclo económico, es decir, la producción, la distribución, el cambio y el consumo. Remito al petróleo, gas, cobre, agua, tierra, oro, litio, a la biodiversidad, o a diversos materiales que se acumulan en nuestro suelo.

Resulta imprescindible enfatizar en que los “recursos naturales” son bienes comunes, que pertenecen a la humanidad, pero que, al estar asentados en nuestros territorios, la soberanía en su cuidado y gestión es imprescindible, lo que demanda una mirada local, sí, pero sobre todo regional, de una respuesta conjunta e integrada.

Nosotros como ciudadanía de estos países y como consumidores y consumidoras de todos esos recursos, también somos responsables y deudores de la deuda ecológica. Nuestro bienestar es a costa del bienestar de otros. Esta realidad debe servirnos para repensar y cambiar el modelo de desarrollo que tenemos.

Finalmente deseo terminar con un párrafo de Antonio Brailovsky (Memoria Verde 1991): “La década del 70 fue la de solitarios grupos ecologistas que anunciaban catástrofes en las que nadie creía. La del 80 fue la de la ampliación de la conciencia individual sobre el tema: mucha gente comenzó a preocuparse por lo que antes era el hobby de unos cuantos excéntricos. En los próximos años comenzaran a aparecer nuevas respuestas organizativas”.

Ya comenzamos...



La publicidad en disputa

Perspectiva de género aplicada a la estrategia de marcas

NATALIA SUNIGA (UBA/CONICET)¹
7 DE ENERO DE 2020

La publicidad entendida como un discurso social que incorpora y solidifica normas, sentidos y prácticas, tiene un rol fundamental en la producción y reproducción de nuestra cultura. Por eso cuando pregona y performa patrones de género normativos y excluyentes, contribuye a la construcción de una sociedad desigual.

En los últimos años, los movimientos de lucha por los derechos de las mujeres y la diversidad han tenido grandes repercusiones a nivel mundial, poniendo en el centro de la escena el debate sobre la brecha salarial, la violencia de género, los femicidios, travestici-

¹ PhD en Ciencias Sociales. Especialista en género. Research & Brand Strategy.

dios y el aborto, entre otros. En este marco, la industria publicitaria y las marcas se ven obligadas a repensarse incorporando una mirada informada en perspectiva de género.

“Mujer no se nace, se hace” -Simone de Beauvoir

El concepto de género surge en el curso de la primera mitad del siglo XX, para distinguir aquello que es considerado natural de lo aprendido socialmente. Se trata de formas de ser, sentir y comportarse, formas de hablar y de vestir, que aprendemos y naturalizamos durante el proceso de socialización.

En las sociedades actuales existen dos arquetipos de género hegemónicos, cada uno con reglas y códigos propios.

Por un lado, el mundo simbólico masculino se encuentra asociado al espacio público, el trabajo, el poder y la racionalidad. Desde muy temprana edad, a los hombres les enseñan a ocupar el centro de la escena, golpear la mesa, gritar e imponer su voz, tomar la iniciativa, competir y ganar. Como resultado, la mayoría de los puestos jerárquicos son hoy ocupados por hombres; pero también la violencia doméstica, los femicidios y la homofobia surgen como síntomas sociales de este modelo patriarcal.

Mientras tanto, el mundo significante femenino se construye asociado al ámbito de lo privado, el hogar, la reproducción y la emocionalidad. Para ser femeninas, las mujeres debemos actuar siguiendo determinados parámetros: cruzarse de piernas, no gritar, no decir malas palabras, estar a disposición y abocarse a las tareas de cuidado del hogar y la familia. Por eso desde chicas nos enseñan a jugar a la mamá, a cocinar, a maquillarnos, y modelar nuestros cuerpos para el consumo masculino. Nos enseñan a comportarnos como princesas *fitness*.

Ahora bien, ambos arquetipos suponen una relación causal y coherente entre sexo, género y deseo, donde el género refleja o está limitado por el sexo, y el deseo refleja o expresa el género. Así asumimos que los hombres (que tienen pene), son necesariamente masculinos (racionales, trabajadores, adinerados y poderosos) y por lo tanto se encuentran sexualmente atraídos por las mujeres (heterosexuales). Mientras que las mujeres

(designadas por la falta, de pene) son necesariamente femeninas (ergo, emocionales, serviciales y sumisas, abocadas al hogar y la reproducción biológica) y se sienten atraídas sexualmente por los hombres (heterosexuales).

En las campañas publicitarias prácticamente no aparecen otros cuerpos que no se correspondan con el modelo binario de género, dejando por fuera toda una serie de identificaciones que no encajan con el modelo de hombre/mujer masculino/femenino y heterosexual.

Mientras tanto, el 76% de las consumidoras mujeres y el 71% de los hombres de América Latina cree que la publicidad los representa de manera completamente desactualizada (Fuente: Shutterstock). Casi la mitad de los consumidores de todo el mundo (45%) dice ver comerciales sexistas que los ofenden y un 64% siente que los publicistas tienen que hacer más para eliminar los roles de género tradicionales de sus comerciales (Fuente: Ipsos in partnership with Female Quotient for the Unstereotype Alliance). Como consecuencia, la industria publicitaria está perdiendo a nivel mundial un promedio de US\$9.000 millones en valoración de marca al no representar a la mujer de forma adecuada (Fuente: Kantar).

En definitiva, los consumidores están deconstruyendo su identidad de género, por lo que no se sienten representados por los modelos hegemónicos de femineidad y masculinidad. Al ignorar esto, las marcas adoptan un rol activo en el disciplinamiento y modelación de nuestros cuerpos reproduciendo normas de género que legitiman ciertas vidas mientras excluyen y someten a otras. Así, las marcas no sólo reproducen un mundo excluyente y desigual, sino que además pierden valor, relevancia y conexión con el target.

En este contexto, en el Reino Unido, la Autoridad de los Estándares para la Publicidad (ASA por sus siglas en inglés) decidió prohibir distintos anuncios que reproducen “estereotipos de género dañinos” o causan “delitos graves o generalizados”.

Por último, me interesa dejar en claro que no se trata de que ahora todas las marcas salgan a hablar de género o a exponer un punto de vista sobre el empoderamiento femenino. No necesitamos marcas que nos vengan a empoderar, que nos digan qué hacer, ni cómo llevar nuestra lucha. La revolución es nuestra.

Pinkwashing es un término que se origina en los '90 cuando la Breast Cancer Action (Acción por el Cáncer de Mama) señaló la hipocresía de las empresas que apoyaban interesadamente la lucha contra la enfermedad. En la actualidad se sigue utilizando para referir a la estrategia que aplican ciertas marcas o instituciones para ganar consumidores posicionándose como simpatizantes del movimiento feminista y LGTBIQ+.

El rol de las marcas y agencias de publicidad será entonces el de incorporar una mirada estratégica informada en perspectiva de género que logre permear su comunicación interna, sus políticas de contratación y los programas de responsabilidad social empresaria, pero también el entendimiento del target, los mensajes, el casting y la ejecución creativa. Sólo de esta forma, la publicidad podrá erigirse como un verdadero agente activo en la transformación de la cultura.



“Ideología de género”

Breve historia de un oscuro concepto

ALEJANDRO CAMPOS (FSOC-UBA)
14 DE ENERO DE 2020

Desde hace algunos años, en varios países de la región las discusiones en torno al género ascendieron al primer plano del debate público. Especialmente en los últimos dos años, y en el marco de procesos electorales, esos debates se intensificaron, sobre todo en Costa Rica —en ocasión de las elecciones presidenciales—, durante el referéndum por la paz en Colombia y también en Brasil, durante el proceso electoral que desembocó en la polémica elección del militar Jair Bolsonaro a la presidencia.

La intensificación de estos debates estuvo marcada por discursos de odio y estigmatización tanto hacia los activismos feministas como a las comunidades LGTTBIQ+. Y si bien es reciente la mayor visibilización de una ofensiva reaccionaria por parte de

distintos actores políticos y eclesiásticos –tanto evangelistas como católicos–, éstos son el corolario de un largo proceso cuyas estrategias iniciales nos obligan a remontarnos hasta los años noventa, años en que las discusiones en torno a los derechos humanos de las mujeres y de las identidades LGTTBIQ+ se hicieron sentir con fuerza en distintas conferencias internacionales organizadas por la ONU.

Este artículo propone un breve bosquejo del cuadro de situación actual respecto al tema, así como dar cuenta del trabajo en torno al rastreo de las huellas de los orígenes del concepto de “Ideología de género”, término al que apelan las diferentes ofensivas neo-conservadoras que se despliegan en todo el mundo, y que encuentran una intensa resonancia en nuestro continente.

Colombia, Costa Rica, Brasil

En octubre de 2016 se celebró en Colombia el plebiscito respecto al acuerdo de paz firmado en La Habana entre el gobierno colombiano y las FARC. Cuando todo indicaba que después de más de cinco décadas de belicismo lxs colombianxs se inclinarían por la paz, durante el tramo final de campaña se coló en agenda un debate inesperado. El acuerdo contemplaba la inclusión de una perspectiva de género que relevaba la especificidad de la violencia sufrida por las mujeres y por la población LGTTBIQ+ por parte tanto de las organizaciones paramilitares como de las FARC. Dicha inclusión no había despertado mayor revuelo sino hasta que grupos conservadores –tanto sectores políticos vinculados al uribismo, como sectores eclesiásticos– la emparentaron con un suceso que poco tenía que ver en el asunto: los manuales de convivencia escolar que incluían la perspectiva de género, así como representaciones de identidades y orientaciones no únicamente heterosexuales. A través principalmente de la viralización en redes se instaló rápidamente una campaña plagada de fakes news en contra de esos manuales, que devino en una campaña en contra de la ministra de educación y del gobierno en su conjunto, acusándolo de querer introducir la “ideología de género”¹ en el país: votar por el “Sí”

1 La eficacia de este concepto reside, entre otras cosas, tal como ocurre con un concepto como el de “terrorismo”, en su vaguedad. Esta vaguedad le otorga un alto potencial metamórfico, capaz de ser utilizado en diversos contextos y contra distintas iniciativas.

al acuerdo implicaba consentir la introducción de la “ideología de género” en Colombia y apoyar a un gobierno que pervertía a lxs niñxs, igualando la mera representación de identidades no heterosexuales con su promoción.² El propio presidente de aquel entonces, Juan Manuel Santos, tuvo que salir a aclarar que su gobierno no promovía esa “ideología”, legitimando, aún sin quererlo, su supuesta existencia. La estrategia finalmente tuvo su resultado, y aún por un estrechísimo margen, se impuso el “No” a la paz.

Un año y medio después, en mayo de 2018, tuvieron lugar las elecciones presidenciales en Costa Rica. En ese marco, un estrambótico personaje, el candidato a la presidencia Francisco Alvarado, cantante y pastor evangelista, se catapultó al tope de las intenciones de voto apelando a un discurso de férrea defensa de “la familia”, cargado de odio contra la comunidad LGTTBIQ+ y la “ideología de género”. Este salto en las encuestas se produjo apenas después de un pronunciamiento de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (con sede en San José, Costa Rica) a favor del casamiento entre parejas del mismo sexo. Tras resultar triunfante en una primera vuelta, el candidato fue derrotado en el ballottage, cosechando nada menos que el 40 por ciento de los votos, tras haber inoculado una enorme dosis de odio que aumentó los ataques y expresiones discriminatorias.

Pero sin dudas, por su impacto regional, el caso más resonante fue la campaña del militar brasileiro Jair Bolsonaro, que comandó una pelea electoral con una carga de violencia pocas veces vista en la historia de las democracias latinoamericanas. Recostado sobre el poder de las iglesias evangelistas, de fuertísima presencia territorial (más del 30 por ciento de los brasileiros se consideran evangelistas) e institucional (la bancada evangelista en el congreso supera ampliamente los 100 diputados), Bolsonaro hizo de la lucha contra la “ideología de género” una de sus banderas. A través de la difusión de *fake news* con un tinte similar a las utilizadas en Costa Rica y Colombia, apeló al pánico moral que despertaron noticias acerca de los planes educativos “pervertidos” que se implementarían en un eventual gobierno de Fernando Haddad, candidato del PT. Tras resultar electo, creó

2 La campaña difamatoria incluyó, entre otras cosas, el montaje de imágenes de los manuales con dibujos de un caricaturista “porno” gay de Bélgica. Una retórica con la que insisten estas militancias es la de acusar de “imponer” y “alentar” cuando simplemente se intenta visibilizar y ampliar los horizontes de lo posible, incluyendo representaciones de géneros más allá del binarismo y de orientaciones más allá de la heterosexual. La misma línea argumental han seguido con cada uno de los derechos que tocan intereses de la Iglesia, tal como sucedió con el divorcio, las discusiones en torno a la legalización del aborto y de la eutanasia, acerca de las cuales se advierte sobre la “pendiente deslizante” que podrían provocar estos derechos, alentando las prácticas abortivas, la eutanasia o los divorcios.

el Ministerio de la familia, colocando a Damares Alves al frente del mismo, una pastora evangélica, autora de lamentables frases como “Es una nueva era en Brasil: niños visten de azul, niñas visten de rosa”, quien también sostuvo recientemente que “expertos nos dijeron que las niñas son explotadas sexualmente allí (en el Amazonas) porque no tienen bragas (calzones), no las usan porque son pobres”.³

Los sucesos en estos tres países están lejos de constituir una excepción. A una velocidad y con una lógica de franquicia, como si se tratara de un merchandising de protesta, las mismas consignas (“Con mis hijos no te metas”), estética y cartelería (un niño de rosa, un niño de azul) son adoptadas por grupos religiosos de todos los países del continente. Ahora bien, ¿cómo llegamos a esta coyuntura? ¿Cuándo comenzó a incubarse pacientemente el huevo de esta serpiente?⁴

Género (y sexo) en la ONU

Durante los años noventa, en el marco de conferencias internacionales de distinto tipo organizadas por la ONU,⁵ los movimientos feministas y LGTTBIQ+ lograron el reconocimiento e inclusión de una perspectiva ligada al género y a la orientación sexual en los sucesivos informes y documentos finales elaborados en aquéllas oportunidades. La brasilera Sonia Correa, activista feminista e integrante de “Sexuality Policy Watch”, ubica el inicio de una inflexión en las estrategias con las que el Vaticano encaraba las negociaciones en estas instancias luego de las conferencias internacionales de El Cairo y Pekín, en 1994 y 1995 respectivamente. Ambas conferencias culminaron con una derrota de las posiciones de la Santa Sede, en tanto los documentos finales y los Planes de Acción que emanaron de aquéllas marcaron un enorme avance de las posiciones feministas en casi todos los aspectos, incorporando la importancia de los derechos reproductivos, de la implementación de educación sexual en las escuelas, así como el reconocimiento

3 http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_20040731_collaboration_sp.html

4 Para profundizar en los sucesos ocurridos en estos tres países, recomiendo el documental “Género bajo ataque”, disponible en youtube.

5 Las más emblemáticas fueron tanto las de El Cairo (1994), sobre “Población y desarrollo”, como la Cuarta Conferencia Internacional sobre la Mujer, en Beijing (1995).

del aborto como un grave problema de salud pública, entre otras conquistas. Según la genealogía trazada por Sonia Correa, es entre estas conferencias y las revisiones pautadas por la ONU cinco años después (El Cairo +5, en 1999 y Pekín + 5, en el 2000) que madura la estrategia vaticana que desembocaría, a comienzos del siglo XXI, en la difusión del concepto de “ideología de género”. Esta torsión estratégica ya se plasma con mayor claridad en documentos pontificios como el “Léxico de 2003” o la “Carta a los obispos”, de Joseph Ratzinger, en 2004. Ya en las instancias de revisión de las Plataformas de Acción de El Cairo y Pekín, puede constatar un ataque articulado al concepto de género que tiene por objeto eliminar el concepto de los documentos, argumentando que excede la referencia a la desigualdad entre hombres y mujeres. La “Carta a los obispos” será un texto expresamente dedicado a sentar la posición de la iglesia católica en su disputa con los feminismos, y a presentar todos los “peligros” que supone el abandono de una concepción esencialista del género, acusando al feminismo de ser una ideología que “subraya fuertemente la condición de subordinación de la mujer a fin de suscitar una actitud de contestación”,⁶ así como de minimizar las consideraciones derivadas de las diferencias sexuales, “mientras la dimensión estrictamente cultural, llamada *género*, queda subrayada al máximo y considerada primaria”. No falta la acusación, tampoco, de que “tal tendencia (el feminismo) consideraría sin importancia e irrelevante el hecho de que el Hijo de Dios haya asumido la naturaleza humana en su forma masculina”.⁷

Un personaje central detrás de estas re-elaboraciones teológicas es la escritora Dale O Leary, de la Asociación Médica Católica de Estados Unidos, autora de “La agenda del género – Redefiniendo la Igualdad” (“The gender agenda – Redefining Equality”), libro dedicado a confrontar contra las posiciones feministas y contra la agenda de la ONU en materia de derechos de las mujeres. Si algo caracteriza a este tipo de publicaciones de las corrientes conservadoras⁸ es la deslegitimación absoluta de los planteos de los feminismos y de las

6 http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_20040731_collaboration_sp.html

7 Ídem.

8 El referente más “pop” de estas corrientes en Argentina es Agustín Laje, un cordobés autor junto a Nicolás Márquez de “El libro negro de la nueva izquierda”, extraño texto ecléctico, con diseño de tapa “pop”, pretencioso índice academicista y contenido en extremo panfletario. El libro tiene una amplia difusión y se encuentra hace meses en el top 100 de los más vendidos. Ahí los autores buscan mostrar la “perversión” del pos-marxismo, capturado por las reivindicaciones de las disidencias sexuales y los feminismos. El nivel de arcaísmo de sus discursos

disidencias sexuales a partir de la estigmatización, apelando a una estrategia argumental de lo más baja, en tanto desestima los planteos focalizándose en las biografías de feministas a las que se presenta como marcadas por el resentimiento y la frustración, colocando ese supuesto fracaso personal como causa de sus posiciones políticas y su tendencia a generalizar experiencias individuales. Esta re-psicologización de los conflictos políticos entre los géneros implica, obviamente, su despolitización. La bibliografía anti-género parece destinada así a tapiar las puertas y ventanas abiertas con la emblemática consigna nacida de los feminismos de los años sesenta: “lo personal es político”.

En “The gender agenda” ya se encuentran delineados por primera vez todos los frentes de la cruzada anti derechos: defensa de la familia tradicional, ataque a la educación sexual en las escuelas, defensa del binarismo de género y la heterosexualidad, lucha contra la legalización del aborto. El libro gravita en torno a las disputas libradas en el marco de la ONU, mayormente en las Conferencias de El Cairo y Beijing. Este resulta un aspecto importante, porque precisamente la ONU comienza a delinarse como uno de los blancos de este discurso anti-derechos. El organismo no está tanto construido como un “enemigo”, sino como una víctima que está siendo “presa de ideologías peligrosas, que están utilizando el poder y la influencia de la ONU para imponer sus esquemas peligrosos”,⁹ para luego advertir que “la ONU no debe convertirse en un gobierno internacional”.¹⁰ Quizás proyectando las lógicas y estrategias propias del catolicismo, se habla del “lobby” feminista o del “lobby gay”, y con la connotación más bien elitista y conspirativa del término, se va dando cuerpo a un discurso que presenta a los activismos feministas y de la diversidad sexual como una fuerza que elabora planes más bien ocultos (en más de

puede dimensionarse en la reactualización de un discurso moral-religioso acerca de la homosexualidad como perversión, lo que me parece uno de los rasgos más preocupantes del libro, en tanto ni siquiera apela a un discurso ya de por sí perimido como fue el de la medicina y su enfoque patologizante respecto a la homosexualidad y otras diversidades sexuales, sino que va más atrás en el tiempo, ya que al construir nuevamente a la homosexualidad como perversión busca despertar una indignación moral en torno a las prácticas sexuales no heteronormativas. La eficacia para instalar este discurso a un nivel más masivo y “pop” es un fenómeno al que más vale prestar especial atención. Las estrategias más recientes de Agustín Laje incluyen entrevistas con testimonios de conversión de personas ex LGTTBI+ arrepentidas de su pasado. En estos testimonios se construye a la comunidad LGTTBI+ no sólo como peligrosa en su ideología, sino como una suerte de “mafia” que amenaza a todos aquéllos que se han alejado de sus filas.

9 O’Leary, D. (s./f.). La agenda de género. Redefiniendo la igualdad. Recuperado de <http://www.catolicosalerta.com.ar/nuevo-orden/agenda-genero.pdf>

10 Ídem.

una ocasión, O Leary menciona que las feministas no son claras respecto a sus intenciones y que la prensa internacional tiende a omitir o soslayar los efectos derivados de las conferencias) que buscan “imponer una camisa de fuerza ideológica en el mundo”.¹¹ Esta caracterización tiene el efecto de teñir de un aura conspirativa los “planes” del feminismo, y así el discurso en más de una ocasión se desliza de lo político a lo teológico, y aunque ella misma no hable del “diablo”, sobrevuela su texto la sensación de fuerzas ocultas cuya expansión hay que combatir. Algo de eso ya está presente en la advertencia respecto al peligro de que la ONU se vuelva un “gobierno internacional”, amenaza que según la autora hace tambalear los “derechos de las naciones, el respeto a las diferencias y el derecho fundamental a la libertad religiosa y la libertad de la conciencia”.¹²

Una antinomia de moda: globalistas vs nacionalistas

“El futuro no pertenece a los globalistas. El futuro pertenece a los patriotas”, lanzó Donald Trump al inicio de su último discurso en la Asamblea General de la ONU.¹³ Asistimos, en los últimos años, a la mayor crisis del proyecto globalizador, al menos del andamiaje que construyó después de la segunda guerra mundial. En este marco de re-emergencia de discursos nacionalistas (especialmente de las extremas derechas) en todo el mundo, los organismos multilaterales y los bloques regionales son el blanco de las mayores críticas, responsabilizados de erosionar y condicionar las soberanías nacionales (¡como si éstas se vieran limitadas únicamente por los procesos de integración políticos, y no por el accionar económico de las grandes corporaciones!). Poco antes de Trump, habló en la ONU el ex capitán Jair Bolsonaro, en un discurso que apeló más al orden (religioso) que al progreso: “En las últimas décadas, hemos sido seducidos sin saberlo por sistemas ideológicos de pensamiento que no buscaban la verdad sino el poder absoluto [...] La ideología ha invadido nuestros hogares para invertir contra la célula mater de cualquier sociedad sana: la familia. También intentan destruir la inocencia de nuestros hijos pervirtiendo incluso su identidad más básica y elemental, la biológica”,

11 Ídem.

12 Ídem.

13 <https://www.youtube.com/watch?v=7wbg4ajO0mQ&t=42s>

para culminar su discurso con una advertencia a la ONU: “No estamos aquí para borrar nacionalidades y soberanías en nombre de un interés global abstracto”.¹⁴

Quizás sea en la figura de este ex capitán que la cruzada anti-género alcance su aspecto más grotesco. Que la más virulenta reacción conservadora y neocolonial se produzca precisamente en Brasil resulta paradigmático, ya que el país tuvo, sobre todo durante el comienzo del primer mandato de Lula Da Silva, un rol protagónico en la promoción de los derechos de la mujer y de las diversidades sexuales en el marco de las conferencias de la ONU. El discurso que encarna este ex capitán condensa a la perfección la agenda anti-género. Al fantasma del comunismo agregó Bolsonaro el fantasma del género, un espectro quizás más adecuado a nuestra época, más eficaz para despertar en sectores de la población –y en un país fuertemente evangelista–, el pánico y la indignación moral.

Ideología de género y neo-colonialismo

Aun cuando pueda sorprendernos la intensidad de las resonancias que encuentran en la sociedad estos discursos reaccionarios, hay varios elementos epocales que permiten comprender la eficacia y la pregnancia de éstos en la sociedad. Por un lado, la progresiva precarización de la vida tiene consecuencias subjetivas que sumen en la frustración a millones de personas. Este sentimiento de frustración y de superfluidad, más que esperar un discurso balsámico, puede estar aguardando la mecha que acabe de encenderlo, que habilite el pasaje al acto de sus fantasías vengativas. Es muy posible que este sentimiento de frustración cale más hondo en los hombres, que han sido socializados creyendo que deben ser los responsables de garantizar el buen pasar de sus familias. En el contexto de esta precarización de la vida, crece la demanda de encontrar una figura que funcione como chivo expiatorio, y el poder se pone al servicio de contornear distintas figuras: feministas, gays, travestis, inmigrantes, pobres, vagos. La proliferación de nuevas expresiones sexuales y genéricas parece detonar el pánico moral en subjetividades precarias y violentas cuya efervescencia busca descargarse sobre todo aquello que haga tambalear los contornos actuales de sus representaciones.

Por otro lado –y excede el marco de este artículo– sería interesante indagar en las capas de sentido que se desprenden de una consigna como “Con mis hijos no te metas”. ¿Qué tipo de angustia se expresa en una frase a la vez amenazante y defensiva como esa? ¿Qué tipo de representaciones y afectividades la sostienen? ¿Puede esta sensibilidad defensiva estar conectada con un sentimiento de impotencia extendido entre las nuevas generaciones de madres y padres? Tal como dice Gilles Deleuze en su “Posdata sobre las sociedades de control”, “todos los adentros están en crisis”¹⁵ Y esos “adentros” refieren no solamente a los de las instituciones disciplinarias como la escuela o la cárcel, sino también a la propia interioridad, e incluso al adentro que supone la familia. La omnipresencia de las tecnologías agujerea el “adentro” de la familia, poniendo en crisis su carácter relativamente insular, intensificando la influencia de los vínculos entre pares, probablemente en detrimento de los vínculos jerárquicos intergeneracionales, promoviendo vincularidades más atravesadas por los efectos de contagio que por la transmisión filial. Ante la dificultad de lidiar con efectos epocales, demasiado vastos como para desplegar acciones que permitan contrarrestarlos, no parece descabellado pensar que sea a través del ataque a la escuela, institución más cercana y reconocible, que pueda canalizarse ese sentimiento de impotencia. Una escuela que estaría abusando de su rol pedagógico, al tratar temas que deberían ceñirse a la educación familiar.

La ESI resulta una herramienta potente, entre muchas otras cosas, porque devela el carácter político de lo que durante mucho tiempo se consideró privado: la sexualidad. Tal como mencionaba antes, gran parte de estas ofensivas conservadoras y neo-coloniales parecen buscar tapiar esa porosidad de los “adentros” en crisis, reaccionando contra la citada consigna (“lo personal es político”) que ha ventilado nuestras sociedades.

El progresivo debilitamiento del patriarcado, su desnaturalización y el develamiento de sus mecanismos, aparece como una enorme amenaza contra el sistema vigente. Y conviene ser bastante claros respecto a lo siguiente: el ataque a las políticas sexuales no es monopolio de los gobiernos de derecha de la región. También otros gobiernos –el caso de Ecuador, durante el gobierno de Rafael Correa, es paradigmático– han estigmatizado este tipo de políticas, lo que condujo en algunos países –como por caso Ecuador y Perú–

15 Deleuze, G. (1991). Posdata sobre las sociedades de control. En C. Ferrer (comp.), *El lenguaje literario: tomo 2*. Montevideo: Nordan.

a la prohibición de manuales inclusivos para la enseñanza de educación sexual. Esto demuestra que un proceso progresista de ampliación de derechos puede sin embargo ser restrictivo en materia de política sexual. La particularidad, no obstante, de estos nuevos gobiernos de derecha es que en ellos se condensan todas las ofensivas conservadoras posibles, buscando reponer un imaginario a la vez racista, patriarcal, clasista y exclusivamente heterosexual, a la vez que anti-ecologista. El arcaísmo de sus discursos jurásicos es propio de su carácter neo-colonial, y persigue el objetivo de una brutal re-jerarquización de todas las relaciones de poder. Si el sistema sexo-genérico (con su rígida segmentación de la sociedad en una esfera pública habitada por hombres y una privada, habitada por mujeres) y la racialización fueron dos dispositivos nodales en la dominación colonial, estos gobiernos y proyectos políticos, en su reivindicación del esquema tradicional de familia, pero también en su ataque a los consensos alcanzados en torno a los derechos humanos y derechos ambientales, muestran su afán de clausurar las líneas de fuga y cerrar todas las rajaduras que se abrieron durante las últimas décadas.

Lo más probable es que el carácter destructivo de las pulsiones que habitan estas corrientes neo-conservadoras destine sus planes al fracaso.



Todos los cuerpos, una misma cancha

Gambeteando la hegemonía masculina desde un fútbol femenino y disidente

NEMESIA HIJÓS (IIGG-UBA/CONICET)
21 DE ENERO DE 2020

El fútbol practicado por mujeres no es un *boom* ni una moda del último tiempo. Su historia centenaria en nuestro país está signada por prohibiciones, invisibilidades, escamoteos y luchas. Como lo hicieron las sufragistas a comienzos del siglo XX, las mujeres venimos dando pelea para ocupar distintos espacios y conquistar el derecho a decidir sobre nuestros cuerpos. Acompañadas con la fuerza y expansión de los movimientos feministas junto con organizaciones sociales que recorren Latinoamérica, el desafío es superar las causas de opresión que nos ubicaron como subalternas, históricamente forzadas a aceptar la pérdida de autonomía y libertad, condicionadas a ser objetos dependientes y condenadas a vivir sin realización personal, para finalmente asumir nuestros deseos.

Así, el deporte —como escenario de expresión, descubrimiento y empoderamiento— se incorpora a los reclamos de los colectivos que enfrentan la mirada androcéntrica y patriarcal, y disputan equidad de género e igualdad de oportunidades. ¿Cuál es el objetivo? Que el fútbol ya no sea un privilegio de varones, estructurado por la lógica del aguante, promotor de la masculinidad hegemónica y reproductor de violencias, xenofobias y machismos.

Mirar el pasado para construir el presente

Aunque la historia nos muestra que espacios como el fútbol han sido de y para varones, las mujeres estuvieron siempre. Su cronología está escrita por una sucesión de luchas, donde desde los inicios dieron batalla para ocupar las canchas. Antes de ser apartadas como acompañantes, hinchas y fanáticas, las mujeres argentinas jugaban en clubes, inspiradas por la popularidad de las “footballers” inglesas y francesas. Los primeros registros revelan la existencia de un equipo femenino en 1923 en Buenos Aires, llamado Río de la Plata. En los últimos meses, el poder legislativo, espacios de militancia política y algunos clubes sociales y deportivos —atravesados por la agenda de género— impulsaron la reparación simbólica y el reconocimiento a quienes hicieron historia (aquellas pioneras del fútbol argentino: jugadoras heroínas, lideresas y mártires), de quienes hasta hace poco se desconocía su biografía.

En otro intento por visibilizar y dar voz a estxs sujetxs, cuerpos y relatos que fueron silenciados y excluidos, la periodista Ayelén Pujol reconstruye un siglo de hechos en *¡Qué jugadora!*,¹ uno de los libros sobre fútbol femenino publicados este año. Así conocemos que el 12 de octubre de 1923 tuvo lugar el primer partido protagonizado por mujeres en Argentina. En la antigua cancha de Boca Juniors, en las cercanías del puerto de Buenos Aires, un grupo de mujeres disputó un encuentro divididas en dos equipos: Argentinas y Cosmopolitas. Las primeras ganaron 4 a 3, pero al finalizar las jugadoras se quedaron en el medio de la cancha para discutir con el empresario que había organizado el evento, quien se quería quedar con el dinero recaudado. El inicio de la historia ya estaba signado por disputas, sin embargo, a medida que el fútbol se convirtió en deporte nacional y

pasó a ser parte de nuestra identidad fue conllevando una única condición de género: un espacio casi exclusivamente jugado y contado por varones, donde se construyen y refuerzan masculinidades hegemónicas² del que las mujeres han sido aisladas e invisibilizadas.

Los medios masivos de comunicación son en gran parte responsables por el lugar de privilegio otorgado al fútbol masculino, con coberturas sexistas que hasta la actualidad han ignorado casi por completo el juego de mujeres. Durante estos años se encargaron de poner en circulación argumentos biologicistas para sostener, “desde una perspectiva científica”, por qué las mujeres no debían jugar al fútbol. Una de las referencias tempranas fue la nota periodística escrita por el jugador inglés Andy Ducat, publicada el 15 de enero de 1921 en la revista deportiva *El Gráfico*. De acuerdo con el título –“¿Por qué la mujer no debe practicar el football?”–, el artículo explica que, por naturaleza, “la mujer” es demasiado frágil para participar en un deporte tan “rudo” y que, al jugar este deporte de “machos”, corre el riesgo de ganar musculatura y transformarse en un “marimacho”, dejando así de “ser mujer”.

La época en la cual se publica no es fortuita: en Inglaterra estaban expandiéndose los clubes para mujeres y existía un interés por circular opiniones que impulsaran control y gestión del cuerpo femenino. Y aunque Ducat no duda que el entrenamiento mejore sus habilidades y se sorprende por la destreza de algunas jugadoras europeas, los argumentos relativos a la salud (“un cuerpo no preparado para este esfuerzo muscular”) y la falta de atracción como espectáculo (“no tendrán la fuerza que entusiasma al público”) son factores determinantes para apartar a las mujeres de este deporte, instalando cuerpos y modos de ser legítimos. Hoy, casi cien años después, ¿cuánto nos hemos alejado de estas representaciones? ¿Cuánto nos falta aún para alcanzar un horizonte emancipatorio y liberador?

Otra de las referencias que confirma el ingreso “temprano” de las mujeres al fútbol es un poema de Bernardo Canal Feijóo, “Fútbol de mujeres”, de su colección *Penúltimo poema del fútbol* de 1924. El poema condena la participación femenina a través de una descripción de un partido en el cual la acción de juego se asocia con el lesbianismo y la sexualidad descontrolada: “los choques trataban a los jugadores en un abrazo lésbico

2 Archetti, E. (1994). Masculinity and football: The formation of national identity in Argentina. En R. Giulianotti y J. Williams (eds.), *Game without Frontiers: Football, Identity and Modernity* (pp. 225-243). Aldershot: Arena.

inaceptable”. Estas fuentes aluden la participación durante el primer cuarto de siglo, pero implican una necesidad o un deseo de neutralizar una amenaza femenina a un espacio construido como masculino, brindando razones supuestamente objetivas (ligadas a la ciencia y la salud) para alejar a las mujeres y respaldar juicios de que este no era un juego para ellas. Así, se promovieron disposiciones que prohibieron la práctica del fútbol femenino en países como Inglaterra (1921-1971), Brasil (1941-1979) y Alemania (1955-1970) porque se consideraba un deporte demasiado “macho” y peligroso para el sexo “más débil”, que ponía en riesgo el sistema reproductivo femenino. Paulatinamente, en revistas y diarios de los años veinte, las mujeres empezaron a ser representadas de modo pasivo. La “mujer moderna” era caracterizada por la debilidad física, intelectual y moral, así como exceso de sentimentalismo, mientras que sus funciones fundamentales eran la maternidad y el cuidado de la familia, que se creían constitutivas de su esencia.³

En el caso argentino, desde el retorno democrático hay un silencio mediático general sobre el fútbol femenino. Aquel mutismo se puede atribuir, en gran parte, a la informalidad de la práctica antes de la inauguración en 1991 de la liga femenina oficial organizada por la Asociación del Fútbol Argentino (AFA). En el período previo hubo una Selección que disputó un Mundial, el segundo de mujeres de la órbita de la Fédération Internationale de Football Association (FIFA). En aquel tiempo, en Buenos Aires, pocos clubes recibían mujeres: Piraña, en Pompeya, Excursionistas, en el Bajo Belgrano, y Universitario o All Boys, en Floresta. Al mismo tiempo se realizaban exhibiciones de diferentes equipos a lo largo del país: algunos empresarios armaban partidos, cobraban entradas, llevaban a las jugadoras de gira y las hacían jugar sin el apoyo ni el reconocimiento de la federación.

Argentina llegó a ese primer Mundial (“no oficial”) de 1971 en México como un equipo huérfano: sin director técnico, médico, ni ningún otro tipo de personal administrativo durante la competencia, y con una camiseta que al primer lavado no sirvió más. Los organizadores mexicanos tuvieron que proveer botines a las argentinas que solamente tenían zapatillas deportivas comunes. Además, la indumentaria que recibieron las futbolistas fue un obsequio de la Unión de Tranviarios Automotor (UTA), sindicato que antes les había prestado las canchas para entrenar. A pesar de las malas

condiciones, la Selección argentina ganó 4-1 a Inglaterra y logró terminar en la cuarta posición ante 110 mil personas en el Estadio Azteca.

Jugar y competir se mantuvo entre las sombras de los torneos no oficiales hasta los noventa. A nivel internacional, el mismo año que inició la liga femenina de AFA, la FIFA organizó el “primer” Mundial de Fútbol Femenino en China. Ya desde fines de los setenta y durante los ochenta, cuando el organismo notó un interés importante en el fútbol de mujeres, comenzó un proceso de “oficialización” a través de un mandato que obligaría a las asociaciones de cada país afiliado a incorporarlo. Aunque pareciera que la FIFA fuese responsable por el *boom* de la disciplina a nivel global,⁴ esta “legitimación”, a la vez, ha intentado ocultar una historia que va más allá de 1991 promoviendo estrategias para combatir o suprimir la imagen negativa asociada a las futbolistas (aquella mirada sobre las jugadoras como “machonas”), para empezar a “vender” este deporte.

Las luchas actuales

Si bien prohibiciones como las de Inglaterra, Brasil y Alemania ya no rigen, algunas disposiciones perduran: hoy las deportistas atraviesan obstáculos institucionales, culturales y económicos, además de marginalización y estigmatización social, que las ubica en un lugar de segunda categoría. Pero la presión del mercado para transformar el fútbol femenino en un producto comercial revela una reciente expansión hacia las clases más altas. De este modo, la imagen, el estilo personal y el desenvolvimiento en los medios y redes sociales juegan un papel importante que corre el riesgo de homogeneizar a las deportistas bajo estereotipos de mujer “bella y femenina”. Jugadoras que ya no son vistas como “machonas” sino como *sex symbols*; es el status que encontramos en algunas representaciones mediáticas, o adjudicadas por las marcas. Irónicamente, muchas organizaciones deportivas (que fueron responsables de auspiciar campañas que promovieron el fútbol como deporte de “machos” y fomentaron mitos sobre la inferioridad de las capacidades del cuerpo de las mujeres) ahora intentan “arreglar” o “controlar el daño” del “problema de la imagen” del fútbol femenino. Con el fin de trabajar para “deshacer” la imagen pro-

⁴ Según fuentes oficiales de la FIFA hubo ratings históricos durante el último Mundial femenino, siendo Francia vs. Brasil el nuevo récord para un partido femenino con más de 58 millones de televidentes.

blemática y “vender” la disciplina, junto con publicistas y sponsors, la FIFA anunció mejorar el marketing y la promoción del fútbol femenino entre sus prioridades 2015-2018. Las “FIFA’s 10” impulsan emprendimientos para que aumente la participación de niñas y mujeres jugando alrededor del mundo (con una proyección a 60 millones), se potencie el valor comercial del fútbol de mujeres a través de estrategias de publicidad y alianzas, acompañadas de mayor cobertura mediática, y se contemplen “precios accesibles” en las entradas para expandir la disciplina. Además, el año pasado lanzó una “Estrategia de Fútbol Femenino” a fin de “empoderar a la organización para que tome más medidas concretas para abordar las deficiencias históricas de recursos y representación, al tiempo que aboga por una posición mundial contra la discriminación de género a través del fútbol”. Pero no eligió a una mujer para su Comité Ejecutivo hasta 2013.

La Confederación de Fútbol Sudamericano (CONMEBOL) también emitió resoluciones que presionan para elevar la disciplina: por un lado, todos los clubes que deseen participar en torneos internacionales deben contar con un equipo de fútbol femenino. Asimismo, deben asegurar la presencia de (al menos) dos mujeres en el cuerpo técnico. ¿El fútbol que proponen la FIFA y CONMEBOL abre la cancha a todxs? Por ahora no: conserva el binarismo (porque limita las formas de vivir el género a estas dos opciones), pero asegura la exposición mundial, aunque atravesada por lógicas mercantiles. Bajo este escenario, en los últimos dos años el fútbol femenino logró una atención que, incluso para quienes seguíamos su desarrollo, nos tomó por sorpresa. Mientras se elegía un nuevo presidente para la AFA y se reestructuraba la institución, la disciplina no aparecía en la lista de prioridades. Empezó a recibir cobertura mediática cuando la Selección anunció el primer paro y huelga en septiembre de 2017, denunciando el sexismo estructural en la industria deportiva. En una carta a Ricardo Pinela, quien fuera presidente de la Comisión de Fútbol Femenino en la AFA, las jugadoras pedían acompañamiento y mejoras para recibir el mismo trato que sus pares masculinos y se posicionaban como protagonistas dispuestas a luchar por sus derechos: viáticos dignos, indumentaria y calzado propio, condiciones de entrenamiento adecuadas, trabajo y formación a largo plazo.

Sin modificaciones radicales en las condiciones laborales y de entrenamiento pero tampoco de divulgación (los partidos se transmitían por Facebook), esa Selección viajó a Chile a disputar la Copa América en abril de 2018. Las jugadoras aprovecharon la ins-

tancia de competencia internacional para visibilizar sus demandas y antes del partido con Colombia, posaron con la mano derecha detrás de la oreja, en alusión al Topo Gigio. La imagen recorrió el mundo y superó la difusión que había tenido el anuncio del paro el año previo. En las redes sociales y en entrevistas con los medios, las jugadoras criticaron el escaso apoyo de la AFA, reforzando la concepción cultural del fútbol en Argentina como un espacio regido por y para varones. Estas demostraciones operaron más que nunca como una presión para que los clubes argentinos invirtieran en la disciplina y para que la AFA se hiciera eco de la urgencia de un cambio de paradigma.

Tras el tercer puesto en la Copa América 2018 en Chile y el histórico partido por el repechaje contra Panamá en noviembre, con un récord de asistencia de 11.500 personas en Arsenal, la lucha de las jugadoras cobró más visibilidad. El caso de Macarena Sánchez –la ex jugadora de UAI Urquiza que, asumiéndose como trabajadora, demandó al club tras dejarla libre– llevó a otro plano la discusión sobre las mujeres en el fútbol. La presión de su exposición (individual) y de las precarias condiciones que enfrenta(ba)n las futbolistas (de forma colectiva) tuvo repercusión mundial y condujo a que “Chiqui” Tapia anunciara, junto a Futbolistas Argentinos Agremiados, la creación de la Liga Profesional de Fútbol Femenino en marzo pasado. Durante su asunción, Tapia se había autoproclamado como “el presidente de la igualdad de género” con un programa de desarrollo que pretendía saldar las desigualdades y construir una marca propia del fútbol de mujeres. La profesionalización, con algunos puntos difusos, llegaba oportunamente tres meses antes del inicio del Mundial (clasificación que Argentina no lograba hacía 12 años).

Francia 2019 será recordado como el torneo de las reivindicaciones que marcó un quiebre y consolidó un proceso para la transformación global de este deporte. A diferencia de los países latinoamericanos que disputan un reconocimiento legítimo de la disciplina, las luchas del “primer mundo” se enmarcan en reclamos por equidad salarial y convenios colectivos de trabajo. En Argentina, las iniciativas del presidente Matías Lammens (candidato a Jefe de Gobierno porteño en las últimas elecciones) hicieron que San Lorenzo sea el club pionero en las pautas de (re)organización del fútbol femenino: instaló el debate sobre la ley de cupos y la representatividad de mujeres en Comisión Directiva, y oficializó 15 contratos profesionales, entre ellos a Maca Sánchez. Aunque se puede discutir sobre los usos estratégicos de estas luchas por parte de los dirigentes (con el objetivo de generar popularidad y

perpetuidad en el poder), no todos los clubes se comprometieron a avanzar en el desarrollo del fútbol de mujeres. ¿Se puede hablar de profesionalización cuando hay (hasta ahora) solo 194 contratos firmados y futbolistas que pagan para jugar?⁵ Varios colectivos y referentes desestiman el anuncio de la AFA y lo titulan como semi-profesionalización. En su libro *Guerreras*,⁶ Gabriela Garton –socióloga y arquera– habla de “marronismo moderno”: un espacio donde las fronteras entre el amateurismo y el profesionalismo son borrosas. El concepto tiene sus raíces en la era pre-profesional del fútbol masculino en Argentina a principios del siglo XX y nos hace pensar en las tensiones e incertidumbres actuales: ¿Cómo deciden los clubes quiénes firman contrato; quién recibe un beneficio y quién no? ¿Cómo resuelven estas situaciones las jugadoras? ¿Reparten el dinero de los contratos entre ellas o buscan otras alternativas? ¿Cuál es el rol que ocupan las marcas y los sponsors? ¿Cuáles son las estrategias empleadas por los clubes para atraerlas y retenerlas?

Este año estuvo marcado por la proliferación de comisiones de género y diversidad, secretarías, subsecretarías y peñas, y la resignificación de áreas preexistentes como espacios desde donde debatir violencias, repensar masculinidades y jerarquías, y generar alianzas para implementar transversalmente estas perspectivas en las instituciones deportivas. La socióloga Julia Hang⁷ señala que la organización colectiva permite la construcción –tanto desde la institucionalidad de los clubes argentinos como desde el activismo por fuera– de lugares dedicados a la cimentación de políticas de género que equiparen la escasa participación de mujeres y disidencias en estas organizaciones. Actualmente las Comisiones Directivas de los clubes asociados a la AFA están compuestas por 6,1% de mujeres y 93,9% de varones.⁸ Para garantizar la equidad y el desarrollo del fútbol femenino más allá de las canchas, es necesario asegurar la entrada de las mujeres a la AFA –para que deje de ser un “club de caballeros”– como a todos los espacios donde se toman decisiones. Por ello distintas agrupaciones piden la reglamentación de la Ley de Deporte N° 27.202, la cual dispone que las listas que se presenten para la elección de las/los inte-

5 En la forma de una cuota social o para cubrir los costos de los partidos como el transporte, los árbitros, la policía, la ambulancia.

6 Garton, G. (2019). *Guerreras: Fútbol, mujeres y poder*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

7 Hang, J. (diciembre 2018). *Política y género en el deporte. Apuntes introductorios en torno al área de género en un club de fútbol platense*. (Ponencia). X Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata.

8 Datos relevados por la Coordinadora de Fútbol Feminista en julio de 2019.

grantes de las Comisiones Directivas deben tener un mínimo de 20%, en conjunto, de mujeres y jóvenes. Aunque la incorporación del cupo femenino trae controversias y no asegura la asunción de una perspectiva de género en la institución, quiebra la representatividad histórica de varones en el ejercicio del poder. Asimismo, podría alentar el ingreso de mujeres en otros puestos significativos, como direcciones técnicas y cuerpos médicos.

¿Es posible construir un deporte con nuevas lógicas, que no alimente desigualdades, que no reproduzca violencias, machismos, xenofobias ni discriminación? ¿Un fútbol que no exalte el protagonismo individual, que no se guíe por la lógica mercantil y de lucro? ¿Un deporte que busque experiencias colectivas, que incluya a todas, a todos, a todes? Más allá de las trayectorias y convicciones disímiles de las propias jugadoras, es factible reconocer que los feminismos y los movimientos sociales han impulsado y encausado su reclamo como trabajadoras en (histórica) condición de desigualdad, subordinación y opresión. La efervescencia social ante la lucha colectiva logra así penetrar las agendas políticas y, a la vez, constituye el medio que tienen los grupos invisibilizados para alzar la voz, sin quedar desdibujados como casos individuales aislados.

Ahora bien, en un corto lapso donde se conquistaron de forma acelerada derechos negados históricamente, resta seguir buscando tácticas para revertir conflictos institucionales y económicos, ampliando las discusiones y las posibilidades (que aseguren representatividad sindical, convenios colectivos de trabajo, salarios dignos para todas las futbolistas). Entre los reclamos que continúan batallando contra prohibiciones y sexismos, militando dentro y fuera de la cancha, se subraya que el deporte no tenga género. No obstante, esconder este clivaje nos lleva a eclipsar las desigualdades (que no contemplarían, por ejemplo, que las jugadoras pueden elegir maternar y que eso requiere contemplaciones en sus contratos). Porque tanto el mercado como los organismos que regulan el deporte capitalizan manteniendo un deporte binario y moldeado según géneros. El desafío radicará entonces en que mujeres, disidencias, subalternidades, tomen protagonismo. Con los feminismos como herramienta de transformación, la verdadera emancipación llegará luego de superar diferencias y rivalidades, dejando de lado privilegios para construir de forma colectiva, (re)pensando, problematizando y construyendo una cancha donde realmente entremos todos los cuerpos.



“Ellos están con nosotros”

Un recorrido por el Cementerio de Flores

CELESTE CASTIGLIONE (CONICET/IESCODE/UNPAZ)
28 DE ENERO DE 2020

En la Ciudad de Buenos Aires hay tres cementerios: el de la Recoleta, habilitado en 1822, el de Chacarita, fundado de urgencia por la gran fiebre amarilla de 1871 y el de Flores, creado en 1867. El primero, con el tiempo, fue destinado a los personajes ilustres y de la élite gobernante, mientras que el segundo a la clase media, y el de Flores a la clase trabajadora.¹ Si bien esta clasificación no es exacta, surge de las representaciones sociales que giran alrededor de ellos y los barrios que los circundan. La Chacarita, linda con el

1 Canelo, B. (2006) Migrantes del área andina central y Estado porteño ante usos y representaciones étnicamente marcados de espacios públicos. *Informe final del concurso: Migraciones y modelos de desarrollo en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas*. Buenos Aires: CLACSO.

Británico y el Alemán, de administración privada, inaugurados en 1821, siendo parte de las migraciones tempranas.

Flores se construye cuando formaba parte de las afueras de la ciudad. Por esa razón, en el medio de la avenida interna aparece un frontispicio y una avenida con panteones y bóvedas familiares muy antiguas, pero en general predominan las tumbas en tierra a medida que sumaban terrenos colindantes. Allí entran los autos de las cocherías, y se hace el servicio en la pequeña capilla. Años después se realizaron obras de extensión y las oficinas se modernizaron desplazando la actividad administrativa hacia la nueva entrada, sobre la avenida Balbastro. En esa reestructuración se construyó un edificio monumental de cemento, con nichos en forma de grandes cajoneras que se expanden hacia los costados y espacios subterráneos, realizado por la Municipalidad de Ciudad de Buenos Aires en 1958, con intentos de combinar entradas de luz y sombras, sin gran éxito. Solo suavizan las formas geométricas grises, un busto de Evita sonriente con placas de distintas organizaciones de Partido Justicialista, y en el centro de su entrada una pared de 2 x 2mts. con una cruz en bajorrelieve repleta de flores, notas y rosarios: es la de las almas perdidas, donde algunos dejan flores o si no conocen el paradero de su fallecido.

Empecé a ir al Cementerio de Flores todos los 2 de noviembre desde 2014. Ese día es cuando parte de la comunidad boliviana llega a festejar el Día de los Muertos. A medida que transcurre la mañana, cargados con flores, cajas y bolsas llegan las familias, y sus pertenencias son revisadas por la Policía de la Ciudad, que determina si lo que traen puede ser ingresado. En caso contrario, lo separan y queda en un cuarto de la entrada donde está la seguridad. Este accionar lo he registrado desde la primera visita, incrementándose en 2015 con la presencia de la gendarmería, policías a caballo, y sucesivamente, con agentes identificados con chalecos de distintos colores. En 2017 les pregunté a alguno de ellos de que secretaría o ministerio específico provenían, y me explicaron que eran de distintos organismos, pero para este día en particular eran convocados o reasignados. Esa mañana, el jefe les dio su número de celular para que lo llamaran si veían alguna situación que requiriera de su presencia, pero que no intervinieran. En 2018 deambulaban en grupos, recorriendo todo el tiempo la necrópolis, identificados con camperas celestes y azules. A la entrada, había una Estación Saludable y el camión de Aysa (Agua y Saneamientos Argentinos), una empresa concesionaria de servicios públicos que opera en CABA y el conurbano bonaerense.

Este sábado de 2019 tuvo otras características. Ya a dos cuadras del cementerio se veían “trapitos”, camionetas del gobierno de la Ciudad, que cortaban la calle con cintas de plástico, y del Ministerio de Ambiente y Espacio Público.

En la entrada, sobre la Avenida Balbastro, se encontraban agentes, hombres y mujeres de la policía de la Ciudad que revisaban las pertenencias. Cuando ofrecí mi bolso, me dijeron que no hacía falta. Allí la oficial del Estado, determinó que yo no era, o no tenía ese “algo” que hacía que pararan a otros, poniendo en acto la producción y reproducción de la diferencia.

Una vez que se ingresa, sobre la explanada que opera como estacionamiento, había agentes que avisaban que la salida era por la Avenida Castañares. No estábamos ni entrando y ya nos decían cómo salir. Gestos. Allí se encontraba un camión de Aysa, con una manguera, vasos y una camioneta de emergencias.

Durante todo el día, el movimiento de personas que ingresan es constante, pero esta es solo la conclusión de una ceremonia que se inicia el día anterior. De acuerdo a los relatos y las entrevistas que hemos realizado durante estos años, todos coinciden en que el 1° de noviembre el alma de los muertos desciende a visitar a la familia. Ese día se lo debe homenajear con las cosas que al muerto le gustaban, permanecen en su casa, y preparar comidas y un pan al que se le da distintas formas en donde prevalecen las cruces, las representaciones antropomórficas, los animales y las escaleras. Este año, además, muchos portaban una máscara de glacé blanco pintado (como el de los huevos de Pascua), en donde se puede dibujar de manera más detallada los rasgos de la persona o el animal. Estas formas son instrumentos que ayudan al muerto a que el viaje sea facilitado: la escalera para que descienda y ascienda una vez terminado el día hasta el otro año, los caballos para que no se canse, el sol y la luna para que iluminen su camino y por lo general una foto del familiar fallecido. Todos los elementos que traen son expuestos en la tumba, que es ornamentada especialmente para este día, con banderitas de plástico y tiras de papel crepé en colores violeta y negro. A veces con sus propios baldes y elementos de limpieza se acondiciona el espacio, donde también se colocan caramelos, chupetines coloridos, frutas (especialmente naranjas, bananas, peras y ananás), cigarrillos y bebidas sin alcohol.

Los primeros entrevistados fue una pareja de mediana edad que estaban sentados en unas banquetas. Todavía no daba el sol pleno, pero la tumba ya estaba decorada con los panes y cubierta con una sombrilla. Me acerqué y les conté que, en nuestro trabajo, además de describir la dinámica del día, nos interesaba preguntar a los protagonistas qué significaba asistir al cementerio el Día de los Muertos. En un primer momento (todos) me miran seriamente, pero al instante se disponían a contar con gran detalle y por momentos, sentí que les gustaba el intercambio: “Para nosotros, los bolivianos, es algo cultural, en donde el 1° de noviembre los recibimos en las casas a los muertos y el 2 los despedimos. Nosotros no los olvidamos”. Si bien él toma la palabra, ella interviene: “Estos dos días rezamos, ofrecemos un responso. Todos sabemos que un día vamos a terminar acá. Yo tengo a mis muertos allá (en el Estado Plurinacional de Bolivia), pero yo lo acompaño a él, y rezo acá por los que quedaron”.

En eso coinciden gran parte de los entrevistados: el cementerio es un lugar fuerte, sagrado, bendecido, habitado por energías específicas. Posee una fuerte carga espiritual y simbólica, y en este caso una suerte de “sucursal” habilitada para que este día sea dedicado, aunque sea a la distancia. El intento, por esta jornada, es que sea ornamentado como los que ellos recuerdan y poder desarrollar sus “tradiciones con tranquilidad”.

De acuerdo a lo relatado, ni bien vuelven a su ciudad, una de las primeras cosas que hacen es visitar a los vivos, pero también a los muertos en el cementerio. No es referido con tristeza, ni como un peso, por el contrario, también es ir a “saludar”, a presentar los respetos, porque el alma está circulando, observando, ayudando. El cementerio es un espacio que facilita la comunicación.

Recuerdan que en sus casas, a la vuelta del cementerio, cuando alguien muere, cocinan un plato especial llamado “arvejas” o “ají de arvejas” que es similar al loco: un plato de cacero-la que se mantiene y es fácil de recalentar y darle gusto con especias. Contiene arvejas, pero también garbanzos, piel de chanco y otros ingredientes que cumplen con el concepto de “*funeral foods*” que tiene como principal objetivo reconfortar y tranquilizar a los deudos y sus visitas que van llegando para renegociar los términos de sus vidas sin el fallecido.²

2 Cann, C. (2018). *Dying to eat. Cross cultural perspectives on food, death and the afterlife*. Kentucky: The University Press of Kentucky. Rogak, L. (2004) *Death warmed over. Funeral Food, Rituals, and Customs from around the world*. Berkeley: Ten Speed Press.

Aquí el tiempo es una variable sumamente importante que se relaciona con los años del fallecimiento. Es decir, siempre se trata de asistir al cementerio, pero son más importantes y de carácter obligatorio si el muerto es reciente y en los primeros tres años.³

Ya el sol pegaba fuerte al mediodía. Bajé a buscar un vaso de agua, y se observaba que los grupos que llegaban se hacían más numerosos. La inspección de las cajas y bolsos, ya no solamente era realizada por la Policía de la Ciudad, sino también por agentes de civil. Un intercambio de palabras fue subiendo de tono entre periodistas de la comunidad, medios alternativos, y estos agentes de civil que amenazaban con denuncias. También había empleados identificados con la Defensoría del Pueblo, que mediaban y buscaban establecer un diálogo entre las partes. Mencionaban una reunión amañada del lunes anterior, y una autoridad del Cementerio, se apersonó, agitó más las aguas, gritando que todo el despliegue era para él, y su estructura una “rotura de pelotas” (sic). La discusión se encontraba relacionada con la posibilidad de tomar fotos y la autorización que debía ser otorgada previamente, pero sin haber quedado claro dónde y cuándo había que hacerlo.

Volví al área de las tumbas. Las conversaciones que entablamos, a menudo, eran interrumpidas por personas que se acercaban y decían: “¿Te lo rezo?” y con la aceptación de la familia el allegado comenzaba en voz baja a orar tres Ave María y tres Padres Nuestros, que era lo acordado. Una vez terminado, la mujer mayor del grupo iba preparando galletitas, alfajores de maicena, rebanadas de torta y algún pan, en bolsas de plástico que se le regala al que se detuvo a dispensar la oración. Esto era proporcionado con abundancia, especialmente a los niños que estaban por todo el cementerio, y que iban juntando las golosinas que los distintos grupos les iban proporcionando, después de rezar.

La acción durante el día tiene un componente profundamente religioso, así como también de reunión: “Se hace un responso, un agradecimiento, una oración. Se siente que ellos están conmigo, es como un cumpleaños, un día de fiesta, de reunión. Yo lo siento así”.

El cementerio se llena de colores. A los ornamentos que tachonan el paisaje, se suman los paraguas y sombrillas pequeñas que se van abriendo haciéndole frente a un sol implacable, mientras que otros grupos se acercan a los escasos árboles que están dispersos.

3 Fernández Juárez, G. (2010). “Almas”, apxatas y “ñatitas”: el ciclo ceremonial de Todos los Santos en el Altiplano aymará de Bolivia. *Jornadas sobre Antropología de la Muerte. Identidad, creencias y ritual*. Madrid: Museo de América.

En esos espacios también se tienden telas donde se posicionan los panes, porque no es necesario tener un muerto en ese cementerio: algunos me contaron que sienten que tienen que concurrir y dejar un ramo de flores en tumbas que vieran abandonadas o simplemente compartir.

También, de tanto en tanto, se escucha una banda de música, contratada por la familia que toca las canciones que le gustaban al fallecido. En otras oportunidades observamos por lo menos cinco grupos distintos que rotaban por las tumbas y la nichera mayor, o algunos baffles que reproducían en volumen medio, pero este año parecen haber menguado.

Otro sonido que irrumpía era el sacerdote del cementerio que pasaba con un altavoz anunciando la misa en el pórtico central. Una señora, con una foto y flores, se le acercó pidiéndole que se acercara a la tumba, pero él amablemente le explicó que estaba solo “*con todo*” y no podía cumplir con los pedidos individuales, que lo disculpara. Otros años he observado hasta cinco curas y monjas que asistían durante la jornada. Porque, además, el cementerio tenía que seguir trabajando y a las 11 de la mañana hubo que atender un servicio y su respectivo entierro. La muerte no espera ni conoce de días especiales.

Una joven con su hijo aupa me decía: “para nosotros nunca mueren, nos acompañan, nos cuidan, le pedimos al papá que nos ayude cuando tenemos un problema”. De estos testimonios surgió un aspecto que nunca habíamos escuchado en las entrevistas realizadas desde 2014 y que se relacionaba con el perdón:

— Acá venimos, hablamos, hablamos de nuestras vidas, del pasado y cada año que pasa nos vamos perdonando, él a mí, yo a él. (Habla del esposo)

— Y si hizo algo muy malo, ¿Qué se hace?

— Es que venimos a reconciliarnos, a que nos perdonen y los perdonemos, ambos. El tiempo lo cura, porque ya no te acordás de los feos momentos, además no sabés como la estará pasando allá (en el otro plano). Hay que ayudarlo en el recorrido. No hay imperdonables. A último momento, todos se arrepienten y uno viene acá para decirles “tranquilos”, que se vayan nomás, que no sufra el alma”.

La tarde empieza a caer, pero el ambiente se encuentra poblado de risas, charlas, encuentros, retazos de canciones y rezos, gente hablando sola frente a la tumba, acariciando el epitafio, limpiándolo. También de olores a quemado, mezclado con perfumes. Eso no lo había visto en las otras visitas, pero no era nuevo: sobre una pared de azulejos y una cruz en el medio, algunos hombres prenden velas blancas tratando de reparar la brisa en las paredes bajas que rodean una serie de orificios de ventilación de la fosa subterránea. “Es para recordar a nuestros muertos. Menos mal que vino mi hermano (señala a un joven a su lado recién llegado de Bolivia); yo ya me estaba olvidando con tanto trabajo. Pero él vino hace poco y me dijo que viniéramos, es que uno con tantas cosas...pero acá estamos”.

Algunos comienzan a levantar sus pertenencias y vuelvo a recorrer el cementerio a fin de saludar a los que me había dado su tiempo, y ahora con más confianza pregunto algo sobre lo que me costaba (a mí): los sentimientos. Ya se percibía en el aire, un ambiente de felicidad, pero también me preguntaba ¿quién soy yo para decirlo? Las respuestas fueron contundentes: “feliz”, “aliviada”, “relajada”, “bien, mejor”, “alegre”, “me da satisfacción, venir, visitar al abuelo y después al papá, a rezar, a traer todo lo que le guste”, “a traer flores a las almas”, “a encontrarnos”, “a recordar”.

Ya todos empezamos a juntar las cosas. La salida nos deja en la avenida Castañares, donde algunos vendedores ambulantes de helados y un postre a base de gelatina, circulan entre las camionetas de la Policía de la Ciudad. Las paredes externas del cementerio están llenas de velas consumidas y decoloraciones por viejos fuegos: los perímetros son los lugares preferidos para realizar “trabajos” de hechicería, unión de parejas y posibilidades laborales. Llegando nuevamente a la entrada observo que hay muchos puestos y altares con fotos y biografías resumidas de muertes injustas, y una bandera de Negras Indígenas Racializadas y Disidencias y de Ayllú Sartañani (Comunidad Levantémonos). La actividad de los que llegan sobre la hora es a un ritmo rápido y vertiginoso, las puertas se cierran implacablemente.

Es que la mentalidad neoliberal percibe estas ceremonias y rituales como una pérdida de tiempo que podría ser productivo, trabajando. Los entrevistados han mencionado que, en varias oportunidades, no habían podido concurrir porque sus jefes no los dejaban, ocasionándoles un gran pesar que solo podía repararse al año siguiente con su asistencia.

El modelo capitalista oculta la muerte, le repugna, mostrar la pena es de “mala educación”,⁴ por esa razón la encierra y la desplaza de la vida cotidiana. Las reglamentaciones laborales establecen un tiempo específico de licencia, de acuerdo a la proximidad del difunto, racionalmente determinado, pero aún no hemos indagado en las condiciones en la que se establecen en trabajo precarizados e informales. Asimismo, en otros niveles de análisis esta forma de concebir la muerte, las almas, las relaciones de parentesco, la ancestralidad, la correspondencia con el entorno y la comunidad, es concebido como atrasado y subalterno a cultos oficiales. Cree entenderlos a partir de registros y esquemas de referencia, como la película “*Coco*”, y consumos culturales “*cool*” como el Día de los Muertos en México, bajo el paraguas conceptual de lo folklórico y lo pintoresco. Pero con los bolivianos es otra cosa. De manera que la música, los colores vivos, la comida y el clima de alegría del encuentro entre los vivos y sus muertos, por un día, requiere de un control estatal que “permite” y “despliega” todo un operativo simbólico y material, con una mirada de desdén y agentes cuidando que los “instintos” y los “sentimientos” no se descontroren. Ya lo sabemos, al neoliberalismo no les gusta la alegría, y mucho menos la que no pueden clasificar, y aún menos la de los pobres.